

The background of the cover is a dense, repeating pattern of stylized, elongated leaf or feather shapes. The pattern is rendered in a vibrant purple color against a solid black background. The shapes are arranged in a way that creates a sense of movement and depth. In the center of the cover, there is a prominent yellow rectangular box with a double-line border. Inside this box, the title and subtitle are printed in a black, serif font. The title 'ANTOLOGÍA RELATA' is in all caps and is the largest text on the page. Below it, the year '2016' is also in all caps and is slightly smaller. Underneath the year, the subtitle 'CRÓNICA, CUENTO, DRAMATURGIA Y POESÍA' is written in a smaller, all-caps font. At the bottom of the box, the text 'RED DE ESCRITURA CREATIVA' is printed in the same smaller, all-caps font.

ANTOLOGÍA
RELATA
2016

CRÓNICA, CUENTO,
DRAMATURGIA Y POESÍA

RED DE ESCRITURA CREATIVA



ANTOLOGÍA RELATA

CRÓNICA, CUENTO,
DRAMATURGIA Y POESÍA

Talleres Literarios

2016

Red Nacional de Talleres
de Escritura Creativa



ANTOLOGÍA RELATA 2016

CRÓNICA, CUENTO, DRAMATURGIA Y POESÍA

Talleres Literarios 2016

Red de Escritura Creativa - RELATA

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

Zulia Mena García

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guimar Acevedo Gómez

**COORDINADORA GRUPO DE
LITERATURA Y LIBRO**

María Orlanda Aristizábal B.

**ASESORES DE LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA RELATA**

José Zuleta Ortiz, Programa

Libertad Bajo Palabra

Víctor Manuel Mejía, Programa RELATA

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO

Vanessa Morales Rodríguez

María Juliana Serrano Ochoa

Felipe Martínez Cuéllar

Diana Yanir Gutiérrez López

EDITORA

Janeth Posada Franco

CORRECCIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Taller de Edición • Rocca® S. A.

www.tallerdeedicion.com

IMPRESIÓN Y ACABADOS

Imagen Editorial S.A.S

administrativo@imageditorial.com

© Ministerio de Cultura,

República de Colombia

© Red de Escritura Creativa, RELATA

© Derechos reservados para los autores

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2016

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 2016

ISBN 978-958-56029-1-5



MINCULTURA



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**

PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	II
DIEZ AÑOS DE HISTORIA	
RELATA, DIEZ AÑOS DE UNA RED QUE NUNCA SE DEJA DE TEJER Betuel Bonilla Rojas	15
DIEZ AÑOS DE LECCIONES APRENDIDAS Nahum Montt	20
EXPERIENCIA DE LA POESÍA EN RELATA, DIEZ AÑOS Lucía Estrada	24
SOBRE LOS DIEZ AÑOS DE RELATA José Zuleta Ortiz	30
RELATA 10 AÑOS Víctor Bravo Mendoza	34
GANADORES	
CUENTO	
ÉSAS COSAS DE NIÑA Heidy Johana Peralta	41
EL PADRINO DE LAS CANICAS Nelson Gutiérrez	45
EL ALFIL BLANCO Norwell Calderón Rojas	51
POESÍA	
LA MUERTE SABE A CARNE DE MUTANTE José Hernández	56

UN VIENTO CÁLIDO 59
Harold Kremer

EL JUNCO 64
Harold Kremer

MENCIONES DE HONOR

CUENTO

COSTUMBRE 67
Luisa Fernanda Pérez B.

REMORDIMIENTO 70
Félix Mauricio Molina Leguizamo

LOS MUCHACHOS DE CERRO LIMÓN 73
David Lara Ramos

POESÍA

LA MOSCA 80
Diego Alexander Gómez

LA COFRADÍA 83
Rodolfo Ramírez Soto

TEXTOS REPRESENTATIVOS ASISTENTES TALLERES RELATA

NODO CARIBE-ORIENTE

CUENTO

LA SANTA PASTORA 87
Doris Elena Londoño Rueda

OLOR DE ACEITUNA 89
Ángel Roys Mejía

EL TREN DE LA MUERTE QUE CRUZA
POR LA VIDA 95
Álvaro Ramón García Benavides

LA TENTACIÓN DE ANTONIA Jonathan Brausin Pérez	97
SECRETO CONFIDENCIAL Jeison Rivera Herrera	103
EL COLOR DEL AMANECER Oriana Patricia Russo Manjarrés	107
PRÓLOGO DEL DESTIERRO Miguel Barrios Payares	110
EL ÚLTIMO DÍA DE ESTA GUERRA Enoc José Palma Chacón	112
ATAVISMO Javier Córdoba C.	116
SÍBELES Y EL HOMBRECILLO DEL TEXTO Robinson Pérez Salgado	119
MENOS MAL QUE LLEGÓ Lina Astrid Pacheco Verjel	124
LA NIÑA Édgar Augusto Marín Ariza	127
ELECTRA DE JARDÍN Andrea Patricia Jaimes López	132
EL NUEVO Dante Santiago Osorio Acevedo	136
POESÍA	
A PROPÓSITO DE MI SOMBRA Carlos Andrés Pérez Vertel	139
LA INOCENCIA DE LA BESTIA Carmen Alicia Pérez Gómez	142
SILENCIOS Verónica Victoria Vanegas Vergara	144

POESÍA	145
Mayirled Puentes Barbosa	
POESÍA ORGÁSMICA NEOM	151
Nanezda Estefanía Olarte Mejía	
NODO CENTRO	
CUENTO	
AL FINAL DE LA TARDE	157
Juan Camilo Yepes Jiménez	
AL JUNTARSE LOS PÁRPADOS	161
Bryam Arias	
COMPAÑÍA ELÉCTRICA	164
Juan Felipe Jaramillo Gärtner	
VALENTÍA	167
Érika Alejandra Solano	
LAS HUELLAS DEL TIEMPO	170
Humberto Betancourt Rodríguez	
ELOÍSA	174
Héctor Augusto Cuestas Venegas	
EL RUGIDO DE LOS PÁJAROS	177
Esteban R. Jiménez Bedoya	
ARAMINTA	180
Luz Stella Rico	
POESÍA	
NO SÉ QUÉ DECIR	184
Carlos Roberto Estupiñán Márquez	
ADENTRO DE LA PALABRA EL HOMBRE	185
Éder Giovanni Cervera	
CUMACANGA	187
Omaira Sastoque Montalvo	

CRÓNICA

SOLEDAD	190
Meliza Delgado Moyano	

NODO SUR-OCCIDENTE

CUENTO

SI NO HAY MUERTO, NO HAY HERENCIA	194
Harvey Arturo Melo Zambrano	

MALENA	198
José Antonio Cortés Celi	

LAS TRES GUERRAS	203
María Eugenia Alonso de Aparicio	

LA VISITA	208
Diego Tenorio Conde	

EL CACIQUE	211
Fáber David Suárez Torres	

LOS COMBATIENTES	215
Luis Esteban Patiño Cruz	

EL HOGAR	217
Karen Melissa Durango Góngora	

OPORTUNA INGRAVIDEZ	220
Luz Miriam Muñoz Arbeláez	

UN LUGAR DONDE PASAN COSAS RARAS	224
Ángela María Henao Isaza	

EL SUEÑO DE UN LOCO	228
Cristian Hidalgo	

VICTORIANITO “EL CAZADOR”	230
Luis Vélez Arias	

EL MUSEO DE EDGARVILLE	233
Carlos Alberto Velásquez Córdoba	

POESÍA

MIENTRAS EL AIRE Y LA LUZ Jhonattan Arredondo Grisales	248
AMAR A UN AMIGO (A SORBOS...) Anna Francisca Rodas Iglesias	251
CUANDO SE ABRE EL SILENCIO Darío González Arbeláez	252
EVOCACIÓN Diana Lucía León Restrepo	254
PEDALEO DE LAGARTIJA María Rubiela Restrepo Restrepo	258

DRAMATURGIA

DÉJAME CONTARTE Andrés Felipe Torres Arenas	260
--	-----

CRÓNICA

UNA MAÑANA CON EL CAPO DE CAPOS Juan Guillermo Valderrama Santamaría	275
---	-----

TALLERES RELATA VIRTUALES

CUENTO

EL DÍA MENOS PENSADO David Bolaño Giraldo	281
CUANDO LOS ZARCILLEJOS LLORAN Sandra de la Espriella Moreno	294
AMOR CORTÉS Sebastián A. Henao C.	299

LOS AUTORES	306
-------------	-----

PRESENTACIÓN



Para el Ministerio de Cultura es un inmenso honor presentar esta Antología RELATA 2016, con la cual se conmemoran los diez años de existencia de la Red de Talleres de Escritura Creativa. Esta antología es una memoria que recoge las mejores obras —en los géneros de cuento, poesía, dramaturgia y crónica— de los cincuenta y seis talleres que conforman, actualmente, la red; pero lo que presentamos acá es mucho más que eso: es un viaje desde el Caribe colombiano —desde los desiertos de La Guajira, las playas de Santa Marta o las poblaciones circundantes del río Magdalena—, que pasa por el centro del país —las calles de Bogotá, las montañas antioqueñas, las tierras verdes del café, el llano interminable—, hasta llegar al sur, a las selvas amazónicas, al Guaviare y sus afluentes, a las zonas de frontera donde termina el país. Y es también una suma de voces que desde todos estos rincones hablan en múltiples lenguas —en múltiples idiomas, cabría decir, aunque todos escriban en español—, sobre diversos temas que a todos, tarde o temprano, nos resultan familiares. No faltan en estos textos el amor, la muerte, la venganza, la belleza del paisaje, los recuerdos de infancia, el humor, la tristeza o la sorpresa ante lo inesperado, siempre en clave de literatura, de relato o poema.

Todo lo diverso que es la Red de Talleres de Escritura Creativa RELATA —y, por lo tanto, todo lo diverso que es Colombia— está presente en cada uno de estos textos.

Como una iniciativa de la sociedad civil, RELATA recibe apoyo del Ministerio de Cultura a través de asesoría técnica y administrativa, las visitas de los escritores que cada año recorren el país compartiendo con los asistentes a los talleres sus experiencias y saberes, la publicación de la antología, la organización del Encuentro Nacional RELATA, la gestión de los talleres virtuales y aportando sus esfuerzos para lograr que la red se fortalezca cada día más. El compromiso ha sido conjunto y los frutos, en nuestra opinión, son valiosos y satisfactorios. No en vano RELATA está cumpliendo diez años. Y no en vano podemos, hoy, presentar esta antología, un retrato de nuestro país y una muestra viviente y palpitante del buen estado de salud de la escritura creativa en Colombia.



DIEZ AÑOS DE HISTORIA



RELATA, DIEZ AÑOS DE UNA RED QUE NUNCA SE DEJA DE TEJER

BETUEL BONILLA ROJAS¹



RELATA, más que una mera experiencia de talleres de escritura creativa, en los que personas con una relativa curiosidad por las letras se reúnen semanal o quincenalmente para escribir lo mejor que pueden, es quizás una de las experiencias humanas más significativas y totalizadoras en la vida literaria del país.

Por allá en el 2006, cuando dábamos nuestros primeros y tímidos pasitos, muchos escritores y gestores culturales incrédulos y recelosos nos miraban con el rabillo del ojo, listos a saltar sobre la liebre cuando diéramos un parte de derrota. Efectivamente, éramos muy pocos para decir que representábamos a un país, que éramos la semilla de algo serio. Estábamos, en la mayoría de los casos, agazapados en las localidades, asomados apenas a las ventanitas, temerosos de ejercitarnos dizque en eso de enseñar a escribir creativamente, invisibles aún para aquellos municipios en los cuales actuábamos. Pero el entonces confuso y vaporoso programa Renata, liderado por Antonio Úngar, nos ubicó (quién sabe gracias a qué artificio) y nos dijo “vengan,

1 Betuel Bonilla Rojas: Neiva, 1969. Escritor, profesor universitario y director del taller RELATA José Eustasio Rivera en Neiva.

acá estamos, construyamos país a punta de letras”. Y le creímos, a la buena fe de Antonio, a su talante adusto pero confiable, y al tesón de Adriana Molano, entonces líder del área de Literatura del Ministerio de Cultura.

Y fuimos llegando desde distintos rincones. Fuimos creyendo. Fuimos tomando trochas, nos desplazamos, cada vez con menos recelo, y empezamos a pensar que en la centralista Colombia, efectivamente, el Ministerio de Cultura estaba de verdad empeñado en sumarnos a la realidad literaria de las letras nacionales. Ya no fueron Antonio y Adriana nuestros interlocutores, sino el ingenioso Roberto y Melba, con otro estilo, con otra perspectiva de lo que era tejer una red, con otras formas de proceder.

Así, desde San Andrés hasta los Llanos, desde La Guajira hasta Nariño, desde Santander hasta el Cauca, un ejército de lectores y escritores en ciernes (para usar la metáfora de Valery Larbaud) se estaba reuniendo, no importaba la geografía del aún violento y temerario país que teníamos, no importaban el lugar y las condiciones, para conversar sobre autores de antes y de ahora, para construir personajes y situaciones conflictivas, para edificar atmósferas, para narrar lo que a cada grupo y a cada quien se le diera la gana.

Muy en secreto, tal vez sin que lo advirtiéramos, en eso que hemos dado en llamar los subtextos, la escritura entre líneas, estábamos, nada más ni menos, que empezando a cartografiar a la dispar y siempre interesante Colombia, con su pasado y sus fantasmas —muchos aún sin exorcizar—, con sus alegrías y sus derrotas, con sus temores y sus esperanzas, con ese sueño de una paz siempre esquiva.

Si la literatura, por fortuna, es una de las formas más libres con que cuenta el ser humano para hablar de lo que mejor le parece, también es cierto que esa libertad se autoimpone límites, aquellos que sólo la decisión de cada creador advierte y determina. Y esos límites los traza el lugar donde se vive, la condición social a la que se pertenece, eso que la academia llama el lugar de enunciación.

Por eso, cuando Renata fue madurando y decidimos cambiarle el nombre por el de RELATA (más sonoro y menos burocrático), cuando la experiencia fue mucho más que eso, una audaz y medio alocada apuesta de un puñado de orates extraviados, para convertirse en uno de los programas bandera del Ministerio de Cultura en Colombia

y en toda América Latina, cuando empezaron a sumarse iniciativas acá y allá, en pueblos remotos y no tanto, hubo que ordenar la casa y reubicar algunas pertenencias, hubo que barrer mucho de eso que se había construido medio al azar, hubo que cambiar de muebles y de fachada para albergar con comodidad y justicia a los nuevos habitantes.

Y así, de a poco y de a mucho, creciendo hartos pero sin hipertrofiarse, cuidando cada paso, vigilando cada movimiento, RELATA fue siendo un poco lo que es hoy en día: esta placentera cofradía de casi sesenta talleres de creación —entre poesía, cuento, novela y dramaturgia—, distribuidos armónicamente a todo lo largo y ancho de nuestra compleja geografía, empeñados, día a día, en devolver la confianza a lo espiritual y en negar el triunfo de lo prosaico.

Como empezamos a ser más, muchos más, nos hicimos visibles, dejamos la timidez de todo comienzo, abandonamos la ventana y nos lanzamos a la calle a pregonar, como algún personaje de Kafka, nuestra arrolladora marcha. Y a nuestro paso, con el estruendoso ruido que estábamos produciendo, quienes empezaron a saber de nosotros se sumaron a la por entonces extensa fila de escritores imberbes. Ya no fueron sólo aquellos que creían, bajo el molde de Platón, que escribir era un asunto de iniciados, una especie de mediadores entre los dioses y los mortales, unos númenes a través de los cuales hablaban las musas.

No. Llegaron quienes creen, más en la vertiente de la filosofía de la composición de Poe, más en la correspondencia secreta y desgarradora de Flaubert, que en los talleres es posible convertirse en un “decente” escritor. Aquellos que saben que si dan con un buen director, uno de esos que abre caminos y no busca meros epígonos de sus escuálidos logros, es probable que alcancen, luego de mucha reescritura, un cuento, una novela, una pieza dramática o un poema que merezca, al menos, no ser parte de eso que Borges llamaba la historia universal de la infamia.

Porque, desde el 2006 a la fecha, dos certezas quedan para quienes habitamos RELATA: la primera, que efectivamente SÍ es posible enseñar y aprender a escribir creativamente, más allá de lo que digan los apocalípticos poseedores de todas las certezas, que no es cierto eso de que el hecho literario le esté reservado a unos pocos “genios” y que, por el contrario, los demás, los mortales, los de la otra fila,

deban dedicarse a observarlos desde la distancia, deban presenciar como meros testigos algo de lo cual pueden ser protagonistas.

Evidencias de esta certeza se pueden dar por doquier, desde cada taller, desde cada nuevo escritor y sus diversas producciones escritas, desde los múltiples premios y reconocimientos obtenidos por los nuevos creadores de muchos talleres, desde los muchos libros obtenidos a partir de cada uno de nuestros particulares procesos, de eso que sólo cada asistente a los talleres sabe que ha conseguido.

La segunda certeza, más justa, menos advertida pero quizás más importante para trazar el derrotero de una misión cumplida a cabalidad, es que con RELATA se está levantando la quizás más completa cartografía de lo que es Colombia, desde el recóndito y hasta hace muy poco accesible Guaviare hasta ese Chocó frondoso y variopinto, atravesado por ríos inexpugnables, repleto de tantas y tantas historias que van cauce abajo. Desde la sensual Riohacha, con esa enorme tradición literaria de juglares, indias y mulatas, plagada de sal y arena, hasta esa tierra en la que, según Aurelio Arturo, “el verde es de todos los colores”, la tierra en la que los cultivos de papa presenciaban, sin tratarse de una licencia poética, el fragor de una batalla campal con múltiples actores. Desde la circunspecta Bogotá, la otrora Atenas o Apenas Suramericana, la pretenciosamente culta capital, de la cual se mofara Rafael Gutiérrez Girardot, hasta municipios en donde la tradición literaria daba sus primeros resultados para sembrar algún tipo de origen.

De esta forma, cumpliendo una función primaria, la de contribuir a la cualificación de la escritura literaria de toda Colombia, la de democratizar los insumos para que muchos pudieran escribir con mucha o relativa calidad literaria, RELATA fue cumpliendo, en silencio, en paralelo, casi en secreto, con la segunda misión, esto es, dejar el registro escrito de una época con muchos instantes dolorosos, muchos aún sin el trámite del duelo respectivo, inventariar nuestro país con su fauna y su flora, ricas, majestuosas, desbordantes, propias de los límites casi surreales de lo real maravilloso, como quisieron Carpentier y Padura. Notariar ese algo entre bochornoso y mágico propio de la herencia de García Márquez. Presenciar el tránsito, o al menos la convivencia, de esa suerte de individuos que caminan con una pierna en la premodernidad, otra en la posmodernidad, mientras alguien atribuye todo eso a una especie de enfermedad endémica

del trópico y no a la inadecuación de personajes cuyas epistemes no alcanzan a ubicarse en una orilla precisa.

De esta forma, con diez años ya, madura, todavía con el vigor y la lozanía que sólo producen las cosas que han de durar mucho, RELATA sigue enhiesta, avistando nuevas realidades para contar, ayudando a tejer esa red de vasos comunicantes de los cuales, de otra forma, hacemos parte todos los colombianos.

DIEZ AÑOS DE LECCIONES APRENDIDAS

NAHUM MONTT²



La idea era muy sencilla: crear una red de talleres de escritura creativa que reuniera a los principales talleres existentes en el país con los otros talleres que apenas daban sus primeros pasos. Se esperaba que los maestros en el oficio de enseñar a escribir compartieran sus experiencias con los jóvenes que comenzaban este camino.

El cómo escribir y el cómo enseñar a escribir alentaron el espíritu que dio origen a esta red que en sus comienzos se llamó Renata y que ahora todos conocemos como RELATA. También se esperaba apoyar en las gestiones de recursos de los nuevos talleres con las instituciones regionales encargadas de financiar este tipo de iniciativas. Y, por supuesto, apoyar la publicación de los mejores textos generados en estos talleres.

Desde entonces —los calendarios dicen que han pasado diez años—, se han realizado una cantidad importante de encuentros,

2 Nahum Montt: Barrancabermeja, 1967. Uno de los primeros directores de taller que tuvo RELATA. Escritor, ganador del Premio Nacional de Novela en 2004.

de visitas de escritores asociados, se han publicado muchos libros y ganado muchos premios y reconocimientos.

Y más allá de los altibajos propios de una red de talleres literarios en un país como Colombia, de las muchas crisis y las muchas resurrecciones, por la Red han pasado desde los escritores más jóvenes y en proceso de formación hasta los más importantes y consagrados; los más visibles y los más invisibles, los más comprometidos con esta causa y los menos comprometidos.

Se han desarrollado proyectos tan especiales como valiosos, entre los que se destacan Libertad Bajo Palabra, talleres de escritura dirigidos a la población en situación de reclusión carcelaria; Palabras Mayores, cuyos participantes son personas de la tercera edad, y Oralitura, dirigidos y trabajados desde las comunidades indígenas.

Nuestra gratitud con los coordinadores de la Red y los directores de los talleres que animaron y continúan dando vida a estos procesos. Se les agradece su franca voluntad por romper con los estereotipos que reducen las obras literarias al análisis de dos o tres aspectos estéticos, obstáculos recurrentes en los procesos de formación. Estereotipos que reducen la lectura a su dimensión más superficial, como fuente de informaciones que proporcionan a sus practicantes una “vasta cultura general”. En este contexto, las obras literarias son resumidas y explicadas a través de hipótesis interpretativas legitimadas por la autoridad del docente a cargo.

La lectura es una actividad creativa cuando genera un proceso de transformación de conciencias, un diálogo entre los múltiples saberes del texto y sus posibles lectores. Un diálogo que propicia la disposición de interpretar y lanzar conjeturas, de plantearse preguntas y lanzar predicciones, de reconstruir mundos posibles desde el texto. Las obras literarias son esos objetos de la cultura en las que se representan modos figurados de ver el mundo. Y el gran desafío continúa siendo hablar sobre estas obras y provocar el deseo de leerlas.

RELATA nos enseña que redactar y escribir son dos cosas distintas. Se redactan informes de una manera clara y transparente; su contenido es confiable e incluso previsible y responden a unos estándares y formatos previos que reducen el acto comunicativo de la escritura a un único sentido. Además, el tiempo para redactar es tan efímero y fugaz como la vida misma.

La escritura, en cambio, implica enfrentar el desorden, la oscuridad, el misterio, pero sobre todo el fracaso. Cuando se escribe se intenta solucionar problemas con la expresión, pues no se trata de encontrar la palabra adecuada sino de buscar y ensayar recursos más efectivos para no traicionar el sentimiento, la emoción de las palabras. La escritura avanza a través de distintas etapas. Se comparten, se escuchan y sobrevive a las críticas.

Se escribe a ciegas. Se intenta expresar lo inexpresable, se intenta burlar a la muerte. El mejor ejemplo de escritura esencial, necesaria, desesperada y agónica es la del oficial del submarino nuclear ruso K 141 Kursk, en las profundidades del mar de Barents a mediados de agosto del 2000: “13.15. Todos los tripulantes de los compartimentos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay 23 personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas”.

El resultado nunca es satisfactorio. Pero al menos en este camino se aprende a distinguir la belleza del caos, se aprende a valorar los distintos tiempos de la escritura: las primeras imágenes e intuiciones poéticas, los primeros bocetos consignados en las libretas de apuntes, el primer borrador y las sucesivas revisiones hasta descubrir el texto a través del noble e incierto ejercicio de la reescritura.

Claro, la técnica ayuda. La técnica entendida como la carpintería de un oficio que se puede enseñar: consideraciones éticas y estéticas, errores comunes que se pueden evitar; reflexiones y experiencias fallidas que interioriza el escritor para escapar y dejar en el tintero de los esfuerzos inútiles aquellos textos triviales, culebrones mediocres y obras que simplifican de manera excesiva nuestra condición humana.

Releer los grandes textos es el mejor camino. Reproducir el efecto amplio y profundo de estas obras, dejarse llevar de la mano, dejarse guiar a través de las obras de los grandes maestros. Hacerse amigo de sus personajes, habitar sus atmósferas, recrear sus imágenes, memorizar sus palabras y pronunciarlas en secreto como un conjuro contra la mediocridad que acecha al escritor.

En los talleres de RELATA se enseña a leer y a escribir de otra manera, se explora la música de las palabras y la libertad de pensamiento analógico más propio de la infancia. Se desarrolla un sentido crítico y se afina un gusto, una sensibilidad que permite reconocer cuando un

texto literario es bueno o malo y argumentar por qué. Este hecho ayuda a superar tantas simpatías involuntarias como antipatías voluntarias.

Y ante las preguntas recurrentes de quienes participan en los talleres de: ¿qué es poesía?, ¿qué es cuento?, ¿qué es novela?, resulta la respuesta más obvia y perogrullesca posible: sólo se llega a saber que es poesía, que es cuento, que es novela cuando se leen muchos poemas, muchos cuentos, muchas novelas... el buen poeta, el buen cuentista, el buen novelista no es más que un lector consumado y creativo del género que escribe.

El poeta, el cuentista, el cronista, el novelista medita sobre la esencia de su género, reflexiona sobre su naturaleza, sus funciones y sus relaciones con las otras artes, con el mundo de las ideas y los sentimientos a través de la escritura. Pues se escribe para descubrir, para reconocer, experimentar, recordar y homenajear a los maestros.

Una cosa es la experiencia creativa de la literatura y otra muy distinta es expresarla de manera coherente y sistemática. Es muy difícil convertir la propia experiencia en un modelo, una metodología. Uno teoriza como quiere y escribe como puede. Cada quien tiene que recorrer su propio camino cuando escribe. No existen atajos. Ni fórmulas. Con frecuencia los grandes hallazgos en el oficio de escribir, esas verdades y certezas que se presentan como epifanías, revelaciones mágicas que nos cortaron el aliento y nos sumieron en la perplejidad durante un buen tiempo, al ser compartidas y explicadas en los talleres pierden por completo su potencia luminosa y se convierten en simples anécdotas y chismes que ilustran la neurosis creativa.

RELATA nos ha enseñado que Colombia no es una fábrica de poesía, de cuentos y de novelas: Colombia es poesía, es cuento, es novela. Somos las historias que contamos, los poemas que escribimos y las crónicas que relatamos. Las obras literarias que se escriben en los talleres de RELATA no sólo le dan sentido a la realidad que vivimos y nos ubican en un espacio / tiempo que compartimos con los demás, también transforman nuestra manera de percibir la verdad y la ficción, la memoria y la imaginación, lo individual y lo colectivo.

EXPERIENCIA DE LA POESÍA EN RELATA, DIEZ AÑOS

LUCÍA ESTRADA³



Haber podido contemplar, cierta tarde de agosto, en la biblioteca Federico García Lorca de Apartadó la concentrada atención de un grupo de jóvenes hechizados por la palabra poética que saltaba como chorro vivo y refrescante de entre los grandes bigotes de Juan Mares, o sentir otro día en el aire la extraña energía convocada por la voz ancestral de una cantadora chochoana en Quibdó convocando el ritmo, la memoria colectiva hecha poesía de la tierra, o haber conversado en otras ocasiones con los muchachos de Tríade Poliarístico de Itagüí en torno a las grandes voces del mundo, más acá de las barreras idiomáticas, abriéndonos en silencio al verso misterioso, al poema nunca del todo descifrado que de pronto eran todos los poemas; haber viajado con la poesía al encuentro de otros silencios y otros sueños a Pereira y su Luna de Locos, a Armenia y su Letras del Café, a Manizales y su Escuela Permanente de Dramaturgia; haber compartido con un puñado de amigos en Plumaencendida de Envigado los pequeños y

3 Lucía Estrada: Medellín, 1980. Fue coordinadora del Nodo Occidente de RELATA. Poeta, traducida al inglés, italiano, japonés, francés y alemán. Ha publicado más de diez colecciones de poesía.

sin embargo inagotables secretos del quehacer poético; haber podido soslayar la complejidad de la palabra maestra en el Taller de la Universidad de Antioquia; haber mirado de cerca los textos propuestos por decenas de jóvenes que buscaron febriles hacer suya por fin la aventura de una publicación en libro; haber sido testigo durante estos últimos diez años de estos y muchos otros momentos de amor por la palabra poética, de pasión genuina naciendo directamente de la experiencia inmediata en cada grupo, en cada participante, en cada taller de RELATA, ha justificado ampliamente y pagado con creces, sin duda, un trabajo para mí inolvidable y único.

La poesía como puerta de entrada al conocimiento profundo de la vida y del mundo, la poesía como conciencia sensible y despierta del lenguaje que nos nombra, nos sitúa y nos une en lo otro y con los otros, la poesía como creación y búsqueda de realidad, como ejercicio de exploración y apropiación del sentido, como oficio de coherencia y claridad, la poesía como experiencia de totalidad fue entonces el horizonte y a la vez el territorio implícito hacia el cual y sobre el cual se desarrollaría esta aventura ahora vista en retrospectiva, desde el sentimiento que ligó entre sí cada pequeño avatar, cada acto, cada intención durante estos años como coordinadora del Nudo Occidente, pero también, como aprendiz y testigo de una experiencia colectiva y bella tan importante.

No fue sólo una tarea de seguimiento y tutelaje desde afuera. En verdad, creo que fue sólo a través del contacto directo con los jóvenes talleristas, los directores, el entorno vital en el que se encontraban, que se posibilitó que el proyecto obtuviera al final el éxito esperado, el reconocimiento y la acogida entusiasta que hasta hoy permanece, se profundiza y expande.

La presencia de la poesía en las prácticas de los distintos talleres, implícita o explícitamente, ha sido un elemento esencial. Ella, como vivencia de la palabra despojada de academicismos, permitió crear desde el comienzo una atmósfera de comprensión, de intimidad y libertad expresivas que, sumada a otros factores y recursos ciertamente indispensables como el conocimiento vivo de parte de los directores de taller, el apoyo constante desde las instancias administrativas del proyecto (RELATA), la dinámica de las convocatorias, los estímulos, la unificación de esfuerzos, la continuidad en el tiempo de los talleres, ha

hecho posible para mí más que un resultado mensurable en producción de textos, escritores y poetas, una maravillosa y única experiencia de vida que, a su vez, contribuyó —y sigue haciéndolo— en la construcción del país profundo y verdadero que en la hora actual queremos conquistar.

En Colombia, desde hace años, los talleres literarios son reconocidos espacios de convivencia y construcción de vínculo social que suplen en parte algunas de las deficiencias más críticas de nuestro sistema educativo tradicional, en el que la literatura y en general la apreciación de las artes, el cultivo de las humanidades, siguen siendo marginales, cuando no desplazadas voluntariamente al campo de las disciplinas “inútiles”, al territorio ambiguo de lo “cultural” entendido como zona de nadie, donde se diluye en abstracto todo compromiso inmediato de quienes corresponde asumirlo. En tal sentido es la comunidad la que espontáneamente ha logrado conformar esos pequeños grupos de personas, entre jóvenes y adultos que, a la postre, contra viento y marea han logrado establecerse en distintas ciudades del país.

Con el apoyo institucional estos talleres han podido proyectarse por fin al plano nacional desde cada una de sus regiones, y creo que el balance hoy por hoy es bastante rico, puesto que ya se constituyen en sí mismos como enclaves culturales auténticos, en constante crecimiento y proyección.

En los talleres a los que pude acompañar en diversas oportunidades, comprobé que más allá de los fines, a veces un poco utilitaristas que el ejercicio de la literatura impone, estaba ante todo el deseo de encontrar en ella un camino de vida más abierto y libre para muchos de los integrantes, una oportunidad real de acceder al mundo y ocupar en él un lugar, por medio de la creación personal y el poder que la palabra les revelaba. Fue desde esa noción que vislumbré la función verdadera, por así decirlo, de la poesía como impulso creador, como necesidad fundamental del ser para reconocerse y tomar posesión de la vida de manera profunda, intensa y real. No era la poesía, de hecho, para muchos de los talleres enfocados en la narrativa, en el ensayo, en la crónica, parte de un “programa” previamente acordado, excepto, claro, en algunos de ellos definidos con antelación como talleres de poesía. A la larga, la poesía fue entonces una presencia tutelar, en la mayoría de los

talleres, siempre presente aun cuando no se la mencionara directamente. La búsqueda de la palabra exacta, el ritmo, la claridad y la armonía de un texto, la gracia y la belleza de la buena forma, de algún modo, son características connaturales a la poesía que, en su fuero, todo escritor quiere y debe siempre conseguir, y ello, más allá del resultado concreto, es lo que inspira y mueve secretamente el motor creativo en todos los géneros, como bien lo han apuntado desde antiguo los grandes maestros y siguen reconociéndolo hasta hoy la mayoría de los escritores.

No es la poesía ese coto privado del verso y los “buenos sentimientos” que tradicionalmente se ha malentendido, lo cual ha hecho tanto daño en la práctica no sólo de la lectura sino de la propia escritura. Aún persisten los equívocos más torpes al respecto, pero por fortuna, a medida que los jóvenes y también los adultos se adentran con verdadero interés y profundidad en el conocimiento del lenguaje y la evolución del concepto mismo de lo literario, ya no se mira con sospecha ni rechazo el papel que la poesía desempeña, no sólo dentro del territorio literario como tal sino en el orden general de la existencia. Por eso, creo, no se enfatizó tanto en el significado formal de lo poético como artilugio, como procedimiento, como *tecné* (si bien tampoco se lo ignoró cuando fue necesario abordar la escritura poética como oficio práctico) y en cambio sí fue posible, de acuerdo con lo observado en mis visitas y el contacto que los talleres tuvieron con muchos escritores profesionales a lo largo del tiempo, entender que había una noción más amplia de la escritura como simple producción de textos correctos, aparentemente bien desarrollados: la *poiesis*, es decir, la capacidad original de la creación humana como misterio, pero también como fuerza tangible capaz de transformarnos y llevar la conciencia de la realidad a nuevos niveles de realidad. La noción de *poiesis* como poder generador y transformador de realidad a un nivel más intenso y exigente que, cuando se tiene conciencia de él, indudablemente hace del escritor un verdadero artista, un creador auténtico.

Tal como se ha repetido hasta la saciedad, y sólo para recordarlo un poco de labios de uno de los grandes maestros de la crítica y la poesía en Hispanoamérica, Octavio Paz: “La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono. Operación capaz de cambiar al mundo, la actividad poética es revolucionaria por naturaleza;

ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro. [...] Arte de hablar en una forma superior; lenguaje primitivo. Obediencia a las reglas; creación de otras. Imitación de los antiguos, copia de lo real, copia de una copia de la idea” (*El arco y la lira*, 1956), la poesía no puede sujetarse a ser convertida sólo en materia didáctica, o a la simple voluntad de “cultivarla” como si fuera un arte de jardinería más, porque, según lo dicho por Paz y una multitud de poetas, teóricos y críticos del mundo, la poesía es ante todo experiencia de totalidad, experiencia interior, experiencia del mundo sensible expresada en su más alto nivel, lo cual, por fortuna pudo ser entendido de alguna manera durante todo este tiempo por parte de los muchos participantes de los talleres de RELATA, no desde lo teórico sino desde la experiencia misma de una escritura abordada a impulsos del deseo y la necesidad, repito, de encontrarse, de asumirse en el mundo desde y con la palabra, el lenguaje vivo y propio.

Desde las diferentes orillas expresivas el diálogo intertextual, la noción de literatura como ejercicio de reconocimiento, como ruptura y rigor al mismo tiempo desde el lenguaje, hicieron posible la experiencia de la poesía en mayor o menor medida e intensidad para todos aquellos jóvenes y adultos que, en algún momento, participaron, estuvieron ahí presentes y continúan tal vez haciéndolo o están ya ocupados en otros menesteres sin olvidarla, sabiendo que más allá de estos espacios, es la vida la que les probará finalmente hasta dónde esta experiencia les enriqueció, les abrió el ser a otros niveles de realidad, les propició seguir ampliando el sentido de su propia existencia y transformarla, conectarla con otras en un tiempo que se hace cada vez más crítico y difícil.

No habrá sido vana esta experiencia acumulada de manera quizá silenciosa y casi invisible, menos cuantificable que otras, pero sí más profunda y significativa en las vidas de aquellos que por alguna razón o sinrazón decidieron acogerse a la palabra y compartirla, resignificada, no sólo con los demás compañeros de talleres sino con lectores que en general podrán encontrarla y volver a asombrarse, a ser tocados por su belleza y verdad un día u otro.

Diez años son apenas un primer tramo en el largo sueño que todavía está por alcanzarse, quiero suponer, como parte de un ideal mayor

como país, como sociedad. Diez años que han sido lo suficientemente intensos y ricos como para garantizar que este excelente proyecto no se detenga, y por el contrario, se extienda a muchas regiones más.

La *poiesis* más allá de los territorios del poema como género, permitirá, sin duda alguna, que RELATA siga presente entre nosotros, acogiendo el trabajo de miles, manteniendo en alto la luz que, en tiempos de dificultad y desesperanza, no puede apagarse.

SOBRE LOS DIEZ AÑOS DE RELATA

JOSÉ ZULETA ORTIZ⁴



RELATA es el único programa de formación no formal consagrado al arte de la literatura y sin duda un bien invaluable muy poco valorado.

La literatura es, de todas las artes, la que más reconocimientos y premios internacionales le ha brindado a Colombia, también es la que menos presupuesto recibe del Estado. Es el arte que menos ofertas de programas de educación formal o informal tiene. No existe una sola institución consagrada a formación literaria. Hay mucha ambigüedad y poca claridad sobre la escritura como arte; las instituciones que apoyan la cultura y promueven las artes han desconocido la importancia de la formación de talentos en literatura.

En la enseñanza de la literatura, en los planes de los pregrados universitarios se exponen métodos para aproximarse a lectura de la literatura, a su clasificación y comprensión histórica; son herramientas teóricas que buscan producir licenciados para que se desempeñen como profesores del área del lenguaje en los colegios o en las universidades.

4 José Zuleta Ortiz: Bogotá, 1960. Director del taller RELATA El cuento de contar, en Cali, y del programa Libertad Bajo Palabra. Escritor que ha ganado varios premios nacionales e internacionales por su obra.

La promoción de la literatura se concentra en la promoción de su lectura y no en la promoción de su escritura y práctica artística. Basta revisar lo que se invierte en promoción de lectura y compararlo con lo que se invierte en la promoción de la escritura de literatura.

¿A quién se le ocurriría pensar que para incentivar la práctica artística de la música se promoviera únicamente que la música fuera escuchada? Es urgente e indispensable comprender que hay dos dimensiones de la práctica de la escritura: la práctica formal y la práctica artística. La dimensión de la práctica artística ha sido recientemente incluida en Colombia en una universidad (Central de Bogotá) y a nivel de posgrado en cuatro más. En un país que tiene tanto aprecio por la literatura estamos muy lejos de asumir la promoción de esta como práctica artística, y por ello hay que valorar lo poco que se tiene.

Qué es un taller

El taller es la forma más antigua de la educación. Basa su método en algo simple: todo se aprende haciéndolo. Desde el origen mismo de lo humano hemos aprendido por imitación: en la tribu, en la familia, y finalmente en los talleres donde se instruía a los aprendices en las artes y los oficios. Ocurrió así con los herreros, los domadores de caballos, y con el arte: en los talleres de los artistas, los nuevos talentos se hacían artistas. Luego nacieron las escuelas, que eran talleres en donde los maestros herederos de una tradición, a veces familiar, compartían con sus aprendices las técnicas, los “secretos”, para que estos, ejecutando partes de una obra arquitectónica, pictórica o de otro arte, aprendieran y desplegaran su talento acompañados por un maestro.

En un taller, quien desea aprender debe hacer. De ese modo puede advertir sus yerros y corregirlos, también descubrir sus cualidades, sus destrezas. Y, si hay talento, se debe honrar ese talento con trabajo.

La literatura es, entre otras cosas, una herramienta para indagar sobre lo que no sabemos. En esa búsqueda hay que aprender a desprenderse de las vestiduras, de las certezas, de los saberes, de los

sistemas y de las ideologías. El escritor asume que la literatura es en sí misma una vía de indagación sobre lo que somos y que su poder reside en su libertad. Gran parte de lo que es la vida no se puede explicar, apenas intuir; quién puede negar que somos hijos del azar, y que todas las vidas están de algún modo sujetas a esta fuerza que algunos llaman Dios, otros Destino; que no es otra cosa que lo que nos ocurre sin que sepamos cómo ni por qué, y que es precisamente eso lo que le da a la vida su gracia y su sabor.

Vivir es interesante por lo que no sabemos, por lo imprevisible, por lo que tiene de juego, riesgo y expectativa. La literatura aborda la causa del ser humano, acepta lo que tiene de absurdo, de milagro, como parte de su encanto y como tema de sus preguntas. Esta indagación no busca certezas, busca sólo la aventura de la exploración. El escritor es un explorador entusiasta, y para él lo más importante es la incertidumbre de su aventura.

En ese sentido, frente a la literatura estamos solos, y de algún modo, ella es la que nos guía. Tal vez por esto aprendemos sobre ella en ella misma: son las grandes novelas, los cuentos logrados, los poemas reveladores, los que nos enseñan sobre lo que es la literatura.

RELATA

RELATA es un programa que tiene más de diez años. Son cincuenta y seis talleres (cincuenta y tres de ellos se realizan de manera presencial y tres de modo virtual) en treinta y siete municipios de veinticuatro departamentos; beneficia a 1.383 personas (1.275 de 53 talleres presenciales y 108 inscritos en 3 talleres virtuales) que desean aprender y escriben literatura. Somos una red que surgió de manera espontánea y que se organizó tratando de apoyarse mutuamente, con el propósito de intercambiar sus lecturas y sus producciones, y desde luego, con el ánimo de buscar apoyos para realizar su trabajo. Es una red diversa y heterodoxa: 30 talleres trabajan cuento, 9 talleres poesía, 1 taller crónica, 1 taller dramaturgia, 1 taller novela y 11 talleres trabajan todos los géneros.

Su financiación es precaria: el 37 % de los talleres no pueden pagar a su director y otros catorce (25.4 %) reciben como pago algo

tan simbólico que no alcanza para el transporte del director y los materiales. Así las cosas, menos de la mitad de los directores reciben pago por su trabajo.

Sería deseable que la literatura fuera considerada un arte tan importante como la música o el cine y que se promoviera a sus creadores y se invirtiera en la formación de nuevos talentos.

RELATA puede ser un vehículo, una red de apoyo para muchos propósitos. De hecho ya lo es: el programa de escritura creativa Libertad Bajo Palabra, que se realiza en veinte cárceles de Colombia, está soportado en la estructura de RELATA. Cuántas cosas se podrían hacer: si hay posconflicto y los guerrilleros desmovilizados quieren contar y reparar, RELATA puede ser una herramienta para ayudar a ese propósito. El Concurso Nacional de Cuento que realiza el Ministerio de Educación, sin proponérselo, se ha apoyado en RELATA. Sin embargo, en este momento RELATA está en crisis, recibe la mitad del presupuesto que recibía. Y en consecuencia ha recortado los apoyos de manera dramática.

A pesar de ello, los que formamos parte de la Red creemos en ella y lucharemos por ella.

Ahora que la Red está de cumpleaños, es importante para su futuro hacer visibles los logros de RELATA. Es importante que muchas instituciones los conozcan. Que vean las potencias latentes que tiene. Y que nos veamos como un bien que está en capacidad de hacer mucho por el arte de la literatura en Colombia.

RELATA 10 AÑOS

VÍCTOR BRAVO MENDOZA⁵



En el escenario de lo público, el quehacer literario jamás ha atravesado las fronteras del espectáculo. Al parecer, la Academia Sueca, al otorgarle el Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan, lo que pretende con ello es darle, en parte, la etiqueta de espectáculo a lo que tenga carácter textual. Mas, esta percepción, no es lo determinante en el desarrollo del presente tenor, referido sí, a una muy notable efeméride. No obstante, volvamos a lo del quehacer literario como un hecho lejano a las fronteras del espectáculo; porque tal vez sea ese mismo aspecto lo que no le ha permitido a la literatura alcanzar los ámbitos de los procesos que le conceden dinámicas a los planes de desarrollo a instancias nacional o regional, en nuestro país. Aún más, en el mismísimo Ministerio de Cultura, la literatura —sin aceptar sus antecedentes como artísticos— fue el área que ocupó el último asiento en el Consejo Nacional de Cultura, después de muchos años de que las otras áreas artísticas tuvieran sus representantes en dicho

5 Víctor Bravo Mendoza: Fonseca, 1956. Director del taller RELATA Cantos de Juyá, en La Guajira. Poeta, narrador y gestor cultural, ha sido ganador de varios reconocimientos nacionales por su obra.

consejo. Y, precisamente, es ese Consejo Nacional de Literatura, el que al lograr aquel hito, propone fomentar la literatura en el país a través de una Red Nacional de Talleres de Creación Literaria, que ya se había tratado de conformar algunos años atrás con los Encuentros Regionales de Talleres de Escritores, realizados estos en varias ciudades colombianas. Con el permiso de quienes ya lo olvidaron (amén), se consignan aquí apartes de los inicios de dicha red, determinados en el libro *Red Nacional de Talleres de Creación Literaria*, Ministerio de Cultura, Unibiblos, Bogotá, 2002.

La Red Nacional de Talleres de Creación Literaria en Colombia pretende elaborar un mapa y un directorio de los talleres. Esta labor ya se ha adelantado en gran parte del territorio nacional. Ha sido un trabajo arduo, especialmente por parte de Andrés Giraldo Pava. Él inició este proceso de desarrollo de esta propuesta en Bucaramanga en el marco de la VII Muestra del Libro del Oriente colombiano, durante los días 28, 29 y 30 de septiembre del año 2001. No obstante hay que recordar la gestión de Óscar Torres Duque y la labor mancomunada con Andrés Giraldo para la realización de los Encuentros Regionales de Talleres de Escritores en Medellín, Bucaramanga, Cali, y Cereté en 1999, los cuales fueron la base para la creación de una primera propuesta sistemática para el Área de Literatura.

[...] En algunas regiones surgieron muchos equívocos con respecto a la creación de la Red, pues se tuvo la idea de que la presencia del Ministerio de Cultura era una especie de “lámpara de Aladino”. Esta fue una de las dificultades que sorteó el asesor. Los otros aspectos del programa fueron muy bien aclarados a partir de las conferencias de Isaías Peña Gutiérrez, en Bucaramanga; Olga Correa Inostroza, invitada de México, y Jairo Morales Henao, en Medellín; Harold Kremer, Edgar Bastidas Urresty y Darío Henao, en Cali; y por último Claudia Rodríguez y Víctor Bravo Mendoza, en Barranquilla (44).

Resultaba lógico que la conformación de esta Red Nacional de Talleres de Creación Literaria no quedara implícita en la inalterabilidad, esto es: consolidada en lo perfecto. De hecho, la Red siguió

transformándose, mutando en su dinámica para encontrarse con un sentido de consonancia que, en el año 2006, se armoniza con lo que después pasó a denominarse Red Nacional de Escritura Creativa. Fue entonces aquel proceso iniciado en 1999, con los cambios y logros que se forjaron en el ya imborrable 2006, los que brindaron un lugar de encuentro para el bautismo definitivo de la Red Nacional de Escritura Creativa, que había nacido con el nombre de RENATA, y que hoy se agasaja en sus 10 años de vida, con el patronímico de RELATA.

Ahora bien, *sentipensada* desde acá, desde este lugar de periferia de provincia, que además es un lugar de frontera —no se olviden que los lugares más olvidados de este país son los de fronteras—, RELATA, con su imagen símbolo: Alicia, llave en mano, en busca del país de la maravillas, que en el irrefutable adjetivo de maravillas que le califica como país, representa también el nuestro de forma irrefutable y perenne, viene a representar una unidad de lo distinto, porque en ella, en RELATA, no obstante aún su cuerpo en adolescencia, se amalgama una mayúscula heterogeneidad que, difícilmente, en cualquier otro espacio de nuestro territorio se puede conciliar en convivencia y conveniencias para el bienestar general en lo imaginario y en lo real, consiguiendo, en principio, acercar, metafóricamente, lo lejano, lo disímil, lo incompatible. En RELATA se percibe un feliz connubio de lo indígena y lo afro, de lo caribe y lo andino, de lo chocoano y lo llanero... creando para sí un consolidado idilio de encuentros en el voluminoso relieve de la semejanza a través del uso del lenguaje hablado y escrito; de la rica descripción cartográfica de espacios horizontales y verticales, desde donde se habla y escribe; más la riqueza del físico personal en la presencia de sus miembros, cuando se realizan las convocatorias evaluativas cada año.

Contextualizando apartes del bloque textual anterior, por ejemplo, en el uso posible del lenguaje escrito, las antologías nacionales de cuento y poesía RELATA son una prueba fehaciente de los distintos testigos que ven y observan las diferencias de una Colombia pluriétnica y multicultural. Distinta, pero contada por todos los asistentes a los diferentes talleres de creación literaria RELATA. Cada narración bien contada muestra las diferencias que no dejan ver las estadísticas oficiales. Narra el que sabe, el que conoce, el que vive y magnifica su entorno, el que descubre el sentido de las palabras, no el que tabula

etiquetas. Aquel es el país posible, el que no niega su historia, sus diferencias, objetivas y subjetivas —casi por igual—, sus “maravillas”. Por esto último, RELATA debería visibilizar aún más su *corpus* escritural como se pensó en un principio desde el Consejo Nacional de Literatura, especificando criterios canónicos del quehacer literario en las regiones, desvaneciendo la opaca neblina de un centralismo gris, hasta que, por fin, se traspasen las fronteras de lo mal llamado “literario periférico”. Por supuesto que, por esa vía, los textos ignorados de lo “literario periférico” lograrán la posibilidad de seguir revelando *otros ámbitos, otras voces*, con la contingencia, si es posible, de mostrar a través de la creación escritural la totalidad de todo el país, puesto que en el contenido de la historia de todo texto, lo que finalmente revela el escritor, además de sus huellas personales, son las acciones, disimuladas o reales, de los miembros de toda la comunidad a la que pertenece.

La literatura, en este sentido, es un instrumento de la libertad, la luminosidad, la imaginación y, sí, la razón. Es nuestra única esperanza contra la larga noche gris (Goodman, 1990: 160).

Para finalizar, es necesario confirmar que RELATA es un gozo de todo los sentidos. Quien escribe a través de ella, así lo vive y así lo siente. Habrá y, es seguro que lo hay, quien reniegue de haber llegado a alguno de los tantos talleres que de RELATA existen en el país. Quien se retira de sus pórticos sin cortinas, porque realmente no siente la mágica pasión de escribir, o porque no tiene la convicción, parodiando a Gabriel García Márquez, de llegar a ser “mejor que Cervantes”. También puede ser el otro: el que no llega a RELATA, porque no peca de ignorancia.

Los arrogantes que lo saben todo, que nunca tienen dudas, se dan unos frentazos, mueren de eso (García Márquez, 1995: 253).

Por fortuna, RELATA se conoce más por los que se quedan que por los que se van. Los que se quedan son los que realmente están tocados por el gozo de lo verbal: oral y escrito. Los que están persuadidos de convertirse en amansadores de palabras. Los que están

convencidos de llegar a ser “mejor que Cervantes”. Los que saben que el escribir implica una labor ardua, titánica.

*Los mundos ficcionales “no se descubren con potentes telescopios”
sino que son “construidos gracias a una intensa actividad textual”
(Kripke, 1972: 267).*

Por último, volviendo a lo del gozo, que es deleite puro; placer, también, RELATA, se puede soñar con ello: debe alcanzar la edad de merecer, debe llegar a la edad del vino, para que su labor no se quede sólo en lo arduo, lo titánico. Y es lógico que así ocurra, porque ella, como Dionisos, “el dos veces nacido”, “el hijo de las dobles puertas”, también tuvo dos nacimientos (1999 uno, 2006 otro); pasó por dos puertas (Consejo Nacional de Literatura, una; Consejo Nacional de Cultura, otra) y, como Dionisos, RELATA representa una unidad de lo distinto. Nació en un país, que como en el Olimpo, difícilmente se concilia. También, como el dios del vino y el placer, RELATA no excluye el juego de las oposiciones y tiene una relación sutil en que se encuentran los opuestos. Y desde hace muy poco tiempo, simulando la voz de Ezra Pound, está susurrando...

Vengo a ti como “una niña crecida”
que ha tenido un papá testarudo;
ya tengo edad de hacer amigos.
Fuiste tú el que cortaste la madera,
ya es tiempo ahora de labrar.

Así sea. Para que en la edad del vino y del placer, cuando RELATA tenga la edad de merecer, se le puedan interrogar los ojos, bebiéndole el aroma de la rosa.



GANADORES





CUENTO



HEIDY JOHANA PERALTA
Asistente · Valle del Cauca · Cali
Taller El Cuento de Contar

ESAS COSAS DE NIÑA



A las doce en punto, cuando en la iglesia Santa María Reina retumbaban las campanas, la primera paloma cayó como un azote.

Los niños que estaban cerca corrieron a ver el pequeño bulto que convulsionaba en la mitad del parque. Leidy extendió su mano hacia el pecho agitado del ave. Quería saber cómo se sentía morir.

Su mamá no la dejó salir el día en que mataron al Mono a una cuadra de su casa; siempre había querido saber cómo era cuando la muerte arribaba. Ese día, su hermana y sus primos corrieron a la esquina azuzados por la gritería. Leidy dejó sus muñecas y fue tras ellos, pero su mamá se paró frente a la puerta para bloquearla, porque esas no eran cosas de niñas. Leidy hizo una mueca, se inclinó hacia su madre y cuando entrompó su boca para decirle que igual saldría, el ardor del golpe en su piel fue suficiente para doblar su incipiente rebeldía y devolverla llorando a sus cosas de niña.

Ahora, mientras más personas se arremolinaban encima de ella, Leidy pensaba que su mamá hacía demasiado alboroto con eso de la muerte. El pecho de la paloma había dejado de moverse y las patas lucían chuecas y flacas como rama seca.

Estando en esas, otra paloma cayó. El sonido del golpe sobre el adoquín atravesó la algarabía y enmudeció a la multitud. La gente volteó hacia la nueva paloma, mientras sus pensamientos tropezaban confusos. Menos de un minuto después cayó la tercera y nuevamente todos voltearon. Luego cayó la cuarta, la quinta y otra y otra más. Leidy alzó su cabeza y vio que llovían palomas.

Caían por montones en torno suyo. Leidy se concentró en la que cayó al pie de su zapato; el animal parecía albergar una pizca de vida, así que acercó su cara y afinó el oído para escuchar el último deseo de la moribunda. De repente oyó un crujido. Se agachó aún más, evitando el barullo entrometido que nuevamente se agitaba, cuando lo escuchó de nuevo. Ya no sólo era el crujido, era también una sensación en su propio estómago de vacío, de esos que empiezan a subir y se van transformando en angustia y que al final se estancan en el pecho y empiezan a doler. Entonces, escuchó un tercer crujido y fue ahí cuando Leidy supo, con la sabiduría que le otorgaban sus años de niña, que ese era el sonido de su corazón. Dolió tanto que tuvo que llevar su mano al pecho y apretarlo. Así sin más, tres años y veintisiete días después, Leidy había recordado un suceso olvidado: el momento en el que Yeison, su hermano mayor, ya no había vivido más.

Una noche después del día de brujas, habían llegado a su puerta gritando el nombre de su hermano. Recordaba tener puesta su pijama rosa y la corona que ella y su hermana habían hecho, con cartulina y papel aluminio, para vestirse de princesa ese año. Yeison salió para aquietar a quienes lo reclamaban, pero terminaron discutiendo y al final se lo habían llevado. Unos quince minutos después, y a pesar de la lluvia sobre su techo de zinc, tres balas habían sonado precisas.

Su madre, que aún esperaba el retorno del hijo sentada en la sala, las había escuchado. Se levantó y salió a la calle, descalza con su camisión corto de algodón raído. No le importó la lluvia, ni su barriga de siete meses de preñez.

Leidy había saltado de su cama y había ido tras ella, corriendo con sus huesudas piernas. La niña siguió a la mujer dos calles al sur, por el sector de Los Pineda, y luego de subida por las escaleras interminables que conducen al parque. Finalmente, pasando la tienda del país, llegaron al lote baldío, donde la madre tenía la certeza de encontrar a su hijo.

Allí, entre la maleza, dos cuerpos delgados yacían boca abajo. Yeison, sin camisa y con los bóxer de dormir, era el primero. El otro era el Fresa, un moreno de corte mohicano y olor a marihuana en la boca, que hasta ese día cubrió la espalda de Yeison.

La mujer tomó a su hijo, lo volteó; vio sobre su pecho el agujero negrísimo y redondo, con un ribete espeso que empezaba a secarse. Era tan poca la sangre que lo pensó vivo, entonces lo sacudió suave, lo llamó, pero el cuerpo siguió dormido. Clamó de nuevo más fuerte, pero Yeison no respondió. La serpiente angustiada empezó a moverse en el estómago de la madre, subió por su pecho y al final explotó en un llanto apretado que se consumió hasta un lamento casi inaudible.

Leidy se empujó y caminó con pasos lentos hacia ellos. Se agachó teniendo cuidado de no tocarlos. Acercó su oído a la cabeza de su hermano y, a través de los lamentos maternos, escuchó un hilo de viento que se colaba por la boca seca del moribundo en un ahogado “ess”.

Yeison era lo que se dice un vago, con un reciente gusto por las pepas y uno más antiguo por la *marihuanita*, pasó sus últimos días al lado de los de La Mina, en negocios que su mamá prefería ignorar. Sin embargo, para Leidy su hermano representaba la fuerza de la vida. Ese flaco que calmaba su llanto con un bombón de fresa; que la cargaba en sus hombros, cuando subían desde la principal, para que no se cansara; que golpeaba a su primo cuando él la golpeaba a ella; aquel que esa noche le dijo: “cachetes, no me demoro”, ahora le dejaba su último aliento.

Al igual que las palomas, los testigos dijeron que Yeison convulsionó un par de veces sobre el piso y luego murió.

La madre, que se había preguntado con frecuencia qué esperar del más calavera de sus hijos, se vio tumbada sobre el cuerpo de aquel que, irónicamente, ya no le daría más problemas. Sin reclamos que hacer sólo quedó el silencio.

Pero el barrio no era de silencios largos y los vacíos rápidamente se llenaron con el caos. La venganza es impaciente y le gusta la sangre tibia así que, después de la muerte de Yeison y el Fresa, La Mina jodió a los Playboy y los Playboy remataron a los de La Mina. De nuevo balas en la noche, en las mañanas y las tardes; los pelados corriendo; los gritos de amenaza; los silencios cortos después de las muertes y otra vez el ciclo que reinicia.

El primero en caer fue el Chinche, el hijo de doña Mariela, el que cargó el cuerpo de Yeison hasta su tumba, en el Metropolitano. El segundo fue el Ruso. Cayó un domingo día de la madre en la tarde, afuera de su casa y delante de su mamá. Era un pelado bien. Habrá mirado a los ojos al matón y en el barrio ya se sabe que eso no se hace. Uno o dos meses después cayó la Chucha, el tercero. Ese sí era malo. Luego cayó un cuarto y un quinto y ahí Leidy dejó de contar y por fin olvidó.

Por eso, cuando al Mono lo mataron a una cuadra de la casa de Leidy, su madre decidió que la pequeña no iba a mirar de frente a la muerte nunca más, a menos que su hora llegara.

Ahora, tres años y veintisiete días después, Leidy, con la mano aún sobre el pecho, se encontró llorando por primera vez la muerte de su hermano.

Después de unos minutos, la caída de las infelices cesó. Para cuando el sol se puso, el párroco y los fieles de Santa María Reina habían contado ciento nueve palomas muertas en el piso de la plaza. Un “palomicidio” diría el diario al día siguiente, en una nota a doble columna y en la primera página de la sección regional, que concluía que quizás nunca hallarían culpables.

Los niños de Santa María, que conocen de sobra la razón de todas las cosas, comprendieron lo acontecido. Sabían que cuando una paloma cae, la tierra agradecida le permite a una de sus almas liberarse. Y el alma, ahora emancipada, vuela de vuelta al lugar de donde una vez bajó. Allí nuevamente se convierte en una gota de lluvia, que una noche cualquiera va a caer. No para posarse sobre la tierra ni perderse en la tormenta. No, esa gota va a caer sobre el vientre de una madre a la que previamente ha escogido como suya, para transformarse en la carne y la sangre de sus entrañas.

Al contrario, aquellas almas que ya no desean volver más, cansadas de tanto andar en vida, caen como gotas sin destino, para que quienes las amaron mientras estuvieron aquí, puedan escucharlas.

Desde entonces, en las noches de lluvia, Leidy se acurruca en silencio bajo sus sábanas y afina su oído y, si es paciente, puede escuchar a su hermano que la llama golpeando afanoso sobre su techo.

NELSON GUTIÉRREZ
Asistente · Atlántico · Barranquilla
Taller Literario “José Félix Fuenmayor”

EL PADRINO DE LAS CANICAS



Se encontraban reunidos en la oficina: el salón 4. ° B de la primaria “Inocencio Eugenio”. Allí estaba don Carlo Gutti, conocido como “El padrino”, jefe de la organización. Su pupitre estaba en el último puesto de la última fila. Poseía un recubrimiento en almohadillas y acabados tipo Luis XVI. Sin su permiso nadie podía jugar bolita de uñita. Era dueño de los territorios de arena y todos debían pagarle tributo. Fue el creador del sistema de ventas que permitía comprar canicas a cuotas, empeñar, canjear por un libro, comida u otro objeto de igual valor. Le gustaba la hermana de Gino y tenía en mente conquistar los territorios de cemento. Colombo era el segundo al mando. Su padre era odontólogo y por eso tenía una calza de oro en el incisivo izquierdo, que él mismo le pidió de cumpleaños para verse más rudo. No tenía apodo. Era el encargado de recolectar el tributo en las dos modalidades de juego: apuestas y recreativo. No sólo era hábil de mente sino con las manos, pues él mismo había implantado en los archivos del colegio, tanto la falsa identidad de Tanino como el requerimiento de una silla ergonómica para la pseudoartritis de don Carlo. Sabía cobrar bien los favores, hasta el punto de lograr la desaparición de los expedientes que cubrían denuncias de todo tipo y anotaciones

de enfermería con accidentes inusuales dentro del colegio: un niño siendo arrastrado por una cometa o atorándose con un flan. Tanino era el responsable de las ventas. Sin él la organización no producía. Apodado “El súper” por don Carlo, desde el día en que, al presentarle el recaudo, llegó con un libro que hacía gala de su personalidad: *El superzorro* de Roald Dahl. No hacía parte del colegio y para los profesores era un mastodonte del sexto año conocido como Víctor Iván Valencia. De último estaba Gino, alias “Andreíta” o “Cuñao”. No le gustaba ninguno de sus apodos. Era el supervisor de las explanadas alrededor de los árboles, lugares donde ocurría la mayor actividad. Se peinaba aplastándose el pelo hacia atrás. Sólo estaba allí porque a don Carlo le gustaba su hermana.

—Se me separa ese grupito, esa mafia allá atrás, o se me quedan sin recreo —los regañó el profesor Manotas y añadió con la mirada fija en Tanino—: Váyase para su clase, Valencia.

La reunión que llevaban a cabo se había concretado de todos modos. Don Carlo había delegado la supervisión del *Segundo campeonato de bolita de uñita* a Gino. Colombo no estaba de acuerdo, le parecía sospechoso. Además, el año anterior Gino había sido monitor de una clase, en otras palabras: mascota de los maestros. A Tanino tampoco le gustaba Gino. Le gustaba era su hermana. En su concepto tenía cara de soplón, y cierto brillo en el ojo le recordaba la avaricia y concupiscencia de los compradores de bolitas. Sabía que podía esperar cualquier cosa de él. Pero una orden era una orden. Gino se encargaría del campeonato. Tanino llevaría consigo el premio: 150 bolitas de cristal. Todo estaba arreglado. Ganaría Pérez, que era el favorito y pertenecía al salón de ellos. Sólo se le pagaría con 25 bolitas más protección. Las 125 bolitas restantes eran para comercializar. Tanino las haría desaparecer como un dulce en la boca de un niño. Era una tarea sencilla. Don Carlo no podía estar presente por una cita con el odontólogo. Colombo lo iba a acompañar y de paso visitaría a su papá en el trabajo.

Al día siguiente se disputaba la final del campeonato. Excepto por los profesores, el resto del colegio estaba allí. Incluso Máximo, *detodero* del colegio, que no se perdía nunca una final. Sabía todo acerca del negocio y nunca había delatado a nadie. Gino era el juez e impartía las reglas de juego. Explicaba que eran tres golpes: herido, grave y muerto.

Sin hoyito no se ganaba. No valía adelantar mano, mucho menos alzarla. Tampoco poner el zapato detrás de la bolita para frenar la otra, mejor conocido como contra. Tanino se burló de la explicación de Gino y lo llamó “Andreíta”, haciendo reír a todos los presentes. Gino le esbozó una sonrisa tan enfermiza a Tanino que le hizo recordar aquella noche en la que escuchó chocar las bolitas de uñita debajo de su cama. Continuó su explicación y aclaró que si la bolita salía del terreno de juego no se podía entrar disparando por cualquier lado. Se entraba por donde salía. En caso de dupla, es decir, que se pegaran dos bolitas, el primero que llegara a la raya ganaba la ventaja del turno.

Tanino se fue a otro lado para dedicarse a lo suyo. A lo que mejor sabía hacer: vender bolitas de uñitas. Siempre enganchaba a sus clientes con las coleccionables. Estas eran bolitas que sólo don Carlo Gutti poseía, pero que nunca utilizaba. Nada más era mostrarlas y listo, terminaban comprándole cuatro, cinco o seis de cristal, las más comunes.

Abordó a un muchacho de quinto y le mostró una apodada “la vía láctea”. En los ojos del niño se podía ver el destello que causaba la bolita en sus ojos, dejándolo deslumbrado, como si la viera por primera vez. Esto no sólo aumentó la ingenuidad en su rostro sino las ansias en su cuerpo para obtenerla. Quedó enganchado.

—¿Cuánto? —dijo apresurado el muchacho.

—No, esa no se compra. Esa se gana, y para eso tienes que jugar.

—Listo.

—Verás: Yo no te doy el pez, te enseño a pescarlo —aseveró Tanino y le aconsejó con tono de sabio—. Sale en la Biblia, deberías estar más atento a la clase de Religión.

—Muestra qué tienes en esa bolsita —dijo el muchacho sin darle importancia al consejo, sólo quería comprarle.

—Bolsita —le contestó con sarcasmo—. Mira lo que te tengo.

—Y empezó a sacar tantas bolitas de uñita que parecía que tuviera ocho brazos.

—Pareces un pulpo —le aseguró el muchacho al ver la facilidad con la que manejaba las bolitas.

—Un calamar —le corrigió Tanino y agregó—: tiene los mismos ocho brazos que un pulpo más dos tentáculos. Eso le da ventaja. Deberías prestar más atención a la clase de Naturales.

—Muestra rápido.

Esa era una de las tantas estrategias de Tanino, crear desesepero para que al momento de verlas no hubiera ningún tipo de moderación. Era como dejar pasar hambre a un animal y luego darle de comer. Cruel pero necesario para el negocio. Él lo sabía, don Carlo se lo había enseñado; pero él ya lo sabía.

—Para empezar te tengo las de cristales de 16 milímetros de sabiduría en el aire. Si vas a jugar, estas son tus aliadas para la competencia: el ojo de tigre, la flor de loto, las de cristal tornasolado, las de un sólo color, de dos, de tres o de cuatro. Mira esta tipo de pétalos de rosas, en blanco, en azul, en rojo; también tengo de lirios, de gladiolos, de narcisos, de tulipán, de caléndula, de astromelias. Si eres de los aficionados a la política te tengo las de los países: la peruana, la colombiana, la española, la alemana, la egipcia, la camerunesa, la jamaíquina, la cubana, la rumana, la de Rusia normal e invertida, la de Ecuador, que se parece a la colombiana, pero no es la misma. Son dos países diferentes. La de Georgia del Sur, la brasilera, la de Surinam, ni sabías que estaba en Suramérica, la panameña, la italiana, la belga, la china, la neozelandesa, y si eres de los nostálgicos: la yugoslava, que ya ni siquiera es un país; deberías prestar más atención a Geografía. También tengo las de hueso, mi hermano, estas poseen la virtud de escarchar, romper, agrietar o como tú lo quieras llamar cuando le partes la bolita al otro. También se conocen como las de leche o lecheras, las tengo blancas con líneas de colores, delgadas, gruesas, veteadas a lo largo, a lo ancho, en el costado, de un color, de dos o de tres, inclusive de nacionalidades con fondos cambiantes, todavía más banderas de países que ni siquiera existen, ¿dime si eso no es futurista? Las que parecen *brownies* con helado o un cono de vainilla, o en su totalidad blancas, como el arroz, o en capas como la cebolla roja. Te tengo las miniaturas que no son para la competencia, pero que en sus 12 milímetros divierten como un cachorro: las *fun size*, hasta en inglés te hablo para que te las lleves. Mira, tengo las de cristal, con un punto, con tres o con siete, en Argentina ya no las fabrican, mucha diversión, no podían con la euforia; con chispitas, sin chispitas, que brillan en la oscuridad, que producen su propia luz, las que vienen en las botellas de whisky, tú sabes, en el pico de la botella, lo partes y ahí está. Bueno, conmigo te evitas la cortada en los

dedos. Claro, si eres de los rudos, tengo los balines de todo tamaño. Los bolínchones o bolón, llámalos como quieras, es un país libre, de 25 milímetros, de 16, de 12, de 10, sacados de una trasmisión, de una esférica, de un cigüeñal, carajo ni siquiera hay balines allí. Por supuesto, este tipo de juego es ya kamikaze: ¿sabes qué son? Deberías prestar más atención en la clase de Historia. Si quieres el mismo vértigo, pero que no haya heridos, tengo las que salen de la bola del *mouse*, recubiertas de un caucho especial informático Windows 98. Y, por último, las que todos quieren, pero nadie juega con ellas: las coleccionables. ¿Utilizas gafas? Deberías ponértelas para lo que vas a ver. Dicen que el propio don Carlo Gutti las llevó a bendecir al Vaticano, que es un país dentro de Italia, ubicado en Roma; por cierto, te tengo las tres banderas de esos tres lugares en cristal, en hueso y si quieres te las pinto en los balines. Mira estas preciosuras. A esta se le conoce como la pimientica, la payaso, la huevo de codorniz, de avestruz, de ornitorrinco, que es un ave pero también un mamífero, ¿ya captas? Tú sabes lo que cuesta hacer poner un huevo a un elefante: es infinito. Las que son de agua o las agüita, con los siete colores del mar. ¿Has ido a San Andrés? Deberías ir, dile a tu papá que te lleve. Las pimientica blanca, las que no son de pimienta, sino de achiote. Las ónix, las karatecas, las que son todas negras, con flamas amarillas, rojas, verdes, violetas, blancas. Las cebras, que no sabes si son negras con blanco o blancas con negro. Las nebulosas, las del dragón volador, las petroleras, tanto de gasolina como de a.c.p.m., las supernova, las cometa, las panda, panda rojo y panda gigante, y también de oso de anteojos; las de frijol rojo, los de cabecita negra, los palomitos, las del hombre araña, la quemadura de sol, las de cristal de bohemia, de vidrio, de madera, ya sea en roble o en pino, las de las tortugas ninjas, las que son en su totalidad rojas con vetos amarillos, azul cielo con vetas plateadas y achocolatadas, carajo, tengo hasta las que no están en esta lista, las que me faltaron, hasta las de decoración de mi madre, que me costó un chancletazo, pero aquí estoy, y por último la favorita de don Carlo Gutti: la *Panthera Tigris Serenas*, esta es tan exclusiva que tiene su propio nombre en latín y sería algo así como: tigre blanco del Serengueti.

Cuando el muchacho de quinto quiso hacer su pedido, gritó una voz entre el tumulto:

—¡Manotas!

Tanino quedó tan deslumbrado al ver al profesor, que parecía un cliente suyo viendo las coleccionables. Sabía que lo habían delatado, y un sólo pensamiento le recorría la cabeza: “Ah, no es ni tan bonita la hermana de Gino”.

NORWELL CALDERÓN ROJAS
Director · Norte de Santander · Cúcuta
Taller RELATA Cúcuta

EL ALFIL BLANCO



Con el resplandor de los relámpagos reconoció la choza, silbó y se acercó a ella través de la negrura y la espesa tormenta. Desde la choza le respondieron. Abrió la puerta y los que esperaban vieron su silueta entre dos o tres relámpagos. Dio unos pasos recorriendo a cada uno con la mirada, pero vaciló ante una cara.

—No puede ser —murmuró bajito.

Los que lo esperaban se apartaron. Desde la silla, malamente iluminada en el centro de la choza, la mujer india apenas pareció verlo. La había reconocido nada más entrar, a pesar de que el sudor y el reflejo de las tres velas le *amascaraban* la cara, y una cinta —inútil en la soledad de la selva— le cubría la boca. No era ya una mujer bella; casi no quedaba fulgor en sus ojos negrísimo, estaba delgada, y la luz resaltaba la cicatriz que sus nudillos le habían marcado en la mejilla. Pero era ella.

—Necesito unos minutos a solas con esta india —dijo, y miró al más bajo de los cuatro.

El hombre bajo lo observó como si no entendiera sus palabras y fue a sentarse en el suelo de tierra, junto a los otros tres.

—Sin demoras y sin güevonadas, viejo —respondió levantando la voz—, usted sabe que no hay tiempo.

Él inició su rutina. Vela en mano le examinó los brazos, el cuello huesudo, el nacimiento de los senos —que luego de tanto tiempo volvió a estremecerlo—. No había moretones ni arañazos. Los carceleros siempre eran brutos, pero estos la habían respetado. Exigía que las hembras le llegaran sin ultrajes antes de que él ejerciera su arte, porque el odio enquistado les encerraba las palabras.

Terminando su examen reconoció el anillo y al verlo perdió el control por un momento. Tomó la mano de la india con suavidad, como si estuvieran en una fiesta de pueblo y no en una choza en mitad de la selva, como si él fuera un muchacho invitando a la quinceañera del baile y no su verdugo. Pasó los dedos sobre ese anillo, que antes de la india estuvo sobre la piel de su esposa —ese anillo que él mismo puso una madrugada en el dedo que ahora sostenía—. Pasó los dedos, luego se le acercó al pelo, que le olió a hojas y a tierra. Un recuerdo traicionero le vino con el olor y el presente se le volvió pasado, las manos le pesaron. Repitió el nombre de la mujer y se supo engañado por los trucos de la memoria. Soltó la mano y volvió la cara hacia los cuatro sentados en el suelo, a su espalda. Alguno susurró a los otros unas palabras indiferentes, él desabotonó su chaqueta frente a la india, que vio brillar la cache de la pistola.

Midió la conveniencia de decirles que la conocía, que había sido la mujer de su hijo —no les diría que también había sido su mujer—; pero entendió que cualquier revelación sería inútil y peligrosa. Además, ya no importaba saber por qué lo había engañado, sólo quería saber del muchacho. Calló e hizo como siempre: sacó los utensilios del oficio, los fue acunando en una larga tela sobre la mesa, en orden, junto al vaso y la jarra de agua que la mujer se bebía con la mirada.

Afuera diluviaba. Sirvió el agua y puso el vaso cerca de la mujer. No bebió ni le ofreció a la india —el agua era el primer movimiento del juego—, luego se sentó sobre la mesa, frente a la silla en la que ella forcejeaba. La inutilidad de ese esfuerzo le recordó un perro que vio morir en su infancia, estrujado por una boa. No era su perro y no hizo nada más que ver su interminable asfixia. Los ojos del gozque lo miraban con angustia y perplejidad, los de la boa lo medían con fría advertencia. La india seguía sus movimientos con una mirada intermedia entre esas dos.

Él, que siempre se subía y bajaba de la mesa para reclamar la atención del que estuviera en la silla, se acercó, le rozó la quijada y la cicatriz.

—Es mejor que cuente rápido, señora. Así todos ganamos.

Le arrancó la cinta con destreza de mago. La mujer no protestó, se pasó la lengua por los labios pellejados, rogó que le soltaran los pies. A una mirada suya se los liberaron.

—India, me dicen que llegó hace una semana de San Martín, que estaba con el enemigo.

Ella no dijo nada, como si no hubiera entendido que eso era una pregunta. La rodeó y le soltó las manos. Uno de los otros insinuó acercarse, luego se echó atrás siguiendo un ademán del más bajo. Al sentirse suelta, la india le dedicó una sonrisa simple y él comprendió que no había advertido el segundo movimiento del juego. En el tercero, le ofreció la frescura del agua apoyando el vaso sobre los labios descosidos. La india bebió sin descanso, hasta que la sorprendió una bofetada de ásperos nudillos. Cuando la levantaron se agarró a su mudéz con más fuerza.

Los ruidos se amortiguaban en la lluvia y el calor hacía brotar gotas en la piel de la mujer. Sacó de la chaqueta una bolsa con un libro y un solitario cigarrillo. Lo encendió y descargó sus recuerdos. Los otros lo miraban desde el suelo de tierra, recostados a las tablas. Los dos guardias jugando con las pistolas y los otros atentos al humo y a la espera. Se detuvo a dos pasos de la mujer y se miraron, reconociéndose, sintiendo en el intermitente brillo del tabaco el ardor del tiempo. No aguantó verse reflejado en los iris que desnudaron a su hijo. Bajó la vista. Al detallar los labios apretados de la india supuso que ella también pensaba en el muchacho. Su muchacho que fue bueno antes de conocerla, antes, en un lugar muy lejos de las cosas, no del tiempo y la distancia, de las cosas. Antes de ella.

Un ruido le avisó que los otros se habían levantado con brusquedad; tenía que cuidarse de ellos. Dio una chupada. En el humo que soltaba se iba el tiempo para hablarle, para entender cómo sus vidas habían llegado hasta esa noche: piezas en manos de algo sin nombre. Ahí estaba la que lo engañó y se llevó al muchacho, la que sabía qué le habían hecho y dónde estaba enterrado. Aun así se quedaría sin respuestas, porque no había tiempo y ellos tampoco le darían

espera, aunque ese dolor sin explicaciones lo hubiera convertido en el que ahora era.

Cuando el borde brillante del cigarrillo se acercó a sus dedos volteó a ver a los cuatro, que casi le rozaban la espalda. Maldijo la inútil suerte de haberla encontrado ahí y les señaló las cuerdas. Vio cómo la amarraron sin que protestara, entregada a la docilidad o a la culpa. La miró con lástima, porque era lo que quedaba de su hijo, porque le había recordado cuando él jugaba sus propios juegos, porque el tiempo para las preguntas —por las que había esperado diez años— terminó sin empezar. La miró con rabia, porque su rango en la guerra no era nada y sólo le alcanzaba para pretenderse un alfil, sacrificable, condenado a correr por un único carril de la vida: un alfil impotente, en tránsito hacia otra casilla.

Casi le ganaron la rabia y la impotencia de saber que esos otros estaban ahí. Y tuvo ganas de imaginar una ciudad afuera de la selva, sin mandos, sin muertos, con ella y sus respuestas. Sólo entonces la miró sin rabia, y los miró a ellos, uno a uno. También la india los miró, y luego vio hacia la cache de la pistola que asomaba en la cintura del hombre, y le sonrió al hombre. Él se rozó los párpados enrojecidos y exprimió una última pitada a la colilla. Al soltarla, tuvo claro que, en cualquier lugar de la selva, otro alfil estaría frente a una silla, trabajando igual que él una respuesta, jugando con su misma urgencia de guerra el otro lado de la inútil, de la interminable partida.

Para iniciar su arte, escogió un bisturí.



POESÍA



JOSÉ HERNÁNDEZ
Asistente · Bogotá D. C.
Taller de Poesía Ciudad de Bogotá: Los Impresentables

LA MUERTE SABE A CARNE DE MUTANTE



Te atrajo la elasticidad de mis piernas de caucho
el sabor azul de mis brazos de plástico
la docilidad con que nadaba entre tus babas de niño
la dulzura diminuta de mi cuerpo de atleta

Abre la boca
aprieta los labios
paladea
muerte
muerte suave
aspira

[Silencio]

¿Lo sientes?
Es el éxtasis del ahogo

Picaste el anzuelo mi niño de plata

Ahora sabes que mi carne tiene el sabor
de la carne de los mutantes
que soy la carnada con que Dios pesca
el desayuno
para la mañana que viene
Y que permanezco suspendida entre los vivos
y sus voces

Tienes los ojos tiernos
de todos los hombres de todas las épocas
que me han mirado
con una saeta/katana/flecha/dardo/lanza/bala
inflamada en el pecho

¿Y tú mi niño blanco te quejas
por un Cíclope atorado en la garganta?

Te despidas mientras observas este abrazo
No hay ballestas ni navajas
explosiones fusilados
No habrá escombros
Tu cadáver permanecerá intacto
Pequeño y rígido lo abrazará tu madre

¿Y quieres escapar mi niño azul?
Te rescato de este mar
De esta noche de miércoles
de lunes festivo
De la tormenta desbocada del tiempo
que revuelca las cobijas de esta cama

Tu llanto ahogado
va a separar el abrazo
pero no lo sabrás

Quieto mi niño azul
olvida la pinza de tus dedos
concéntrate en el vacío
que hierve en tu vientre

Olvídala mi niño
que me gustan tus ojos
Déjala a un lado
que me lleno de frío
Mi niño

HAROLD KREMER
Director · Valle del Cauca · Cali
Taller de Escritura de la Biblioteca de la USC

UN VIENTO CÁLIDO



I

Entonces, madre se sentaba en la terraza.
La noche era un vasto paisaje,
un viento vestido de infancia.
Vacas, caballos, cafetales
punteaban el cielo antiguo
y llenaban de aroma a caña
la casa de patios solariegos,
este valle,
los nidos llenos de secretos.

II

Un viento cálido concebía el mundo.
Tus ojos,
lunas como espejos,

guardaban la campiña
palpaban la distancia,
la miel pujando desde el sueño,
la memoria agolpada en la tierra.

III

El viaje empieza siempre en casa,
la casa está llena de caminos tallados por los muertos.
(¡Ojalá mueras en tu casa!).

IV

El trote es lento.
La yegua te acompaña.
Dos días demorabas en llegar a *Yegüerizo*.
Padre, adelante, rompía el monte,
forjaba el camino,
abajo, la brisa cálida,
arriba, el frío.
Tu pecho palpitaba,
retumbaba florecido
como si fueras un pájaro,
un colibrí, un petirrojo.
De pronto el valle se abría,
y corrías, ciega,
sólo guiada por tu olfato.

V

El universo era nuevo,
nuevo el sol, el río,
la grosella oliva,

nuevo el maíz, la leche, la guayaba.
Todo era tuyo, todo,
la brisa que olfa a tierra,
el agua, el sol,
todo.

VI

Las paredes se levantan hechas de viento.
El roble puja al cielo.
Como una diosa pintas los geranios,
las rosas, los cuartos de paredes altas,
el corredor,
los caminos que luego tallarán los muertos.
En uno de los cuartos abres tu cuerpo,
y entran el valle,
la caña, mil memorias,
los colores,
el maíz con su sabor a sol,
el viento vestido de infancia.

VII

Y luego, orabas.
Orabas por la tierra buena,
por el fruto bueno.
Orabas por padre,
pedías perdón por tu lujuria,
por poseer la miel,
el pan, la tierra húmeda,
por profanar el arriba,
el abajo.
por erigir, quizá, un absoluto.

VIII

Tu vientre crecía con la esperma,
la sombra sobre la pared
ovillaba, grande, grande,
el destino:
de este valle
que fue de amos y esclavos,
de fruta y sangre,
la música.
De la memoria,
una tarde en la que un hombre
erigió tu mundo.
De tu cuerpo,
que luego fue pedazos,
y fuego y polvo,
un hálito, tal vez una canción.

IX

Y reías, reías por la vida verde,
por el trinar de un pájaro,
por la mesa de berenjenas,
garbanzos, pepinos, pan y ajos.

X

¿Dónde está Dios?
¿En la patria, en el viento,
en el valle, en la casa,
en el nido, en el níspero,
en el mármol astillado?

XI

La sombra, disfrazada de viento alegre,
se instala en el alma.
Brazos, cabezas, niños, ancianos,
piernas desmembradas
invaden los caminos,
los ríos rojos,
la tierra rota.
La casa crece con los senderos de los muertos.
Todo es rancio,
tus ojos, lunas negras,
la hierba, todo,
el sol, el viento,
la patria, la vida,
todo.

XII

Te deshace, poco a poco,
el viento cálido.

HAROLD KREMER

EL JUNCO



El cultivo de caña silba
profundo en la sombra.
Los tallos ciegos, solitarios,
escuchan la noche.

Las voces se apagan en la garganta.
Apenas un susurro se deja oír,
quizá, un nombre.
Nadie contesta,
no hay nadie.

Solitarios están los tallos de caña.
Solitaria la vida.
La noche llega y sólo queda
el murmullo dulce del viento.



MENCIONES DE HONOR





CUENTO



LUISA FERNANDA PÉREZ B.
Asistente · Tolima · Ibagué
Taller RELATA-Liberatura Ibagué

COSTUMBRE



Puedes llamarme Maritza. Saca una cajetilla del bolsillo y la extiende hacia mí. El primero es gratis. No fumo y no me gustaría hacerlo hoy, le respondo. Ella me sonrío, toma un cigarrillo, le da unos pequeños golpes al filtro y lo enciende. Se retira a pasos cortos mientras me anuncia que aquí todas resultan fumando.

Recorro el patio pegada a la reja, intento mantenerme aislada, todas me miran, como cuando te cambian de colegio y todos quieren saber quién es la nueva. No miro a nadie. Me dirijo hacia la celda. Entro. Sobre la litera me espera un cigarro. Lo pongo debajo de la almohada y subo al camarote. Me acuesto mirando hacia el techo. El humo de las demás convictas entra en la celda. Es imposible no aspirarlo. Recuerdo cuando fumaba, tenía apenas diecisiete años cuando probé el primer cigarrillo. La sensación en el pecho no se olvida. Dejo que el humo entre por mi nariz y baje por mi garganta. Deslizo mi mano por la almohada y saco el tubo de nicotina. Lo tomo con mis dedos y lo llevo a mi boca una y otra vez. Deseo encenderlo, afortunadamente no tengo candela.

Suena la alarma. Rita, mi compañera de celda, me anuncia que si no quiero un castigo tengo que levantarme. Anoche sólo dormí una

hora. Los guardias nos sacan a hacer ejercicio, no tenemos opción. Empiezo a trotar. En las gradas está Maritza hablando con la oficial Ramírez. Nos miran y se ríen. A los veinte minutos la oficial me llama. Eres afortunada, puedes descansar, al parecer tienes un angelito. Recibo el agua que me ofrece y me siento. Espero a que termine la jornada. Me dirijo hacia mi celda. Maritza camina a mi lado. ¿Encontraste mi regalo? Sí, muchas gracias, no era necesario, la verdad no lo he utilizado, si quieres te lo regreso. No, es para ti, estoy segura de que en algún momento lo necesitarás. Le agradezco de nuevo y entro en mi celda. Parece que después del ejercicio la merienda es con nicotina. Intento leer, pero es inútil ignorar el humo, este entra por las rejas e invade mi cama. Después de un tiempo Rita enciende un cigarrillo. Meto la mano en mi bolsillo. Bajo de la litera y le pido un poco de fuego a mi compañera. Saco el cigarrillo. Lo miro. Dos días, sólo han pasado dos días. Lo enciendo. El humo entra por mi boca hasta llegar a mis pulmones. Cada aspiración relaja mi cuerpo. Descanso. Esta noche podré dormir.

A la mañana siguiente busco a Maritza. He cambiado de opinión, dame una cajetilla, mejor dos. Me entrega la mercancía y pone la fecha de pago. Me mira. Aquí nadie se retrasa, asevera. No hay problema, le digo, el sábado viene mi hermana. Eso espero, contesta mientras se aleja. Regreso al camarote. Saco un cigarrillo y le ofrezco uno a Rita. ¿De dónde sacaste tantos? Se los he pedido a Maritza, quedé de pagarlos el domingo. Para esa fecha ya tendré dinero. Serás tonta, me dice.

Llega el sábado, mi hermana dijo que vendría. Le encargué jabón, una cobija y por supuesto el dinero. Me dirijo hacia la reja, al otro lado están las visitas. Veo a mi hermana atravesar el pasillo. La requisan. Una de las guardias le asigna una mesa. Maritza pasa por mi lado. No olvides lo de las cajetillas, murmura. Se hace en un rincón al lado de los guardias. Abren la puerta y me dejan pasar a la sala de visitas. Nos abrazamos y le doy un beso en la frente. Qué gusto verte, sólo ha pasado una semana y mira lo delgada que estás. Pero no te quedes ahí parada, me dice. Siéntate. Nos tomamos de las manos. ¿Cómo está tomando mamá todo esto? ¿Sí ha hablado de mí? Qué te digo, está bien, los primeros días lloró un poco, luego dejó de mencionarte. Aprieto sus manos. Me lo esperaba, ella es una mujer fuerte, respiro hondo para controlar los sollozos, no te preocupes, le digo, ya

pasará, con el tiempo será más fácil. ¿Volviste a fumar, cierto? Apesta a cigarrillo. ¿Qué más quieres que haga? Crees que estoy de vacaciones, fumar es lo único divertido que se puede hacer en este lugar. Lo sabía, siempre tienes una excusa para eso. Ya, no vamos a pelear aquí, le digo, ¿trajiste lo que te pedí? Sí, lo traje todo, mira, aquí está el jabón, la toalla, también te traje un cepillo de dientes, crema dental y un picado de verduras que hice esta mañana. Qué rico, gracias. ¿Y el dinero? Agacha la cabeza. Hubo un problema, durante la requisa se lo quedaron, dijeron que no podía entrarlo, que me lo devolverían a la salida. Pero cómo no te dejaron entrarlo, le reclamo. Una de las guardias se nos acerca. Su visita terminó. Todavía no se ha acabado el tiempo, sólo llevamos veinte minutos. Ese no es mi problema, me dice. Me toma del brazo y arrastra mi cuerpo hasta el patio.

Regreso despacio hasta la celda. Enciendo un cigarrillo. ¿Hablaste con tu hermana? Me pregunta Rita. Subo a mi cama. No le contesto. Era de esperarse. Es mejor que duermas de una vez, no pienses. De seguro Maritza te buscará mañana. No te vayas a resistir mucho, pero tampoco se lo dejes tan fácil. Después sólo tienes que bañarte.

FÉLIX MAURICIO MOLINA LEGUIZAMO
Director · Cundinamarca · Fusagasugá
Taller Manuel María Aya Díaz

REMORDIMIENTO



Cada mañana una prueba más de resistencia; Baudelina Bejarano sale del rancho con el atado de ropa envuelto en una tela blanca, colgando de su hombro, y esta mañana de abril la lluvia mañanera en Bogotá le ha obligado a cubrirse la cabeza con un pedazo de plástico. Florentino, su hijo, apenas tiene diez años; el próximo sábado, treinta de abril de 1948, cumplirá los once. Hoy, el niño le pidió que le permitiera acompañarla; igual que ella, el niño ha cubierto su cabello castaño claro con un plástico negro. Los dos sienten el viento helado. Florentino en su cara pecosa, también en sus pantorrillas y brazos descubiertos, y en los pies, que calzan unos zapatos rotos en la punta; zapatos viejos, pero de cuero negro brillante. Baudelina siente el terrible helaje en su cara, que comienza a mostrar arrugas; sus piernas están protegidas por el faldón de rayas grises y rojas; la blusa blanca y el pañolón de lana azul le resguardan el resto del cuerpo. Baudelina camina delante del niño, sabe de memoria la ruta que tendrán que seguir; sin embargo, vuelve a releer, entre dientes, el camino. Lo apura, le dice a su hijo que mire al cielo, que pronto comenzará a llover más duro. El niño obedece, da dos brincos como si estuviera jugando a la golosa, la alcanza y con las manos trata de ayudar a su mamá a aligerar el peso del bulto.

Baudelina y Florentino han caminado casi una hora y no han llegado a donde el primer cliente. Baudelina cambia una y otra vez el atado de hombro, hace esfuerzos para que el trapo blanco, que envuelve el atado, no resbale de sus manos entumecidas. La llovizna ha disminuido. Florentino se distrae con las vidrieras de los almacenes. Camina pocos metros atrás de su mamá sin sentir cansancio todavía. Son casi las ocho de la mañana y aún no han desayunado; Baudelina se preocupa, descarga por un momento el atado sobre un muro bajo, que rodea un antejardín. Llama al niño, le pregunta si siente hambre, Florentino contesta que no, sobándose la barriga; ella lo alienta, le dice que ya falta poco para llegar donde el doctor Restrepo. Baudelina toma aliento y se echa el atado al hombro. Inician de nuevo la marcha. Luego de seis cuadras, llegan a una casa de paredes blancas y puertas de madera pintadas de verde oscuro. Baudelina descarga el bulto; saca de entre el corpiño un trapo y se seca el sudor. Florentino se sienta en el andén. Esperan un par de minutos, después de que Baudelina golpea la puerta con el aldabón; escuchan correr la tranca y se asoma una mujer. “Buenos días, doña Helena”, saluda Baudelina. “Buenos días, doña Baude”, saluda la mujer. “Siga pronto, que el doctor no está, y yo tengo que salir a hacer una diligencia”. Baudelina entra en el zaguán. Florentino se levanta del andén y entra detrás de ella. Caminan hasta una habitación del fondo; allí, sobre una mesa cubierta con un mantel blanco, Florentino les ayuda a las dos mujeres a ir desempacando las camisas im-polutas con los cuellos almidonados, los pantalones de paño inglés perfectamente planchados, los pares de medias, una envuelta en la otra. Doña Helena sonríe, le pide a Baudelina que la espere en el zaguán. Florentino está saltando, golpea las palmas de sus manos contra una de las paredes del zaguán cuando doña Helena regresa; la dueña de casa trae dos pesos y se los entrega a Baudelina, le da las gracias y le dice que pasado mañana estará listo el otro encargo. Florentino abre la puerta y sale a la calle dando un brinco. Madre e hijo caminan hasta la esquina. Baudelina entra en una panadería, el olor a pan recién horneado llega hasta la calle. Florentino la espera afuera con el atado de ropa; ella sale con una bolsa, se la entrega a Florentino y se echa el atado de ropa al hombro, está un poco menos pesado; Baudelina, sonriente, le dice a su hijo que coma pan. Florentino, al abrir la bolsa, ve un par de roscones enormes, tostados, huelen delicioso.

Baudelina y Florentino caminan dos horas más. Han visitado a varios clientes, todos doctores; los hijos de esos doctores se convertirán en médicos, en jueces, en dueños de periódicos, en ingenieros y, uno, en presidente de la república.

Baudelina entra sola al último lugar que deben visitar. Le pide a Florentino que la espere en el parque situado al frente del edificio. El niño la espera, y mientras tanto va comiendo de los dos roscones; al principio parte pequeños pedazos, luego, a grandes mordiscos termina con ambos. Baudelina no tarda mucho en regresar; sale del edificio caminando lentamente hacia donde está Florentino, quien, tirado boca arriba, en el pasto húmedo, ve las nubes atravesar el cielo. Baudelina se acerca al niño, le acaricia la cabeza, le dice que se pare de allí que se va a enfermar; luego le dice que se siente junto a ella en la banqueta y le pide que le dé un pedazo de pan. El niño se queda mirándola; silencioso, hace mohines. Baudelina espera un momento y le pregunta qué le pasa; algunas lágrimas ruedan por las mejillas pecosas de Florentino; finalmente, entre sollozos, le confiesa que se ha comido los dos roscones. Baudelina se para de la banqueta, lo mira con desdén, lo recrimina por ser tan egoísta, por no pensar en sus cuatro hermanos y en ella. Florentino se suelta a llorar. Baudelina se sienta de nuevo en la banqueta, los ojos se le inundan, refriega sus muslos con ansiedad; entonces, Florentino puede ver las pantorrillas de su mamá, ve las dos úlceras varicosas amoratadas, la costra gruesa que cubre una de aquellas heridas. Ahora, a Florentino le duele el pecho, siente un vacío inmenso; allí, al frente suyo, está su vieja; le duele más, mira el ataúd que encierra los recuerdos, le sigue doliendo después de cincuenta años.

DAVID LARA RAMOS
Director · Bolívar · Cartagena
Taller Cuento y Crónica de Cartagena

LOS MUCHACHOS DE CERRO LIMÓN



A mediados de mayo de 1997, callaron el tambor de Atilano Barrios. Eustiquia dijo entonces que no volvía a cantar sin su tamborero. A veces se le ve caminando por el mismo sendero, donde Atilano recibió aquel tiro sin saber de dónde salió. Su cuerpo tenía un orificio entre la oreja y el cuello. Nadie salió a socorrerlo aquella noche, salir era esperar a que sonara otro tiro de gracia. Dicen que fueron los mismos muchachos que se quedaban a dormir en cerro Limón.

* * *

—Come temprano que ya nos tenemos que encerrar.

—¿Encerrar? ¿Carajo? Ni gallinas... No Ofé, son apenas las cinco y media de la tarde.

—Te lo dije ayer, ahorita mismo están llegando los muchachos a cerro Limón.

—Arajo, y ¿ahora qué? ¿Se van a quedar a dormir todos los días?

—Llegan pa'l atardecer, se quedan la noche y se van tempranito...

—Bueno, entonces sírveme la comida, pero poquito.

—Mira Rafa, ayer en la mañana me subí, y desde el cerro, se ve pa' cá abajo, clarito, todo.

—¿La casa?

—Toda, se ven todas, desde la de Marcial Meriño, en la calle del matadero, hasta la del difunto Petro Canoles.

—Pobre mujer la de Petro... ni sabe quién le mató al marido.

—Gente uniformada, ¿y quién más? La gente uniformada fue la que trajo la maldad...

—Ofelia, tú no te pongas a repetir como loro que fue gente uniformada.

—Y es que acaso no los vimos cuando lo sacaron de su casa, lo arrastraron hasta el arroyo y ahí mismo sonó el disparo...

—Pero esos no eran de los mismos que llegan ahora a cerro Limón, eran de otros...

—To' eso es lo mismo, Rafa... uniformados.

—¿Y el Ejército? ¿También es malo?

—Eso es peor mijo. Mira tú, en Corozo Seco fueron los que dejaron entrar a los otros, con los que ellos trabajan también, y que las au'densas... no sé bien cómo es que les dicen, y ahí sí que hubo una matazón grande; como diecisiete, si no estoy mal.

—Y al cura también.

—Así es, llamarse Vinicio Montealegre, lo mataron porque y que le dio la hostia a uno de los muchachos del monte, esos y que del Ele...

—Estás hablado mucho Ofelia, y la gente escucha, mejor cállate.

—Ya hay mucho silencio en este pueblo desde que llegaron esos otros muchachos... demasiado. Vamos a dormir Rafael, así sea como las gallinas, así que termínate rápido ese ñame y ese café.

—¿Llegaron entonces los uniformados?

—Este silencio no puede ser de otra cosa, ya deben estar viendo pa' cá abajo. Hoy más, la luna está clara. Cierra la puerta de a'lante, ponle la tranca a la ventana, ponle un taburete a la puerta'el patio, y vente pa' tu cama.

—Carajo Ofe... espera...

—¿Qué vamos a esperar? No te vayas a asomar por la ventana, ni vayas a salir pa'l patio a ver si llegaron. Ya están ahí en el cerro. Se siente, se siente...

—¿Y por qué hablas así?

—Porque con este silencio se escucha todo... vente rápido pa' cá, y deja de estar dando vueltas. Si escuchan algo, son capaces de bajar.

—¿Carajo, y entonces no podemos ni hablar?

—Hablar sí, pero bajito. ¿Cerraste todo? ¿Pusiste las trancas? ¿Y ahora qué? ¿Qué tienes?

—Se me olvidó orinar, Ofelia.

—Y tienes muchas ganas...

—Apue, claro.

—No vayas a salir.

—¿Cómo?

—Carajo, Rafa Cantillo, a tu edad ya deberías entender. Si sales al patio y escuchan el chorro... zas, te pegan tu tiro, no entiendes... Y ahí va la viuda de Rafa Cantillo... bonito pue'...

—¿Y entonces? ¿Qué hago?

—Aguanta hasta mañana...

—¿Aguanta? Ombe Ofe, yo con esta vejiga vieja que tengo, no puedo aguantar.

—Vas a tener que aguantar. Los uniformados lo anunciaron en una carta que regaron por to' el pueblo, no quieren ver a nadie en las calles después de seis, ni quieren escuchar ruidos, ni a los perros, no quieren escuchar ni risas... nada... ni la radio se puede prender...

—Carajo Ofe... ¿Y cuáles son esos uniformados?

—Los paras, los del ele, los efe, los del Ejército... los que sean. A nosotros no nos interesa saberlo... Yo no sé. Mira lo que les pasó a los de Corozo Seco, eso hace un año.

—Ofe, yo voy a salir, tengo que salir.

—Mira Rafa Cantillo, coge esta totuma y orina ahí, y ya.

—¿Totuma?

—Orina ahí, te digo, y cuando llegue la mañana la sacamos.

—Pero es que una totuma no va a alcanzar.

—Pues llenas otra, y otra, pero no vas a salir.

—Y... ¿cuando se acaben las totumas?

—Ay Rafa... de viejo es que se te ha dado por contrariarme. Toma esta grande, y no la vayas a botar aquí adentro, la pones en el rincón de la tinaja, y mañana, cuando aclare, las sacamos.

* * *

—Carajo Ofe...

—¿Ya? ¿Terminaste?

—Estoy en esas... ahora no me sale nada.

—No vayas a hacer ruido, pon la cosa pegá al totumo para que el chorro no haga tanta bulla y no vayas a pringá pa'fuera... dale suavcito para que...

—Ofe, ¡ya!, deja de hablar, necesito que te calles...

—Ta bien, ta bien, no hablo más; te espero en la cama.

* * *

—¿Mmmjú? ¿Cómo te fue?

—No pude Ofe, en la totuma no me sale.

—Y entonces.

—Voy a salir... no voy a hacer nada malo... sólo voy a orinar y ya... no voy a hacer ningún daño, así que me voy pa'l patio, como siempre...

—Tú crees Rafa, que esa gente de cerro Limón va a preguntar si vas a orinar o vas a arrancá yuca, no señor, ellos no distinguen, dijeron que nadie saliera, pues nadie sale, dijeron que no haya ruido... y ves... hasta la forma de hablar la hemos cambia'ó.

—Mujer, es que ya no aguanto más.

—Intenta en un calabazo, Rafa, en una botella, en una olla, un caldero, en algún chócoro de la cocina, pero no vayas a salir.

—No puedo mujer, apenas intento se me van las ganas, y no sale nada...

—Entonces ven, acuéstate y dentro de un rato intentas de nuevo... ¿bueno?

—Ta bien... me acuesto un rato.

* * *

—¿Y ahora?

—Me voy a levantar, Ofelia.

—Coge una totuma grande... la más grande de todas.

—Totuma no voy a coger, yo voy a salir.

- ¡Dios mío! ¿Qué es lo que quieres?
—Orinar... nada más que orinar...
—Por eso, coge la totuma y ya...
—¿Qué hora es?
—Baja la voz, son como las dos... busca el bangaño que tiene la boca ancha, usa ese.
—¿Y tú...? ¿Cómo has hecho tú, mujer?
—Ya yo hice.
—¿Dónde?
—Por ahí...
—No me digas mentiras, Ofelia.
—Verdá, eh.
—¿Y dónde está...?
—Por ahí...
—¿Saliste entonces?
—No.
—Yo sí voy a salir, no aguanto más... espérame aquí.
—Rafa, no salgas... tú no estás entendiendo, no recuerdas lo que le pasó a Atilano Barrios...
—...
—Lo mismo que al hijo del maestro Félix Chiquillo... deja de hacer bulla con esas trancas y vente...
—...
—Carajo, se te metió la terquedad... mira que la noche está clara...
—...
—¿Rafa? ¿Rafa?, pa'ónde cogiste, que no te veo... ¿Rafa?
—...
—¿Rafa Cantillo...?
—...
—Carajo Rafa, y qué tanto te demoras, ven pa'cá... ¿Rafa?

* * *

En las noches, cuando Atilano Barrios hacía sonar el tambor, era como un llamado que se extendía por todas las lomas de Juan del

Toro. Enseguida se armaba el grupo. Así llegaba también Eustiquia Amarís a improvisar sus versos, y a *leliar* sus canciones... *lele, leii... lelei, leleleiii...* El maestro Félix Chiquillo abandonó su gaita después que desaparecieron a su hijo en el camino que va a Corozo Seco. Esa gente uniformada nos ha ido dejando sin grupo. En las noches ya no se canta, ni se baila. Debo decirlo ahora, Rafa Cantillo tocaba las maracas.



POESÍA



DIEGO ALEXANDER GÓMEZ
Asistente · Antioquia · Medellín
Taller MECA / Escritores y Artistas de Medellín

LA MOSCA



He aquí que una mosca gigante ha venido a visitarme.
Se posó de cabeza bajo el techo.
Me hostigaba atenta con su mirada.
Sentí miedo por su presencia.

Traté por todos los medios de sacarla del cuarto.
Tomé una escoba;
Tomé una pala;
¡Vanamente intenté matarla!

Llamé al 911 alegando una invasión aérea,
y una mujer contestó con delicada voz erótica;
dijo que eso no era ninguna emergencia, y que ardía de celo.
Colgué sorprendido por la rapidez de mis hormonas.
(Marqué donde suelo pedir auxilio)

Y ella (la mosca) se negaba a salir.
Se posó sobre el pocillo de café, saltó hasta la cortina,
voló hacia la biblioteca rozando mis cabellos,

y desde allí escuchaba atenta mi poesía de la Alegría
mientras se frotaba las patas delanteras como burlándose de mí.

Entonces leí en voz alta a Charles Darwin sobre la ley del más
fuerte,
y tomé una chancleta como arma.
Salté por la cama, le grité que se arrepintiera, que se iba a morir.
Pero no pude alcanzarla, y agotado... descansé.

Mientras ella taladraba mis oídos con su incómodo zumbido
¡¡ZzZzZzZ!!

Tomé otro libro, leí un versículo de la pasión según Darío Lemos,
y le abrí la ventana;
pero la mosca no quiso convertirse en habitante de la calle
y conseguir drogas más baratas.

El turno entonces fue para Schopenhauer
que llegó anunciando una cruda y decepcionante realidad
para todos los hombres del mañana.
La naturaleza nos engaña con todo el rigor de la ilusión;
nos da un trabajo, una compañera, un hijo,
una correa y un castigo.
¡Nada podrá sobrevivir a tales bichos!

Entonces salió del cuarto tumbando todo
(como mosca que lleva el diablo)
¡Lejos de mis cánticos!

Cerré apresurado la ventana para estar en tranquilidad;
Y ahí me di cuenta de que algo olía mal adentro;
una podredumbre de letras masticadas en silencio
haciendo metamorfosis en mi pensamiento.

¡Yo tan sólo un testigo de todo!
Y ahora:

¿Quién sacará este olor de mis entrañas?
Cuando eso suceda...
Volverás mosca nuevamente.

RODOLFO RAMÍREZ SOTO
Director · Bogotá D. C.
Taller de Poesía Ciudad de Bogotá: Los Impresentables

LA COFRADÍA



El vidente

Perdí los ojos en el horizonte. Ahora intercambio borrosos bienes.
Uno o dos minuticos de su tiempo me bastan. Mi intención no es
incomodar.

Nadie atiende a la voz de su profecía.

El impuntual

Desconozco de manera precisa el tiempo. Las cosas en su mudanza y yo siempre. En deshoras me desvivo. Sagrado es el instante
Lo demás es incierto.

El pensador

Apiño alimento seco. Considero qué tan sometido se encuentra a la gravedad. Todo lo demás lo ignoro. Espero la vuelta del ganado
como quien espera la salida del sol.

El ubicuo

Adonde voy estaré. Me espero para partir. Juego al escondite conmigo. Cuento hasta diez y listo o no me salgo a buscar en los lugares en que me sé. Todos los míos están por ahí al tiempo en todas partes. Adrede no me encuentro.
Tengo miedo de mí.



TEXTOS
REPRESENTATIVOS
ASISTENTES
TALLERES RELATA





NODO CARIBE-ORIENTE



CUENTO

DORIS ELENA LONDOÑO RUEDA
Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina · Isla de Providencia
Taller RELATA, Providencia Isla

LA SANTA PASTORA



Las siete maletas que hace treinta años se llevó al marcharse están de nuevo en la puerta de la casa. El equipaje llegó forrado en plástico, parece acabado de comprar; en silencio y sin hacer preguntas, la madre lo pone en la habitación de su hija y al abrirlo siente que las piernas no responden... Las maletas están repletas de billetes de diferentes denominaciones, su cerebro no logra entender.

Ella se largó hace tanto tiempo que ya no recuerda en qué año sucedió, nada supo de su vida y andares. Al marcharse le había prometido volver rica, poderosa y sola.

Hoy, la pródiga, al llegar a casa, trae consigo las maletas, un costal lleno de ausencias, un tarro de miserias abandonadas a lo largo del camino y una llave que tirará al mar tan pronto logre despojarse de los grilletes, que los pasos dados en esos treinta extraños años han puesto en cada átomo de su desvenijada humanidad.

Fue marihuanera, ladrona, rata de alcantarilla; les robó a los pobres y les robó a los ricos. Madre a medias, puta por convicción, santa por buen negocio y loca porque no había otro remedio... Al pasar la vida descubrió el santo grial de la mezquindad y se convirtió en Santa Pastora de la iglesia del pueblo-presidio que había elegido

por hogar... ¡Así se hizo rica, poderosa y mala!...Y lo tuvo todo... poder, sexo, hijos, hombres, mujeres... Vida, sí, alguno diría que la más plena de las vidas.

Cuando ya no hubo más espacio en las maletas asesinó a su perro viejo, botó y regaló toda la mugre acumulada, abandonó la cárcel-ciudad, la iglesia, los hijos y a su hombre... Enterró en los confines de su infierno su tesoro máspreciado, el recuerdo de Ana la hermosa, la amante que hace años se había ido de su vida.

Treinta años después... toc... toc... toc...

Mamá, soy yo... ya llegué.

ÁNGEL ROYS MEJÍA
La Guajira · Riohacha
Taller RELATA Guajira - Cantos de Juyá

OLOR DE ACEITUNA



Caminaba de la mano de mi padre como si estuviera agarrado del principio del mundo. Iba con los pies mojados en mis sandalias gastadas. Entramos en una casa de una ciudad vieja, cuyo viento, por las tardes, sofocaba el ánimo o lo alebrestaba, según el menú que se hubiera consumido en el mediodía.

Galopaban presentimientos en mi interior. Temía ser abandonado, no volver a ver a mis hermanos, a mi madre; no volver a mi casa y sus lugares, tan familiares y tranquilos para mi existencia.

Mi padre entró con confianza a la casa, como dueño y señor, lo que me costó entender. Fue atendido de inmediato, con una intimidad que creía era propiedad de mi madre. Empecé a perder la inocencia ese día. Me pidieron que fuera a jugar en el patio y me resistí hasta que fui fulminado con la mirada de mi viejo; le temía tanto que de pequeño me podría haber empujado al precipicio sólo con un golpe de ojos. Desemboqué en un patio grande lleno de árboles gigantes y un piso inundado de aceitunas. El olor me atrapó, produciéndome un vértigo, incrustándose en mi piel, pegándose a mis sentidos.

Supe mucho tiempo después de las propiedades de las aceitunas. Que favorece la digestión, que es antioxidante, que facilita el

vaciamiento de la vesícula biliar y que además es beneficiosa para prevenir enfermedades cardiovasculares. Toda esa información, para mí, valía muy poco. La aceituna olía a algo que me dolía por dentro y que no sabía por qué.

Estando todavía en el patio de mis tribulaciones, me llamaron para darme de comer; mi padre no estaba. Un sentimiento de abandono me embargó hasta el alma, pensé que por mis regulares resultados académicos y por comer demasiado me habían regalado a esta señora que me olía a aceitunas. Deambulé enajenado por este castillo ajeno y sombrío, fui a parar a un cuartico embutido de mil cosas, puse la espalda en la pared y me resbalé hasta el piso frío. Al poco tiempo, aún absorto, una luz tenue que provenía del rincón llamó mi atención. Gateando con recelo me acerqué y pude ver una foto de mi padre en un altarcito iluminado por una veladora; debajo de la foto vi algo que tomé entre mis manos y pude leer: dar-por-las-mañanas-en-ju-gode-na-ran-ja. Espantado salí del cuartico, de regreso al patio; calentaba el sol, haciendo más penetrantes y fastidiosos sus tufos.

La señora me cargó y tuve que llenarme de valor para no vomitar, aún tenía el miedo de mi padre en la piel y, si vomitaba, tal vez, jamás volvería por mí. Salimos a la calle y pasamos por el centro de la ciudad, entramos a un almacén y salí, en poco tiempo, estrenando ropa, que a mí me olía a aceitunas.

No entendía por qué la señora quería tener tantos detalles conmigo, si nunca me había visto y, que yo recuerde, tampoco la había visto. Además, ella, alta, con unos ojos borrascosos, bastante morena, con la piel llena de verrugas y lunares, me parecía fea. Trataba de no mirarla para no comprometerme, pero su presencia me perseguía, dándome la sensación de que ella tenía poderes malignos.

Mi padre pasó al final de la tarde por mí. Lo esperé con la paciencia de quien vence mil sueños. La señora me besó y lo resistí, sin decir una palabra. Mis piernas temblaban por la emoción y el miedo, pero había algo más profundo que aún en mi mundo no tenía nombre.

No la volví a ver jamás. O tal vez sí, cada vez que tropezaba en un patio o en una calle con un árbol de aceitunas y el olor sofocaba mi ambiente, como si me tomara por el cuello, ahogándome.

Llegué a casa con una tropelía en mi vientre y pasé corriendo junto a mi madre, quería fundirme en sus brazos, pero era más fuerte

el deseo de purificarme en el baño expulsando mis entrañas y dejando que el agua arrastrara esa otra piel que sentía cubriendo mi ser. Tuve el tiempo necesario para expoliar el olor a aceituna de mi cuerpo; luego, caí en un sueño profundo, pero sin sueños.

*

Crecí con ese misterio no resuelto en mi vida, como una epifanía esquiva que por noches me visitaba como un recuerdo desteñido, pegado como costra a la edad en la que había alcanzado el uso de razón. Mi padre iba y venía en los muchos amores que cultivó hasta su muerte. Supongo que entre ellos había también árboles de aceituna.

Cuando creí haber sepultado ese episodio, empezando a florecer la madurez en mi cuerpo, mi mamá buscó una joven mujer para que se ocupara de las labores de la casa. Al conocerla, pese a ser unos pocos años mayor que yo, me fue indiferente, hasta el momento en que ella, estando en plena actividad, al transpirar empezó a emanar un olor dulzón, ligeramente acre y brutal, que me embriagaba hasta las náuseas. Comencé a observarla y su mirada sostenida me trastornó el vientre. Perdí la paz con su presencia, me volví casero; fisgoneándola, oliéndola, anhelándola.

Un día, mi madre le pidió que se quedara el fin de semana para que nos acompañara, mientras ella viajaba a atender unos asuntos fuera de la ciudad. Su respuesta me aceleró el pulso, como si estuviera esperando una presa para cazarla. Ella dijo sí y deslizó su mirada disimulada hacia mí, cambié de color y tropecé con la mesa mientras trataba de llegar a la sala, como cazador huyendo.

La primera noche dibujé en el techo la silueta de Lolita —así le gustaba que la llamaran—, la vestí y la desvestí tantas veces que tuve que brincar de la cama para espantarla. No resistí la tentación de asomarme a su habitación, para espiarla a media luz; estaba agitada y se movía con inquietud. De pronto, la sábana rodó por el piso y sus muslos quedaron expuestos, dejando ver mucho más de lo descubierto por mí en una mujer hasta ese día. Sintíendose observada, me arropó con sus ojos. Me sentí como un yo-yo impulsado y halado por sus dedos. Se hizo a un lado, ofreciéndome, con una calidez no esperada, lugar en la cama.

Desde ese día, cada vez que sudaba, la recordaba. Por mis poros fluían las fragancias de su cuerpo atormentando mis rutinas. El turbante del árabe del álgebra de Baldor danzaba a mi vista mientras intentaba concentrarme. Era inútil. Lolita me hizo hombre abriéndome los ojos a la anatomía, a la geografía del sexo, enseñándome a tocar sin miedos y a comprender lo religioso que hay en el culto a la mujer.

Lolita se sació de mi falta de experiencia; como cuando la maestra le coge fastidio a un estudiante estúpido, me trancó su puerta. Me dolía lo que pasaba, me sentía burlado en mi orgullo propio. Noté que ella empezaba a salir de casa, siempre tenía diligencias pendientes y fallaba con frecuencia en sus labores. Un día la esperé con resolución para enseñarle que los hombres se respetan, había pasado la noche en vela trazando la estrategia. Justo en el momento en que barría debajo de la cama, la tomé por la cintura y me restregué en su cuerpo. Ella, sobreponiéndose a la sorpresa, se giró y me fulminó con la mirada de la primera vez. Cuando avanzó hacia mí, arrinconándome, me abofeteó su olor, era distinto, había cambiado. Lolita, mi Lolita, olía a aceitunas.

A los pocos días, terminó completando las faltas causantes de despido irrevocable en la etiqueta doméstica de mi madre: ahumó tres veces el arroz, dejó abombar el trapero y metió la cuchara en asuntos que no eran de su incumbencia. Al regresar del colegio no la encontré, no hubo despedida, creo que fue lo mejor.

Pese a todo, Lolita no fue mi primer amor. Ninfa llegó poco después. Al salir del colegio nos entreteníamos esperando a las muchachas que salían del claustro de las monjas. Desfilaba lo más lindo de toda la comarca; el ritual era inventariar cuántos aguaceros les hacían falta para que sus caderas y sus pechos se ensancharan con el desarrollo o el brote de curvas cadenciosas, que reflejaran en los espejos de nuestros ojos ese hálito de impulso y desenfreno para la coquetería. En descifrar esos códigos se nos iba el tiempo y sólo el nordeste nos recordaba que no habíamos almorzado, contando los pasos bajo el sol de Penisla y cargando el maletín con nuestros desvelos.

Con Ninfa no hubo intermediarios. Menor que yo, pero con más mundo, se impuso en mi vida. Unos amores intensos, de todos los días; mudada en mi casa, metida en mis sábanas. A los quince años,

no era virgen. Cuando conocí su historia, justifiqué que no se hubiera reservado para mí, obligándome a comprenderla, consintiendo sus dolores pasados con la envidia del amante resarcido. Las tareas escolares, los mandados de la casa, los compromisos de familia se redujeron al goce de las horas que pasábamos juntos. Por un tiempo su frescura me produjo una especie de anosmia que, por momentos, me hacía creer que había sido castrado para oler.

¡Ay, los amigos! Los verdaderos amigos a veces hacen o dicen cosas que nos duelen, tiempo después entendemos que la verdad también produce escozor. Lo que me dijo uno de ellos con la franqueza de aquel que se toca con la suerte del otro, me indignó hasta los tuétanos. Llevaba días advirtiéndome, mientras yo lo evadía de todas las formas posibles, hasta que me arrinconó en privado, escupiéndome una palabra en la cara que me desfloró el alma:

—¡Cabrón! —dijo.

Dejé de hablarle, dando la espalda a años de cofradía, mientras trataba de recomponer mi orgullo herido. Pero la cizaña empezó a crecer y se fueron destapando mis sentidos. Empecé a espiar a Ninfa buscándole caídas, hasta que logré armar un rompecabezas con detalles que había pasado por alto en ese estado cataléptico de los amores nuevos, que cesaron el día que la encaré con una retahíla influida por la rabia. La tomé de sorpresa, desbaratando sus defensas y sin dar lugar a que se escabullera en la mentira. De sus ojos empezaron a brotar lágrimas que, en vez de enternecerme, me sacudieron con un olor familiar tan profundo como los sahumerios con que mi madre cada semana santa unguía los rincones de la casa. Otra vez los efluvios de la aceituna, como un aliento ponzoñoso, desilusionador, envenenaba ese estado de gracia que me había anulado de otras realidades posibles.

Este episodio de dolor de entrañas me convenció de que la antípoda del amor no es el desamor, ni la malquerencia. Mientras, mi Ninfa se alimentaba de traición; el olor de su aceituna, ese que me asustó de niño, terminó enfermándome de lujuria. Blindado, anduve por la vida disfrutando amores furtivos sin que ninguno calara, rehuía de las intensidades, de los hábitos bobos, de los detalles; me volví agreste.

La muerte de mi padre fue mi cura. El concepto médico indicaba que a mi “viejo”, el corazón se le había agrandado. Su mal carácter

hizo crítica su tensión arterial. También se había producido un mal funcionamiento de sus válvulas. El razonamiento de mi madre fue otro:

—A tu padre lo mataron las brujas a punta de jugo de naranja mezclado con aceituna.

ÁLVARO RAMÓN GARCÍA BENAVIDES
Atlántico · Barranquilla
Taller Maskeletras

EL TREN DE LA MUERTE QUE CRUZA POR LA VIDA



Quince para las cuatro, la espera me impacienta y mi cuerpo empieza a contárselo a todo el mundo; sudo a mares y los tics empeoran. Parezco una maquinita a punto de explotar y todo por la condición de no actuar hasta exactamente las cuatro.

Hace quince días fui al odontólogo, odioso chequeo en ese lugar de máquinas diabólicas y batas y tapabocas y sangre. La persona que me atendió era distinta a mi antiguo odontólogo, un caucásico rechoncho al que se le sentía el aliento de muerte y mal agüero; eso es lo que mi seguro alcanzaba a cubrir. Pero aquel día casi sentí confianza por ese profesional que hablaba y actuaba como si supiera todas las respuestas, y también todas las preguntas.

Quince años después de la muerte de mi padre, habiendo terminado por fin una carrera tecnológica, después de otros tantos años desperdiciados, mis expectativas frente al tren de la vida eran optimistas, no más trabajos de mierda, pensé. Pero sólo trabajos de mierda aguardaban, desgastándome, consumiéndome, matándome.

“Quince mil millones de pesos”. El señor odontólogo me miraba fijamente, en silencio, esperando mi respuesta, aunque por alguna extraña razón la suficiencia en su mirada me decía que ya la sabía de

antemano, como si me conociera tan bien hasta el punto de deducir qué pensaba. Yo estaba en *shock*, me dolían los dientes y tenía ese sabor amarillo en la boca, que detesto. Le dije que sí, él sonreía mientras me entregaba un folleto con instrucciones, se despidió cordialmente y me deseó un buen día. En el momento, aunque no lo demostraba, estaba dichoso; dinero fácil, pensé.

Dos mil quince, un año que trajo alegrías al mundo, científicos hinchados a reventar del puro orgullo, la fantasía eterna, el juego de dioses, recrear dinosaurios. Mi trabajo actual, como capacitado profesional de electrónica: limpiar mierda de dinosaurio, envidia de todo el mundo. Es que claramente sólo los más calificados pueden aspirar a realizar tan ardua tarea. Pero aun con tan excelente preparación, el empleado no es perfecto, en eso falló el Smithsonian conmigo, a quien tantas veces volteaban a ver con desprecio, con indiferencia. Yo haría un dineral robando los embriones de dinosaurio, se los entregaría al respetado odontólogo y así ganaría el mejor salario que jamás haya cobrado.

Quince-diez-ochenta. Después de ingresar la contraseña todo sería pan comido, al menos eso indicaba el folleto. Doblaba aquí, mostraba mi carnet de empleado allá, me agachaba en ese otro lado, sí, pan comido. Qué felicidad, lo que viene ahora es el paraíso, dinero, mujeres, todo. Y pensar que crecí creyendo en los estúpidos mensajes que cantaba Facundo Cabral. ¿Que vuele bajo? ¿Que en una chequera no encontraría la felicidad? ¡Ja! ¡Pobre ignorante!

Quince disparos, los dos primeros en la boca, tal vez haciendo honor a su respetadísima profesión.

JONATHAN BRAUSIN PÉREZ
Atlántico · Barranquilla
Taller Literario “José Félix Fuenmayor”

LA TENTACIÓN DE ANTONIA



Tercer martes de julio y Antonia demoraba su arribo a casa por segunda vez, ahora con ocasión de uno de los variados eventos sociales de su oficina. David, quien no era reconocido por su espíritu social y festivo, optó por esperarla en casa y sugerirle un servicio de transporte privado para el regreso, su única alternativa, pues en ningún momento de la escueta llamada fue invitado.

—Amor, voy al cumpleaños de Edna, saca un rato a Doctor al parque y pasea con él unos veinte minutos. No me esperes despierto.

El sonido del teléfono lo trajo de regreso de las cavilaciones con las que solía ver el noticiero de la noche: las repercusiones económicas de la invasión a Irak, la muerte de un dictador de este o del otro lado del mundo y el alza del dólar le habían hecho concluir que la importación de telas sería un buen mercado en los próximos años. En cuanto colgó con Antonia buscó su agenda y apuntó en una página en blanco las palabras “telas-llamar-sábanas”. Al final de la página anterior se mostraba otra frase escrita exactamente diez días atrás: “autos-depresiones-accidentes en diciembre”.

Se alistó para salir. Llamó a Doctor. Desde los primeros meses se había esforzado porque el perro reconociera su característico silbido

y ahora, siete años más tarde, uno sólo era suficiente para que el labrador chocolate corriera a su encuentro desde el patio de la casa. Recordaba haber elegido el adusto nombre una noche en la que tomaba un par de cervezas con Antonia, y pensaban dónde instalarlo dentro del modesto apartamento que ella habitaba por entonces, un arrebato infantil al que no encontró oposición. Todavía eran novios.

—Seguramente se imagina que hay un banquete —pensó David en voz alta al tiempo que depositaba las llaves en el bolsillo, pero cuando el perro vio la pelota en la mano del amo se alistó junto a la puerta.

Como no tenía afán y saldrían al parque del condominio, a dos manzanas de la casa, prefirió dejar el collar. El paseo demoró unos cuarenta minutos hasta que Doctor vino a echarse a sus pies y perdió interés en la pelota, por la que tuvo que ir David hasta los columpios donde un par de gemelas de unos diez años discutían sobre cuál de las dos tenía el balanceo más brusco. Al inclinarse a recogerla no pudo evitar notar que el título se lo llevaba la de la izquierda, su lado favorito.

De regreso entraron al supermercado, compró dos panes y una bebida a base de canela. En el camino, de manera displicente, iba poniendo en el hocico de Doctor pedazos de pan a medida que andaban. En ese instante pasó por su cabeza que en los cuarenta minutos de paseo había interactuado más con el perro que con Antonia en lo que iba de la semana.

Era su segunda semana de vacaciones, esa noche el periodo alcanzaba su mitad exacta y lo sabía. Desde niño, había aprendido a contarlo todo: los pedazos de salchicha que su madre le servía en el plato, sus pares de zapatos, el número de horas que estudiaba cada semana en la biblioteca siendo estudiante universitario y últimamente los días que le restaban para volver a la rutina. La extrañaba.

Diseñador industrial de profesión, para distraer su ánimo en vacaciones había regresado al club de ajedrez abandonado años atrás; tomaba dos cursos de una hora todas las tardes y recordaba varias de las aperturas que en la adolescencia dominaba a la perfección.

Al volver del parque, David estaba decidido a pasar las horas con un rompecabezas que había encontrado en un baúl mientras arreglaba un poco sus instrumentos de dibujo, se trataba del regalo de su jefe

en su último cumpleaños: *La tentación de san Antonio* de Salvador Dalí, una réplica de 1500 fichas plastificadas que sin duda encajarían delicadamente. Despachó al perro y se encerró en el estudio en el que por la tarde había despejado premeditadamente el amplio escritorio.

Antonia volvió y lo encontró despierto todavía; se sorprendió al verlo desde la sala encerrado y dando vuelta a las fichas de un rompecabezas que ignoraba que tuviera en casa e imaginó que lo había comprado al volver del curso esa tarde. Sin embargo, no tuvo ánimo de preguntarle su procedencia. Lo saludó en la distancia y lo invitó a no quedarse mucho tiempo más, estaba cansada y se iría a dormir. Minutos más tarde, en el cuarto, cuando David removió un poco la cama al sentarse, Antonia prefirió hacerse la dormida y él lo notó. Esa noche decidió poner todas las fichas con el diseño hacia arriba y agruparlas por colores, las dejó de ese modo al cerrar el estudio.

A la mañana siguiente, David preguntó a Antonia cómo había estado todo y ella concisamente respondió que habían ido a un restaurante italiano.

David había aprendido desde niño que las cosas, sin importar de qué tipo, se hacían un paso a la vez. Tres noches después, viernes, retomó el rompecabezas. Allí, contemplando las fichas y sus múltiples variaciones de grises y añil, escogió buscar las esquinas y los bordes, juntándolos sin atreverse a encajarlos. Después repasó lo aprendido en su clase con la lectura de las fotocopias que les habían entregado en la sesión a los asistentes. Esa tarde, mientras volvía del curso, Antonia le había avisado con un mensaje de texto que se demoraría porque tenía mucho trabajo y prometía reponerle el tiempo perdido en las últimas noches el fin de semana. Más tarde, cuando se cansó de leer y esperándola todavía despierto, David contó todas las fichas del rompecabezas por decenas, le pareció que una faltaba, pero al final se dijo que más adelante rectificaría su cuenta. Se fue a dormir sin que ella llegara.

Jefe de servicios en la Unidad de Cuidados Intensivos, Antonia había tenido una carrera de ascenso meritario en los primeros años. Sin embargo, llevaba tres con el mismo cargo y esto la ofuscaba, solía hablarle a David de lo frustrada que se sentía, de su necesidad de nuevos retos, de ese estancamiento del que creía que nunca iba a salir. *Nunca y siempre* hacían parte de sus palabras favoritas:

—Es que tú y yo nunca vamos a ningún lugar divertido, siempre los mismos restaurantes elegantes, me aburren.

—Es que Jaime —su jefe— nunca ha querido escuchar mis ideas de mejora para el hospital, y tú tampoco —solía decirle a David mientras desayunaban, si amanecía de mal humor.

Desde niña fue el centro de atracción, a pesar de ser la mayor de tres hermanas y de haberse ausentado desde muy joven de casa para ir a estudiar al exterior; sin embargo, en todas las reuniones familiares era costumbre que ella fuera el tema de conversación, circunstancia a la que contribuían su desparpajo, belleza y prodigioso juicio para los asuntos académicos.

David, por su parte, había sido un solitario, siempre dentro del promedio de su círculo social. Los buenos ingresos de su padre le habían abierto de niño un camino en la sociedad con pago de profesores particulares, educación en el mejor colegio y, con algo de esfuerzo, en la mejor universidad de la ciudad. Ahora, años después, solía decirse que lo único que le quedaba de ello era un buen cargo, una calvicie incipiente antes de cumplir cuarenta y una leve cojera que lo hacía ladearse hacia el lado izquierdo, adquirida cuatro años atrás en un accidente en bicicleta por el que lo sometieron a dos cirugías.

El fin de semana lo apuraron entre visitas a los padres de ambos, llevar el perro al veterinario y hacer mercado, no hubo recompensa para David y fue la primera vez que Antonia le habló de una nueva doctora a su cargo con la que decía entenderse muy bien. Pocas habían sido las ocasiones en las que le notara tal entusiasmo por algo que se relacionara con su trabajo.

Había reparado en las primeras ausencias de ella desde la fecha de su cumpleaños, ese seis de abril Antonia llegó afanada y retrasada, en cuentas de él, diecisiete minutos, a un evento sorpresa organizado por la hermana de David y sus sobrinos. Allí empezó a convencerse de que ella lo creía poco perspicaz. Con una mentira piadosa pero demasiado obvia el esposo sintió ofendida su inteligencia, cuando al saludarlo ella le indicó que llevaba veinte minutos encerrada en el baño del lugar y que recién una empleada la había escuchado para abrirle la puerta. Al final decidió benevolentemente pasarlo por alto por tratarse de una celebración.

Los meses de mayo a julio tuvieron el aire festivo de los planes vacacionales, pero finalmente se habían ido al traste porque el hospital atravesaba ahora por un periodo de reestructuración que le impediría a ella pensar siquiera en alejarse de la ciudad. Después de esa noticia, el aire de los días se tornó rutinario en los silencios de Antonia.

El último miércoles de sus vacaciones, David se prometió terminar el rompecabezas. A lo largo de la semana había ido avanzando y poco a poco todo tomaba forma. Faltaba el cielo, unas cuatrocientas fichas que a simple vista parecían exactamente iguales. *La tentación de san Antonio*, pensaba, ¿qué tentaciones se representaría Dalí con el caballo gigante, los elefantes que parecían de ocho patas y las mujeres desnudas? Por otro lado, el enclenque Antonio que se defendía con una cruz de palo. ¿Podría alguien ignorar las tentaciones del mundo detrás del escuálido símbolo? Seis horas después se detuvo, casi terminaba, pero el cansancio lo vencía.

Antes de subir al cuarto pasó a la cocina por un vaso de agua, desde allí quiso tomar un poco de aire y abrió la puerta contigua que llevaba al patio. Doctor roncaba. En los primeros años de casado, Antonia recriminaba a ambos por ello, por supuesto al perro, lejos del área conyugal, poco le había importado.

Lavó el vaso en modo automático. Pensaba en lo feliz que debería ser aquel perro y en lo apacible de sus ronquidos como dueño del patio, envidiaba su libertad, desprendido de silencios incómodos o de comentarios condescendientes.

Al día siguiente retomó la labor, extrañamente, Antonia llegó dos horas antes de lo acostumbrado y, después de una cena rápida de microondas, se fue a leer un rato en la cama. Él prometió alcanzarla cuando terminara, labor a la que le calculaba unas dos horas, pero que en el último momento se le dificultó porque no encontraba una ficha. No podía creer que la hubiera extraviado e incrédulo buscó en las repisas del estudio y bajo todos los muebles de la sala; tampoco podía sospechar de Doctor, al que le había impedido acercarse, encerrándose por completo.

Rendido, volvió al cuarto. Antes de eso pasó la hoja del calendario de la sala, desde hacía una hora vivían en agosto.

Contó los ochenta y siete pasos en el regreso: treinta y ocho desde su escritorio hasta la escalera, que incluían una entrada fugaz

a la cocina para revisar que la luz estuviese apagada, veintitrés escalones en ascenso, quince pasos a la entrada de la habitación, once para rodear el cuarto y llegar a su lado, el izquierdo, de la cama.

Subiendo por la escalera recordó que su agenda estaba en la mesa de noche, llevaba días sin usarla y la echaba de menos. En el cuarto, Antonia colgaba el teléfono presurosa, no lo había escuchado llegar y él fingió ignorarla entrando rutinariamente por la puerta, mirando al piso, como queriendo encontrar la pieza extraviada. Ella le dijo de inmediato que desde el día siguiente, o mejor, desde ese mismo día en la tarde, se ausentaría, de nuevo el famoso fin de semana del Comité Semestral de Hospitales Locales, en el que ella fungía como relatora. También dijo algo sobre el hecho de que le parecía increíble que ya hubiesen pasado seis meses; no tenía que ir a la oficina y hacia las cuatro de la tarde, Jaime, su jefe, pasaría por ella para llevarla al eterno evento.

David se sentó pesadamente en la cama, buscó la agenda en el cajón, la abrió donde estaba el lápiz que le servía como separador y repasó las frases escritas. La primera de la penúltima página, consignada allí unos cuatro meses atrás, decía “marzo y octubre, los meses del famoso comité semestral, no interrumpir fines de semana de Antonia”.

Se metió bajo las cobijas y le dio la espalda, había encontrado la última pieza de su rompecabezas.

JEISON RIVERA HERRERA
Atlántico · Barranquilla
Taller Caminantes Creativos

SECRETO CONFIDENCIAL



I. La vecina

Sentado en la orilla de la cama, descamisado, muy sudado.

Mi sudor era frío, esa noche no pude dormir. Y es que nadie hubiera podido dormir después de lo que me habían contado.

Esa mañana estaba desayunando café con leche, cereal de chocolate, muy muy ricos; estaba solo en el comedor de la casa, sí, sólo yo. Vivía con mi abuela en ese entonces, pero mi abuela se había ido de compras. Iba a bañarme cuando tocaron la puerta de la casa, yo estaba casi desnudo, así que me puse una toalla mediana que me tapaba sólo la entrepierna, me asomé y alcancé a observar una niña que llevaba un moño cola de caballo. No alcancé a reconocerla y abrí la puerta pensando que era una de esas niñas que reparten folletos de Jehová, y me sorprendí cuando vi quién era. Mi vecina, en serio era ella, bueno, mi vecinita, porque era una niña. Pensé que preguntaría por mi abuela, pero no preguntó por nadie. No la invité a pasar cuando ya estaba sentada en el comedor; la observé con una mirada muy seria y ella me dijo que “porfis, la dejara allí sentada”. Le respondí: “espérame, que me voy a cambiar”. Cuando fui a mi cuarto, asomaba la cabeza,

para ver qué estaba haciendo. Me puse la pantaloneta rápidamente y volví a mirarla. Ella estaba sentada muy quieta, como una estatua. Luego me puse la playera velozmente y otra vez volví a mirar, esta vez estaba apoyando su cabeza sobre la mesa, como preguntándose algo.

Salí descalzo al comedor, me senté frente a ella como hacía mi mamá cuando quería intimidarme por perder materias; ella me dijo que confiaba mucho en mí, pero yo en ella todavía no. Me preguntó que si yo sabía guardar secretos. ¿Por qué me estaría haciendo esa pregunta, me va a contar algún secreto o qué?, pensé. Yo, la verdad, no trataba con ella; sólo era mi vecina, la saludaba y ya. Pero esa niña, que era mi vecina, cuando llegó ni siquiera me saludó, simplemente me preguntó si yo era una tumba para guardar secretos. Quería que me lo contara rápido, para bañarme y listo.

Ella se recogió su cabello rojizo y me hizo prometerle que no le contaría a nadie. ¿En serio era tan grave?, me preguntaba a mí mismo. Cuando decidió contarme, me acomodé en la silla subiendo los pies, como si me fuese a contar un cuento. Ella seguía sentadita, quietecita; movía únicamente sus labios y parecía hacerse preguntas. Incluso, llegué a pensar que estaba rezando.

2. El secreto

Ella tenía unos labios que parecían de porcelana, muy rosados y chiquitos. No es por exagerar, pero parecían de ángel. Ella me contó que era abusada sexualmente por su padrastro y otra persona más. Pensé que no me iba a contar más, pero sin preguntarle me dijo todo detalladamente, parecía una película. Al principio, quedé sorprendido, y así como ella me fue narrando, se fueron formando lágrimas en mis ojos.

Lloré como si me estuviese pasando a mí. Ella también lloró conmigo y se desahogó, creo yo, porque no se lo había contado a nadie. ¿Por qué a mí? No sé, pero ahora la quiero como a una hermana. Bastó con contarme su más sagrado secreto, para que la pudiese conocer mejor e incluso me dijo que podía escribir sobre esto, sin jamás revelar su identidad.

Nadie quisiera que todo el mundo supiera que fue abusado. Ella tenía que obedecer porque matarían a su madre. Y el bastardo de su

padraastro la obligó a cometer cochinadas con su propio hermano. De verdad, no sé qué pensar de esos desgraciados.

3. Dato confidencial

Como les conté, ella fue abusada. Me dijo sin pelos en la lengua, todo detallado, y no paró ni un instante al confesarlo. No sabía qué hacer, no tenía la más mínima idea de qué decir. No le pregunté por qué a mí. ¿Quizás me andaba espiando todos los días? No sé. No sé por qué me lo confesó a mí. No sabía ni conocía que ella era abusada. La había visto como una chica normal. Nunca estaba sola. Siempre estaba con alguien. Y esta vez estaba conmigo. Le pregunté si alguien sabía sobre esto. Me dijo que no, solamente ella, yo y los bastardos, para no dar nombres.

Le sugerí que hablara con su madre y su respuesta fue que no le creería. Por eso, no hablaba del tema con nadie. Mi mente decía: pobre de ella, su inocencia fue destruida, junto con su niñez. Sentía que alguien abría la puerta, me sequé mis lágrimas y ella las suyas. Y empecé a preguntarle cuál era su helado favorito y qué había pasado en la telenovela de anoche, para disimular. Era mi abuela, que regresaba del mercado. La ayudé con las compras, dejé a la niña en la sala y la acompañé a la cocina. No me preguntó por qué ella estaba aquí. Mi abuela me dijo que le ofreciera algo de tomar a la vecina. Cuando fui al comedor, ya no estaba. Dejó la puerta abierta y un papel que decía: “No le cuentes a nadie, es nuestro secreto”. En realidad, necesitaba hacer algo por ella. No podía dejar las cosas así.

Ya entrada la noche, no había hecho nada. No le había contado nada a nadie. Había cumplido con lo que le prometí. Ahora no puedo dormir y estoy sudando frío, por no saber qué hacer con ella y lo que me había contado.

4. Solución o ilusión

Hay noticias. Esa noche en la que no pude dormir, ella se llenó de valentía y le contó a su madre. La llevaron a un médico para ver si era verdad, y así fue, la prueba había sido positiva. Los desgraciados se habían ido mientras la madre la llevaba al médico. Eso lo supe al día siguiente, después de que mi abuela regresó de la tienda. Todos en la calle sabían y no sólo los de la calle, todo el barrio. También me enteré de que la madre había puesto la denuncia, pero a los abusadores no los habían encontrado. Todos sabían y las miraban raro, a ella y a su madre, por no cuidar de su hija.

Ellas se fueron, y yo sí sabía a dónde, se mudaron a la Sierra Nevada de Santa Marta. Ya no soportaron que las miraran así.

No supe más de aquella niña. A veces me quedo pensando cómo la estará pasando, si se sentirá libre o en paz. Me gustaría verla para abrazarla y decirle que fuera feliz, que no me olvidara.

ORIANA PATRICIA RUSSO MANJARRÉS
Magdalena · Santa Marta
Taller Cronistas del Tayrona

EL COLOR DEL AMANECER



Son las cuatro y media. El frío de la madrugada me taladra los ojos. Martín duerme a mi lado. Cuando uno duerme, se pierde del color del amanecer. El color del amanecer es rojo. Rojo sangre. Como el color del pargo. El pargo es un pescado. Las moscas se la pasan revoloteando a los pescados. Las de las moscas son de las únicas almas que quedan en la ciénaga. Ciénaga con olor a mar. Pescados con olor a sangre. Sangre a lado y lado de la calle. Calle repleta de arena. Y en la arena están las flores.

Son las seis. Seis, como las cicutas que arranqué. Seis, como los años de Martín. Martín se baña, se seca y se cambia. En su pecho lleva al Atlético Nacional, y en los ojos a Alberto. Me parece sentir su voz. Pero no es Alberto, sino un motor. El motor de una chalupa. La saliva me pasa como una piedra por la garganta.

“Buenas”.

El uniformado entra como perro por su casa. Se sienta en una silla. Escupe.

“Vengo a recordarle nuestro asunto, doña Adela...”.

“Mire, yo no tengo a dónde ir...”.

“Eso no es problema nuestro”.

“También se nos dañó la chalupa...”.

“¿Es que es sorda o qué es la vaina? Tiene que irse. Así sea nadando”.

“Mi *amá* no sabe nadar”, dice Martín.

“Bueno, o aprende o agarra el colchón de lancha”.

La sangre me palpita en la cabeza. En la ciénaga hay silencio, pero el ruido en mi cabeza hace que haga mala cara. Me siento con una cara distinta. Con un alma distinta.

“¿Un tinto?”, pregunto.

“Bueno”, responde el uniformado.

Camino hasta la estufa. La estufa está helada. Siento que puedo encender la llama con sólo el fuego que tengo en el cuerpo. Un hijo es fruto del cuerpo. Mi cuerpo y mi hijo es Martín. Martín mira al uniformado. Lo mira con los ojos de Alberto. Alberto, que era su padre. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Santo es el señor, mi Dios, digno de alabanza. Alabanzas se dicen en las iglesias. La iglesia del Morro es color crema. Y el color del amanecer es rojo. Rojo sangre. La sangre me hierve en las muñecas mientras sirvo el tinto. El tinto, a veces, es como color sangre. Como la sangre de Alberto esa mañana. Mañana mezclada con arena. Arena escupida. Escupían. Cómo escupían. Y reían. Y nosotros llorábamos. Después del llanto, el tronar de los motores, y finalmente el ruido del silencio. Silencio, silencio, silencio. El rosario me sudaba en las manos. Sudor. Las lágrimas del cuerpo, las únicas lágrimas que me quedan. Agarro la chalupa. Remo a casa. La casa me recibe con un golpe. Adiós chalupa, adiós remos. Uno de los remos me hace tropezar. Caigo de boca. Me arrastro y entonces lo veo todo. Todo agujereado. Agujereado, como mi alma. Mi alma es mi niño. Martín. El de los ojos de Alberto. Alberto quedó sentado, con la cabeza mirando hacia abajo. De lejos se le veía como dormido. Martín sí estaba dormido. Gracias a Dios. Lo abracé. Y lloré. Cómo lloré. Y mis lágrimas caían sobre el Atlético Nacional. Las lágrimas son agua salada. La sal es como una arena. Una arena blanca. Blanca, como la cicuta. Miro la cicuta. Machaco la cicuta. Miro el tinto. Yo soy como el tinto. El tinto es como yo. Como yo y como la ciénaga. Hervideros de agua endulzada.

“Doña Adela, hágalo por las buenas. ¿Sí me entiende?”, dice el uniformado llevándose el pocillo con el tinto a la boca.

“Lo entiendo”.

Y después silencio. Silencio, como el de la ciénaga durante toda esa madrugada. Madrugada color sangre. Como el color del amanecer, que a las seis desaparece. ¿A dónde va uno cuando desaparece el alma? Qué vaina. Qué vaina con este mundo. Este puto mundo, que gira y gira y no se detiene. No se detiene lo que tiene vida. Y uno también va girando, va viviendo. Lo malo es que uno sigue viviendo. Aunque... ¿vida? No. No tengo vida. No tengo nada. Y ellos lo tienen todo. Unos ganan, otros pierden. Dicen que el último sentido que se pierde al morir es el del oído, pero nadie le dice a uno que el primero es el sentido de la vida. A uno no le alcanza la muerte para despedirse de la vida. La vida, a la mierda. La mierda, como la vida misma. Ah, la misma vaina de siempre. Siempre lloro con los finales felices. ¿Pero es este un final feliz?

“Tienen que irse mañana o mañana. No hay más plazo”.

“Mañana nos iremos. No se preocupe”.

El uniformado suspira. Suspirar es como respirar. Antes yo podía respirar con tranquilidad luego de que esa chalupa se iba, pero hoy no. No. Dos letras. Letras tienen las palabras. La cicuta es una palabra. La cicuta machacada ahí en el mesón está como burlándose de mí. Son las siete. La mañana termina de colorearse de azul y ya no hay rastro del color del amanecer. Martín está viendo cómo desaparece la chalupa en el horizonte. Lo llamo. Ya es tiempo de que se tome el café. Café con leche. La leche es blanca. Blanca, como la cicuta. La cicuta ya no se burla. Y yo me tomo el tinto.

MIGUEL BARRIOS PAYARES
Cesar · Valledupar
Taller José Manuel Arango, RELATA Valledupar

PRÓLOGO DEL DESTIERRO



Te has fijado que aquí hasta los incendios son mediocres. Este país no te hace gracia, el clima es insoportable y todo se mueve con una lentitud absurda que a veces llega a abrumarte. Y eso, no contemos detalles risibles como el ruido, los carros pitando a medio día, los colores en los vestidos de las mujeres y la voz de la gente disparando saludos y risas como si el mundo fuera una fiesta. Pero sólo recordar que *allá* te esperan y que volver significa entregarte a las suaves manos de la muerte te hace permanecer aquí, sola y casi sin vida, eso sí, casi sin vida es mejor que estar muerta.

Piensas en don Marco, ese viejo con voz de eternidad y sabiduría de profeta que te hacía pasar largas horas a su lado, escuchándolo inmersa en historias que al final guardabas como tuyas. Esa delicada sensación de paz que algunos llaman familiaridad. Desde muy joven te interesaron sus negocios sin importar si estos eran buenos o malos, él te daba pequeños trabajos que cumplías con precisión milimétrica, hasta que ganaste su confianza e hiciste labores poco dignas de una jovencita como tú. Y eso era lo que te importaba, te gustaba ser fiel y complacer a quien fue la imagen del padre que no conociste. Sería por eso que te hiciste la de oídos sordos cuando el tipo que hacía

de mano derecha del viejo desapareció y cuando tú le preguntaste te dijo “no hacía bien su trabajo, ya sabes cómo me desespera eso”.

El día de tu último encargo te despertaste temprano en la mañana para ir al aeropuerto. Sabías bien que un aeropuerto es un fragmento vasto del mundo condensado en ojos de turistas, en montones de maletas repletas de memorias, en salones y tiempos de espera, por lo que fuiste con los ojos bien abiertos y un poco de desgano en el alma. Esperaste sentada en una banca de cafetería la hora indicada. Te levantaste, miraste al hombre a quien debías disparar con el arma que reposaba en el bolsillo de tu chaqueta. Una mano se aferraba a su cuerpo, la muchachita de seis años que iba con él te sonrió al ver que te acercabas, tú te aferraste al arma, y ella, seguramente vio en ti la mujer que le gustaría ser y tú recordaste la muchachita que fuiste, así que le devolviste la sonrisa y pasaste a su lado como una desconocida cualquiera. El tipo, perdido, disperso, no se enteró de la comunión que hubo en ese momento. Pero los momentos buenos duran poco. Así que sin pensarlo demasiado, dejaste tu pistola en el primer contenedor de basura que encontraste y fuiste directo a una taquilla. Sacaste una tarjeta y pagaste tres tiquetes, cada uno con un lugar perdido en el mapa y un nombre impronunciable para tu voz. Abordaste ese avión sabiendo que era la única salida que te quedaba, pues habías caído en esa mala práctica de no hacer bien tu trabajo. Entonces, entraste al avión como si entraras por la madriguera del conejo, como si el mundo se hiciera nuevo en ese instante.

ENOC JOSÉ PALMA CHACÓN
Cesar · Pelaya
Taller La Voz Propia

EL ÚLTIMO DÍA DE ESTA GUERRA



—Abuela. Abuela, mira lo que dicen en la televisión, hoy es el último día de la guerra.

Mi abuela, una mujer diminuta, de edad avanzada, me tomó de la mano, me sentó en el sillón y empezó a narrarme una vez más la historia de su guerra.

—Ay, hijo... es inevitable, cada guerra trae a nuestras vidas sufrimiento y dolor.

Estaba tranquila, sonriente como siempre, y noté que, como todos los días, tenía deseos de conversar. Su voz sonó de nuevo, esta vez más clara y aguda.

Ay, hijo... el olor de las mazorcas tiernas, trituradas por el molino, que trabajaba con la energía de nuestras manos cada mañana, es uno de los mejores recuerdos de aquellos días. ¡Cómo olvidarlo!, el campo nos hacía muy felices; aunque eran pocas hectáreas, en esa finca, mis padres nos iban levantando; éramos cinco los hijos producto de ese amor, yo era la mayor.

La verdad, hijo, no éramos ricos, pero teníamos carne, maíz, arroz y productos frutales, que vendíamos a buen precio en tiempos de cosecha. Te aseguro que con eso era más que suficiente.

El día en que empezó todo, papá se levantó muy preocupado, lo noté y se lo dije a mamá: “Vieja, algo pasó... papá está muy pálido y mira a cada instante el camino de entrada a la finca”.

Mamá se preocupó un rato, luego dijo: “Ya está envejeciendo... no deberías preocuparte. Ven acompañame a terminar de lavar estos trapos, recuerda que debes encargarte de tus hermanos, es hora de que empiecen a aprender a leer”.

Noté también que, ese día, papá y mamá se hablaban en secreto, estaban tan nerviosos que no podían disimularlo. Cuando nos fuimos a dormir, en toda la noche no se encendió luz alguna, el cuarto grande nos sirvió de refugio, los niños no lo notaron.

“Niños... levántense... es hora de salir”.

Era mamá, acto seguido encendió una cerilla que escondía entre sus manos.

“¿Qué hora es, mamá?”. “Horas de salvar la vida, vienen hacia acá en estos momentos”.

Papá tenía en su mano izquierda la escopeta y cargaba con la derecha a Eliu.

Mamá a su vez llevaba a Cebollita y a Caucheras, mis dos hermanos menores de cinco y siete años. Yo fui por Lina, de tres años, que siempre dormía conmigo; abrió los ojos, me miró extrañada por un momento y luego se recostó en mi hombro y siguió durmiendo.

No habíamos andado cien metros, monte adentro, la cañada parecía boca de lobo, cuando escuchamos los primeros disparos: Sandokán empezó a ladrar con furia, papá lo dejó amarrado para que no nos acusaran sus ladridos, sonó un disparo; después del aullido de dolor, jamás en la vida volví a sentir sus lengüetazos por las mañanas. Papá me jaló del brazo... seguí corriendo.

El que llevaba la voz cantante en el grupo que tomó por asalto la finca, gritó con fuerza:

“Vamos a quemar todo, ellos no deben andar muy lejos, Gavilán, ven aquí”. “A la orden mi comandante”. “Toma quince hombres de a caballo y rastren un kilómetro a la redonda, nadie puede quedar vivo... ¿me entiendes?”. “Como ordene... mi comandante”.

Después de cinco minutos, la claridad del incendio empezó a amenazar nuestra huida. Papá nos escondió detrás de unos arbustos, los hombres a caballo estaban cada vez más cerca.

Como una gallina que protege a sus crías, papá nos habló muy despacio: Por nada del mundo pueden hacer ruido, ningún tipo de ruido. Voy a intentar distraerlos; cuando ellos salgan tras de mí, tú, mujer, con tus hijos, escapas siguiendo el curso del arroyo.

No hubo tiempo para más recomendaciones, abrazó a mamá con fuerza, besó a cada muchacho y a mí me dijo: “Confío en ti, eres fuerte y sabia, nos reuniremos en tres días, en La Carreta”. Besó mis rizos y se perdió en la noche. Mamá, los niños y yo permanecemos entre los arbustos.

Los hombres que se acercaban miraban con sospecha hacia los arbustos donde nos protegíamos; uno de ellos llamó al compañero más cercano y señaló. Con paso decidido y abriéndose campo con su machete, el más fornido, ya a pie, se aproximaba a nosotros. Eliu empezó a llorar, mamá le cubrió la boca con su mano.

El hombre se aproximó y llegó a estar a unos veinte metros de nosotros. Pareció observar algo, porque puso sobre su hombro la escopeta y apuntó, todos temblamos, estábamos apiñados los seis en un abrazo, éramos blanco fácil a esa distancia.

Cuando el disparo sonó, intenté salir corriendo, mi madre nos abrazó tan fuerte que no pude hacerlo, nadie gritó.

El hombre que nos apuntaba cayó herido de muerte; de inmediato, la voz de papá, al lado opuesto, los hizo concentrar en él su atención.

“Aquí estamos, malditos, vengan por nosotros, si tienen algo de valor”. Hizo otro disparo, esta vez al aire.

“Por allá, por aquel lado, vamos, que no escapen”.

Salieron en un veloz galope hacia el lugar donde estaba mi padre, disparando andanadas de balas, sin apenas mirar.

“Ahora”, gritó mamá, tomando a dos de los niños, yo me ocupé de los demás.

Salimos corriendo en dirección opuesta a los bandoleros, tomamos el curso del arroyo, siguiendo las instrucciones de papá, caminamos varios kilómetros con el agua a la cintura.

A lo lejos, los disparos se iban perdiendo, hubo un momento en que desaparecieron y no se oyeron más.

A esa altura de la narración, mi abuela, estaba sonriendo. La abracé conmovido y le dije:

—No te preocupes, vieja, ya lo oíste, la guerra terminó, hoy es el último día de la guerra.

Mi abuela se levantó:

—Para mí, ya la guerra había terminado mucho antes, terminó el día que decidí perdonar a todos aquellos que me hicieron mal.

Mi abuela era la única sobreviviente entre todos sus hermanos; los que no murieron en la guerra, enfermaron pronto del corazón y partieron entre la amargura y el desconsuelo.

Mi abuela, en cambio, seguía de pie, fuerte como un roble, nunca estaba de mal humor, siempre sonreía a todo, su corazón siempre estuvo sano.

La abracé y le dije:

—Tienes razón, abuela, las guerras pueden acabar dentro de nuestro corazón, mucho antes de que otros decidan ponerle punto final.

JAVIER CÓRDOBA C.
Bolívar · Cartagena
Taller Cuento y Crónica de Cartagena

ATAVISMO



El hombre viejo que custodiaba la puerta del patio traía todos los días el periódico a casa. Un manojó de grandes pliegos de papel doblados con un orden indescifrable, y que él resguardaba celosamente bajo el brazo o que ponía en lo alto de la nevera, junto a los vasos de electroplata empañados por el polvo; allá donde Álex y yo podíamos llegar si acaso montados encima del taburete o sobre las sillas de plástico. Pero si alguno de los dos trataba de tomar el periódico, el hombre viejo enseñaba unos horribles dientes quebradizos mientras exclamaba “¡eso no!”. Su voz no era sino una tos seca que siempre lo atormentaba cuando repetía “¡deja eso, niño!”, pero las palabras se le rompían incluso antes de que salieran de su boca.

Por las mañanas el viejo ponía en el fogón una olla con agua y se preparaba café o café con leche, sin azúcar; inclinaba el taburete en la puerta del patio y abría los grandes pliegos en toda su extensión con una destreza de años. Con la mirada imparpadeable, se esforzaba por escudriñar entre las líneas, como cifrando un código secreto, en otras lenguas o en otras épocas. Como buscando justificar en las palabras impresas en el papel el hábito de indignarse y obstinarse casi por cualquier cosa. Se le oía susurrar con furia “¡... una horda, una

horda de paramilitares...!” o decir entre dientes “¡racistas infelices!”. Con qué parsimonia se gastaba las horas, pasando de una en una las páginas y vigilando sus dominios de patio, en particular cuando escuchaba un gorjeo que venía con la brisa desde el corazón de los palos de mango. Sólo eso parecía detener su lectura, hasta que se metía de nuevo en el periódico, antes de ponerlo cuidadosamente doblado sobre sus piernas y quedarse dormido en el taburete. Allí lo dejaba, como retándonos a que lo agarráramos.

Entretanto, mamá nos arriaba con la escoba, a mi hermano Álex y a mí, hacia la terraza a jugar; que nadie interrumpiera al hombre viejo o pretendiera tomar su periódico porque ella nos castigaría. “Ningún niño está para andar viendo los periódicos”, decía ella.

—Pero ¿por qué? —le preguntaba Álex.

—Porque tú no quieres dejar de ser mi niño ¿o sí? —le contestaba ella sonriendo mientras barría la sala—. Mejor váyanse afuera a jugar.

Mamá nos hacía pensar que si desplegábamos aunque fuera una de sus páginas, se nos iría escurriendo la infancia para siempre, y que el día que aprendiéramos a montar bicicleta ya no se acordaría nunca de nosotros. Creo que no llegué a preguntarle a mamá qué diablos era la infancia.

Yo era tres años menor que Álex. De los dos era él quien más detestaba al hombre viejo. Quizá le provocaba repugnancia el olor agreste que despedía, o las arrugas que se esparcían por su rostro y manos. Por eso cerrábamos los ojos cuando pasaba por nuestro lado. En las noches caminaba por la casa como una sombra triste y salía al patio a quién sabe qué. Ahí, en medio de la oscuridad, había una alberca a pocos metros de la puerta, junto a ella una batea; más allá, antes de llegar a los primeros palos de mango, la pieza donde mamá dejó que se quedaran los muertos del tío Gregorio. No conocíamos lo que había en el traspatio, no percibíamos nada más que el olor de la tierra húmeda en el invierno o el color de las hojas muertas al pie de los mangos y de los tamarindos.

El hombre viejo se mantenía vigilante y acusador, como pretendiendo ser un dios terrible. Un dios olvidado, como todos. De los que nunca hubiesen podido predecir cuándo iba a desaparecer el envoltorio de papeles que cada mañana aseguraba encima de la nevera, esa misma tarde en que mamá rebuscó por toda la casa,

poniendo patas arriba los colchones de las camas, buscando entre las telarañas, entre cada partícula de polvo, ese olor a papel nuevo que el viejo reclamaba iracundo.

—¡Búscalos en el cuarto de esos indisciplinados! —le gritaba a mamá, y ella nos preguntaba y nos preguntaba si lo habíamos tomado. “Es un grave error —decía—, un grave error”. Yo estaba casi seguro de mi inocencia en todo esto; Álex ni se perturbaba. Como si en medio de su plan hubiese previsto las consecuencias de lo que hizo. Lo negaba todo, yo simplemente no quería meterme en problemas.

Mucho tiempo después de aquel incidente, a mi hermano y a mí nos pusieron en cuartos separados. Desde que tenía memoria, ambos habíamos compartido el mismo camarote maltrecho, pero Álex ya quedaba demasiado grande para esa cama, tanto como para la ropa que usaba. El hombre viejo había caído enfermo y ya no traía a casa el periódico. Caminaba con dificultad y mamá tenía que prepararle el café, o el café con leche, y llevarlo de la mano hasta el taburete. Los vecinos se condolían de él y le llevaban el periódico que ellos ya habían leído, pero se negaba a aceptarlo, “bueno, quédese con el crucigrama entonces”, y volvía a rechazarlo. Un día, acompañado de una lluvia de seis de la tarde, sus ojos dolorosamente abiertos se perdieron para siempre en el ramaje de los palos. Al poco tiempo, y sin decirle a nadie, se fue a morir solo en el traspatio. Mamá nos engañaba, diciéndonos que él estaba viviendo en la pieza que era del tío Gregorio, y que no sabía más que a pedir que le prepararan café.

Mi hermano Álex se había convertido en una persona desencantada. Comenzaron a endurecerse las facciones, cada vez era más alto que los chicos de su curso en la escuela, y por ello no quiso ir más a las clases. Mamá lo descubrió un día dándole de trompadas a las paredes, con los nudillos sangrados y una furia silenciosa que se apoderaba de él, sobre todo por las tardes, cuando terminaba por sentarse en el taburete, a vigilar el frecuente gorjeo que salía de los palos de mango, y a cerciorarse de que nadie, ni por descuido, cruzara sus dominios de patio.

ROBINSON PÉREZ SALGADO

Sucre · Sincelejo

Taller Páginas de Agua

SÍBELES Y EL HOMBRECILLO DEL TEXTO



En un rincón del salón donde se realizaba un taller para interesados en adquirir habilidades propias de un buen dibujante, Síbeles, un niño de primer grado de secundaria, tenía ante sí tres libros de cuentos. Uno de los ejemplares contenía una sola estampa ilustrativa al inicio del relato, y un personaje que estaba dibujado en ella adquirió movimiento repentino, sacudiéndose y contorsionándose. La perplejidad de Síbeles fue inmediata.

El niño dejó el libro abierto e intentó tomar uno de los otros, pero no pudo. Volvió su mirada expectante hacia el libro de la estampa animada y se dio cuenta de que el personaje se había desprendido de la superficie foliar, tornándose tridimensional, y, al parecer, estaba observando todo a su alrededor. Síbeles no se explicaba ni daba crédito a lo que sus desorbitados ojos contemplaban. Su mente cavilaba, interrogándose acerca de lo que sucedería. Intentó retirarse del sitio y alcanzar el centro del salón, donde se encontraba un gran número de compañeros, pero pudo más una atractiva y extraña sensación que le impulsaba a mantenerse por más tiempo asombrado, sobrecogido y, por más, atento al extraordinario acontecimiento, sin saber a qué atenerse.

No alcanzó a decidirse sobre si voltear o no la página, cuando oyó una lejana vocecilla de tono grave y de intensidad un tanto alta, que le pareció provenía de su rincón. Avanzando en dirección hacia él, un hombrecillo, cuya estatura no excedía las tres pulgadas, daba unos cortos pasos, manteniéndose dentro de la singular estampa. Su cuerpo delgado mostraba una indumentaria propia de una época muy anterior a la suya. El hombrecillo, lleno de optimismo y entrecruzando sus brazos, le expresó a Síbeles, quien se encontraba confundido y perplejo:

—Señor, ¿por qué tomáis esa actitud? Al abordaros sólo deseo su prestante ayuda. —El niño, restregándose los ojos, sólo alcanzó a balbucear:

—Yo..., yo..., yo... —A lo cual el diminuto ser exclamó:

—¡Ánimo! El tiempo apremia. Sólo deseo saber si puedo contar con usted. ¿Cuál es su nombre, buen hijo?

—¿Qué le sucede?... ¿Quién es?... ¿Qué quiere? ¡Oh, nooo! Estoy envuelto en un raro sueño.

—¡Nada de sueños! ¡Vamos, pellizcaros esa naricilla!

El niño le hizo caso.

—¿Mi nariz?... ¡Aaah! ¡Uuf! ¿Es esto real? Si es así, ¿qué pasa? ¿Qué quieres de mí?

—¡Escuchadme, por favor! —le dijo el hombrecillo sin vacilar—. Me he encontrado en este recuadro no sé por cuánto tiempo, sin saber nada acerca de mi mundo. ¡Esto no es vivir! No puedo traspasar hacia otros sitios de este relato para poder conocer el desenlace de esto, de lo que soy propiamente actor. No sé qué tan importante y trascendental seré en esta historia. Por ello quiero enterarme de... ¡Bueno!, ¿Cuál ha de ser mi futuro? Si sigo conminado de este modo, ¡nunca sabré la verdad! Dígame, señor, eeeeh...

—¿Mi nombre?... Es Síbeles... ¡Síbeles! —declaró el niño.

—¡Bueno!, señor Síbeles, dígame, ¿existirá alguna manera de que me ayudéis a desplazarme por el resto de páginas?

—Mmm, no sé, señor.

Diciendo esto, Síbeles hojeó hasta dar con la página que, entre otros datos, indicaba el año en el cual se imprimió el viejísimo pero conservado libro: 1575. Sorprendido por tan lejana fecha, pensó que al solidarizarse con la razonable pretensión de ese minúsculo ser podría

comenzar de inmediato la tarea que les había asignado su exigente pero comprensiva tutora: representar gráficamente ciertos apartes literarios. Se percató de que quienes estaban más próximos a él habían estado una y otra vez mirando hacia el lugar donde se encontraba, tratando de explicarse lo que estaba aconteciéndole. Simulando no darse cuenta de ello, y acabando de leer la primera página, le preguntó al hombrecillo, con una voz susurrante, entre dientes:

—¡Oiga, señor, no sé aún su nombre!, ¿cuál es?

—¡Deberíais estar más atento! ¡Ni siquiera sé eso de mí! Debéis ir leyendo y, a medida que vayáis progresando... ¡Oye! —exclamó el hombrecillo— ¡Debéis asegurarme que retornaréis a esta página para poder sugeriros qué circunstancias de esta historia deberían ser ilustradas, aunque ellas me sean desconocidas totalmente. ¡Ah!, y también para usted, ¿eeh?

—¡Pues claro! Así lograría, gracias a su ayuda, seleccionar las circunstancias destacadas para ganarme la aprobación de este taller antes de acabarse el bimestre. Aunque, me parece algo dispendioso, exigente...

—¡Bueno!, señor, ¡tranquilo! Yo seré como una voz de su interior, la cual os irá sugiriendo para que podáis ilustrar acertadamente y así podréis satisfacer a tu superior; pudiendo lograr, también yo, mi cometido.

Emprendieron su empresa los dos nóveles compañeros, esperanzados cada uno en alcanzar sus propósitos. Síbeles, por su parte, emprendió la lectura del singular libro, el cual tenía por título *La profanación de la tumba de un antiquísimo cacique zenú*. Al leer rápidamente cerca de ocho páginas, el texto completo, se detuvo y, más por curiosidad que por su compromiso con el hombrecillo, volvió a la primera página; casi al instante, aquel, que yacía inmóvil, de nuevo cobró vida, increpándole acelerado:

—¡Listo! ¿Qué hechos encontrasteis?

—¡Oh! He sabido de su acontecer. Resumidamente, le cuento: todo se inicia con tres personajes que hacen un recorrido a caballo por una zona del ahora resguardo zenú, hacia el año de 1550. Al llegar a una gran piedra que sobresalía varios metros del suelo en posición vertical, descubrieron al poco rato de posarse a su alrededor el asomo de un tal remate de bastón, elaborado en oro casi puro, un poco

deslucido por el paso del tiempo, el cual había aflorado por efecto del correr del agua precipitada por la última lluvia ocurrida sobre el sitio. Dos de ellos lo desenterraron completamente y excavaron aún más, ayudados por algunas herramientas que llevaban consigo. El personaje restante, por intuición, no quiso participar en ello. No obteniendo ningún otro objeto al momento, decidieron regresar hasta el lugar de su partida, procurando antes tratar de dejar el suelo escarbado lo más parecido a como lo encontraron.

Sucedió que, al postrarse la tarde, de repente se vieron envueltos por una inusual bruma espesa; entonces, el más listo de los tres le solicitó a uno de sus compañeros que sacara de su bolso la pieza de oro, diciendo que había que asegurarla de una mejor forma, para lo cual una bolsa de cuero con doble fondo que colgaba al pie de su silla era lo ideal. Muy pronto sus dos compañeros se vieron abandonados por aquel, quien, velado por la densa bruma, se esfumó. No pudiéndose explicar lo sucedido, y al percatarse de su impotencia para localizarlo, optaron por quedarse donde estaban, esperando que el fenómeno se desvaneciera.

Luego de transcurrir unos momentos solos, a merced de todo, vieron surgir de la espesura a un cuarto personaje, era usted, quien iracundo les abordó, causándoles gran impresión, más debido a su figura, rostro e indumentaria. Y les dijo que su compañero había logrado llegar hasta una pequeña comunidad indígena; que luego intentó alcanzar, a pesar de la advertencia de los habitantes de esa comunidad, un campamento perteneciente a una legión de conquistadores, teniendo aun en su poder el remate de bastón; pero que usted irrumpió en su camino, obstaculizándole el paso a su manera, haciendo levantar su caballo, el cual le cayó encima, quitándole la vida y permitiéndole rescatar lo que era suyo.

Al decir esto, usted, quien dijo que no era otro sino un anti-quísimo cacique de la región, y presentándoseles a los horrorizados hombres como un espeluznante fantasma, les hizo saber que habían profanado su tumba, sustrayendo el preciado remate de su bastón de mando. Al instante descubrió el rostro ante quien había participado del robo, provocándole un severo infarto que lo hizo derribar, sumido en un intenso dolor, y lo dejó encogido en el suelo. Y le advirtió seguidamente, al sobreviviente, que se alejara y que dejaran

los suyos de cometer actos como ese, que atentaban contra sus sagradas tradiciones. Dicho esto, de inmediato desaparecieron la bruma y usted, el horripilante espectro.

El jinete tomó el camino de vuelta y al llegar al campamento les contó a sus compañeros lo ocurrido. ¿Qué le parece?

—¡Impactante! Enterarme yo gracias al relato proveído por usted, señor, de esta historia propia, es algo irónico... Pero, si no me dibujáis en los espacios libres que hubiere en este relato no podría vivirla yo mismo. ¡Vamos, señor, ilustrad ya, que sé que sois bueno para eso, y le estaré eternamente agradecido por su favor invaluable!

Dicho esto, Síbeles realizó los correspondientes dibujos y por fin pudo acabar la tarea con el primero de los tres libros, quedando satisfecho de momento. Su instructora, al llamarlo, pudo constatarlo entre sorprendida y admirada; el niño había efectuado la tarea con singular entrega, a sabiendas de que le esperaban otras dos narraciones, quién sabe, también, qué tan misteriosas.

LINA ASTRID PACHECO VERJEL
Norte de Santander · Cúcuta
Taller RELATA Cúcuta

MENOS MAL QUE LLEGÓ



Me pareció oír que me llamaban. Dejé de chapotear y esperé.

—¡Pedro! ¡Felicítame, cuñadito!

Jesús, el marido de Flor, llevaba la guitarra en la mano.

—¿Por qué? —le pregunté, sorprendido de verlo por el pozo cuando ya casi anocheía.

—*Pelao*, voy a ser papá —lo dijo con la misma cara que ponía cuando encontraba una excusa para irse de parranda—. Si usted tuviera bozo ya, me lo llevaba a celebrar.

Se remangó el pantalón y no me dio tiempo a preguntar nada.

—Mamá está parteándola. Vaya y las acompaña.

Saltó de piedra en piedra para no mojarse los zapatos, mientras yo corría hacia la casa de Flor. Cuando llegué ya estaba oscuro, pero a la luz de la luna pude distinguir a la mamá de Jesús, que salía con un bultico entre unas colchas. Me pareció que la vieja lloraba y la llamé para preguntarle por Flor.

—¡Santísimo rostro! mijito, menos mal que llegó. Cuide a su hermana, que yo voy a buscar ayuda. Llévelé agua, debe tener sed.

—Ayuda para quién —le pregunté.

Me miró y siguió a tientas cuesta abajo, no me contestó ni fue necesario. Un escalofrío me avisó que algo andaba mal.

Adentro no había nada, ni siquiera los perros, tan sólo un hachón de kerosén en la ventana. No tuve que buscar a Flor, porque la escuché quejándose. Me acerqué y la llamé. Caminé hacia ella sin decir nada.

Al llegar, apoyé la mano en la cama para sentarme. La colcha estaba húmeda y el aire olía *acoquillado*, como cuando papá sacrificó la vaca vieja. Me asusté porque supe que esa humedad era de sangre. No alcancé a levantarme para traer el hachón de kerosén; ella me tomó del brazo, suavemente. Sus manos estaban frías y empapadas.

“Pedrito, quiero que la niña se llame como yo”. Me lo dijo haciendo pausas en cada palabra, le costaba hablar. Trató de acomodarse en la cama y la ayudé un poco, para ponerle una almohadada en la espalda. Entonces soltó un quejido largo y me apretó el brazo otra vez. Traje el hachón y vi la sangre gotear sobre el piso de tierra. Flor estaba pálida, sus ojos azules húmedos e hinchados, el pelo mojado en sudor. Me miró y despegó los labios secos sin decir nada, hasta que el humo del hachón la hizo toser, entonces lo llevé de nuevo a la ventana.

No supe qué hacer, me acosté juntico a ella y la abracé. Se quedó quieta, como si conmigo tan cerquita se sintiera mejor. De vez en cuando dejaba escapar un quejido que se me entraba hasta la barriga y me hacía llorar. Poco a poco se deslizó de la almohada. No sé cuánto me quedé así, abrazado a ella, rezando en silencio, viendo cómo la luz del hachón se debilitaba. Tenía la esperanza de que, antes de que se apagara, apareciera mi cuñado o alguien, y entonces escuché los lejanos ladridos de unos perros. Seguro alguien venía.

Tal vez papá me había echado de menos y andaba buscándome, o Jesús y la vieja regresaban. Pero ni Jesús, ni la vieja, ni papá aparecieron.

Me deslicé un poco y puse el oído en su pecho. La respiración de Flor se hacía cortica. En la punta de los pies sentí la sangre que ya se había extendido y goteaba por todo el *orillo* de la colchoneta. Le di un beso en la mejilla. Ya no se quejaba y pedí a Dios que estuviera dormida.

Volví a rezar. Afuera, los ruidos de las ranas y de los grillos me distraían. Me angustié más cuando los tres perros de la casa se pararon

en la puerta y comenzaron a aullar, igual que chillan los ventarrones al rasgar los alambres de las cercas. Los perros de las fincas vecinas ladraban cada vez más cerca, pero no aullaban como los nuestros.

Nunca la solté. La apreté más fuerte y quise mirarla, pero sentí miedo. La gota de luz terminó de apagarse y fue en ese momento cuando escuché la guitarra de Jesús y las otras voces; él le llevaba serenata cuando se sentía muy contento.

Maldito Jesús, grité y salí corriendo cuesta abajo. Seguí maldiciéndolo y llorando, mientras la luna y la música de la serenata me perseguían. La sangre en mi pantalón estaba seca y se me hacía difícil correr, pero eso no me importaba. Flor estaba muerta y yo jamás volvería a entrar a esa casa.

ÉDGAR AUGUSTO MARÍN ARIZA
Santander · Bucaramanga
Taller RELATA-UIS

LA NIÑA



A esa niña que no supe salvar.

La miseria se viste de fiesta. El barrio, que no tiene calles ni fronteras, es apenas un manojito de tugurios que cuelgan de la montaña: cajas de tabla a punto de caer. La sombra de los árboles empapa las tejas de zinc y mantiene el lugar en penumbra. Las aguas negras discurren por zanjas cavadas en la tierra y desembocan en un riachuelo que divide la cañada. A cada tanto, se levantan vaharadas hediondas que son ignoradas de a poco por los habitantes de la invasión.

Es un escombros del mundo. Sin embargo, los niños ríen. Sus carcajadas se escuchan a lo lejos, el rumor de un enjambre que corretea por las lomas. Los fusiles que llevan los militares en el pecho son para ellos una suerte de embrujo: intentan tocarlos, estiran los dedos con los pies en puntillas y escapan entre risas cuando el militar de turno, que hasta el momento ha sido una estatua, se mueve con brusquedad para asustarlos. Incluso los soldados, que en un principio detestaron tener que escoltar una función de títeres durante un domingo, se han dejado contagiar por la alegría de los pequeños.

En un claro en los árboles, plazoleta improvisada, se instala el teatrino. El payaso, que ayer era un soldado y que mañana volverá a serlo, toma el micrófono y habla con una voz impostada que resulta ridícula. “Ya vienen los títeres”, dice, “el que llegue de último, no come helado”. Los pequeños corren entre gritos y se acomodan en el suelo. Sus ojos rezuman entusiasmo.

El telón se abre. En medio del escenario, un anciano con barba de peluche. “Tengo hambre”, dice. “¿No han visto nada de comer?”. Los niños niegan con la cabeza. Lentamente, un conejo blanco emerge a espaldas del viejo. En la audiencia, risas suaves, palabras susurradas. “¿De qué se ríen?”, pregunta el anciano. “De nada”, le responden, como si hubieran ensayado. El conejo hace gestos. El anciano, que parece intuir lo que sucede, se gira de repente. El conejo se esfuma al instante. Las risotadas de los niños retumban en las lomas.

Entre tanto, el payaso —que apenas tiene diecisiete años— se aleja y se sienta a la sombra de un almendro. Permanece en silencio, maldice su suerte. Tenía la tarde libre. Pero hoy se celebra el Día de los Niños, y los payasos no han sido suficientes. “Todos se disfrazan”, ordenó el capitán. “El que falte, no sale hasta diciembre”.

En el escenario, el conejo aparece de nuevo. Esta vez el anciano, que ha aprendido la lección, lo captura con un movimiento ágil, impropio de su edad.

Los niños gritan.

Apenas pueden imaginar la suerte que le espera al animal.

La niña observa desde lejos. Sus ojos, desvaídos y tristes, desbordan ansiedad. Tiene los párpados maquillados con largos destellos de plata que se difunden en su piel pálida. Su rostro en ruinas, enmarcado por mechones negros que parecen lamerle las mejillas, está perfilado por las aristas de los huesos. Sus labios rojos se asemejan a una pincelada de sangre. Toda ella tiene un aire horrible de mujer en desgracia.

Está junto a su madre, en un asiento de tabla que resulta demasiado alto; los pies le cuelgan en el aire. La mujer, que aún no cumple los treinta, tiene profundos ojos negros. A pesar de que lleva un vestido agujereado y unas sandalias que dejan ver los dedos manchados por la tierra, podría decirse que es hermosa. Miserable, pero hermosa. Habla con una amiga, las dos ríen a carcajadas.

En el fondo de la cañada la función ha concluido. La niña deja escapar un suspiro de desengaño. Quería verla, quería sentarse con los demás niños y reír. Mamá no se lo ha permitido. No le gusta que hable con nadie.

El payaso retoma el micrófono. “¿Les gustaron los títeres?”. Los pequeños, que tienen el rostro manchado de helado, responden con su algarabía. “Entonces lo que viene les va a encantar”, dice con un aire de misterio. Los niños aguzan la vista y murmuran. “Vamos a hacer un concurso de baile”, susurra, mientras se inclina y se pone una mano junto a la boca, como si contara un secreto. “El que mejor lo haga, se gana este premio”. Remata sus palabras sacando un paquete de detrás del escenario. Los pequeños dejan escapar una expresión de asombro: es un inmenso gato de peluche. Todos gritan, algunos aplauden, otros llaman la atención de sus padres con ademanes apresurados. “Hágale, mijo”, dice una voz sin rostro, “ese muñeco es suyo”.

La niña, por su parte, clava la mirada en el juguete. Nunca ha tenido nada. Mordisquea su dedo meñique con cuidado, no quiere desprenderse la uña postiza. Ladea el rostro y empieza a columpiar los pies. Voltea a mirar a su madre. La mujer sigue hablando con la amiga, ajena a lo que sucede. La niña se decide, a pesar de la certeza del castigo. Desliza su cuerpo fuera del asiento y se aleja a hurtadillas. Camina con gracia, un pie frente al otro, movimientos aprendidos. El vestido ceñido al cuerpo deja ver unas piernas cubiertas de escaracha que desembocan en unos tacones negros. Algunos la observan, la mayoría la ignora. Ya están acostumbrados a ella.

El círculo de niños se rompe para abrirle un espacio.

La niña sonríe. Ahora es uno de ellos.

El payaso se queda sin aliento. “Cómo te llamas”, le pregunta. “Marcela”, responde ella, con un asomo de voz. “¿Y cuántos años tienes?”. “Acabo de cumplir nueve”, dice la niña.

El soldado toma el micrófono. Su voz impostada lleva cenizas de amargura. “Ya empieza la música. Todos a bailar”.

El mundo ha dejado de existir. Los olores se han marchado, el aire ya no quema y el rumor de la quebrada se ha convertido en un espectro lejano. Ahora está a solas con su cuerpo y con su música. Se ha abandonado por completo. Baila con los ojos cerrados, como lo hace

siempre. Pero hoy no tiene miedo. Hoy la espera un juguete, y no alguien que ha negociado con su madre.

Los demás la observan, hipnotizados, arrancados de tajo de la realidad. Marcela, que tiene la frente perlada en sudor, marca el ritmo con el vaivén de su cintura. Giros precisos, contoneos diestros. Se acaricia el cuerpo con las manos, parece una lengua de fuego agitada por la brisa. Los otros niños intentan seguirle el ritmo, acaso capturar en el aire una borona de sensualidad. No entienden el gesto de asombro en el rostro de los padres. Lo único que les importa es ganar el peluche.

La madre percibe la ausencia de su hija. Se levanta y la busca con la mirada. Cuando la ve en el fondo de la cañada, en medio de un círculo de gente, deforma el rostro en una mueca. Permanece en silencio durante unos segundos, parece que meditara sus opciones. “Marcela”, grita al fin, sin que nadie la escuche. “Marcela, venga para acá”.

La niña, ajena a esas palabras, dobla las rodillas y empieza a bajar el cuerpo, moviéndolo de un lado a otro. Se acaricia la parte interna de los muslos y se sube la falda con lentitud. Un silencio espeso cubre el lugar, el aire se cristaliza. Apenas se escucha la música que escupen los parlantes y los murmullos distantes de televisores encendidos.

“Marcela”, vuelve a gritar la madre.

Su voz no llega a ningún destino.

Cuando está a punto de mostrar demasiado, la niña se detiene, como si recordara algo. Se incorpora, abre los ojos e inclina la cabeza. Tiene las mejillas encendidas, lleva brasas en la piel.

El payaso apaga la música y pone una mano en el hombro de la pequeña. “Creo que tenemos una ganadora”, dice. Le toma el brazo y lo levanta. “Un aplauso para Marcela”.

Los vecinos lentamente se sobreponen al asombro. Unas palmas solitarias arrastran a las demás. Pronto se escucha una aclamación que a la pequeña se le antoja arrolladora.

El payaso le entrega el gato de peluche.

La niña lo abraza con una sonrisa inmensa.

El payaso, que tiene los ojos pastosos por el amago de lágrimas, sonrío también.

La madre, indolente, intenta abrirse paso a través de la muchedumbre.

El cielo se agrieta. Una llovizna insustancial empieza a humedecer la tierra. La multitud se disuelve, ya no hay nada que ver. Los niños regresan a casa y los padres empinan sus cervezas. Los soldados desarmarían el escenario, empaican los títeres y suben la loma. Arriba, en la principal, los espera el camión.

El payaso enciende un cigarrillo y se acomoda bajo el almendro, junto a un perro que duerme, a la espera de que los demás terminen. Sentado allí, con la vista perdida en los arabescos de humo, entiende que nunca más tendrá sosiego. Y es que no puede dejar de pensar en la niña. Sabe que no podrá olvidarla: esa indulgencia ya no le pertenece. Se la imagina en noches de cuerpos rentados y de olores ajenos. Sonríe con tristeza. En su rostro se instala una expresión desolada.

En el costado opuesto de la cañada, Marcela sale de su casa. Le han recompuesto el maquillaje, le han limpiado los zapatos. Camina con la cabeza gacha, su madre la tira del brazo. Todavía tiene marcas de correa en la piel.

El gato de peluche mira hacia el cielo.

Está tirado en el barro, junto a una zanja de aguas negras, como un animal muerto.

ANDREA PATRICIA JAIMES LÓPEZ
Santander · Bucaramanga
Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

ELECTRA DE JARDÍN



Tengo mil años, tal vez veinte o trece, no lo sé. Tengo vida desde que mi memoria no recuerda nada, tengo dolor desde que no sentía. Me llamo Electra, nací entre libros, en la tragedia para ser exacta, en Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres grandes trágicos, decían mis padres, dos lectores empedernidos. Crecí con las plantas de mi madre; ella, aparte de coleccionar autores en su cabeza, tenía un jardín lleno de flores cultivadas por sus generosas manos.

Mis manos eran diferentes, hacían morir, y mis gustos, aunque exquisitos, por rebeldía los mostraba ordinarios. No me pregunten cuándo comencé a odiar, simplemente odiaba las flores que crecían conmigo y los libros que todo el tiempo, tiempo del que perdí la noción, me habían rodeado.

Estoy aquí y ahora. Una mujer tan liviana como el alma entra, trae la misma pastilla, la de todos los días, al principio una vez, ahora tres veces; es el único conteo que llevo, la única presencia vestida de blanco, como la primera hoja de un escritor.

—Novia, déjame contarte el recuerdo.

—No soy una novia, es mi vestido, el que repito todos los días, como tu historia, que cuenta el mismo recuerdo, el que te mantiene aquí y que deberías de olvidar... ¡Anda! La pastilla.

El agua refresca mi cuerpo, corre por mi garganta, y el amargo, en su forma redonda, baja hasta mis entrañas y me alivia como un beso.

—Para mí eres una novia, una novia que espera, de esas que siempre están dispuestas a todo por un encuentro, de las que se imaginan que algún día llegará algo, mientras tanto, se dedican a escuchar historias ajenas.

Entonces, viene el recuerdo.

—Madre, quiero sembrar amapolas, tan grandes y amarillas como las que tienes, dame tierra y semillas.

Dos semanas, tres semanas. No nacieron.

—Electra, sembrar no es para todo el mundo, hay que amar el futuro, creer en la tierra, confiar en el cultivo —replicó mi madre después del fracaso.

—Novia, ¿te dije qué prometí ese día? Prometí jamás volver a intentar con la tierra; a partir de ese día, sembré pensamientos en mi cabeza, las semillas que no mueren. Nacieron miles en mi cabello enredado.

El bautizo con los tres grandes trágicos dio ese toque fatal que me caracteriza. Crecer en medio de flores que odiaba, que sentía miedo de tocar por el temor a hacerlas morir, y ver a mis padres con libros de aquí para allá cada semana, me hizo una obra más de la biblioteca. La marca que llevaba por nombre, me convirtió, finalmente, en una pieza teatral.

—Padre, quiero cambiar mi nombre.

Un tarro de gasolina en el piso. De vez en cuando, él, mojaba un paño y limpiaba la biblioteca para librarla de la amenaza del comején.

—Pero ¿por qué? —no dejaba de limpiar—. Si hay algo que hemos construido tu madre y yo es tu nombre, fuerte como una heroína, bella como las flores.

Ni heroína, ni flor. Quería ser una cualquiera, con dos padres cualesquiera, que hablaran cualquier cosa. No quería la vida que prometía recitales, exposiciones, artistas y *best sellers*. Mi intención era clara. Comencé a llevar libros de Paulo Coelho a la casa, escribía con mala ortografía notas que colgaba en la nevera, veía *reality shows* tardes enteras, y mi vocabulario era tan grotesco como podía. Todo lo que fuera abominable, para dos intelectuales, no dudaba en ponerlo en práctica. Imaginaba el círculo literario de mis padres,

quería estropearlo, avergonzarlos de la hija literaria que leía basura y veía televisión; la antiheroína.

Los dos intelectuales que me hicieron nacer, ahora, no me concebían. Mi triunfo llegó cuando salí de la casa en busca de gente “inculta”, gente que tenía por exposición artística la calle. Entregada al amanecer, al club de la noche, donde la literatura era la supervivencia de cada uno, leía la vida a cualquier hora. Permanecía en bares y antros de mala muerte, con la compañía nocturna de vagos que se consumían en droga, de prostitutas que se disputaban a los clientes, de la señora de los tintos y cigarrillos, que no se iba hasta que completara diez mil pesos; del vigilante, que esperaba que pasara la noche para terminar otra ronda igual a la anterior. Todos eran mis historias, las recopilaba y era dueña de ellas, pero nunca dueña de la mía. Era el club de los fracasados: los que no contaban triunfos, los que no escogían su vida, la vida los había escogido a ellos.

Me gusta la gente que no pregunta, para contarle todo —le decía, esa noche, a la señora de los tintos, que me había vendido el segundo cigarrillo que fumaba—. De pronto, apareció él, tan común como cualquier preguntón.

—Y usted, la que siempre anda contando cuentos por acá, ¿cómo se llama?

—Electra, la que hace morir las flores.

—¡No jodás! Eso no es un nombre.

El tipo sonreía mirándome de pies a cabeza; tenía el cabello tan largo como el mío; era bello, y me gustaba. Sólo por esa noche.

—De acuerdo, siempre he pensado igual, pero es mi nombre, ¿qué le vamos a hacer? Vamos y lo conoces.

—¿Dónde?

—Cállate y camina.

Él estaba predestinado, como un oráculo. Se quedó con mi nombre y yo sin el suyo, su cabello era tan oscuro como esa noche, en la que lo invité al jardín de mi madre. Me gustaba mucho, como para invitarlo a ver morir las flores en mis manos y en todo mi cuerpo.

Tener sexo sobre un piso de flores muertas es delicioso, lo comprobé esa noche. Después de arrancarlas todas, me acosté sobre ellas y él sobre mí, imponente. Las imágenes se repitieron: arriba, la ventana que miraba al jardín; abajo, mis muslos en su cintura; arriba, la

biblioteca que se limpiaba con gasolina y sostenía a Esquilo, Sófocles y Eurípides; abajo, su boca recorriéndome toda; arriba, mi padre y mi madre; abajo, yo, Electra, llegando al clímax.

Minutos después, una hermosa pieza trágica: una madre aterro-
rizada, un padre hecho sombra, un grito, flores muertas y pisadas, una
hija desnuda y un desconocido de cabello largo y negro.

—¿Qué pasó?

—Sólo tengo un recuerdo.

La pasión es como la gasolina, sólo arde si le damos fuego. Afanada,
subí hasta esa ventana, que minutos antes me había visto extasiada.
Ahora estaba arriba, encendiendo mi tercer cigarrillo, encontrando
ese tarro de gasolina que libraba a la biblioteca del mal del comején,
pero no de mí. Los tres grandes trágicos ardían en sus páginas, y yo
danzaba, impetuosa, sobre ellos. Mientras tanto, lo poco que quedaba
de conciencia miraba a través de la ventana los cuerpos, faltaba el mío.
Tres muertos, como dirían mis padres: tragedia en tres actos. Esta vez
no sólo había hecho morir las flores, había despertado la furia del
género literario que llevaba encima, marcado, el favorito de siempre.

—¿Cuántas pastillas llevo hoy?

Me pregunto y me respondo vestida siempre de blanco, como
una novia sin flores en las manos, esperando y no esperando, saliendo
y entrando al mismo cuarto, con un sólo recuerdo. Soy yo: Electra, la
trágica que hace morir las flores, la mujer que no concibe ni brota,
la tierra seca en la que no se siembra nada.

—Es la segunda.

—Con la tercera muero.

DANTE SANTIAGO OSORIO ACEVEDO
Santander · Barrancabermeja
Taller LetrArte RELATA

EL NUEVO



Todos sabemos que cuando llegamos a un nuevo colegio siempre creemos lo peor: que no tendremos amigos, que nos costará mucho adaptarnos, pero no. Esta es la historia de un niño que pensaba lo mismo, pero todo cambió cuando demostró su talento.

Su nombre es Danny. Él es el “chico nuevo” del colegio La Nueva Granada, en Bogotá.

Danny ingresó al colegio porque su mamá y su papá se habían mudado a Bogotá por una oferta de trabajo.

Efectivamente, a Danny le fue muy mal haciendo amigos, pero llegó el día en que todo cambió. Estaban a punto de iniciar la semifinal en las interclases y el arquero no llegaba. Todos se asustaron porque no tenían quién remplazara al portero titular. Afortunadamente Danny se ofreció a tapar. Nadie confiaba en él, pero no tenían de otra y lo dejaron.

Sonó el pitazo inicial, todo el equipo estaba preocupado; temían que a Danny lo golpearan. Se equivocaron. Al principio del partido el delantero Juan marcó el primer gol a favor de Danny y su equipo. Después Camilo, el jugador del equipo contrario, lanzó un disparo fuerte al palo derecho y Danny se lanzó y la tapó. Todos se emocionaron.

Antes de terminar el partido, Danny recibió un golpe fuerte en la pierna derecha. Sin importar el dolor él siguió jugando y gracias a su empeño lograron llegar a la final ¡Y quedaron campeones!

Desde ese momento todo cambió para Danny. Ahora hace parte del equipo que representará al colegio en los juegos intercolegiados, y por supuesto, él llevará la cinta de capitán.



POESÍA



CARLOS ANDRÉS PÉREZ VERTEL
Córdoba · Montería
Grupo Literario "Manuel Zapata Olivella"

A PROPÓSITO DE MI SOMBRA



A Raúl Gómez Jattin

Encrespándose los huesos
en un desierto de alas en espera,
aluciné con tu imagen alta y flexible.
Compartimos el mismo átomo artesanal
porque algunos recuerdos
se quedan en la memoria de corto plazo
o en la lluvia que retiene el tiempo,
un espacio breve para recordar.
¿Comprendes?
Yo no comprendo nada
Yo daré mientras tanto,
un par de vueltas a tu área.

Esquírlas de un cielo roto en los ojos,
se embriagan mis venas con tus vientos
como si llevara un andar a tientas por la pared

no tan sólo entre el aire y el descaro,
 son una pura aventura tus alas
 y en una rebanada de ahora,
 me miró como se mira a través del cristal
 en el instante preciso.
 El convenio de atracción
 entre partículas semejantes,
 Por la cohesión en esa masa de carne
 electrificada.

Ciega, ondulante, torrencial,
 la persistencia de la imagen.
 Los recuerdos se almacenan
 en un punto
 y con voz de noche
 los componentes emocionales
 de dichos recuerdos
 están dispersos a lo largo de todo el cerebro
 por la acción mecánica del tiempo
 donde el ojo izquierdo no palpita
 sino para salvar
 tu cuerpo en silencio,
 ceguera inducida por el movimiento.
 Los huesos deben esperar
 porque lo que viaja contigo son partículas
 o el aire
 o la nada.

Así es, podría decir que tu cuerpo
 no tiene eso llamado masa
 es raramente ligero
 como si no existiera.
 Galopando un chirrido de aire
 detrás de la lógica
vienes en el viento,
 todos los caminos pertenecen al viento
 y más allá de los espejos

se asemejan entre ellos.
Tus alas articulaban rutas
como en un juego para hallar los límites
en un sol de medianoche, descolocado,
e inventarnos desde adentro.

Como el dedo de la muerte que lo congela todo,
sólo recuerdas los sucesos básicos
de un hecho traumático o feliz
porque la lógica de los niños puede ser muy curiosa.

CARMEN ALICIA PÉREZ GÓMEZ
Córdoba · Cereté
Taller Raúl Gómez Jattin

LA INOCENCIA DE LA BESTIA



Creo ver el rostro del verdugo
durmiendo en mi almohada
cada madrugada
A veces, el reflejo de un brillo
centella que cae sobre los sueños
me recuerda la danza de los cuchillos
de aquella noche
¿Realidad o ficción? No lo sé
Pero no puedo anular tu rostro
tatuado en la inocencia
de mi mejor poema.

* * *

Caminas por el bosque
Miras el reloj. Ha llegado la hora
Estás sola con tus miedos y tu dolor
¿Cuál es la niña que coge las flores
y no ve dolores?

La noche se encima. El lobo aparece.
Desde niña le has temido.
Desde los sueños gritas y nadie te escucha
Madre no está. Padre tampoco
Caperuza ingenua de los cuentos. Estás sola
Miras el reloj. Ya ha pasado el tiempo
de vivir en el país de las maravillas de Alicia.
Niña ya no eres. Niña, aunque te diga tu madre,
tienes un fusil en tus ojos
y un montón de piedras en los bolsillos
por si el lobo se acerca de nuevo.

* * *

Extiende tu mano en mi costado
y sentirás muy cerca
un corazón que late agonizante
Hoy soy el apedreado mesías
que tanto mencionas en el sermón de las 7:00
La historia de siglos se repite en mí
Avanza, que mi cuerpo no pesa
Lo que pesa la cruz del calvario
Tranquilo, que Dios no habla
y los otros muertos tampoco
Tranquilo, que el sol se oculta con un paraguas
cuando usas corbata y te dicen doctor
Mañana en el sermón de las 7:00
yo seré un niño desaparecido
y tú el sucesor de Dios en la tierra

VERÓNICA VICTORIA VANEGAS VERGARA
Norte de Santander · Pamplona
Taller Rayuela

SILENCIOS



Ausente vaga mi alma
en un caudal de recuerdos
camina sin pasos
su navegar es incierto.
Su melancolía
inconmensurable
emana silencios
le impone recuerdos.
Quisiera un instante
saber que no es cierto
ahogarse en su gozo
bebiendo el deseo
burlar a la muerte
en un instante etéreo
tomar al sendero
llegar al final
saber que no es cierto.

MAYIRLED PUENTES BARBOSA
Santander · Bucaramanga
Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

POESÍA



A un pianista

Tú, que forjas con tus dedos
el encanto a mis oídos,
llevando mis sentidos
a un sinfín de sensaciones
que esculpen del silencio profundo,
mi más sutil abnegación
al evitar aferrarme a tan elocuente canción
a tan ilustre jovencito;
que con sus manos tan sublimes
puede llevarme al cielo pintoresco
que anhela mi alma,
o al infierno fúnebre y sombrío
al que tanto teme mi espíritu.

El ritmo que marca tu melodía
se dibuja sobre el silencio,

y se colorea de blancas y negras
sobre mi cuerpo.
Ante tal debate se halla mi esencia,
al no ver diferencia entre el mar y la tierra,
tierra que ya no tocan mis pies
porque ahora sólo sé caminar
sobre tus agraciados y prodigiosos dedos.

Inhóspitos días

En estos inhóspitos días por los que peregrinan mis males,
estoy cansada y desolada como la muerte
al ver aquellos que un día dijeron a mi paz:
duerme sobre mis hombros que en mí hallarás descanso.

Vacilante me encontraba en estos días banales,
creyéndole al silencio de los pasos que mi ser hallaba
y entre escombros de recuerdos una neurona luchaba
por encontrarte, y se quemaba cansada de no hallarte.

Existía tanto desconcierto en mis adentros
era todo tan furtivo y exuberante
tan complaciente, fascinante
que de tanta belleza no podía ser cierto.

Tantos instantes triviales enmarcados con sutileza y encanto
se iban desvaneciendo como el agua en mis dedos;
dulce y refrescante, calmó mi sed por un instante
luego envenenaron mis huesos y cayeron eternamente.

Todo parecía esencia fresca y penetrante,
que me hacía caer en inconsciencia permanente
parecía ensueño y fantasía ¡Vaya!
si no sintiera este dolor diría que todo esto fue mentira.

Tu voz será la caldera que derrita mi canción
tus manos serán aquellas que den forma a este jarrón,
moldéame como quieras que en tus manos habitaré
en tus labios me posaré cuando de mí bebas café.

Mientras me visitan los días de junio,
voy paseando por campos otoñales
cae la lluvia. ¡Cuánta lluvia cae!
Caen las hojas rojizas
sobre mis cabellos. ¡Cuántas hojas caen!
Caen mis lágrimas,
esas que confundí con la lluvia.

Sólo me mantendrán viva las memorias de viejos tiempos
que como el aire no volverán. ¡Acaso no lo sabías?
Eran brisas...
Y las brisas cuando pasan una vez,
no regresan por el mismo lugar.

Quando me miras

Quando me miras de esa gloriosa manera, tan delicada y sutil haces
temblar mi alma,
algo desconocido sucede dentro de mí, algo enciende mis sueños y
ese algo eres tú.
Quando me miras de esa manera tan innata que hace a los ojos hablar
te digo todo lo que mis labios callan, mis pupilas dilatadas te lo
pueden gritar.
Quando me miras de esa manera, olvidan mis pupilas el arte de
respirar
Se congela mi aliento, los sentidos pierden su existencia y su razón
de ser.
Quando me miras de esa manera, se borran las penas sublimes de
mi ser.
El frío invierno se transforma en destello celestial.

Cuando me miras de esa manera, no quiero que ni dormido me
dejes de mirar.

Tus ojos cristalinos me ciegan más que la luz del sol.

Cuando me miras de esa manera, me pierdo en el alba.

No quisiera que a otros ojos miraras de esa hermosa manera.

Eso causas en mí y no sé qué más pueda sentir,

Si al trascurrir de los días, los años y más allá,

me sigues mirando de esa gloriosa manera, voy a morir...

Bitácora de una mujer sin fe

Quiero decir: te extraño, que me hiciste daño

Que mi vida rompiste y que tú ya moriste.

Quiero decir que te deseo y no espero algo a cambio

Destrozaste mis ilusiones, acabaste con mi poca voluntad.

Quiero decir que renuncié a mi risa y a mis afectos; a mi

resignación dejo el resto.

No quiero que estés conmigo, pero no quiero dejarte ir.

Quiero decirte que borraste mis ilusiones; una mujer sin ilusiones

no es nada.

Quiero que sepas que mucho te quise, aunque ahora duele que lo

sepas.

Quisiera tener una esperanza que me despertara, que me

embriagara ¡que me liberara!

Pero no la tengo; sólo tengo un sublime agobio que destroza el

poco corazón.

Queda en mí no más un cementerio, donde cada cadáver llora tu

desengaño,

y eso me hace un daño tan grande y profundo que borra mis

fuerzas de luchar.

Al fin de cuentas, ¿quién eres tú y quién soy yo?

No tuve por qué esperar algo a cambio, pero lo esperé,

Ese fue mi gravísimo error, ahora lo entiendo, ¿qué puedo hacer?

Como te dije, no tengo fuerzas de luchar.

¿Qué puedo hacer?

Sólo ahogarme en un mar de fobias,

que mueren por ideas pero que renacen como un fénix.
Con pensamientos elocuentes, quise ser tu mejor poema
a cambio fui tu mejor juego.
Ahora te digo con más que un poco corazón:
Y un cerebro calcinado, no te quiero aunque te quiera
más a ti que a mí.

Niégame todo

Niégame tu mirada, por favor te lo pido,
no quiero que mis ojos los vuelva a ver;
no me puedo de nuevo en ellos perder
no deseo ni en sueños volverte a ver.

Niégame tu sonrisa es un clamor del olvido
no quiero tu risa volver a escuchar
ese divino gesto como nada me enloquece
los recuerdos de tus labios al mar iré a botar.

Niégame tu voz, a grito entero lo ruego
basta escucharla para sufrir en un santiamén
son castigos de las notas tus susurros
con tal de borrarlos, a todo diré amén.

Niégame tu presencia, nada te cuesta
Ya es ofensa respirar el mismo aire.
No sabrás jamás del dolor de tu ausencia
sin ti todo es silencio y un abstracto desaire.

Niégame tu amor, mi corazón lo suplica
de nada sirve que lo des si no hay quien lo reciba;
ennoblecida estaba mi alma cuando no lo tenía
tus afectos eran música y al silencio todo iba.

Niégame todo de ese hijo tuyo, ¡Oh Dios!
Si él caso no te hace, entonces hazlo tú;

bendito el día que mi amor lo halló
maldita la noche que su nombre salió de mi voz.
Niégame tu mirada cuando te mire,
Niégame tu sonrisa cuando te sonría.
Niégame tu voz cuando te hable.
Niégame tu presencia cuando esté contigo.
Niégame tu amor cuando sin dudar yo te amaría.

Niégame todo te pido, te lo pido en cada letra de este poema
Aunque me esté quebrando, niégame tus besos, tu hastío
hazlo si te pido que no te niegues,
niégate aunque te lo pida llorando.

NANEZDA ESTEFANÍA OLARTE MEJÍA
Bucaramanga
Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

POESÍA ORGÁSMICA NEOM



Pasión genuina

Agitada entre deseos caí prisionera,
en mis noches desenfreno pasión genuina,
naces en mi piel como una enredadera
y en mi cuerpo desbordas humedad albina.

Brotan mieles agridulces desde tu cadera,
mi lengua extrae ese tu rocío blanco golosina;
traicionamos nuestra conciencia usurera,
y vestimos de besos esta piel lujuriosa y fina.

Entrelazados nuestros sexos con pasión desvergonzada,
nuestros cuerpos excitados serán inclementes,
sin miedos, ni tapujos, ni dignidad enfrentada
y en el ardor del encuentro apagaremos nuestras mentes.

¡Incítame!

¡Incítame al amor!
¿Ante mí, quieres mostrarte fuerte?
pareces búnker protegiendo el corazón, ¡ja!
no enmascaras tus deseos y no ocultes tu humedad,
esa entrepierna hinchada no te disimula erección.

¡Te lo advierto!
Una barrera de juguete no detiene mi capricho,
tus labios estarán sometidos a mi voluntad
tatuada en tu memoria dejaré mis gemidos,
que estarán presentes y esclavizarán tus deseos.

Atrapada en tus recuerdos, doblaré tu arrogancia;
tu asta será izada sólo con la bandera de mi cuerpo,
quedarás inmóvil ante pasiones ajenas a mí.

Suplicante, desnudo y con tu ego condenado,
llegarás escudriñando en mi inconfeso fuego.
tus deseos y tus manos sólo reconocerán los míos,
otros cuerpos serán menos que un roído hueso.

Te esperaré más dispuesta que Afrodita,
y como lienzo virgen que desea un arte caprichoso,
dejaré que pintes con tus gotas blancas la lujuria,
en los placeres de mi antojo anunciaré mi jaque mate.
¡Y pisoteado tu ego, reiré más que tú, cuando lo hiciste conmigo!

¡Déjame quererte!

Son mis palabras la extensión improvisada de caricias,
tu piel, lienzo blanco para escribir con mis labios,
tu lengua inquieta explora milimétricamente mis deseos,
son nuestros cuerpos, templos exquisitos del erotismo.

Déjame llegar a ti.
Enséñame el camino a tus prohibiciones,
Conjugueemos, en complicidad, hazañas amatorias.
Si perdemos la conciencia en mil noches de desvelo
¡Qué importa! ¡Revoloteemos placeres hasta el cielo!

Extiende tu mano.
Déjame tomar la tuya,
y perdidos el uno en el otro
construyamos un mundo paralelo
donde los impedimentos no se nombren.

Desbordemos besos de placer
hasta desvestir nuestras almas
que incansables se funden como auroras.
El cielo grabará en cada estrella
las caricias del perpetuo amor que nos tenemos.

Tu amor, mi prisionero

Cuando cierro los ojos y te pienso,
llega el infinito deseo de tenerte,
acariciar tu piel, tus cabellos.
Siento en los poros de mi piel,
ansioso desenfreno.

Mi boca entreabierta gime,
los muslos, expuestos de par en par, te seducen.
Veo entre tus sensuales movimientos
que tu cuerpo ansía ser apresado
y de mis caricias, heredero.

Serás mi esclavo,
¡hoy no pido permiso!
De tu silueta me apodero,
serás esclavo de mis ansias

y seré tu ama del deseo,
romperé tu miedo con mis labios,
saciaremos caprichos con mi sexo.

Esclavo mío y de amor justiciero,
hoy no serás tú,
¡serás lo que yo quiero!
Haré que te consumas en mi fuego,
Incitaré con caricias tu cuerpo
y con mis besos te encenderé en deseo.

Estaremos juntos en la pequeña muerte que marca el clímax
y entrelazadas nuestras almas, cuerpos y besos,
quedarán desnudos los miedos como acuerdo de las noches
cargadas de erotismo, pasión y desvelo.

Quisiera

Viendo la luna,
decidí escribirte esta noche
entre tu sombra y mi fuego,
con deseo y derroche.

Le escribo a tu erotismo,
mi lengua es lápiz que firma en tu figura.
Tus manos calientes e incitadoras,
nos condenan a ser enredaderas de pasión.

Mientras viajas, ¡esposo mío!
Tu cuerpo ausente perturba mis instintos
es tu regreso lujurioso el que ansío...

¡Quiero poseerte!
Incitas mis sentidos
a desnudar tu corazón,
calentar tu sangre,

anular tu voluntad y embriagarte.
servirte de mi copa ardiente,
ese tu favorito ¡vino blanco purasangre!

Excitar nuestros cuerpos nunca es suficiente,
¡de ti, mucho, no es tanto!

¡Regresa pronto, amor mío!
son mis noches de verano
las que reclaman tus mieles agridulces.

Entre mis muslos nació un desierto que grita.
Escucho su reclamo desesperado,
Ven pronto y humedécelo con el brote de tu asta,
ese que nace con cada azote al contraer tus nalgas.

Mis dedos obligados por la sequía
perforaron la fuente para liberar vapor,
ahora brotan por mi entrepierna
chorros nacarados en busca afanosa de tus labios.

Cuando regreses
¡te encenderé la piel hasta quemar mi nombre escrito en tu deseo!



NODO CENTRO



CUENTO

JUAN CAMILO YEPES JIMÉNEZ
Arauca · Arauca
Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta

AL FINAL DE LA TARDE



Sentía un cosquilleo en mis piernas y mi corazón se empezaba a agitar. Tenía razones obvias: el día anterior habían matado a dos guerrilleros y, aunque yo no lo era, ver a esos hombres en las cantinas, emborrachándose, me aterraba.

Johana no daba muestras de vida, y el sol de las cinco golpeaba mi cara. Pude ver a lo lejos una motocicleta que se acercaba levantando polvo. La conducía una joven alta, corpulenta y de piel trigueña. Me saludó con agrado. Dijo que se llamaba Fernanda y me pidió que me montara, que iba a llevarme. A pesar de que la gente nos observaba, como con misterio, decidí hacerlo.

Johana me había hablado de ella, era su mejor amiga, su confidente. Una de esas mujeres que están en todo momento para ayudar a la otra; en otras palabras, una cuartera. En el recorrido logré ver algunos grafitis que decían cosas como “Vivan las Farc”, y pensé, entonces, que quizás hablarían de mí en las noticias dándome por muerto, y que al pasar el tiempo sólo quedarían rumores de los hechos pasionales que habrían desatado mi muerte, pero nada era más fuerte que el deseo de estar con Johana, aquella mujer que había conocido en Cartagena, en esos viajes de encuentros juveniles con toques políticos, en los que se ve de todo.

Luego de un rato llegamos y la moto se detuvo en una casa de madera, muy comunes allí; estaba pintada de un rosado pálido, con unos helechos sembrados en botellas plásticas colgando en la entrada. Fernanda me dijo que siguiera.

Ya habían pasado seis meses de haber conocido a Johana, sabía que tenía dos hijas pequeñas y que se había separado de su marido. Teníamos una relación oculta, nos llamábamos a diario para intentar olvidar la realidad que muchas veces nos atormentaba. Le contaba de mis estudios y ella se desahogaba contándome los insultos y amenazas que le hacía su expareja.

Al entrar en la habitación se veían los destellos de luz que se colaban por la mitad de cada tablón de la pared. Escuché su voz llamándome, estaba acostada en una cama con sábanas destendidas y un toldillo a medio poner. No había duda, era ella, aunque un poco más gorda que la última vez que la vi. Tenía una licra negra y una camisa con dibujos animados, el cabello desorganizado y las uñas sin pintar. Me miraba con su forma pícara: moviendo los labios, mostrando los dientes torcidos y sus hermosos ojos cafés. Sin dejar de mirarla me recosté junto a ella y la besé. Ella me abrazó fuerte y me dijo que me amaba y que tenía muchas ganas de verme. Experimentar aquella situación era un verdadero desafío, pero tenía un argumento válido para arriesgarme a tal locura: la amaba. Sin embargo, le hablé del temor que sentía al estar allí, sobre todo por su exmarido, pues en realidad no sabía quién era ni a qué se dedicaba, pero ella, sonriendo, me dijo que no me preocupara, que él ya se había ido del pueblo. De repente se escuchó la voz de Fernanda, llamándola. Johana se puso de pie, se recogió el cabello y me dijo que la esperara. Me puse más nervioso, no entendía la situación. Salí de la habitación. Fernanda me dijo que no me preocupara y que si quería esperara afuera. Decidí hacerle caso y me senté en un tronco en la entrada de la casa. Intenté calmarme y, por primera vez, me puse a contemplar el lugar. Los niños corrían descalzos por las pequeñas calles llenas de polvo, las madres hablaban entre ellas en las entradas de las casas y el sol, color naranja, desaparecía en el horizonte. Hacía mucho calor. Me sentía tonto, acostumbrado al ruido y al frío de la ciudad, y ahora buscando lo que consideraba mi único amor en lo profundo y desconocido de los rincones del país. Con la llegada de la noche, los focos amarillos

de las casas y la humareda provocada para espantar los mosquitos que invadían el lugar le dieron un toque acogedor a pesar de la desconfianza que sentía. Fernanda me ofreció un plato de comida. Comí con ganas, tenía hambre. Por fin Johana llegó. Estaba hermosa. Llevaba un vestido morado y estaba peinada con una flor del mismo color. Miró hacia los lados y con cautela me besó. Fernanda, inclinada en el marco de la puerta, sonreía. Me propusieron ir a bailar a una discoteca que quedaba a pocas casas de donde nos encontrábamos. Era como si tuviesen planeado todo lo que haríamos, pero yo seguía con mi desconfianza, así que de nuevo le pregunté por su exmarido. Me dijo que no me preocupara, que pasaríamos una noche divertida. Al llegar a la discoteca, que en realidad sólo era un espacio amplio con piso de cemento y una lámpara ultravioleta, ya había personas bebiendo, algunas bailando. Johana se alejó, merodeando por el lugar, saludando a todos con confianza, riendo y dándose la vuelta por lo bella que estaba. Todo eso me producía celos. Regresó con la primera cerveza que me tomaría en la noche. Nos sentamos en unas sillas de plástico y empezamos una charla banal y divertida.

El calor, la música a alto volumen y las cervezas en mi cabeza hicieron efecto rápidamente. Me sentí un tipo rudo. Alguien con agallas para desafiar los peligros del mundo. Un hombre invitó a bailar a Johana. Vi cómo le bajaba la mano más allá de la cadera y le susurraba cosas al oído. Me paré, tropecé con la mesa y derramé varias cervezas. Fernanda me sujetó de la mano y me haló para volverme a sentar. Me pidió que me calmara o de lo contrario las cosas se pondrían mal, pero en ese momento parecía no importarme enfrentar a toda una cuadrilla de hombres, así que me dirigí hacia ellos y con fuerza empujé al sujeto y le di un puñetazo en la cara. Entre varios hombres me tiraron a la calle. Me levanté con la ropa llena de polvo y me abalancé sobre ellos. Johana y Fernanda intentaban separarnos mientras la gente hacía un círculo alrededor de nosotros. Yo lanzaba puñetazos sin saber a quién, pero un fuerte golpe en la cabeza hizo que me desmayara. Esa noche no recordé más. Al otro día desperté amarrado a un árbol en un potrero. Me dolía el cuerpo. A lo lejos, hombres armados vigilaban el lugar y otros conversaban junto a una camioneta azul, en la que seguramente fui transportado. Se acercaron y me hablaron. Estaba sorprendido al darme cuenta cómo esos

tipos sabían todo sobre mí, a qué me dedicaba, dónde vivía y por qué estaba en el pueblo. Me dijeron lo arriesgado que era haber ido a un sitio que no conocía. Sin embargo, dijeron que tenía buena suerte al conocer personas que evitaron algo peor. Supuse, entonces, que Johana tuvo algo que ver. Me dijeron que no me querían volver a ver por allá. Me subieron a la camioneta y me botaron en la carretera para que tomara el bus de regreso. Les hice caso. En otro pueblo busqué un teléfono y llamé a Johana, pero no contestó. Cuando llegué a casa volví a marcarle, pero cuando hablé me colgaron. A los días volví a intentarlo, pero fue imposible, colgaban en cuanto oían mi voz. Ahora sólo espero el próximo encuentro juvenil. Otra vez será en la costa; tal vez la vuelva a ver, o tal vez conozca a alguien igual de bonita y con un pasado menos peligroso.

BRYAM ARIAS
Cundinamarca · Cota
Taller Voces del Majuy

AL JUNTARSE LOS PÁRPADOS



Respiras lento, pesado, como si en lugar de aire el pecho se te llenara de agua. Oyes la puerta cerrarse detrás de tu espalda y justo cuando das un paso y avanzas hacia los cuerpos que se aprietan en el fondo del bus, te detienes; la puerta pellizca el saco del traje, lo arruga. Lo halas. Se suelta.

Y las cabezas te miran.

De niño, a veces me despertaba en medio de la noche; recuerdo las ventanas pálidas de luz de luna, las cortinas inflándose y ese pesado cosquilleo que era el miedo. Fueron pocas esas noches, pero tan largas, tan silenciosas.

Tu frente brilla, sientes las gotas de sudor bajándote por la nariz. Piensas. Piensas en arañas, en sus patas negras engarzándose en la piel de tu cara. Te golpeas la frente con la mano abierta y te quedas viendo la luz en la humedad transparente de tu palma.

La primera noche grité, mi mamá no tardó en llegar. Me acuerdo de su cabello negro cubriéndole media cara, del ojo apenas abierto, y de sus manos... sus manos frías sobándome sin ganas la cabeza. No quise seguir molestándola, por eso no volví a decir nada, me quedaba mirando las tablas del techo hasta que, en algún momento, me dormía.

El bus se agita, te arrastra. Te aferras con una mano a la barra todo lo fuerte que puedes. Te enderezas. Por la ventana pasa la ciudad gris y borrosa. Sientes las miradas como palmadas en el pecho. De pronto todo se pone más oscuro, tus manos, los cuerpos, el suelo.

En las mañanas, cuando despertaba de aquellas largas noches, sentía arder la garganta, la pijama se me pegaba a la piel. El cuarto daba vueltas alrededor de mi cama, oscureciéndose de a poco. En algún momento comenzaba a sentir flojos los brazos y el cuello y los ojos oprimiendo los párpados.

Y los abría.

Y los cerraba.

Piensas. Piensas en el despertar de hace unas horas, en cuánto te dolía la garganta, como si hubieras pasado toda la noche gritando. En tus dedos apretando los botones de la camisa, tratando de que atravesaran la tela por donde no había ojal. Piensas en la corbata que te anudaste al cuello, en si era azul o negra, en el cepillo de dientes en tu boca, en el regusto a menta y en el hilo de crema y saliva bajándose por la barbilla.

Y en las cortinas ondeando sin viento.

Y los cerraba.

Ves líneas negras en un fondo marrón como de río sucio, se agitan, se tuercen, se juntan y se separan, siguiendo el ritmo brusco de los latidos de tu corazón.

Y los abría.

Ves una envoltura de chocolatina tirada, es azul y la atraviesa una franja plateada.

Y los cerraba.

Las líneas se unieron, ahora dibujan los contornos de algo. Una forma rectangular con las esquinas redondeadas. El rectángulo gira, sus bordes a ratos se suavizan, a ratos se retiñen, palpitan.

Y los abría.

Ya no ves la envoltura, sólo el piso titilando como si hubieran derramado polvo de vidrio. Levantas la cabeza, el bus va copado. En el aire flota un olor dulce de perfumes mezclados con jabón de ropa y sudor.

Y los cerraba.

Es una cara, el marco de una cara. La parte baja, tan aguda, que forma la barbilla.

Y los abría.

Toses. Sientes el pecho empujando, tratando de salirse por tu boca. Te agachas y miras. Ves la corbata, la mancha, el rastro blanco sobre la tela azul o negra. Saboreas la menta.

Y los cerraba.

Es la mitad de una cara y en el medio una línea dibuja un ojo.

Y los abría.

Te miran, miran tu corbata. Ríen.

Y los cerraba.

La mano que te acaricia sin ganas.

Y los abría.

Te tiemblan las piernas.

Y los cerraba.

Líneas. Líneas negras. Líneas negras temblando, dispuestas una junto a otra dejando un gran espacio, como surcos de cultivo.

Y los abría.

Lo ves todo negro, como si el bus pasara por un túnel.

Y los cerraba.

El espacio entre los surcos se vuelve café.

Tablas.

El grito de tu madre.

Te levantas.

Y la pijama pegada al pecho.

JUAN FELIPE JARAMILLO GÄRTNER
Bogotá D. C.
Taller Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá

COMPAÑÍA ELÉCTRICA



Imaginó hombres de camuflado descolgándose con cuerdas por los ventanales y afuera muchas luces rojas y azules. Pero es sólo un policía. Está sentado con unos audífonos, masca chicle y coquetea con la supervisora. Desde la consola del segundo piso, los ciento setenta y cinco cubículos distribuidos en treinta y cinco filas horizontales y verticales deben verse como esos laberintos para hacer experimentos con ratones.

Ella espera. Cuando todo esto termine, pedirá unos días de vacaciones. Por fin irá al otro lado de la frontera para que su padre conozca al niño. *Aprovecho y compro en la carretera un cactus para poner detrás de la pantalla.* Tantas horas sentada frente al computador... Mejor evitar una enfermedad, un tumor o algo. ¿La foto se habría arrugado por los rayos del aparato? De pronto es el calor que aquí marchita las cosas. Si la descubren, seguro se la hacen quitar, pero es que le gusta tanto esa foto. Un pedazo de lago, los pinos y esas nubes tan bajas, tan a la mano y tan imposibles como duraznos en un cielo blanquísimo. Fue hace mucho tiempo, el niño era un bebé apenas y los tres tenían los últimos gorros de lana que les tejió su madre. *Este diciembre podríamos estampar unas camisetas con la foto y estrenarlas para ir a ver los*

fuegos artificiales del treintaiuno. Claro, para eso primero tendrían que pasarla al turno de día y ya le han dicho otra vez que es imposible.

Ahora debe concentrarse. Dos minutos es todo el tiempo que necesita el policía. Una eternidad. Pensaba que mantener a alguien en la línea para localizarlo sólo pasaba en las películas. A su marido le gustan mucho las de acción. Supone que como se la pasa todo el día callado y haciendo callar en la biblioteca de la universidad, las explosiones y balaceras compensan ese silencio en el que vive. Ella preferiría que, por el niño, vieran programas que enseñan, de historia, animales o naturaleza. *Si tuviera una mascota sería un gato, porque los gatos duermen más de día.* ¿Cómo hacen los gatos para saber que quien llega al otro lado de la puerta es su dueño y no otra persona? Los pasos, la manera de sacar las llaves del bolso o de girar la chapa: una huella dactilar sonora.

La primera llamada del cliente 0616378 fue hace un mes para solicitar información del corte que apagó media ciudad. La segunda, según consta en el sistema, fue una hora y media después para agradecer el restablecimiento del servicio. Acostumbrada como está a recibir llamadas que van desde el solapado desprecio, endulzado con diminutivos y buenas maneras, hasta el insulto explícito y gritón que le exige saberlo y poderlo todo, la tercera llamada del cliente 0616378 para agradecer de nuevo le pareció rara, pero no lo suficiente como para presagiar la avalancha que se acercaba: hasta cuarenta llamadas en un sólo día. Ni el supervisor sabe si clasificarlas como llamadas imperfectas o como llamadas improcedentes. *Habría que incluir en el manual un nuevo tipo, llamadas de locos, o algo así.*

A ella los apagones no le molestan. Hasta diría que los agradece. Los tres se acuestan en la cama de matrimonio y con la linterna proyectan en el techo manos convertidas en perros o palomas. En el último apagón, el marido estuvo burlándose de ella porque cuando llega a la casa sigue contestando “Compañía Eléctrica, ¿en qué puedo servirle?”, y se demora una o dos llamadas en contestar con el simple aló. Ella intentó replicar con un chiste sobre él y un mudo, pero no le salió bien.

El cliente 0616378 llama para oír a la “amable señorita”. Es lo que dice una y otra vez. La factura está bien, el servicio normal. ¿Cuál es el tema, motivo o al menos la consulta para generar el trámite? Trata

de armarlo como un rompecabezas con fichas de voz y de pausas, pausas no muy largas que interrumpe con preguntas que no son las suyas. Ella le preguntaría si es viudo y jubilado a la fuerza, igual que su padre. Si tiene una hija en otro país y un nieto que no conoce. Le preguntaría por qué está despierto, si trabaja de noche, si también le recetaron gotas para los vasitos que se van apoderando de los ojos como pequeñas garras rojas por culpa de la luz fluorescente. ¿Se siente solo? Pero no puede salirse del guion con las preguntas que van apareciendo en la pantalla cuando marca los circulitos de esto o aquello, sí o no, blanco o negro. Por la mañana intentará llamar a su padre, después del desayuno y antes de que el niño se vaya al colegio, para pasárselo si contesta. *Ojalá papá saliera de ese encierro y volviéramos a hablar como antes.* “Estoy muy desbaratado”, le dijo la última vez que hablaron. *Ay, papá, ¿vivir será desbaratarse?*

Cliente 0616378.

— Buenas noches, Compañía Eléctrica, ¿en qué puedo servirle?

Llama sólo para oír a la amable señorita. Llama sólo para oír la a ella.

Si hubiera alguna forma de advertirle. Toser, decir una palabra, una clave. Hacer que cuelgue en el primer minuto, lanzarle a tiempo un salvavidas para que no se hunda.

ÉRIKA ALEJANDRA SOLANO
Cundinamarca · El Colegio
Taller Mesitas para Escribir

VALENTÍA



Estaba esperando el bus, como a eso de las nueve de la noche. Conté las únicas monedas que me quedaban para subirme en el primero que pasara, usted sabe que andar a esa hora por ahí es dar papaya.

Como para variar, se me acercó una vieja pidiendo monedas y le dije que no tenía. Me enfurece que esos locos me pidan plata, lo peor es que uno sabe que es para el vicio. Luego pasó un indigente en tremenda traba. Que no se me acerque, que no se me acerque, pensaba mientras, impaciente, esperaba el bus. Pero cuando miré ya lo tenía al lado diciéndome: “Mono, una monedita. Cien para un pan”. Como el tipo vio que no le di nada se fue a molestar a una muchacha que estaba cerca. Me dio mucha rabia, entonces saqué cien pesos y se los di para que no fastidiara más. Y no me va a creer, David, pero revisó con tanta cautela la moneda que le di, que se quedó mirándola indignado, luego se volteó y en un parpadeo me había sacado un pedazo de botella rota:

—Deme lo del bus o se lo entierro, me dijo mientras me presionaba el abdomen con el filo de la botella.

Por supuesto, lo del bus incluía todas mis pertenencias, es decir, mil quinientos pesos y un celular destartado que apenas funcionaba.

—¿Y entonces qué hizo, Juan?

Sabía que no había opción. Tenía mucha ira. Y justo antes de entregarle todo, tuve un arrebato de valentía y lo enfrenté:

—¿Me va a matar por mil quinientos pesos? Entonces ¡Hágalo, hijo de puta!

Ese andrajoso no dudaría en hacerlo, así que tenía que actuar cuanto antes. En esos momentos pensar no sirve de nada y no sé cómo, pero cuando me di cuenta estábamos forcejeando. La adrenalina fluía por mis venas y me hacía sentir más fuerte. Por fortuna, el tipo era sólo un saco de huesos maloliente, además estaba drogado. Al final logré someterlo y le quité el pedazo de botella. Lo tenía en el piso. Entonces, al mirarlo, se me pasó por la mente que en ese hombre mugroso se concentraban todos los males de la sociedad. Sentí repugnancia y comencé a golpearlo con violencia:

—¿Qué pasó, gamín de mierda, quería matarme? ¡No tengo la culpa de sus decisiones! ¡No es justo que venga aquí, a quitarme lo que me he ganado con esfuerzo! ¡Jódase!

No podía parar. No me importaba nada, entonces agarré la botella rota con la que me había amenazado y se la puse en el cuello. La gente se conmocionó tanto que empezó a gritar: “¡Pare, pare, no más!”. Estaba dispuesto a todo. Pero de repente algo me frenó y logré reaccionar. Me calmé un poco y después de unos segundos me levanté. Pero antes de irme, lo miré con desprecio, le dije que no valía la pena y le lancé un escupitajo. El tipo apenas respiraba. Le había dado tremenda paliza. Entonces recogí mis cosas y me fui.

—¿En serio hizo eso, Juan? ¡Pero si usted no mata ni una mosca!

—Créame, David, con decirle que ahora soy el héroe en la casa. Mi mamá no puede sentirse más orgullosa de mí y además dejé de ser la burla de mis hermanos.

—Pues estoy impresionado, eso es tener muchos cojones. Pero... es que no salgo del asombro... ¿De verdad lo hizo?

—... ¡Claro que no! Es lo que hubiera querido hacer. Es lo que muchos hubieran querido hacer...

—¡Usted es un imbécil, Juan! Pero con mucha imaginación. Por poco y le creo el cuento... Pero ¿entonces cómo pasó todo?

—Sencillo, cuando el tipo me amenazó con la botella, no tuve opción y le di lo que tenía. Obviamente quería golpearlo, pero era

arriesgar todo por nada. Además en esta puta ciudad la gente presencia cosas como estas y nadie hace nada.

—¿Y qué le dijo su mamá cuando llegó a la casa?

—Me dijo: “¡Eso, Juan, siga dando papaya que un día de estos lo van a robar!”. Por supuesto preferí no contarle nada.

HUMBERTO BETANCOURT RODRÍGUEZ
Cundinamarca · Chía
Taller de Narrativa La Tinaja

LAS HUELLAS DEL TIEMPO



Hoy comienza mi mayoría de edad; es mi fiesta de cumpleaños. Después de dos horas de aburrimiento, Andrés me saca a bailar en repetidas ocasiones. Hace rato que es mi único pareja y cada vez siento más cerca su respiración entrecortada y sus palabras insinuantes endulzándome los oídos; sus brazos me estrechan más y más. Comienzo a sentir su virilidad rozando mi vientre. Miro a Anselmo con preocupación, pero mi prometido hace tiempo que duerme su precoz borrachera. “Lo mismo de siempre”, pienso. Andrés continúa con su asedio y, a medida que el aguardiente hace efecto sobre mis sentidos, las defensas ceden. Hacia las dos de la mañana, termino invitándolo a la habitación de mi tía Micaela. En cuestión de segundos, el hombre me desviste; nos acariciamos con arrebatos y el contacto íntimo de mi sexo con el suyo me llena de sensaciones que nunca antes había tenido. No es la primera vez que hago el amor, pero, cuando me he acostado con Anselmo, no he conocido lo que es un verdadero orgasmo, esa delicia que hoy llega a mi vida en brazos de Andrés, un desconocido a quien no volveré a ver en muchos años.

A mis treinta y nueve abriles, no me siento bien. No puedo aceptar que Dios me haya premiado con semejante energía sexual y, al mismo tiempo, destinado como marido a alguien tan apático y simple. Lo que más me molesta, desde hace varios años, es tener que compartir el lecho con un hombre tan bien dotado por la naturaleza, pero con tan poca imaginación e interés por el arte de amar. A Anselmo lo motiva más el fútbol de la liga española que una salida a cine, ir a una fiesta con amigos o disfrutar nuestros esporádicos encuentros sexuales. Cada vez que hacemos el amor, termina en pocos segundos, bramando como búfalo, y me deja furiosa, mirando un avispero. Como decía mi abuela, quedo *empolvada, lubricada y alborotada*.

Hoy llego a la cuarentañez. Todo va a cambiar. Desde la ventanilla del taxi que me trae del aeropuerto, observo el antiguo edificio que mira al mar en el extremo noroeste de Cartagena. El chofer, después de piropearme todo el camino y ofrecerme sus servicios para conseguirme *diversión a lo grande*, con galantería servil carga las maletas hasta el mesón de la recepción. Me registro y subo las escaleras que conducen al cuarto piso del hotel colonial. Mi corazón se quiere salir, no por el ejercicio de trepar ciento cuatro escalones, sino porque, después de veinte años, es la primera vez que voy a vivir una auténtica aventura amorosa.

Camino con rapidez por el pasillo. Permanezco unos segundos alejada frente a la puerta de madera. Dice la publicidad del hotel que la carpintería del edificio es obra de artesanos negros, quienes antaño usaban los mejores materiales y hacían gala de su destreza para producir joyas como esta, cuyo verde oliva contrasta con el beige de las paredes y hacen juego con los múltiples colores de los mosaicos de cerámica italiana que se extienden por el piso. Hace tantos años que vivo en la modernidad de Houston, alejada de mi país, que todo esto me parece misterioso y romántico.

Trato de calmarme. “La puerta está entreabierta”, me digo, mientras observo el haz de luz amarilla que se filtra por la hendidura. Desde adentro, brota la voz de Alfonso Ortiz Tirado, mi cantante favorito de boleros: *Un viejo amor... ni se olvida ni se deja / un viejo amor... de nuestra alma sí se aleja / pero nunca dice adiós... un viejo amor...*

Una oleada de recuerdos me invade. Abro con lentitud la hoja de madera, doy unos pasos y me encuentro a pocos metros de un hombre aún joven, que se asemeja a aquel muchacho que no he podido olvidar. “Por Dios, el tiempo no ha pasado para él”. Mi mente evoca el efímero y maravilloso encuentro sexual. Vuelvo al presente y sólo se me ocurre decir:

—Hola, Andrés... ¡Qué alegría, tanto tiempo sin verte!

—Sí, Marianita... ¡muchos años! —responde con voz amable, al tiempo que muestra su sonrisa de galán de cine. Me lanza una ojeada que recorre cara, senos y vientre con desfachatez; luego baja hasta mis piernas, vuelve a mi rostro y reinicia con mayor procacidad. Me siento intranquila, tengo la impresión de estar siendo invadida, como si sus ojos penetraran y escudriñaran lo más profundo de los rincones de mi cuerpo, esos lugares que sólo quiero entregar en momentos de amor apasionado y tierno. Por fin, deja de observarme. Mi desazón se calma y comienza a inundarme una sensación de cosquilleo, falta de respiración y acaloramiento. Siento que mi cara ha enrojecido. No sé qué hacer, ni qué decir...

Me pregunto si todavía me encuentra atractiva. Me detengo a observar las huellas del tiempo en la figura de mi antiguo y fugaz amante... “Sólo unas pocas arrugas y algunas canas en el bigote... ¡No es nada... sigue estando tan bueno como antes! Pero... no quita el ojo de mis *líneas de expresión* y... ¡Qué horror!... No deja de mirar hacia la panza que no puedo disimular... Ya no siento su mirada penetrante dentro de mí... me observa como si estuviera contando mis defectos”... Dejo de especular, sacudo la cabeza y decido caminar hacia él. Lo hago con pasos inseguros. Me detengo frente a la mesa, donde me espera, acompañado de un espléndido ramo de cuarenta rosas rojas y una botella del mejor champán importado. Pasan otros interminables segundos y rompe el hielo:

—Mariana, ¡brindamos? Compré esta botella para la ocasión —afirma sonriente. Mueve las manos con destreza y hace estallar la botella; la explosión de burbujas colma los cristales y un arroyuelo de espuma se esparce por la mesa. Sonríe de nuevo. Callo. Me acerco a su cuerpo, entrelazo mi brazo con el suyo y levanto la copa. Lo vuelvo a mirar a los ojos con mi mejor sonrisa. Andrés me escudriña de nuevo,

esta vez con frialdad, y se aparta con delicadeza. Calla. Después de lo que me parece una eternidad, responde el brindis con palabras secas:

—Por la vida. —En esas tres palabras adivino un dejo de melancolía y desilusión. Lo miro con tristeza. Permanecemos en silencio durante varios minutos. Se toma dos tragos, baja la mirada, da la espalda, pronuncia un “discúlpame, no puedo” y abandona la habitación sin mirar atrás.

Quedo parada frente a la ventana, paralizada por el desencanto. Reniego del dios que, decían mis padres, me acompaña desde el día del bautismo. “¿Será que estoy destinada por ese dios a vivir sola o, peor, a seguir al lado de Anselmo *hasta que la muerte nos separe*, como dijo el cura maricón que nos casó?”. Empapada en lágrimas, alzo la botella y bebo sin respirar, a fondo blanco... La borrachera no calma mi furia. Al contrario, siento que me invade una desolación insoportable.

—¡Que se vayan todos al carajo! De hoy en adelante, haré con mi cuerpo y con mi vida lo que me venga en gana... ¡Este será mi último lamento!

Con la mente en blanco, durante horas observo el mar embravecido. “La tormenta, ¡mi tormenta!, apenas ha comenzado”...

HÉCTOR AUGUSTO CUESTAS VENEGAS
Cundinamarca · Fusagasugá
Taller Manuel María Aya Díaz

ELOÍSA



Sentado en una silla de espera de la clínica del pueblo, Danilo inclinó su cabeza simulando dormirse. Por nada del mundo pensaba dejarse ver de Eloísa, aquella morena espigada, de cuerpo escultural, pero de muy mal aliento, cabello desordenado, malhablada y bizca, quien fuera compañera de estudios del colegio hacía ya tres años. La vio aproximarse lentamente hacia el sitio donde él se encontraba. “No puede ser. ¿Me habrá visto?”, se interrogó. Recordó que ella había estado enamorada de él y durante todo el año lo anduvo acosando de una manera que bien se pudiera tildar de enfermiza. Una vez terminaron los estudios descansó, porque desde ese tiempo no la había vuelto a ver. Sólo hasta ese día, cuando se le apareció así, sorpresivamente.

Ella pasó justo por su lado, tan cerca que él tuvo que replegar unos cuantos centímetros sus pies para evitar que tropezara. “Tal vez me vio, tal vez no”, vaciló. Eloísa siguió derecho y luego tomó un puesto diagonal al de él. Entonces el nervioso joven entreabrió lenta y disimuladamente los ojos para inspeccionar de soslayo dónde estaba ella y saber qué actitud mostraba. La vio tranquila, mirando hacia la pared del frente y como sumida en sus propios pensamientos; parecía que también estuviese allí esperando alguna cita.

“Por fortuna, desde donde se encuentra, no me puede ver, porque, gracias a Dios, no tiene visibilidad en su ojo derecho”, Pensó victorioso, mientras esbozaba un gesto burlesco.

Descansó, tomó un profundo suspiro y sus manos dejaron de sudar. Quiso salir del consultorio para evitar ser visto, pero reflexionó, concluyendo que era mejor quedarse allí, pues no demoraban en llamarlo y, de perder esta cita, no podría adelantar oportunamente sus papeles para la operación de un pterigio en el ojo izquierdo. Luego, el esquivo joven se relajó tanto que cayó en un profundo sueño, tan denso y extraño, que pronto se convirtió en una pesadilla. En aquella pesadilla se encontraba atrapado en una cueva, escasamente iluminada por un delgado chorro de luz que penetraba por un pequeño agujero desde lo alto. Estaba paralizado de miedo y a sólo dos metros de una espantosa bestia, cuyo cuerpo se asimilaba al de un pulpo. Tenía siete cabezas, muy parecidas a las de los dragones, pero con enormes cuernos. Por su aspecto general, este dragón daba la impresión de ser más malvado que la mitológica esfinge. Expelía un olor putrefacto y estaba rodeado de un montón de huesos y cráneos humanos, todos ellos secos y cubiertos de una capa de polvo. Danilo se percató de que desde aquella gruta se alcanzaba a ver el exterior, que no era más que una calle del pueblo, muy cercana a la clínica, donde él se encontraba antes de dormirse, por la cual se veía transitar de vez en cuando a sus moradores, algunos de los cuales dirigían su mirada hacia dentro, como si no vieran nada extraordinario, y seguían su marcha. El dragón de las siete cabezas, vociferando, le dijo que ese sueño no era un simple producto de la casualidad, que fue él mismo quien lo provocó para atraerlo allí. Lo amenazó con no dejarlo regresar a su mundo y devorarlo hasta el último trozo de sus carnes. Danilo, jugado de terror, se arrodilló e inclinó de modo suplicante la cabeza, rogándole insistentemente que lo dejara ir. El dragón, que nunca acostumbraba mostrar el mínimo signo de piedad, por alguna inexplicable razón, esta vez pareciera haberse conmovido de la criatura. Su posición era ventajosa ante este sujeto indefenso y, de todos modos, acostumbraba jugar con sus víctimas, sentía un gran placer cuando las veía temblar de horror, igual que un gato cuando juega con un ratón. Entonces decidió darle tres oportunidades para salvarse y permitir que despertara y volviera a la realidad. Sólo bastaría con

que cumpliera una de ellas. La primera era limpiarle los colmillos de sus siete cabezas, pero con la lengua, sin mostrar el mínimo signo de fastidio. Danilo intentó acercársele un paso para tratar de cumplir con la petición, pero su olor repugnante lo hizo vomitar.

—Quiero saber cuál es la segunda —preguntó el joven, mientras se reponía de sus náuseas.

—Tendrás que resolverme un enigma —le respondió.

—¿Y cuál es? —preguntó Danilo, sintiéndose perdido, pues sabía que nunca se había destacado precisamente en este tipo de pruebas.

—Porque puede ser que lo que es pueda no ser, por eso soy quien soy —sentenció la bestia.

Al joven se le ocurrió decir que era la mentira, pero carcajeándose, el dragón de las siete cabezas le dijo que se trataba de la duda. Entonces sólo quedaba la esperanza de la tercera opción.

—Se trata de algo relativamente fácil —le dijo, no sin una dosis de sarcasmo en su acento—. Tiene solamente diez minutos para que por el exterior de la gruta pase alguien que lo conozca y que, al verlo, invoque su nombre desde afuera. Pero usted no puede pronunciar una sola palabra para llamar su atención.

Ansioso, Danilo rogaba que el reloj marchara con lentitud y que pronto apareciera aquella persona conocida. Ya cuando quedaban sólo quince segundos, Danilo se creyó muy afortunado al sentir, de súbito, que alguien rondaba por la calle, cerca de la cueva. “Sí, probablemente es alguien que me conoce”, pensó. Danilo se alegró y antes de que aquella persona cruzara frente a la gruta, él comenzó a hacer ademanes, a saltar y a golpear los costados de la cueva para así llamar a toda costa su atención. Pero aquella persona que le podría salvar la vida era nada más y nada menos que Eloísa. ¡Oh, qué horror!, como tenía inutilizado el ojo derecho, no lo pudo ver. Entonces la bestia comió carne y bebió sangre hasta hartarse.

ESTEBAN R. JIMÉNEZ BEDOYA
Huila · Neiva
Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila

EL RUGIDO DE LOS PÁJAROS



El primer estallido retumbó como si hubiese impactado el edificio. Mauricio, que dormía plácidamente en el sillón de la sala, fue a dar al suelo por el sobresalto. Apenas repuesto del susto, otras cuatro explosiones hicieron vibrar los cristales y tumbaron retratos y adornos de las mesas. Corrió al cuarto de su hijo, tambaleándose con cada nueva detonación. El pequeño lloraba en la cuna. Mauricio lo levantó y se fue en busca de su esposa. El ruido de los aviones se hizo más fuerte. Gabriela estaba saliendo del cuarto principal, justo cuando él llegaba con el bebé. Se abrazaron y entraron.

Mauricio le ordenó que se metiera al clóset, le entregó el niño y cerró las puertas. Se asomó a la ventana y encontró la ciudad en ruinas, recibiendo sin parar las ojivas que soltaba la nube negra de bombarderos que cubría el cielo. En las calles, sumidas en el pánico, las personas salían despedidas como muñecos de trapo por las ondas explosivas. El humo de las edificaciones y los autos en llamas se alzaban ennegreciéndolo todo. Mauricio levantó la mirada. Vio, en lo alto, como un ave, un avión rezagado que de pronto soltó una bomba. A medida que el proyectil tomaba velocidad, notó que venía en dirección a él. Se llevó los brazos a la cara y de golpe todo se volvió oscuro.

La voz de Gabriela, en sordina, lo fue trayendo de vuelta. Abrió los ojos, despacio. Veía borroso, y a medida que la imagen se hacía nítida, se percató de que todos los sonidos parecían lejanos, como cuando se está bajo el agua.

—Aquí estoy, cariño, todo está bien.

Se supo en una habitación como de hospital. Temió que bajo la cobija le faltara alguna extremidad. Pensó en su familia.

—¿Estás bien? ¿Cómo está el bebé?

—Shhh, cálmate, amor, todo está bien. Necesitas estar tranquilo.

Un médico entró a la habitación e hizo la rutina del estetoscopio, la linterna y la paleta para la lengua. Le explicó que debería quedarse un par de días para asegurar su reposo y luego le dijo a Gabriela que la hora de visita había terminado. Ella le dio un beso en la frente a Mauricio y salió al lado del médico. A sus espaldas, un enfermero cerró la puerta metálica.

Después de un par de minutos, Mauricio se atrevió a quitarse la cobija. Estaba completo y sin un rasguño. Se levantó y se asomó por la única ventana del cuarto, un rectángulo pequeño y enrejado que daba a un prado amplio y verde. Hacía frío y se sentía agotado, así que volvió a la cama. Cuando estaba a punto de conciliar el sueño, escuchó a lo lejos el zumbido de la bandada. A medida que pasaban los segundos, el sonido de los motores se hizo más claro, y las bombas no tardaron en empezar a silbar en su descenso y a estallar. Mauricio intentó salir del cuarto, pero lo habían dejado encerrado. Los bombazos apagaban el sonido de sus golpes en la puerta. Después de una explosión, que pudo jurar había caído en la habitación vecina, sintió cómo una fuerza lo tiraba al piso y un gran peso caía sobre su cuerpo. Se desvaneció al sentir un piquete en el cuello, que supuso fue una esquirra.

Despertó ileso, sin ningún dolor. Se asomó por la ventana para comprobar el estado de los alrededores después del segundo ataque. Todo estaba intacto. Se sentó al borde de la cama, desconcertado. Si el segundo bombardeo no había sido real, probablemente el primero tampoco. Pensó en su esposa y su hijo. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba encerrado. Entendió que si seguía perdiendo los estribos de esa manera, frente a las visiones, nunca iba a salir de allí. Decidió que

la próxima vez que experimentara lo mismo, haría como si nada pasara y, con suerte, en un par de días estaría de vuelta en casa.

Un enfermero abrió con brusquedad la puerta y le ordenó con desespero que evacuara. De pie, en el pasillo, escuchó el revoloteo metálico y el ulular de las sirenas. Era su oportunidad. Las bombas no se hicieron esperar y, frente a sus ojos, a varios metros de distancia, una pared estalló regando escombros en el pasillo. A pesar del miedo, se apegó al plan y siguió caminando. Saludaba con naturalidad a cada médico, enfermero o paciente que corría despavorido o caía. Se abrió paso hacia el parque, entre la gente y la polvareda. Escogió una banca que estaba de cara a la ciudad y se sentó a ver el paso de los pájaros negros que surcaban el cielo rugiendo y dejaban caer sus huevos explosivos sobre una urbe incendiada y humeante.

LUZ STELLA RICO
Guaviare · San José del Guaviare
Taller Permanente de Escritores del Guaviare “Guaviari”

ARAMINTA



Araminta rezaba con fervor en el velorio de esa tarde. Era una más de las infaltables asistentes a todo acto religioso del pueblo; como buena católica no se perdía un rosario, una celebración de la virgen, una novena de santo, una misa, o cualquier tipo de evento que sonara a rezo u oliera a incienso; en este oficio ocupaba todo su tiempo. Así lo venía haciendo desde hacía muchísimos años, después de aceptar que su destino era vivir para vestir santos.

Cuando Araminta era apenas una niña, casi siempre llegaba llorando donde su mamá Ofelia; sus compañeros de estudio se reían de los continuos chascos que le sucedían, como el día que celebraban el cumpleaños del colegio, y su mamá muy entusiasmada le compró un vestido verde y blanco que le llegaba a los tobillos y unos zapatos de charol negro; cuando la niña llegó todos la observaban, la esquivaban y se miraban unos a otros, cosa que ella no entendió hasta terminado el evento, cuando una señora le dijo: niña, ¿tú qué haces en pijama a estas horas del día?

En otra ocasión no encontró más que unas medias rotas para ponerse, cosa que ella no quería; pero su madre insistió y la niña tuvo que aceptar, con la mala fortuna de que mientras corría se le salió un zapato y todos se rieron.

Otro día, cuando caminaba, no se fijó que frente a ella había un poste de energía y se hizo un gran chichón; por supuesto, todos los compañeros estaban atentos a este y a cualquier otro tropiezo de la despistada muchacha.

Y así, entre burlas y gracias, fueron transcurriendo los días y las noches de Araminta, que año tras año se refugiaba más en el hábito que había adquirido; cuidar de su jardín con gran esmero. Se entretenía con el color de las flores y sus aromas; este oficio se había convertido en su pasatiempo que compartía con sus mascotas: un perro y un loro.

Cumplidos los veinticinco años, se dio cuenta de que por alguna razón no tenía suerte para atraer a los jóvenes de su pueblo; ni siquiera cuando viajaba con su madre a los lugares vecinos conseguía que hombre alguno se fijara en ella.

No era una mujer agraciada, pero tampoco era la más fea, sólo tenía la fatalidad de pasar desapercibida para el género opuesto.

Muchas veces se encerró en su alcoba a llorar por lo que ella llamaba su desdicha, se sentía para ese tiempo una mujer fracasada y así se lo hacía saber a su madre, quien sufría mucho por no poder ayudarla. La madre, triste como la hija, se afanaba en invitar a cuanto joven se le aparecía para que la conociera.

Una vez invitó a Rogelio, el hijo del sastre, y este, después de tomar cinco tazas de chocolate, diez rebanadas de pan, una tortilla de cinco huevos y una libra de queso, nunca jamás volvió. Araminta sollozaba en su cuarto, diciendo que ese langaruto muerto de hambre sólo se había acercado con el fin de llenar su estómago.

En otra ocasión, doña Ofelia, después de salir de la misa mañanera, abordó a Erasmo, un joven campesino que se encontraba en la iglesia, con el fin de invitarlo a la casa para que hiciera amistad con su hija, pero no tomó en cuenta que Araminta había despertado ese día con un problema de conjuntivitis. El muchacho, al ver aquella joven sin gracia, con los ojos enrojecidos, hinchados y lagañosos, salió dando miles de disculpas para poder zafarse de la madre de la joven, que no hallaba cómo entretenerlo. Nunca más se dejó ver.

Araminta no entendía por qué no se fijaban en ella y, al entrar a su edad madura, cada que tenía oportunidad, coqueteaba con cualquier hombre que se le cruzara por el frente, con la esperanza de que

uno de tantos fuera el suyo; hasta un poco descarada se había vuelto, aunque sus intentos por persuadirlos eran infructuosos; todos le huían. Hasta el carnicero, un hombre malhablado, de barriga extravagante y bigote de esos que suelen llamar mazamorrero, que dejaba ver sus pocos dientes cada vez que soltaba una de sus frecuentes risotadas. Por la obsesión de conseguir un compañero, Araminta no medía las consecuencias de sus actos.

Doña Ofelia no hallaba a qué santo encomendarse para que su hija consiguiera marido; así fuera el carnicero del pueblo, quien además había enviudado desde hacía algún tiempo, le parecía el compañero perfecto para su hija, y siempre iba de aquí para allá preparando cuanta exquisitez podía para que Araminta conquistara al aludido, cosa que al carnicero le molestaba, porque ahora sí estaba verdaderamente preocupado porque su gordura se saliera de proporciones.

Nada de lo que hicieron Araminta y su mamá surtió efecto para atraer al carnicero; al contrario, él cada vez que las veía les huía, como huyéndole al diablo. Y así fue como, por último, Araminta y doña Ofelia se cansaron de perseguirlo.

Los años transcurrieron sin ningún asomo de consideración hacia la pobre Araminta, que envejecía sin reparo. Ella y su madre se habían cansado de salir a la cacería de cuanto macho se cruzaba por el camino; sus esperanzas de conseguir un compañero se hacían cada vez más remotas.

Ahora su madre, presa de una grave enfermedad, se disponía a esperar la muerte, mientras su envejecida hija la cuidaba. En ese momento, su pasatiempo favorito era estar presente en cuanto velorio hubiera; fuese conocido o no el difunto, ella llegaba sin falta y repetía al unísono, con los asistentes, los consabidos rezos.

Después del fallecimiento de doña Ofelia, ella permaneció año tras año de velorio en velorio. Lo paradójico es que el día de su muerte, el cura y el sacristán fueron los únicos que asistieron al sepelio.

El recuerdo de Araminta fue olvidado por el pueblo, menos por el viejo sacristán, que siempre vivió enamorado de ella.



POESÍA



CARLOS ROBERTO ESTUPIÑÁN MÁRQUEZ
Bogotá D. C.
Taller de Poesía Universidad Pedagógica Nacional

NO SÉ QUÉ DECIR



Algunas cosas me hacen un irremediable sediento
Lo hacen unas cuantas canciones
Una fotografía raída de mis abuelos junto al molino, o un
 minúsculo insecto jugando con una araña a ser Napoleón.
Por contar algo. Y claro, ¡memoria la mía!
Las muchachas
Las muchachas de ojos color mar carmesí, las muchachas de manos
 suaves o callosas
Aquellas, aquellas de gestos exagerados
De senos luminosos
De miradas profundas al culto de la noche con sus pupilas
 dilatadas
Con emociones tan cambiantes hacen una fiesta de sus orgasmos
 exuberantes
Musas de sencillas maneras de vestir y de querer.
¿Cómo no ser melancólico así?

ÉDER GIOVANNI CERVERA
Tolima · Ibagué
Taller RELATA-Liberatura Ibagué

ADENTRO DE LA PALABRA EL HOMBRE



Matrioshka

Primero la carretera
luego el muro, luego la puerta.
Primero la puerta,
luego la macana, luego la fuerza.
Primero la fuerza
luego la carne, luego la biblioteca.
Primero la biblioteca,
después la mentira, después la palabra.
Y abriendo la palabra, el hombre.

Método

¿Acaso, si el asesino cambia de arma
deja de cometer asesinato?
Nuestra realidad son las palabras.
Ellas,

hechas del universo,
son la extensión de nuestros nervios
se liberan del narcisismo
de firmas y nombres
sus letras nos llevan
a un nuevo número atómico,
un nuevo alfabeto.

Silencio

Tengo miedo por mi mano
ella sabe más de mis vísceras que yo
tengo miedo a su voz
immune a los fusiles
que adquiere más valor que mi vida.
Tengo miedo
en la hoja
mis entrañas
sienten el dolor pero no la muerte.

OMAIRA SASTOQUE MONTALVO
Caquetá · Florencia
Taller Maniguaje

CUMACANGA^I



Quiero los pequeños quiebres de tu cuerpo
tus manos y tus ojos.
Escultora de sombras en la oscuridad.
Quiero tus labios
tus uñas y tus piernas.
Tóxico ser de piel.
Quiero tu cabello
tus alas de carne y hueso.
Asesina anónima.
Quiero tu aroma
tu voz y tu ombligo.
Historia vagabunda.
Quiero tu silueta de fuego
tu danza y tu cama.
Amante del olvido
Quiero tus noches de miedo
tu realidad y frenesí.

^I Personaje de leyenda brasilera, versión femenina del hombre lobo.

Hogar de infinito.
Quiero tu historia
tu pecado y tu cielo.
Secreto de luna.



CRÓNICA



MELIZA DELGADO MOYANO
Bogotá D. C.
Taller Distrital de Crónica Ciudad de Bogotá

SOLEDA



Yo, sí... Yo tuve una niña. Yo sí tuve una hija. Lo que pasa es que el médico me dijo que había muerto después de nacer. Y yo le creí. Bueno, en ese momento. La niña se hizo con un compañero que tuve, estábamos aquí en Colombia, él luego se fue para los Estados Unidos, se tuvo que regresar y no supe más de él. Pero bueno, el caso es que lo que se hizo, se hizo, y entonces después de que él se fue yo me enteré de que iba a ser mamá. Mi mamá no estaba tan feliz, yo ya tenía veinticinco y no había querido casarme ni con ese ni con ninguno de los compañeros que tuve, eso en la época ya era un escándalo; a los veinticinco y habiendo tenido novios yo ya era toda una solterona, mi mamá vivía ofreciéndome siempre, y cada vez que ella arreglaba un matrimonio yo salía con la excusa de que me iba a trabajar y me devolvía para los Estados. Fanny sí me apoyó en todo, ella tampoco se dejó casar tan fácil.

Bueno, Marina y Fanny me llevaron al médico, que era amigo de Rafael. Todo estaba bien, con Fanny ya le habíamos hecho toda su ropita, yo había comprado todo, tenía su cuna, su cuarto, todo... Y llegó el día. El médico dijo entonces que tenían que hacerme una cesárea porque el bebé estaba muy grande... y uno sin saber de eso, no hubo más que decir que sí. Entonces me durmieron, pero...

¿sabe, mijita?, eso no fue normal. Yo ahora veo esos programas de cómo tienen a los bebés por Discovery y digo que conmigo fue diferente. Yo dormí todo el tiempo, desde el día anterior me durmieron y no supe más. Después, me despertó una enfermera, me sacudía por el hombro y me decía ¡es una niña, es una niña! Y me la mostró: estaba a los pies de la camilla, en una de esas mesas en las que ponen a los niños cuando nacen, yo sólo le vi su pelito y la oía llorar, es una cosa que no olvido, ¿sabe?, como esta parte de la cabecita —dice, tocándose la coronilla con la mano—. Esa imagen siempre me ha quedado grabada, así como la emoción que sentí. Pero, como le digo, eso no fue normal porque yo inmediatamente me volví a quedar dormida.

Cuando me desperté fue que se me vino el mundo encima. Entró el médico y me dijo que mi niña se había muerto. Yo no lo podía creer y les pregunté a Fanny y a Marina qué había pasado, pero ellas me dijeron lo mismo, que se había muerto en la noche y que no me habían podido despertar en esos días porque yo estaba muy mal, muy débil; que ya la habían velado y que la habían cremado. Yo salí devastada del hospital, dos semanas después, pero, mijita, a mí no me dolía nada. Les pregunté por qué me habían dormido todo el tiempo, ellas no supieron, sólo dijeron que así ordenó el médico y que mi mamá dio la autorización, y son mis hermanas, yo les creo, aunque lloré mucho por mi niña, por no haber podido ni siquiera despedirme de ella. Pero los días pasaron y me tuve que reponer de eso rápido, porque seguían insistiendo en casarme. Me regresé a los Estados y seguí con mi trabajo allá, pero pensaba mucho en mi niña, aunque no le conté a nadie.

Una vez, en unas vacaciones que estaba aquí, cuando ya habían pasado años, me puse a hablar con Fanny de la niña y de cómo hubiera sido si no se hubiera muerto; entonces se me vino otra vez el mundo encima cuando Fanny me dijo que sería linda porque era blanca, rubia como la abuelita... Yo... yo no dije nada, pero ese día tampoco se me olvida, sabe... ¿Y sabe por qué? Porque yo vi a mi niña, yo le vi su cabecita y su pelito era negro y... y blanca, blanca no era... y... Yo creo que a mí me cambiaron a mi niña, me la cambiaron por una muertita. Yo no le dije nada a Fanny, yo nunca les dije a ellas. Me regresé inmediatamente para los Estados y... y no hice nada, pero pensaba tanto, pensaba en mi niña, ya no pensaba en por qué no me había podido despedir, sino en por qué me la habían quitado. Pensaba

tanto, mijita, ¿sabe? Uno empieza a atar los cabos ¿Por qué no me despertaron para ver a mi niña más tiempo o para darle el pecho? ¿Por qué dormí tantos días y dijeron que yo estaba débil y con anemia, a pesar de que yo me sentí bien cuando salí y hasta había engordado? ¿Por qué cremaron a mi niña si a mí nadie me preguntó y ni siquiera me despertaron para avisarme hasta días después? ¿Por qué no les dijeron mayor cosa a mis hermanas o a mi mamá, por qué no les mostraron la niña apenas había nacido, cuando yo la oí llorar, y después sólo les entregaron una niña muerta y les dijeron que la cremaran?

—Entonces hizo una pausa larga. No lloró, pero duró un buen tiempo con los ojos inundados mirando por la ventana; sin darme cuenta, me había cogido la mano y me la apretaba como si fuera su niña desaparecida y no quisiera soltarla nunca por miedo a volverla a perder—.

Sabe, mijita, yo creo que eso fue culpa de mi mamá, por ponerme ese nombre... Soledad, me condenaron, me condenaron, desde que nací, a estar sola. Pero... pero no sólo por el nombre, no... Yo creo que mi mamá y el médico... Mi mamá no quería a mi niña, y era porque no iba a tener papá, eso en esa época era como... Pero yo la amaba, a mi niña. El médico era amigo de ella, conocido de Rafael, yo creo que ella algo le dijo, que esa niña sin papá para qué, y entonces me la cambiaron por una niña muertita y por eso me durmieron por más tiempo. Porque mi niña estaba sana, yo la oí llorar, yo me acuerdo. ¿Entonces por qué se iba a morir de la nada? Y bueno, eso a veces pasa y más en esa época con los bebés, pero... ¿por qué no me dejaron verla? Mi mamá antes de morir se me pidió perdón... Yo no supe de qué, porque no me dijo, pero yo creo que fue de eso.

Yo pienso en eso siempre, mijita. ¿En dónde estará mi niña? Ya será ella un poquito mayor que Amparo, ya tendré yo nietos... Yo pienso y le digo a Dios que ojalá haya caído en buenas manos, que sea feliz. Pero no la olvido, yo pienso en eso todos los días y veo en televisión cuando los hijos buscan a sus padres y pienso: ¿qué tal me haya buscado en todo el tiempo que yo viví en los Estados y nunca me haya encontrado y piense que yo la abandoné, que yo no la quería? Yo aún veo esos programas y pienso... Tengo como esperanza de encontrarla algún día. ¿Sabe? Yo creo que eso es lo que no me ha dejado irme, que tengo una deuda con mi niña, pero yo quisiera irme rápido para saber qué fue lo que pasó. ¿Qué fue lo que pasó con mi niña?



NODO SUR-OCCIDENTE



CUENTO

HARVEY ARTURO MELO ZAMBRANO
Nariño · Samaniego
Taller José Pabón Cajiao

SI NO HAY MUERTO, NO HAY HERENCIA



El acaudalado Nazarit Balbuena hizo fortuna exportando tejidos; inició muy joven contrabandeando ropa en la frontera, más adelante conoció a unos extranjeros que buscaban quién les surtiera material. Se legalizó y de manera paulatina triunfó en el negocio. Era hombre humilde y caritativo, sobre todo con sus familiares, a quienes les ayudaba económicamente. Desde que su mujer encontró el amor en brazos de otro y lo abandonó, se dedicó al alcohol. Se volvió insostenible, tanto que cansó a sus familiares, obligándolos a alejarse.

—Doctor Abundio, cómo le parece que desde hace una década no he visto a ninguno de mis familiares, todos me abandonaron. Qué ironía, estar así después que tuve una gran familia. Esa es la congoja que me embriaga —dijo muy pausado y entristecido.

—Ya no hables de embriaguez, Nazarit, desde que ingresamos a Alcohólicos Anónimos nuestra vida es otra.

—Me afecta el abandono, creo que moriré en soledad. Recuerdo nuestra última reunión cuando cumplí los cincuenta, hubo orquesta, comida, licor y mucha diversión.

—Claro que es agobiante sentirse solo —mencionó el notario—, pero si recuerdas bien, la fiesta inolvidable es la de hace cinco años, cuando ingresamos a la fundación disfrutando de amistad y calidez.

—Dime, notario, ¿quién puede heredarme si nadie está conmigo?, ¿sería bueno desheredarlos?

—Puedes hacer lo que desees en plena lucidez de funciones mentales.

—Oye, Abundio, ¿qué puedo hacer para que mi familia regrese?

—Como notario aún en ejercicio, sé por experiencia que la única manera de reunir a la familia es cuando uno se muere; ese día, unos llegan por amistad y otros por la herencia.

—¡No sea bruto, señor notario, no puedo morir para reunirlos!

—Qué tal si te haces el muerto, ¿ah? Redacto un testamento y... ¿los llamamos?

—¿Que finja mi muerte? ¡Pero sí que te pasas de agropecuario!

—exclamó revolviéndose en el asiento—, aunque pensándolo bien, no es mala idea. Pero... ¿qué hacer cuando vengan?

—Una fiesta —respondió efusivo el notario.

—¿Una fiesta? ¿En medio del velorio? —le preguntó con afán—, tú te pasas de ordinario o eres un genio, ¿ah?

—¡Sí, señor...! contratamos una orquesta y a los malagradecidos les decimos que no quisiste rezos, ni tampoco lloriqueos, en cambio que programaste música y baile.

—Y... ¿cuándo se hace?

—Pues, precisamente el día de tu cumpleaños, ese día cumplirás y morirás —sonrió Abundio por su idea—; todos esos interesados querrán saber qué dejaste como herencia.

Nazarit, mirando maliciosamente a su amigo y aprobando la ocurrencia, dijo:

—¡Sorprendámoslos...! Cumplo años en dos meses; hagamos fiesta el día de mi velorio —y levantándose para despedirse, terminó recomendando—: ven mañana, tendré un listado de los familiares a quienes se debe informar de mi deceso.

El notario fue al siguiente día a recoger la lista de los nombres de las personas a quienes enviaría el siguiente mensaje: “Nazarit Balbuena ha muerto, sus honras fúnebres se realizarán a partir de hoy en su casa de habitación; en la noche se dará lectura al testamento, su inasistencia será motivo para quedar desheredado, tal como él estipuló...”.

Aquel día el salón de la casa se engalanó con finos ornamentos, el féretro en el fondo, acompañado de cuatro cirios como guardias.

En el costado izquierdo se organizó la orquesta y al frente la silletería, preparado todo para una gran fiesta.

Nazarit, calculando que los primeros asistentes a su velorio llegarían más o menos a las ocho de la noche, minutos antes tomó su lugar en el ataúd; vestía traje, cabello aceitado y maquillado. Cruzó sus manos sobre el abdomen y cerró los ojos. Se velaría en cámara ardiente, con la tapa abierta. Como lo previó, iban llegando los parientes, y tomaban un lugar frente al féretro, entre cuchicheos, advirtiendo que no comprendían la presencia de orquesta. Una vez llegados todos, el notario hizo presencia; acudió con traje negro y camisa blanca, cual pingüino con su crecida barriga; en su nariz se sostenían unas gafas de cristal verde, y de no ser por ellas hubieran descubierto unos ojillos picarescos en su rostro envejecido. Tomó un micrófono, saludó e informó:

—Entiendo que estén algo sorprendidos con la decoración, pero... Nazarit Balbuena, antes de morir, pidió que en su velorio no haya rezos ni dolor, en cambio sí que haya risas y alegría, por ello pidió contratar orquesta. Con la aclaración anterior, les anticipo que a las doce de la noche, hora en que Nazarit cumpla setenta años, se leerá su testamento.

La orquesta comenzó su show fiestero. Don Abundio inició el baile con su esposa, luego, de a poco, los demás fueron despegándose de las sillas y tomando ritmo. Con el tiempo el licor hizo su efecto, motivándolos a bailar y saltar frenéticos por el reencuentro; las luces que reflejaban sus colores en el humo danzaban embriagadas al capricho de la música, invitando a seguirlas mientras resonaban los pitos y los aplausos. Todo ello hizo que olvidaran al difunto, por lo que nadie se ocupó de visitar el ataúd.

Como se planeó, faltando siete minutos para las doce, cuando la orquesta entonó el tema *A la memoria del muerto*: "... el día que yo me muera, no quiero llanto ni rezos, que traigan mucho aguardiente, y todos bailen contentos..." , un exaltado embriagado gritó:

—¡Que viva el muerto! —y coreándose a sí mismo respondía—:
¡Que viva!

Justo a las doce la orquesta interpretó la canción de cumpleaños; entonces Nazarit, a través de un micrófono oculto en su solapa, dejó escuchar su voz:

—¡Sorpresa! —gritó fuerte a la vez que abría sus desmedidos ojos.

Todos se volvieron, centraron la mirada en el ataúd y lo vieron; estaba medio incorporado, un haz de luz que caía sobre él iluminaba sus cabellos violáceos, que contrastaban perfectamente con su traje azul. Su mirada chispeante mostraba una sonrisa amplia y esperaba con los brazos abiertos como madre que recibe a su hijo. Se movió, pero casi pierde el equilibrio; entonces decidió permanecer sentado como un navegante de canoa, y volvió a decirles:

—¡Bienvenidos a mi fiesta de cumpleaños! Disculpen la manera de atraerlos.

Perplejos, no decían nada, sólo una señora que señalaba con el dedo, dijo:

—¡Está vivo, el viejo Nazarit no está muerto!

—¡Es una farsa, nos han engañado! —exclamó otro.

En ese momento de desconcierto, el único que sonreía era quien hasta allí los había llevado. De pronto se escuchó una detonación, al tiempo que Nazarit de golpe caía fulminado hacia atrás, ocupando su verdadero lugar. Algunos presentes de inmediato se movieron y se separaron, señalando a Mario, el pariente más parrandero, quien aún continuaba pistola en mano vigilando el ataúd. Otros en cambio corrieron hacia Nazarit, observando que de la frente se deslizaba hacia la izquierda la sangre que manaba del pequeño orificio. Incrédulos se volvieron preguntando:

—¿Qué hiciste, Mario?

—¡Lo que ustedes no hicieron, cobardes! No podemos permitir que un muerto nos arruine la fiesta —respondió con voz embriagada y fría el asesino—. ¡No me pueden condenar por matar a quien ya estaba muerto! Así lo evidencia la invitación del funeral —dijo, y luego, exaltado, señaló a todos con su arma para increparles—: ¡Ustedes, no sean hipócritas ni se sorprendan, agradezcan mi decisión! Pues deben saber que ¡sí no hay muerto, no hay herencia!

JOSÉ ANTONIO CORTÉS CELI
Valle del Cauca · Cali
Taller El Cuento de Contar

MALENA



Salimos de la universidad tomados de las manos y cantando: “Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan, alcémonos todos al grito...”. Encapuchados, paramos el tráfico para gritar consignas y repartir volantes. Al poco rato llegaron, intimidantes, los antimotines. Garnica iba adelante, Malena estaba conmigo, era de las que más gritaba. De pronto sonó un disparo, alguien cayó, y allí empezó el caos. Los policías cargaron con furia, atropellándonos, pero con piedras, papas bomba y cocteles molotov los hicimos retroceder. En el fragor de la lucha, un bus del servicio urbano y unas llantas usadas ardieron en llamas crepitantes

El humo era espeso y el ruido de las explosiones continuo y ensordecedor. Vi que los policías se llevaban a una compañera que gritaba pidiendo ayuda. Casi nos agarran a Malena y a mí cuando tiré la última papa; a ella la alcanzaron con una piedra, vi sangre en su cara y su cabeza. Le grité desesperado que no se apartara, pero corrió hacia la avenida y la perdí de vista. Me perseguían; corrí hacia el interior de la universidad, alcancé a ver cuando cogieron a Garnica, le quitaron la capucha y lo arrastraron de los pies, dándole patadas. Lo de los gases lacrimógenos fue duro, aunque usábamos pañuelos

mojados, nos estaban ganando; al final, entraron a la universidad, nunca antes habían traspasado al campus universitario. Ingresaron disparando; vi caer a varios compañeros, ellos mismos los recogían. Parecían perros de presa, nada los detenía, llegaron hasta los bloques de ingeniería y destruyeron los laboratorios. Gritaban enardecidos que era allí donde fabricábamos los explosivos.

Nunca se había dado una refriega tan dura y sangrienta. Llegó también el ejército. Nos atrincheramos en las residencias, dispuestos a hacernos matar. La tarde empezó a llenar los edificios, afuera seguían escuchándose las explosiones y los gritos mezclados con disparos esporádicos. Algunos subimos a las azoteas para seguir desde allí la pelea. Había mucho humo, llantas ardiendo, barricadas desbaratadas y un bus quemándose. Desde la altura les gritábamos en coro “¡Cerdos hijueputas!” y los hostigábamos con piedras y hondas. Ya se sentía venir la embestida contra los bloques de las residencias cuando oímos voces de mando que gritaban ¡retiradaaa, retiradaaa! Faltó muy poco para que asaltaran los edificios en donde estábamos. “¡Vamos a volver por ustedes, hijueputas!”, gritaban mientras salían de la universidad.

Estaba angustiado por Malena, no dejaba de pensar en ella. Pregunté a varios compañeros si sabían algo, si la habían visto, pero nadie dio razón. Aunque confiaba en que hubiera podido refugiarse en otro de los bloques, no dejaba de preocuparme su suerte.

Desde las terrazas vimos llegar la noche y todo se llenó de sombras. Sólo se veía el fuego de las llantas y las barricadas que seguían ardiendo y el esqueleto ennegrecido y humeante del bus. Ahora se oía el ruido lejano del tráfico que se reanudaba. Los militares se fueron pero vimos centinelas apostados en la periferia.

Más tarde empezó a llover, una llovizna persistente que duró toda la noche y que terminó de apagar los restos de las barricadas, las llantas y el bus. La noche se hizo miedo y silencio. Mucho tiempo después de que ellos se retiraron, de que cesaron los disparos y las explosiones, continuamos escondidos en las residencias, sin atrevernos a salir por miedo a los francotiradores. “¡Malenaaa!”, grité como un loco hacia la oscuridad, varias veces, pero ni el eco sabía su nombre.

Carcomido por un mal presentimiento, apenas aclaró el día lo primero que hice fue buscar a Malena. La última imagen que tenía de

ella era cuando la vi corriendo asustada y con la cara ensangrentada. No estaba en las residencias y nadie la había visto. Con el corazón arrugado la busqué en la Brigada, donde dijeron que no aparecía como detenida, en todos los hospitales y hasta en la morgue, sin resultado alguno. Y no supe más de ella, sólo desapareció, como los otros compañeros que cayeron ese día.

El cadáver torturado de Garnica apareció dos días después tirado en una cuneta al frente de la universidad. La noticia apenas fue registrada por los medios. Antes de una semana los principales líderes del movimiento fueron detenidos en sus casas o escondites, y aun hoy continúan desaparecidos. Por mi parte tuve que salir del país y estuve fuera varios años.

* * *

La semana pasada presentaron en NatGeo un especial de la ajedrecista húngara Judit Polgár. Verla me hizo recordar a Malena. Quizás fue su asombroso parecido físico o su juego agresivo y repleto de brillantes ataques. Lo cierto es que el documental trajo a mi memoria muchos recuerdos gratos, pero también algunos dolorosos.

La primera vez que vi a Malena fue en el auditorio de ingeniería en la clase de Estanislao Zuleta, quien con su charla, filosófica y humanista, cautivaba a todo el estudiantado; tanto que acudían de todas las facultades, siempre había lleno completo. Aunque yo estudiaba bioquímica y aquello no tenía nada que ver con mi carrera, siempre que podía asistía embelesado a su clase. Allí la vi varias veces.

Malena era delgada sin ser flaca. Siempre andaba en sandalias y usaba faldas sueltas como de gitana. Llevaba un morral de cabuya, en el que no podía faltar un libro y un paquete de cigarrillos. También la había visto en el comedor de la universidad haciendo cola para almorzar, pero fue unos días después, que coincidimos en el salón de ajedrez, en los bajos del comedor, cuando conversamos por primera vez. Nos hicimos inseparables. Me dijo que se llamaba Malena. “¿Malena qué?”, le pregunté. “Entre menos sepas, mejor”, dijo riendo. Aquel día, que no olvidaré nunca, jugamos ajedrez toda la tarde. Era una jugadora sobresaliente, con un estilo muy atrevido e imaginativo; jugaba en

silencio, concentrada y siempre fumando. Luego fuimos y nos sentamos a la orilla del lago; había allí unos amigos que reían y se pasaban entre ellos un cacho de marihuana. Me brindaron y fumé. Malena se quedó mirándome, le ofrecí, dudó, pero muy suave dijo que no y encendió un cigarrillo. Después hablamos y hablamos hasta que se nos hizo de noche; toda ella me subyugaba. Más tarde me pidió que la acompañara a los bloques de las residencias. Al llegar allí nos despedimos y, como si fuera algo natural, me dio un beso largo que me dejó trastornado.

Malena era una mujer excepcional con nombre de tango. Usaba blusas sin mangas y nunca llevaba sostén; la forma de sus pechos firmes se adivinaba perfecta a través de la tela. Nunca hablaba de su vida, se ponía seria y evasiva cuando se le tocaba el tema. Siempre parecía estar huyendo de algo o de alguien. En cambio sí quería saber todo de mí, y supo todo lo que quiso saber desde el primer día; qué estudiaba, dónde vivía, quiénes eran mis amigos y que me apodaban Fischer. Al parecer ella llevaba una vida desordenada, no tenía arraigo familiar y su único anhelo era sorberse la vida sin más ataduras que sus libros. No estaba matriculada en ninguna carrera, pero vivía en las residencias universitarias y asistía a varias clases, sobre todo a las de humanidades. Un día me sorprendió cuando preguntó:

—¿Cuál es tu hobby, Fischer?

—Leer y jugar ajedrez —dije desprevenido.

—El mío es hacer el amor —dijo muy tranquila.

Se me hizo un nudo en la garganta, no pude responder y me vi turbado y mudo en el ámbar de sus ojos radiantes. A partir de ese día, el deseo de hacerla mía se convirtió en una idea impenitente, una fantasía recurrente.

Al poco tiempo teníamos una rutina, nos encontrábamos en la fila para almorzar y después de salir del comedor nos íbamos al salón de ajedrez. Jugábamos partidas a cinco minutos con reloj; en esa modalidad era muy buena, tenía que esforzarme para ganarle una que otra partida. Luego, al terminar la tarde, nos íbamos para la plazoleta de las banderas, fumábamos y se nos iban las horas conversando sobre el existencialismo, el marxismo humanista, Mario Bunge, Émile Zola, Jean Paul Sartre y Sigmund Freud. Nos besábamos y acariciábamos, hasta que un día ella me aceptó un cacho; entonces fue menos teórica, más ardorosa, y nos metimos al baño de hombres del bloque de

Educación. “La marihuana me excita”, alcanzó a decir con voz ahogada, y fuimos, con las ansias rebosadas, tan rápidos como voraces. Posteriormente cambiamos la rutina, después de ajedrez, un cacho y luego nos íbamos para el bloque de Educación y ahí sí, saciados, nos íbamos a conversar a orillas del lago hasta el anochecer.

A veces conversábamos de nuestros sueños. Malena había recorrido Suramérica en autostop hasta la Patagonia y me contó que su sueño era ir a España, así fuera de polizón, y recorrer Europa. “Qué te parece, Fischer, te venís conmigo?”, me preguntó un día. “Contigo iría hasta el fin del mundo”, le dije. Fue por ella que resulté metido en las pedreas de la universidad, la que me enseñó la Internacional, con ella leí a Marx y Engels: “Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada...”.

Con la desaparición de Malena quedé desolado, nada era igual sin ella, dormía mal y me parecía verla en todas partes, como el día que creí verla en el auditorio, en una clase de psicoanálisis que daba Zuleta. La paranoia me cercaba. No volví a la universidad y hasta aborrecí la marihuana porque siempre me llevaba a ella. Su piel y sus besos seguían en mis labios. Mi vida nunca volvió a ser la misma, me abandoné y dejé el ajedrez de competición.

El recuerdo de Malena, adherido como una lapa, me acompañó por largo tiempo. Muchos años después, convertido ya en un hombre de negocios, cuando el salón de ajedrez, la plazoleta de las banderas, el lago, el bloque de Educación y la marihuana eran sólo recuerdos, iba conduciendo por una avenida cuando la vi bajarse de un auto lujoso y caminar por la acera. Al principio creí que era mi imaginación, pero no, ¡Era ella! La llamé, no me escuchó; llevaba un traje formal y usaba tacones, aunque parecía otra persona, era ella, y no estaba muerta. Me estacioné donde pude y volví corriendo a buscarla, pero no la encontré.

Tres meses después de que la vi con su traje nuevo, caminando entaconada y muy erguida por la calle, al encender la televisión quedé estupefacto por las imágenes del noticiero. ¡Era ella! Era ella; los mismos ojos de ámbar pero con el cabello corto, el gesto adusto y luciendo un impecable uniforme. Y no se llamaba Malena. ¡Era la primera mujer en ascender al grado de coronel de la Policía!

MARÍA EUGENIA ALONSO DE APARICIO
Valle del Cauca · Cali
Taller Écheme El Cuento

LAS TRES GUERRAS



La guerra de Tomás Rufino

Hay calma, hasta la vegetación está en silencio, Rafa, Antonio y yo estamos refugiados entre las raíces de un árbol y una trinchera cerca del pantano. Tenemos dos guerras, la del país y la de los animales, nos alojamos en el fango de su reino. Entre las hojas, unos ojos nos observan, el enemigo puede atacar en cualquier momento, estamos tranquilos pero con cada estallido la tierra tiembla.

Me queda un trozo de lápiz con el que te escribo. El cabo Guerrero tratará de llevar las cartas, si no muere. Te extraño. ¿El bebé ya dice papá? Tu foto la llevo siempre, lloro al verte, te beso, beso tu frente, tu cabello, cierro los ojos y traigo esos momentos nuestros, busco tus labios, los acaricio, los beso, te toco y gimes conmigo.

El barro se come mis piernas, tiene hambre de ellas y me cuesta trabajo salir, los hoyos se llenan de aguaceros. No tenemos comida suficiente, nos comimos las raíces del árbol, tomamos agua que recogemos de la lluvia y de noche salimos a cazar cualquier animal que se mueva.

La guerra avanza y se vuelve cada vez más cruel, queremos volver a casa. El cabo no ha vuelto, no sé si recibiste mi carta. Trazo la raya

365 y dibujo el segundo círculo. Un año defendiendo pueblos, combatiendo al enemigo, otro año entre el lodo y sacos podridos que sirven de parapeto a nuestro refugio, no queremos saber si ganan liberales o conservadores, estamos hastiados, el patriotismo se fue al traste, nos preguntamos si valió la pena esta lucha, ver a nuestros amigos y enemigos, regados por todas partes, escuchar los quejidos sin recibir ayuda y soportar el olor que envuelve el campo.

El capitán dejó la trinchera. El trozo de lápiz se humedeció, me cuesta escribir y me cuesta respirar, siento brisa sobre mi nuca, es caliente, trae un olor fétido. Una sombra se acerca a mi mejilla, me acecha, huele al viento, me roza, la tierra tiembla, carnívoros poderosos, uno frente al otro, quietos, con la mirada fija, listos a dar el zarpazo. Un tigre mueve la cabeza hacia atrás y con fuerza ataca a un oso de anteojos. Luchan con fuerza y caen sobre nuestro refugio, logro salir de la trinchera y me uno a los compañeros, salimos, escalamos la montaña, llueve y es difícil el ascenso, ya en la cima vemos un posible refugio, algas y musgo rodean la entrada a una cueva. Nos acercamos con recelo, escuchamos movimientos en el fondo de la oscuridad. Retrocedemos, con cautela doy la orden de lanzarnos al suelo, listos a disparar, pero mi cantimplora cae y el ruido atrae a los que están adentro. Disparan y respondemos. La luz de la pólvora nos enceguece, hay cruce de balas, el hambre y el frío nos motivan para acabar de una vez por todas al grupo que nos ataca, vemos sombras caer, escuchamos lamentos. El fuego cesa por un momento y frente a mí veo al enemigo, tiene el mismo uniforme que llevo, quedamos quietos en medio de los caídos, nos abrazamos y la tormenta se une a nuestro llanto.

La pradera y el pantano están solitarios, el calor es intenso y llueve mucho, algunas hierbas me dieron alergia, no soporto la comezón, no puedo más, no sé qué pasó con Antonio y con Rafa. Los osos y los jabalíes me rodean, es difícil bajar la colina, la lluvia ha mermado y el sol empieza a hacer estragos, la montaña está blanda y se desprende. Con esfuerzo llego a la trinchera, sólo hay barro y esqueletos, busco comida, algo que me ayude. Hallé un pedazo de pan duro y cigarrillos, no sé cómo los encenderé. Pasan los días, aún espero órdenes, la humedad es constante, tengo escalofríos.

Mis compañeros murieron, ya no siento las piernas, me duele la cabeza, sé que estoy muriendo, Dios, si existes, cuida a mi hijo, que

sepa que Tomás Rufino fue un héroe de guerra y lo abandonó para que tuviera un país donde todos cupiéramos. Te veo en mis sueños, Carmen, me duele, madre, espérame, dile a mi padre que fui un desdichado en esta su guerra, maldigo al país y lo maldigo a él por obligarme a cumplir con deber falso. ¡Llegaste, Carmen! ¡No te puedo alcanzar! ¡Por qué no me abrazas? El trozo de lápiz se acabó, estoy solo.

La guerra de Rafael Poveda

No sé qué pasó con Tomás y con Antonio, nos dispersamos buscando salidas y no veo a ninguno de los otros compañeros, ni siquiera al enemigo. ¡Llegaste, Mercedes! ¡No te puedo tocar! Cuida a mis hijas, va a ser difícil hacerlo sola, todos estamos muriendo. Dile al abuelo que la guerra no fue suficiente.

Clímaco y su hijo aran la parcela, remueven la greda y dejan listo el terreno. Cada hilera es revisada para que no queden rastros de cosechas anteriores. A golpes, Rogelio lanza las semillas del maíz a los surcos. Mira unos metros más allá, donde la vereda baja.

—Pa', ¡mire!

—Es un soldado, mijo, respira, llévemlo a la casa, Bertilda lo cuidará. Sabrá Dios si el pobre hombre supo que la guerra terminó.

A Bertilda le recuerda al hijo mayor, muerto en la guerra. Día tras día le lleva caldos, con paciencia levanta la quijada de Rafa y hace que trague. Le habla sin que Rafa responda. Madruga a las labores cotidianas y luego se sienta a coser junto a la cama del moribundo. Toma un libro viejo, pasa hoja por hoja. *Me gustaría leerle, pero no sé hacerlo, nunca fui a la escuela y el viejo Clímaco nunca quiso enseñarme.* Le gusta hablarle, se siente escuchada.

—Pa', este hombre está muerto, lleva meses sin hablar, ni moverse, devolvámoslo pa'l monte otra vez...

—Cállese, mijo, no diga eso que el santísimo lo castiga, no ve que sigue respirando. Déjelo ahí que no le estorba.

Si algún día vusté me habla, le hago novena a la virgencita, pero no sé leer, a lo mejor nunca me hablará y tenemos que hacer lo que Rogelio quiere, lanzarlo a las fieras.

—Ya he estado ahí, le responde Rafa tosiendo.

Bertilda grita y corre a buscar a Clímaco. Todo es confuso para el soldado. No recuerda su nombre, no sabe si tiene familia.

Es julio y el maíz está de coger. El soldado les agradece que lo hayan cuidado, pero cree que es hora de partir.

—No se preocupe don, que usted es un héroe, lástima que nadie le avisó que la guerra terminó hace un año.

Bertilda lamenta perder otra vez a un hijo. Le suplica que se quede hasta el final de la cosecha. Rogelio le pide a Clímaco que le enseñe a disparar rifle.

Cuando Severo llega al rancho se echa la bendición. Es usted igualito al difunto Rafael Poveda, le dice al soldado. Es un pariente que vino a ayudarnos con la cosecha, le aclara Clímaco. Rafa está distraído, trata de reconocer algunos rostros, divaga y las imágenes se le pierden. Cuando Severo se va, Clímaco le dice:

—De ahora en adelante usted se llamará Nepomuceno Garay y es primo mío, ¿entendió?

Seis meses después, mientras el sol de diciembre golpea, Rafa se limpia el sudor, la camisa húmeda le huele mal, siente náuseas. Entre el maíz y las papas la sombra que lo despierta en las madrugadas se congela, Mercedes y las niñas caminan hacia él con los brazos extendidos. Rafa se tambalea y se cae. Rogelio sacude el cuerpo del soldado, lo abofetea.

—¡Nepomuceno abra los ojos, Nepomuceno, Nepomuceno!

—No me llamo Nepomuceno, soy Rafael Poveda, héroe de guerra.

—Usted está alucinando, usted se llama Nepomuceno y es primo mío, vino pa' ayudarnos con la cosecha. ¡Nepomuceno Garay! Y no es héroe de guerra.

—Sí, soy Nepomuceno, primo suyo, y vine a ayudarles.

La guerra de Antonio Vargas

En los pasillos empedrados crecen los geranios y las hortensias que Elba cuida con esmero. Llega al cuarto de costura, se sienta en su mecedora, toma las agujas de tejer.

—Elba, ¿la curia ya le notificó la muerte de Antonio?

—Nunca encontraron el cuerpo, después de cinco años la Iglesia me concederá el estado de viudez.

Antonio Vargas desconoce las calles, la gente; sube por la avenida Real y se para frente al portón de madera. Cierra los ojos. ¿Qué me espera detrás de esta puerta? ¿Me abrirá ella? ¿Sabrá mi hijo que soy su padre?

—¿Que esta casa no es de Elba de Vargas?

—No, ella vendió después de la muerte del esposo.

Nadie da razón de los abuelos, ningún conocido, muchos murieron en la guerra. Sin darse cuenta está frente a la iglesia. Se sienta en un banco del parque, está oscuro. Su primer impulso fue buscar su rifle, Antonio Vargas, el héroe de guerra, siente terror.

—¿Es usted nuevo en el pueblo?

—Sí... no... Llevo mucho tiempo sin entrar a una iglesia. Soy Antonio Vargas, Padre... hámbleme...

—No puede ser, usted está muerto.

—No, no lo estoy y quiero saber de mi mujer y mi hijo.

—Antonio, siéntese. Ha sido muy duro para Elba estar sola con un hijo que alimentar. La Iglesia y el Estado lo dieron por muerto y ella se volvió a casar.

Antonio se retira sin aliento. Escucha pasos, mira hacia la puerta principal. Señor, es ella, dame valor para no salir corriendo y abrazarla.

Antonio sale en medio de los feligreses, atraviesa la plaza y retoma el camino de vuelta a la montaña. Cruza la pradera y sube por las laderas, recorre un largo trecho boscoso hasta la cueva donde murieron sus amigos. Llega a la cima, bota el bordón y la ropa. Ya no necesito nada de esto —piensa— y desnudo entra a su nueva morada.

DIEGO TENORIO CONDE
Valle del Cauca · Cali
Taller Palabra Mayor

LA VISITA



La vida de todos me llega a la mente por lo que está a punto de ocurrir hoy, me siento como si transitara por una muerte chiquita, como quien recoge sus pasos. Creo que debo escribir sobre nuestra vida familiar hasta donde pueda, desde cuando empecé a memorizar hasta el sol de hoy. Por si acaso no regreso a mi habitación del tercer piso.

La casa materna es un bloque con habitáculos, como un queso gruyere de cemento, como un hacinadero nazi hecho para albergar judíos.

La compró mi madre recién construida, en obra gris porque hasta ahí le alcanzó el dinero que había ahorrado cosiendo ropa. Siempre fue gris. Esquinera, tres pisos, los superiores llenos de cuartos iguales como celdas monacales, donde dormíamos todos, incluidos sus múltiples hijos e hijas. En el tercero dormían los abuelos, mis padres y mis hermanos mayores. En el segundo alborotábamos los menores. En el inferior estaba la sala, el comedor, la cocina, dos baños, un cuarto para el servicio doméstico que se convirtió, con el tiempo, en sanalejo y cuarto de planchar, y el solar, que hace ángulo por los dos lados que colindan con la calle.

Desde que recuerdo, mis padres dormían separados. Mi padre le hizo una veintena de hijos a mi madre, pero cuando mi hermana

mayor supo para qué es el sexo se plantó delante de mi papá (como de ochenta años) y le ordenó cederle la mitad que ocupaba él en la cama matrimonial. A mi papá le tocó irse a dormir con mi hermana, la que seguía, y uno de mis abuelos en la habitación de al lado. Ya con pared de por medio mis padres no tuvieron más hijos después de nacer yo.

Menos de siete tenía yo cuando los vivientes en la casa empezaron a morirse por edad, de arriba hacia abajo, del tercer piso al segundo. Recuerdo que con la muerte de mi abuela paterna, la primera en desalojar, cesaron nuestras competencias de carreras por las escaleras. Se nos exigió silencio; este remplazó el espacio que dejó ella. Nadie reclamó su puesto. He pensado que siguió en su vacío, que ahí dejó su forma.

Después sí, cada que alguien moría había un desplazamiento hacia arriba, cada muerte significaba un avance en holgura y el ascenso de alguien al tercer piso. Lo mismo ocurría con la ropa usada, pero al revés. Ambas cosas pasaban de mayores a menores. En el caso de las camas y las habitaciones, se heredaba el privilegio de dormir solo y, con el tiempo tal vez, el de ocupar pieza privada. Yo alcancé a gozar de cama para mí solo pero no a tener una pieza privada sino todas; pero ya esto no viene a cuento. Cuento el de las visitas, que nunca supe de dónde llegaban, se instalaban en la cocina y acompañaban a mi mamá mientras disponía todo lo del desayuno.

Sospecho, por lo que relataré a continuación, que crecieron con la casa, pero tardaron en encontrar el momento propicio para hacer presencia. Se sientan ante esa mesa que es el único mobiliario de la cocina. Aparte del mesón de cemento que descansa sobre las alacenas de piso, ocupando dos paredes, y en el que se suceden el lavaplatos, el escurridero, la estufa, las tablas de corte y de amasar y el molino de maíz, contra la pared libre se adosa la mesa que cubre bajo su tabla dos sillas. Ahí se aposentan las visitas.

Nunca las vi y tampoco me preocupé por averiguar quiénes eran. No me pasó por la cabeza antes, pero lo pienso ahora: de costumbre, quien visita trae regalos, un gajo de plátanos, media docena de arepas, una chuspa con bolas de chucula. Nunca vi un presente de aquella visita. Pero no me preocupé por averiguar por qué, ya que eso incumbía a los mayores. Además, por ser el menor, nunca me pusieron oficio y me dejaban dormir hasta tarde. Bajaba a desayunar

cuando la segunda cochada había pasado por el comedor y sólo faltábamos los menores.

El cuento es que mi mamá se levantaba con el primer canto del bichofué y bajaba a amasar las arepas y a batir el chocolate. Las visitas empezaron cuando ya habían muerto dos abuelos y mi padre, la hermana mayor y un hermano de los menores.

La primera vez que se presentaron —esto lo supe años después— fue cuando mi mamá bajó a la cocina como siempre, desde el tercer piso donde dormía sola en una cama pues mi hermana, la que se le plantó a mi papá, ya había muerto. Entró al sanitario chiquito, salió, pasó al sanalejo a sacar platos y tazas para organizarlos en la mesa del comedor para la primera tanda, puso los individuales de esterilla, distribuyó las cucharas y se dirigió luego a la cocina a remojar la masa del maíz molido la noche anterior y a hacer el chocolate. Luego, empezó el cuento...

Ella decía que a veces la mente parece jugar con uno, que pones una cosa en un sitio y un instante después ya no está. O viceversa. El caso es que mi mamá subió a trompicones, tropezando y levantándose como un borracho responsable, soltando un mugido como de vaca en parto hasta llegar a la habitación donde dormían mis tres hermanas grandes. Las despertó a tientas y remezones porque la luz estaba apagada y el sol aún no subía. Cuando mis hermanas encendieron la luz la vieron con los ojos muy abiertos, acuosos pero sin lágrimas, blanca como la cal, temblando de pies a cabeza y sin poder articular palabra: sólo se le escuchaba un tartajeo de pánico. Me contaron que estuvo así casi por diez minutos, sentada en la cama, mirando la pared como si tratara de recordar algo; luego se puso de pie, comenzó a caminar fuera de la pieza para bajar a continuar la vida, pero, antes de salir de la habitación e iniciar esa nueva rutina de recibir todas las mañanas a la visita muda, se volvió a mirar a mis hermanas desde el vano de la puerta y les dio una explicación no pedida: “pensé que era una de ustedes”.

Voy a bajar a desayunar. Mi hermana ya debió servirme, porque hace unos minutos dejó de murmurar. Eso quiere decir que ya le contó a la visita que está muy enferma, que se siente terriblemente mal y piensa que tal vez no pase de esta noche. Ojalá sí pase, porque si no mañana me tocaría hacer el desayuno. Sería la primera vez que le toque hacerlo a un hombre en esta casa y, me pregunto, ¿qué va a pensar la visita?

FÁBER DAVID SUÁREZ TORRES
Valle del Cauca · Cali
Taller de Escritura Creativa San José

EL CACIQUE



Soy cacique. Soy inmortal, soy un asesino y Moncho es mi nombre.

Nací en una familia pobre y religiosa, donde sólo se veía muerte, prostitución y drogas. Mi vida parecía una película, lo que hacía no me costaba nada. Mi madre y mis hermanos me inculcaban que estudiara y buscara a Dios, pero no me importaba estudiar, mis dioses eran las fiestas, las mujeres y los amigos.

Mis hermanos se desvivían por estudiar, en cambio yo no me pintaba pajaritos en el aire, sabía que mi nombre perduraría en estas calles.

El día del homicidio fue un día especialmente tranquilo, estaba fumando cannabis cuando Pipe me abordó:

—Viejo Moncho: tenemos dos millones para quebrar a “Carevieja”.

Lo pensé largo, aunque sabía que el día llegaría.

—Noo... él es un parcerero, un *socito*.

—Pero controla la mitad del barrio, y vos sabés que está desatado. Moncho, si no sos capaz... ¡Sos una cagalera!¹

1 Cobarde.

Me quedé un rato con la mirada perdida.

—Noo, papi, y no tengo fierro, ando limpio —contesté.

—Pero no te azarés, Monchito, vos dizque querías ser el más bravo de este barrio, pero con esa indecisión nunca te van a respetar. —Me ofreció un arma.

Él sabía por dónde buscarme el lado.

—¿Sabe qué? Pásame ese fierro yo le despeluco ese muñeco —dije y él sonrió.

Me entregó una Prieto'92 con limaduras, debía esperar hasta la noche para hacer el mandado.

A las 6:00 de la tarde me dio hambre. En mi casa mi hermano dijo que no había nada para comer. Salí a la esquina a fumarme un cigarrillo, pensando en cómo hacer la vuelta, la pistola me pesaba en la cintura. Me la acomodé, “aquí traigo agazapada tu muerte, Carevieja”, pensé.

A eso de las nueve de la noche, cuando la calle se desocupó, me ubiqué en la esquina de la panadería a esperar el paciente, no pasó mucho rato antes de que apareciera con su habitual sonrisa: “Hola Moncho”, me saludó; lo llamé con la mano.

Caminaba lento y me sonreía...

Saqué el arma como lo había visto en películas, apunté al bulto, la gente me miraba, el man saltó como conejo y debí jalar el gatillo una y otra vez hasta contar cinco tiros, creo que sólo logré impactarle dos. Trastabilló, cayó al piso bruscamente. La gente se escondió, las mujeres gritaban. Me acerqué y me miró a los ojos: “Moncho no me mate, parce, déjeme vivir”. En ese momento sólo pensé en las peleas con mis padres y con mi hermano mayor. La cara que ponía era la misma que estaba haciendo Carevieja. Recuerdo que mi hermano me decía que en la vida hay tres caminos, la cárcel, el cementerio o la gloria, y que yo tenía negado este último. Entonces disparé.

El tipo cayó, corrí y doblé la esquina.

Escuché la policía, ¿vienen por mí?

Me escondí en un arbusto, y un perro de aliento apestoso detrás de mí, viéndome la cara, me saludó con sus ladridos; tuve que dispararle para que no me siguiera.

—Maldito perro —aullaba mientras agonizaba. La pistola me pesaba en la mano, no podía más. La arrojé a un matorral y salí

caminando. Sudaba y pensaba que ya lo peor había pasado y que ahora sería el cacique del barrio.

—¿En dónde estaba? —me preguntó mi madre.

—Por ahí —repuse—. No deje esa puerta abierta, que se mete la policía

—¿Cómo así que la policía? ¿Qué hizo, mijo!

—Maté un hombre. —No daba crédito a mis palabras.

Me acosté y noté que aún me temblaba la mano. Al cerrar los ojos pensé en mi infancia, cuando era niño y jugaba con Carevieja.

Desde esa noche fui el cacique del barrio. Desde lo más insignificante hasta el manejo de las cosas prácticas. Pasaron varios días, otras armas llegaron a mí, varias mujeres se me ofrecieron por agenciarse seguridad. Caminaba con ellas tomadas de la mano y las miradas de hipocresía se olían desde lejos; muchos temblaban cuando me acercaba, los patanes del barrio me hablaban con el mayor respeto.

¿Cuánto duraría esto? ¿Qué consecuencias tendría?

Pasó una semana y mi hermano se graduó de la universidad. No estuve en su graduación por andar buscando camorras. Lo esperé en casa para felicitarlo y celebrar que al menos para él sí era la gloria. Esa noche me sonó el celular, era Pipe.

—Amigo Moncho: necesito contarle una “vuelta”, lo espero en el puente.

—¿Qué vuelta?

—Le conviene, y no venga con nadie —me respondió.

Cerré la puerta con candado, ¿me había llegado mi hora? Me acomodé el arma en la cintura y pensé, este no va a ser.

Pipe me estrechó la mano.

—Moncho, fuiste mi mejor amigo.

—¿Cómo que fuiste?... Entonces vi un estallido, una luz encendedoradora seguida del olor de la pólvora.

Mientras caía al piso vi su arma nueva aún escupiendo fuego. No sentí los otros pepazos, sentí en cambio que me brotaba sangre entre los ojos. La villa sola en aquella hora. Al caer desenfundé y disparé hasta quedar sin balas. Corrió, pero a unos pasos se desplomó. Me quedé en el piso viendo cómo mi sangre se volvía una piscina. Cerré los ojos, vi un túnel oscuro, sin luz al fondo.

Me levantan... De repente estoy camino de regreso a casa. Soy de nuevo ese niño con la vida por delante, veo a mis amigos muertos, los panitas de mi niñez... Les sonrío, incluso aparece mi hermano cuando aún me quería, cuando no peleábamos. Mi casa se aleja, cada vez está más lejos, el sol se apaga de a poquitos y pienso, es esto la muerte... ¿Qué sentido tuvo mi vida? ¿Nací para sobrevivir y ni eso pude? Sigo caminado por los andenes de mi infancia, esperando ver a mi madre por última vez, sigo caminando hasta que todo es oscuridad.

LUIS ESTEBAN PATIÑO CRUZ
Valle del Cauca · Cali
Taller de Escritura de la Biblioteca de la USC

LOS COMBATIENTES



Por un momento sentí que la noche se apoderaba de mí y que alguien me levantaba del piso y me conducía hasta un lugar que no podía distinguir. Seguramente la sangre se me había quedado en esos barrancos, por donde logramos escapar con Jorge y con el Flaco. Yo tenía tres balazos en el cuerpo, el Flaco un balazo en el pecho, y Jorge, que era el más grave, no se sabía cuántos impactos había recibido.

El ataque empezó a eso de las dos de la tarde. Los tres estábamos sentados sobre un árbol que había sido derribado por un rayo, mientras los demás descansaban tirados sobre la yerba y algunos miraban a lo lejos o contemplaban el cielo, que estaba del color de la tristeza. De repente uno de los compañeros gritó: “nos cayeron”, y empezó a disparar. Todos hicimos lo mismo, pero sin ver al enemigo. Fuimos cayendo, como si una fuerza poderosa hubiera llegado cortando ramitas con un machete inmenso. Los tres logramos escapar.

La sed nos devoraba. Nuestras cantimploras habían quedado enredadas en algún cortaderal o en algún risco. “Ernesto”, me decían, “tú tienes algo de agua, compártela, compártela, no seas egoísta”. Pero mi cantimplora había sido cercenada de un balazo y sólo me quedaba una piltrafa de lona pegada de la reata.

Rato después llegamos hasta la cueva que nos sirvió de caleta. Estábamos tan maltrechos que a duras penas nos podíamos mover. Unos metros abajo, se escuchaba el torrente del río que fluía. Era caminar sólo unos pasos y recobraríamos la vida.

Jorge ya no se movía, escasamente abría la boca y se pasaba la lengua por los labios. El Flaco me imploró que bajara hasta el río y trajera aunque fuera una gota de agua. Me arrastré cuesta abajo y, cuando mis fuerzas se agotaron, rodé y caí al caudal. El río me llevó hasta muy abajo. Quise recoger un poco en un cascote de palma que encontré. Traté de subir con mi vasija, pero cada vez que avanzaba unos pasos, el temblor me hacía derramar el agua, por lo que regresaba y lo intentaba de nuevo. Rodaba otra y otra vez y el torrente volvía a arrastrarme. Decidí que el agua invadiera mi cuerpo y bebí y bebí, pensando que podría llegar hasta donde mis compañeros y regurgitar la vida entre sus bocas. Luego procuré subir de nuevo, pero volvía a caer.

Me desmayé al lado de la raíz de un árbol tan grande como mi ansiedad y cuando volví en mí había vomitado y la noche cubría la selva. Me sujeté de unos bejucos, me puse de pie y empecé a escuchar. Sonaban ráfagas y luego armas que disparaban tiro a tiro. “Se repliegan”, deduje, mas no logré orientarme hacia qué costado del río sonaban los disparos. Reí. Rodé otra vez y caí de nuevo al centro del río. Ahora bebí y bebí aún más. Bebí por mí y por ellos y, cuando amaneció, sólo cuando amaneció, descubrí que unas moscas verdes, del tamaño de la soledad, como un aguacero de desgracias, revoloteaban sobre mi cuerpo hinchado.

KAREN MELISSA DURANGO GÓNGORA
Valle del Cauca · Buenaventura
Taller Voces en el Estero

EL HOGAR



Aquí vivimos, no vivimos, ¡existimos! seres hostiles a la realidad, desérticos; roídos por el tiempo. Mis niños se tragan todo lo que sienten, son una letrina de emociones vencidas y su apariencia está contaminada, tienen los rostros verde grisáceo, los ojos hundidos, los labios morados y agrietados; el hedor sale por sus bocas, afortunadamente ellos “hablan” con sus dedos... Sólo los escucho pronunciar un sonido de dolor si son desconectados.

Édgar y yo hemos entregado nuestra vida para mantener la suya, bueno, conectados; de nosotros no queda mucho, estamos en los huesos, pálidos y encorvados, absorbidos por el letargo y la incomunicación, menos mal la tv nos conecta con el mundo y nos alivia la carga.

Las diez de la noche es la hora de la pausa, Édgar apaga las redes eléctricas; yo lo asisto con la luz de la vela, los niños empiezan a tener estertores de muerte que empiezan con leves convulsiones; tenemos cinco minutos para bañarlos, lo hacemos con una manguera a presión, Édgar seca a Sam y yo a Luis, lo hacemos cada tres días, es como caminar en la cuerda floja. Si nos excedemos, nos quedamos solos; para cuando encendemos las redes eléctricas, ya debemos darles electrochoques, cada poro de sus pieles es una chimenea.

Los acomodamos en las sillas de madera, ponemos en sus manos los teléfonos y al contacto sus ojos se activan, ¡Han vuelto! ¿Han vuelto? Ya no volverán, perdí su mirada aunque sus ojos sigan ahí para echarles gotas cada diez minutos y así combatir su resequedad. Deberían vender gotas para la resequedad de mi alma.

Recuerdo cuando aún sus manos buscaban las mías, Sam siempre me apretaba cuando quería algo y Luis, que fue más amoroso, me acariciaba, sobaba sus manos en las mías... El contacto fue desapareciendo, sus manos empezaron a perder la movilidad por el dedo meñique, comenzó con un hormigueo que se fue convirtiendo en dolor, hasta dejarlas entumecidas en una sola posición; ya no pudieron agarrar más que sus teléfonos y mover los dedos pulgares.

Cada día termina así, recordando, recordando lo que fue y no volverá a ser. Édgar ha sido más fuerte, a veces me da la sensación de que es una roca: primero me decía que no llorara, que durmiera, que había que descansar para poder continuar, que no había nada más que hacer... Pero son mis hijos los que se están yendo; ahora ya no me quedan lágrimas, igual no duermo, cada diez minutos voy a verlos ahí conectados, les echo las gotas y cuando alzo sus cabezas sus rostros me dan miedo, y más miedo me da verlos sonreír cuando regreso sus cabezas a la pantalla.

Todo inicia a las ocho de la mañana, hora de la única comida del día... Cómo extraño cocinar; el olor de la cocina se sobreponía al hedor de nuestro ambiente y nos hacía sonreír, pero ahora sólo basta con sacar las proteínas de la bolsa, disolverlas en suero y llenar las mangueras de Sam y Luis. No lo soporto, me parece inadmisibile que mi comida les pueda hacer daño, cómo puede ser; cuando yo les cocinaba estaban rozagantes, un poquito pasados de peso pero más vivos, era más trabajo tener que darles por cucharadas, como si fueran bebés; sin embargo eran mis niños. Hasta que el médico dijo que el sobrepeso, que la falta de movimiento, que la dieta, que el promedio de vida, que el colesterol, que el azúcar, que

esto, que lo otro, QUE MIERDA.

Porque yo no entiendo.

Les doy lo que el médico dice, no puedo oponerme a sus órdenes. Lo hago por inercia. No lo comprendo. Y Édgar no me comprende a mí, me dice que cocine para él, pero yo no puedo, mis niños están ahí consumiendo porquería, proteína, nosotros no podemos comer bien.

—Édgar, extraño despertarlos, darles órdenes, regañarlos por demorarse con el mandado, por no recoger el desorden, por no estar listos a tiempo; extraño verlos reír, mimarlos, ver cómo se peleaban, mandarlos a dormir, extraño ser su madre, ahora sólo soy la asistente de dos cuerpos inertes. Desconectémoslos.

Édgar se calla, no dice nada como siempre. Yo insisto:

—Me siento acorralada, ellos me roban lo último que me queda de vida, no lo soporto, yo no tuve hijos para esto... Desconectémoslos.

Édgar, sin inmutarse apaga las redes eléctricas, a los teléfonos de mis niños sólo les queda el 10 % de batería, tenemos diez minutos para arrepentirnos y volver a encender las redes...

A la luz de la vela los observamos, Édgar no dice nada pero me aprieta fuerte la mano, sé que está conmigo, que también siente dolor aunque no diga nada. Quedan 10 minutos, les llega una imagen, tal vez es lo que llaman un meme, porque ríen a carcajadas —parece que sostienen una conversación—. Llevamos tanto tiempo en silencio... 9 minutos, sus ojos brillan, buscan algo para responder, lo sé por la rapidez con la que se mueven sus pulgares. 8 minutos... 7 minutos... Parece que están vivos. 6 minutos... Quisiera ser ese aparato para tener su atención. 5 minutos, el brillo de sus pantallas baja e inmediatamente sus caras se llenan de temor. 4 minutos, el brillo sigue disminuyendo, tiemblan, intentan moverse pero no pueden. 3 minutos, gritan, gimen de dolor, el alma se me desgarrar. 2 minutos, 2 % de batería, casi se apagan. Se desconectarán para siempre ¿y nosotros?...

—¡Édgar! ¡Enciende las redes yaaaaa!

LUZ MIRIAM MUÑOZ ARBELÁEZ
Quindío · Armenia
Taller de Escritura Creativa Café y Letras

OPORTUNA INGRAVIDEZ



“Ojalá Álex no esté en casa”, pensó Irene. Caminó rápido, llegó primero que él. Tiró el bolso y los zapatos en el sofá y fue directamente al computador. Ahí estaban las anotaciones de él sobre sus cuentos.

Los tuvo guardados por semanas. No se atrevió a mostrárselos antes, su ojo de editor era duro. Leyó, uno a uno, los revisados y los comentarios. Sus cuentos eran un desastre. Le gustaba escribir, ahora sólo lo haría por diversión. “ÉCHALOS A LA BASURA” era el último comentario de Álex, al final de la página, con rojo y con mayúsculas. Solía tener ojo certero para los cuentos y novelas. Leía con minuciosidad cada texto que recibía de los escritores de su editorial y de otros que confiaban en su sabiduría a la hora de editar libros en proceso de ser publicados. Su trabajo era reconocido en muchos lugares, siempre estaba en las presentaciones de libros de los autores que editaba. Los escritores se sentían avalados con su presencia, aunque sus manos temblaran al verlo entre el público.

Ella lo conoció en la presentación del libro de una escritora de la región: Salale. Irene la admiraba y no perdía oportunidad de estar en su compañía. Ella la animaba con sus escritos, aunque nunca se los había dejado leer. “Tal vez si se los hubiera mostrado primero a

Salale...” —pensó Irene—, “ahora no sería lenguaje de computador” ¿No había nada rescatable en ellos? Dos lágrimas se secaron en su rostro.

—No quiero que vuelvas a escribir, no en esta casa —dijo el hombre cuando la vio sentada en el sofá, dos horas más tarde—. ¿Te imaginas a mis amigos si llegan a leer esas tonterías? Yo, el mejor editor de la ciudad, y esta escritora de pacotilla no pueden ir juntos.

Irene lo miró ya sin pensamientos en su cabeza.

—Es sólo tu opinión. Se los llevaré a otro editor —le dijo con tristeza.

—Ni se te ocurra —gritó Álex. Fue hasta el computador aún encendido y le dio suprimir. En un minuto, el trabajo de dos años se esfumó.

Irene no durmió esa noche. En su cabeza daba vueltas la idea de escapar antes del amanecer. Puede que sus cuentos fueran malos, pero escribir era su pasión.

Se sentó en la cama, a oscuras. Su intento de ponerse en pie fue frustrado por una mano firme que la retuvo.

—¿A dónde vas a esta hora? —susurró.

Ella se tiró a la cama otra vez. “Ojalá desaparezca, o viaje al infinito, así no tendré que matarlo” —pensó. Por un instante la imagen de él se esfumó de su cama. Tanteó, ahí estaba, seguía siendo él, su infelicidad.

No intentó dormir. Un cúmulo de ideas giraban en su cabeza, ninguna se detenía.

No supo cuándo se durmió. Al despertar, él no estaba en la cama. Bajó a la cocina. Tomaba café frente a la ventana del jardín. Olfía a jazmín. Irene no saludó.

—¿Qué te pasa? —preguntó el hombre, que la conocía bien—. ¿Dónde quedó tu cháchara mañanera?

Se sirvió un café sin mirarlo y se sentó frente al computador, lejos de él, y empezó a teclear. Álex se acercó, ella lo esquivó. En ese momento él sintió que algo cedía bajo sus pies.

—Sentí como si el piso se hundiera —dijo. Ella no le prestó atención. Lo miró de reojo. Estaba agarrado a la mesa, trataba de mantenerse firme.

—Ven, ayúdame, algo me pasa —gritó, y sus pies estaban a cinco centímetros del suelo. Ella no vio nada extraño. Ya lo había decidido, iba a escribir sin descanso, si no le gustaba, que se difuminara en el aire.

El terror hizo presa de Álex —chilló— pero ella no escuchaba. El tecleo del computador le hizo saber que Irene había vuelto a sus andadas de escritora.

—No escribas más y ayúdame —suplicó, aferrándose a la silla. La única respuesta era el ruido de las teclas.

Álex intentó ponerse de pie, tenía que impedir ese sonido que le taladraba los oídos. Se levantó, ya no sentía el cuerpo liviano. Cuando atravesó la sala no escuchó el teclado.

—Así está mejor —dijo, pero de inmediato su cuerpo perdió peso. Otra vez esa sensación de estar flotando, mientras Irene tecleaba.

—Veeeeennn. —Un grito desgarrador hizo que Irene, inmersa en su historia, volteara a mirar hacia el sitio donde el dolor emergía. Y de nuevo la sensación de estar flotando. Un sudor frío empezó a empapar el pijama de Álex. Miró hacia el suelo, sus pies estaban como a siete centímetros.

Irene continuó, sus dedos sobre el teclado y las palabras. Le molestaban los gritos de su novio, pero eso no impedía que escribiera. Con cada accionar de las teclas Álex se elevaba. Ella se detuvo y notó que al hacerlo la falta de gravedad desaparecía.

Con los pies en tierra, el hombre, caminó hasta donde ella tecleaba desesperada.

—¿Qué es lo que tanto escribes? De nada servirá —sentenció él, tomando una de sus manos—. ¿No ves lo que me está pasando?

—Nada te pasa, son zalamerías tuyas porque no te presto atención —y volvió a escribir.

Él comenzó a flotar, ni sus ojos desorbitados la hicieron desistir.

—Me estoy elevando —dijo.

Ella ya estaba de vuelta a su cuento. Mientras más escribía, él más se elevaba.

—¡Deja de escribir! —vociferó el hombre.

Irene perdió la paciencia, cerró de un golpe el computador y lo encaró. En ese instante Álex descendió. No podía creer lo que veía, a medida que pasaban los segundos su novio regresaba a la alfombra.

Lo asió por las manos y lo atrajo a la gravedad. Lo sintió liviano, lo soltó y volvió a su cuento, empezó a escribir y, como un resorte, vio que subía.

—No escribas —clamó él, a unos centímetros del suelo—, mira lo que me está pasando.

—Nunca me detendrás.

Irene se olvidó de todo, de comer, de descansar, y no paró de escribir durante varios días, hasta que su novio, el afamado editor, se desvaneció para siempre.

ÁNGELA MARÍA HENAO ISAZA
RisaraIda · Pereira
Taller La Caza de las Palabras

UN LUGAR DONDE PASAN COSAS RARAS



5:53 a. m.

Las sospechas de María Lozano llegaron de imprevisto cuando se encontró una bolsa de mariposas disecadas en el primer cajón del armario. Estaba buscando un par de medias para ahuyentar el frío que la había despertado de un sólo soplo. Todas las medias estaban *nonas*, se puso una larga y una corta mientras maldecía a Valeria, la empleada, la vieja charlatana a la que no le gustaba pararse sobre los espacios de las baldosas, ni mucho menos recostarse en las esquinas. —¿Por qué? —le había preguntado ella—. Porque ahí caen las cosas malas de las personas. María Lozano había sonreído mientras seguía buscando la muñeca de ojos azules para dársela a Valerio, el perro. Se acostó de nuevo y cerrando los ojos volvió al sueño de todas las noches. Al otro día, con el par de medias disparateo, revolcó toda la casa buscando la bolsa de mariposas disecadas: no estaba.

7:31 a. m.

—Tal vez se lo soñó, señorita, los sueños como todos nosotros también dicen mentiras, yo por eso no duermo acostada, me siento y cierro los ojos; a los sueños les gusta seguir las líneas rectas, así los

hace perder uno y más en la oscuridad de la noche; quedan desamparados, como niños huérfanos.

11:17 a. m.

Cuando Valeria llegó la acompañaba una maleta vieja de cuero y un recogedor rojo lleno de polvo. Decía que sufría de la memoria y por eso lo cargaba con ella, para recoger los recuerdos. María Lozano la había conocido en una sastrería: era la amante del sastre y él un pobre loco que sólo hablaba de la muerte heroica de su tataratatarabuelo que también había sido sastre y había diseñado el primer paracaídas de la historia. Murió en el primer intento, decía, pero lástima, de haber tenido otro intento habría funcionado, la altura se había corrido un dedo y el peso tres y comenzaba a hablar y hablar sin parar hasta que Valeria le gritaba: —Deja tanta palabra que vas a terminar ahogado —y se quedaba callado como una rata pasando por la cocina a media noche.

El mismo día de la visita de María Lozano, el sastre murió ahogado en el lavaplatos de la cocina con una cuchara en la mano. Valeria se había despertado y con un grito llamó a todos los vecinos pidiendo socorro. Los pantalones que había mandado a arreglar María Lozano resultaron en una guardería para niños huérfanos, como manteles. La casa había quedado en manos de un sobrino desconocido del sastre que también era sastre y que estaba diseñando un artificio para hacer flotar a las personas; su sastrería tenía como nombre nueve coma ocho y su esposa sólo tenía un ojo, no tenían hijos. Valeria vendió los muebles y se quedó en la calle contando los carros rojos que veía pasar. María Lozano venía por los pantalones de hacía ocho días. Valeria le contó toda la historia y le ofreció sus servicios: —No tengo a nadie y no me gusta la soledad —le había dicho y era cierto, daba fe por sus manos apoyándolas en todo lado. María Lozano vaciló, pero terminó aceptándola. Mientras le daba las instrucciones, notó que sus manos también tenían esa necesidad de recostarse a su alrededor, tal vez a ella tampoco le gustaba la soledad. Desde ese día, María Lozano comenzó el sueño de todas las noches.

12:00 m.

Valeria se quedó con la boca abierta, apenas se la cubría con la palma de la mano intentando disuadirse: Valerio se había quedado mirando el cielo, sin gallinazos, sin cometas, sin aviones, sin nada de nada, el cielo azul y puro, Valerio había comprendido la eternidad. Fue precisamente desde ese día que Valeria comenzó con la idea de que Valerio era la reencarnación del tataratataratarabuelo del sastre. —Tal vez en esta vida lo logres —le decía ella mientras le jugaba con la muñeca de ojos azules.

2:17 p. m.

Valeria no sólo se había traído consigo los fantasmas, sino también todos sus caprichos. María Lozano lo notó cuando comenzó a contar los días que llevaban comiendo pescado, cinco, diez, quince, sí, desde que había llegado Valeria y ni ella lo había notado. Andaba muy ocupada en sus cosas. Cuando le preguntó a Valeria, esta se quedó seria y le dijo que el pescado era bueno para la memoria. —¿Por qué? —preguntó ella—. Porque son seres callados —respondió. No le dijo nada más, prefería no discutir con Valeria, ella sabía de sus traumas y sus fantasmas, hasta se los veía colgados en la joroba que ya le comenzaba a salir. Al otro día encontró un anzuelo en la sopa. Pensó entonces en hacer un viaje al mar con Valeria, tal vez era sólo un mensaje, ella creía que Valeria no conocía el mar y mucho menos que hubiese salido de la ciudad. Cuando fue a preguntarle a Valeria por ello, le dijo que no recordaba haber visto el mar pero que sus ojos le decían que sí, que ya lo conocía. María Lozano volvió a hacerle la propuesta y Valeria se negó, le dijo que de pronto se encontraban con la rubia de ojos azules. —¿La rubia de ojos azules? —preguntó María Lozano y Valeria asintió con la cabeza mientras levantaba la muñeca de Valerio. María Lozano se acostó temprano ese día.

3: 47 p. m.

Eran las doce en punto de la noche cuando Valerio comenzó a ladrar. María Lozano chistó desde la cama y se volteó para seguir durmiendo. Cuando se levantó, recordó que había soñado el sueño de todas las noches y encendió el televisor. Era sábado. Valeria debía estar preparando el pescado que había sobrado de la noche anterior mientras

le contaba a Valerio todo sobre su vida. Le hablaba al perro como si él entendiese todo, a veces se le escuchaba llorando sobremanera con él. María Lozano se desgarró la voz con un grito: la bolsa de mariposas estaba proyectada en la pantalla. Comenzó a pasar canal por canal y seguían ahí, en la misma posición, con el mismo fondo, como si una cámara la estuviese grabando en ese momento. Apagó el televisor y comenzó a desarmarlo por detrás. Encontró la bolsa de mariposas disecadas.

5: 53 p. m.

El par de medias de la noche anterior estaba colgado en el único alambre que rodeaba todo el jardín. María había discutido con Valeria. Ella guardaba la ropa mojada y se la ponía así, oliendo a humedad todo el tiempo. Le había hecho caer en cuenta del olor y de lo malo que era eso. Sin embargo, Valeria sólo se limitó a decir: todos los días siento como si estuviera saliendo del mar, mojada.

CRISTIAN HIDALGO
Antioquia · Envigado
Taller Plumaencendida

EL SUEÑO DE UN LOCO



Un hombre joven amanece invadido por palabras; salieron del abismo que hay entre su cuarto de paredes blancas y las calles.

Son las palabras excluidas por los hombres, no se muestran en los tratados de paz; son necias, paridas por la guerra, que dicen más cosas sobre el mundo que cualquier texto. Nietas de un silencio milenario, aguardaron siglos en las bocas, sin salir, o se escondieron detrás de la pluma, esperando el turno de ser puestas en el papel; pero siempre fueron marginadas, quedaron en sombras por mucho tiempo, y hoy, en el cuarto de un joven, miran expectantes la luz difícil en su mano.

Sale de su cama, toma un café y cree mirar una ventana; se sienta en la mesa y como un cirujano en el quirófano comienza a escribir. Toma un lápiz y empieza a esbozarlas, su única libertad es el papel.

Una por una las dibuja, se escuchan risas en el cuarto cada cierto tiempo mientras sus dedos las paren. Son palabras grotescas que le van diciendo cosas, le cuentan la historia a medida que escribe y por qué nadie las quiso invocar en el pasado. Luego de tantos exilios al olvido, al fin toman forma.

Volúmenes se acumulan en la mesa, ahí habitan ahora las ideas más espléndidas sobre la paz; el mundo había entendido mal todo este tiempo su significado. Esto lo dicen las palabras más solas del mundo.

Afuera la gente se rige bajo las mismas mentiras, actúan como sabiéndolo todo, no se alcanzarán a imaginar lo que se escribe en este cuarto: libros que arrancarán gritos a todos.

—¡Tontos, tontos! —dice.

Continúa escribiendo día tras día.

Al fin llega la última oración, se encaja con las últimas palabras. La obra está casi terminada, está terminada.

Este hombre sabe lo que nadie más sabrá. Se mira al espejo y se da cuenta de que es un viejo. Ya no hay mucho tiempo de gozar, debe salir a mostrar al mundo su obra.

Sale de su encierro, ya no habrá paredes blancas que odian, ni personas enfermas que espían todo el tiempo. Empaca sus libros en un maletín y sale con su único traje, que le regalaron a los dieciocho, como un perro; siente una dicha como nunca en la vida la ha sentido.

El sol casi agoniza; el hombre se encuentra en un parque, camina por donde todos ríen retorcidos, siente el mundo como una comedia a la que se llega tarde.

A dos cuadras hay una biblioteca, allá descansarán los libros más impactantes, allá comenzará el delirio. A medida que se acerca, su maletín se vuelve más pesado. Ya no puede con el peso, es demasiado viejo para soportar tanta verdad. Unos jóvenes que lo venían siguiendo con la mirada se acercan rápidamente, y en vez de ayudarlo ríen hasta que se cansan y luego sacan sus puñales y, sin decirle nada se abalanzan sobre él, mientras el cielo se va llenando de buitres.

La gente observa, nadie hará nada, la paz no se puede interrumpir por una simple muerte. El ojo que todo lo ve pasa y suena la sirena, persiguiendo un ratón que acaba de oler el pan a una dama.

La noche ha llegado por fin, una prostituta que pasa por el parque ve un viejo muerto y unos jóvenes corriendo con un maletín. Y sigue su marcha mientras el parque se va quedando sin gente.

LUIS VÉLEZ ARIAS
Antioquia · Turbo
Tertulia Literaria y Cultural Pisisí Lee

VICTORIANITO “EL CAZADOR”



Victorianito “el Cazador”, dedicó su larga vida a la cría de perros de presa, o perros cazadores, como se les conoce por las largas orejas que tapan sus caras y por su aullido, triste y prolongado, que se escucha a grandes distancias. Como tenía tantos, la orquestación de los ladridos de sus canes era insoportable, pero por el afecto que le tenían sus vecinos, toleraban el estropicio ruidoso de los animales.

Por ser de muy buena casta y de mucha fama, todos los cazadores del lugar y de sitios distantes le compraban los perros de caza a Victorianito. De este negocio y de la venta de armadillos, que periódicamente cazaba, él se ganaba el sustento. Fuera de esto, de narrar sus historias y de beberse los aguardientes, con los que sus paisanos, por diversión, lo invitaban a contar sus mil y otras cacerías, Victorianito no sabía hacer otra cosa.

Era analfabeta, pero de muy buena labia, dicharachero ameno, que con la gracia y donaire de sus narraciones convencía a quienes lo escucharan. Invitarlo a beber, para oír sus fantasías, era algo común en el pueblo.

Atentos en el bar escuchamos las siguientes aventuras, que Victorianito dramatizó con gracia y picardía:

Para explicarnos como cazar armadillos, que en estas tierras también llaman gurre, dramatiza la cacería; tirándose al suelo imita a sus perros, escarba a dos manos sobre el piso e imaginariamente extrae de la madriguera un armadillo, que afianzado con sus uñas a tierra no se dejaba sacar, pero rascándole el ano con un espartillo afloja las uñas y se entrega vencido al cazador, quien lo saca de la madriguera vivo y coleando, que es, según nos dice, como a mejor precio lo vende por la sabrosura de su carne y porque la sangre fresca, del animal degollado, es remedio eficaz para curar el ahogo de los niños.

Después de narrar esta cacería y de zamparse varios aguardientes que le ofrecieron, a quemarropa nos contó esta otra historia:

“Fue un día..., de eso hace mucho tiempo, llegaron a mi casa unos gringos conocedores a oídas de mi fama de cazador de tigres y tenedor de muy buenos perros de presa. Vinieron a contratarme para una cacería. Les pedí bien caro para que se mamaran, pero me dijeron: Victoriano, no te preocupes por la plata, preocúpate porque cacemos hartos tigres.

Así las cosas, más preocupado que un putas con los gringos y sin saber cómo íbamos a cazar los tales tigres, nos fuimos tres días de camino, río Mandé arriba, a una selva inhóspita, donde no vivía nadie. Ya cogidos de la noche, nos acomodamos en un rancho medio derruido y sin paredes, que fue campamento abandonado de antiguos recolectores de caucho. En el piso acomodamos las provisiones y las escopetas, y cuando oscureció empezaron a gruñir los tigres, que ya nos habían *güelido*, entonces, junto con los perros nos encaramamos sobre el aparador del fogón (un tablero de madera en el aire, suspendido de una viga con un lazo, para que los animales no suban a comerse el mercado), que al movernos se balanceaba como un columpio. Cuando entró el tigre, cundió el miedo, e, indefensos, nos quedamos quietecitos y en silencio. El felino rasgó el saco del mercado y empezó a comerse la carne. Viendo esto y a los gringos muertos de miedo, para no perder mi fama de cazador y aprovechando que allí encaramados los tigres no podían hacernos daño, exclamé con valentía: No me bajo porque de pronto alguno de ustedes se cae, pero si yo estuviera abajo, el tigrecito ese se las vería conmigo. Para afianzar lo dicho *volíé* al aire el machete que sostenía en la mano y lo hice con mucha fuerza, como si estuviera matando el tigre, con

tan mala suerte que en el amago corté el lazo, y todos, con aparador y perros, caímos sobre el tigre, el cual, aterrorizado con semejante estropicio, puso pies en polvorosa, lo que aproveché para pararme y perseguirlo monte adentro y machete en mano, gritándole: ¡No corras, malparido!, ¡enfrentate conmigo!, ¡espérame pa' que conozcas un hombre verraco con los cojones bien puestos! No lo pude alcanzar porque en la carrera se lo tragó la noche, así se lo manifesté a los gringos, quienes aún no se reponían del susto.

Después de este incidente, por la inseguridad que ofrecía la cacería de tigres en este sitio, los gringos cancelaron la expedición y viajaron con la convicción de haber visto a un hombre que con un mero machete se enfrentó e hizo correr un tigre. Merecida fama que se extendió por toda la provincia y que hoy disfruto”.

CARLOS ALBERTO VELÁSQUEZ CÓRDOBA
Antioquia · Medellín
Taller de Creación Literaria Comedal

EL MUSEO DE EDGARVILLE



El doctor Johnson paró en la estación de servicio de Beach Grove.

—Perdone, ¿sabe usted cómo se llega a Chattanooga por esta vía?

—Sólo siga ese camino unas treinta millas. Siempre tome la desviación de la derecha. A la sexta desviación gire a la izquierda y luego siga siempre a la derecha. Llegará a la ruta 24. No se perderá.

—Muchas gracias —respondió el doctor Johnson mientras se repetía a sí mismo: “siempre a la derecha, a la sexta a la izquierda y luego siempre a la derecha”.

Ya se había desviado mucho de su ruta original. El cierre de la vía por los trabajos de mantenimiento sobre el puente del río Ohio lo había hecho encontrar Metrópolis, el pueblo de Supermán. Ahora, luego de pasar Nashville, había decidido tomar otra ruta. Como había hecho en los últimos días, disfrutaba variando el itinerario programado. Era un viaje alucinante.

No sabía cómo había llegado hasta un paraje tan alejado. Nunca había planeado llegar a Beach Grove. Aunque el doctor Johnson en su juventud había sido un aventurero, a sus setenta años se había vuelto una persona a la que le gustaba tener la certeza de estar en el camino correcto. Sin embargo, en las últimas dos semanas había vuelto a la aventura.

Pagó en efectivo la gasolina de su vehículo y se aproximó al borde de la carretera para tomar una fotografía de un álamo que se veía a lo lejos en la pradera y que servía de sombra a unas pocas vacas que pastaban.

Una flor al borde de la carretera lo atrajo y quiso tomar otra fotografía, pero descubrió que el rollo se había acabado. Volvió a su Dodge Coronet modelo 70 y buscó en el asiento trasero un nuevo rollo de película. Nunca se había acostumbrado a usar las cámaras digitales.

Sus hijos no entendían por qué prefería su vieja Nikon, a pesar de que en su cumpleaños número sesenta le habían regalado una cámara digital de más de dos mil dólares. Él había agradecido el detalle, pero seguía usando la cámara mecánica. Sus hijos no lo entendían y él no había hecho nada para hacerse entender. Hacía muchos años se había distanciado de ellos.

Una vez puso el nuevo rollo, tomó varias fotos a la flor silvestre, guardó el rollo terminado en su maletín de fotografía para revelarlo después, encendió el auto y siguió por el camino indicado.

Le gustaban el silencio y la soledad. Por eso había decidido salirse de la ruta en Nashville y experimentar otros caminos menos transitados. Tenía tiempo de sobra.

Desde que había muerto su esposa, dos años antes, había estado planeando hacer un viaje al sur para visitar a sus nietos en Jacksonvile. No sabía si su hijo y su nuera lo recibirían bien. Quería darles una sorpresa, pero no le extrañaría que no lo recibieran con los brazos abiertos. La visita era sólo un pretexto para viajar.

Había planeado un viaje en automóvil desde Seattle hasta Jacksonvile en dos semanas. Conduciría a lo largo de los Estados Unidos, conocería algunos pueblos, recordaría algunas ciudades y tomaría algunas fotos. Las tres mil nueve millas de distancia podría recorrerlas en cuarenta y ocho horas, pero había decidido no apresurarse. Toda la vida había estado corriendo de un lado para otro.

Como director adjunto del Departamento de Neurocirugía del Northwest Hospital Center, el doctor Johnson había librado una batalla frontal contra las políticas de recorte presupuestal. Había sido profesor de cientos de médicos que llegaban a especializarse. Había publicado un centenar de trabajos de investigación y había obtenido una decena de premios en el área de las neurociencias.

Sin embargo, como él sabía y lo había confirmado cuando ejercía su profesión, todo se acaba. Su esposa había muerto de un tumor cerebral hacía dos años y a pesar de todos sus conocimientos no había podido hacer nada para salvarla. A partir de entonces, su único resguardo fue su trabajo hasta que un día lo jubilaron.

Se encontró de pronto en su casa, mirando la televisión en una espaciosa sala, rodeado de un montón de cuadros y un centenar de fotografías que había tomado. En una pared las fotos de su esposa, de sus hijos aún pequeños, las fotos de los matrimonios de sus hijos y a los lados las fotos de sus nietos, que apenas conocía. Estaba rodeado de recuerdos y no tenía nada en el presente.

De golpe se dio cuenta de que este no era su lugar. Era la casa de su esposa y de sus hijos cuando eran pequeños. Su hogar era el hospital que le había dado una placa y le había hecho un brindis deseándole un buen retiro.

Sin embargo, en las dos últimas semanas había vuelto a vivir. Se sentía joven de nuevo. Aunque tenía otro vehículo más moderno, optó por viajar en su viejo Dodge, el auto en el cual había ido con su esposa a las cataratas del Niágara en su luna de miel. Nunca quiso deshacerse de su primer automóvil, a pesar de que tenía el dinero suficiente para comprar el auto de moda que lucía en el trabajo. Cuando quería disfrutar del placer de conducir y tener un tiempo para sí mismo, usaba su antiguo carro.

Había descubierto que de seguir la vía principal llegaría en menos de una semana a su destino. Por eso había decidido tomar las vías secundarias y conocer un poco del país que nadie conocía. Así había encontrado un pueblito que se llamaba Metrópolis, como el de Supermán, a orillas del río Ohio. En Lodge Grass, Montana, se había enterado de una ley que prohibía que las mujeres casadas fueran solas a pescar los domingos. En Paducah, Illinois, le advirtieron que si no llevaba al menos un dólar, lo podrían arrestar por vago. A medida que viajaba encontraba ciudades y poblados con los nombres más raros y con las costumbres más extrañas.

Por esta razón había decidido tomarse un poco más de tiempo y hacer de este viaje una aventura.

Al llegar a Nashville se desvió de la ruta 24 luego de pasar Murfreesboro y llegó a Beach Grove.

Siguiendo las indicaciones del hombre de la gasolinera, siguió por la carretera angosta, “siempre a la derecha” hasta encontrar la sexta desviación. Allí pensó un poco. La entrada de la izquierda no parecía estar en buen estado. Dos desviaciones atrás había tenido que desandar el camino porque descubrió que la carretera tomada iba a una propiedad privada.

“A la sexta desviación gire a la izquierda”, recordaba.

Eran más de las cuatro de la tarde y el doctor Johnson esperaba llegar a Chattanooga antes de las seis. Seguramente se había pasado de la desviación indicada para tomar a la izquierda. Consultó su mapa, pero se convenció de que la pequeña ruta tomada no aparecía en él. George, su hijo, habría sacado su Iphone y habría encontrado la ruta por medio del GPS, pero el doctor Johnson odiaba este tipo de tecnologías. Le gustaba hacer las cosas como los verdaderos hombres. “Washington no hubiera usado un GPS para cruzar el Delaware”, solía decir.

Una hora más tarde, cuando pensaba en que tendría que devolverse nuevamente y conducir a oscuras, se topó con un pequeño aviso que decía:

Edgarsville 5 Mils.

Se alegró de ver indicios de civilización. Había conducido por una carretera no pavimentada por más tres horas desde la estación de servicio y quería encontrar un sitio donde descansar.

Cinco millas adelante paró para tomar una fotografía del aviso de bienvenida.

Welcome to Edgarsville.
Population 856

Edgarsville parecía un pueblo acogedor, que se había quedado olvidado en los años sesenta. Las calles estaban pavimentadas. Las casas de madera, pintadas de blanco con techo rojo, eran generalmente de un sólo piso. Algunas con grandes antejardines. Las amas de casa con vestidos de flores vigilaban los juegos de sus hijos. Los perros dormían en las entradas de las casas.

Algunos transeúntes miraban al recién llegado como preguntándose qué hacía un extraño allí. Sin embargo, el viejo automóvil parecía ser parte del pueblo.

Condujo por la vía principal hasta una edificación que dominaba sobre las otras por ser de tres pisos. Un letrero de “Hotel” lo hizo parar. Quería encontrar un sitio donde darse una ducha y dormir.

Un arrugado anciano, de pies cansados, y un poco sordo, lo registró en la recepción. El hombre, en un inglés muy pausado y con acento sureño, le dio la llave de la habitación.

El doctor Johnson subió a su habitación en el segundo piso mientras un hombre negro de aspecto fornido llevó su escaso equipaje hasta ella.

—Por el auto no se preocupe. Aquí nunca se han robado nada —dijo mientras descargaba las dos maletas sobre la cama—. Recuerde que la cena se sirve a las ocho.

—¿Hay muchos huéspedes en el momento? —quiso saber Johnson.

—Sólo una pareja: recién casados —y guiñando el ojo continuó—. No se preocupe. Su habitación no queda contigua a la suya. —Y salió, dando un portazo tras de sí.

Luego de un baño que lo renovó por completo, el doctor Johnson dormitó un poco, hasta que unas risas en el piso de abajo lo despertaron. Miró el reloj y descubrió que eran cerca de las nueve de la noche. A través de la ventana entraban las tenues luces de una ciudad tranquila. Recordó que no había probado bocado desde Nashville. Su estómago se lo estaba diciendo.

Bajó las escalas de madera y se dirigió al modesto comedor donde una pareja joven reía a carcajadas en una de las mesas.

—Querida, creo que despertaste al señor...

La joven que reía se disculpó, tratando de sofocar la risa.

—¿Lo despertamos? Lo siento. No sabía que había más huéspedes. Es que Geoffrey me hace reír...

—No se disculpe. Me agrada ver reír a la gente.

—No sabíamos que había más huéspedes —agregó Geoffrey, como pidiendo disculpas.

—Es que acabo de llegar —respondió Johnson mientras tomaba la silla de una mesa vecina.

—¿Vino solo? —preguntó ella.

—Querida, no seas indiscreta.

—No, no es ninguna indiscreción —dijo Johnson— Sí, vine solo. Voy camino a ver mis nietos, en Jacksonville.

—¿Y no está muy lejos de la ruta? —preguntó curioso Geoffrey.

—¡Indiscreto! —aprovechó ella para desquitarse.

Y así se entabló una conversación que duró hasta las diez de la noche. El doctor Johnson contó cómo había salido hacía dos semanas de Seattle y había recorrido más de medio país tomando fotografías y conociendo lugares de los que nunca había leído.

Contó sobre la muerte de su esposa y de lo lejos que vivían sus hijos, a los que nunca veía y de los que pocas veces tenía noticias. Entre tanto, una empleada negra que Johnson sospechaba era la esposa del botones le servía una sopa y un *steak* de pollo asado que devoró.

Conoció también la historia de los Stampton, quienes se habían casado a escondidas hacía dos días. De no más de veinticuatro años, Geoffrey Stampton trabajaba en una empresa de empaques como empleado. Ella era camarera en un restaurante en Knoxville. Tendría unos veinte años a lo sumo. Se casaron en contra de la voluntad del padre de ella, que no quería ver a su hija viviendo con un empleado raso, bueno para nada. Como no tenían mucho dinero para la luna de miel, habían decidido recorrer varios pueblos en la moto hasta que el dinero se les acabara. Después buscarían un sitio donde encontrar trabajo y asentarse.

—¿Y cuándo llegaron a este pueblo?

—Ayer en la tarde. Nos gustó el sitio y nos quedamos hasta hoy. Ya mañana buscaremos otro pueblo para conocer.

—¿Y qué les ha parecido Edgarsville? —preguntó curioso el doctor Johnson.

—Es un pueblo como todos por aquí. No hay progreso. Todo es muy simple. Un supermercado, un hotel, un teatro donde presentan películas de hace veinte años, una iglesia... Nada del otro mundo —dijo la joven señora Stampton.

—Lo único que vale la pena es el museo del doctor Smith.

—No me pareció nada del otro mundo —intervino ella.

—Verá. Es un sitio con unas estatuas que parecen reales. A uno le parece que en cualquier momento van a moverse. Es muy parecido al museo ese, el de cera que hay en París.

—¿El de Madame Tussaud?

—Sí, ese mismo. El de las estatuas de los famosos.

El doctor Johnson no quiso corregir al señor Stampton, diciéndole que en París no había tal museo. Se notaba a la legua que la señora Stampton estaba orgullosa de la cultura general de su esposo y no quería decepcionarla.

—Bueno, pues habrá que visitarlo mañana.

—Ay, no. Por favor, no vaya. Ese sitio me produjo escalofríos —respondió la señora Stampton abrazando a su reciente esposo.

—Es que a ella no le gustó, porque dicen que son figuras con humanos reales.

—¿Cómo así? —preguntó Johnson intrigado.

—Es que realmente no son esculturas. Son cuerpos humanos momificados —dijo ella haciendo gestos infantiles.

—Eso lo dicen para que uno pague los diez dólares de la entrada.

—Pues a mí me parecieron reales —insistió la mujer.

—El dueño dice que son personas reales plastificadas.

El doctor Johnson pensó inmediatamente en la plastinación. Como médico y cirujano, sabía de la técnica de plastinación descubierta hacía poco, que permitía preparar un cadáver con una sustancia plástica que lo conservaría por años sin descomponerse.

—Habrá pues que ir a conocer ese museo del doctor...

—Smith.

—Eso... Smith.

El hombre de la recepción y la mujer negra estaban apagando algunas luces de los corredores, por lo que los Stampton y el doctor Johnson se despidieron cordialmente, deseándose una feliz noche.

La joven pareja subió corriendo las escalas entre risas y manoseos. El doctor Johnson subió a preparar su equipo para fotografiar al día siguiente la iglesia, el teatro, el supermercado y, por supuesto, el museo del doctor Smith.

Despertó a las nueve de la mañana. Cuando bajó al comedor a desayunar, sólo estaba la señora Stampton. Luego de un cortés saludo, la joven le contó que su esposo había salido muy temprano. Quería caminar un poco.

Al ver la cámara de Johnson, preguntó inquieta:

—No irá usted al museo.

—Claro que sí, me interesa conocerlo.

—Por favor no vaya. Creerá usted que estoy loca, pero tuve un sueño extraño con ese lugar.

—No se preocupe, querida. Nada va a ocurrirme —respondió el doctor, mientras pensaba para sí: “Dudo que haya tenido tiempo para dormir y soñar”, recordando los gemidos que se escucharon hasta muy entrada la mañana.

Luego de un frugal desayuno preguntó al encargado del hotel por la ubicación del museo y salió a dar un paseo, no sin antes ponerse un sombrero de esparto, similar a los que se usan en el sur de Florida y que había conseguido en uno de los tantos pueblos recorridos.

Tal como lo habían descrito los Stampton, no había mucho que ver en el pueblo. Una escuela pequeña que ya tenía sus puertas cerradas para evitar que los niños escaparan de sus clases. Un supermercado que apenas abría y donde una que otra mujer se acercaba a comprar legumbres y hortalizas.

El teatro pueblerino anunciaba el estreno de la película *Jurassic Park*. La basura acumulada en la entrada y el estado deteriorado del cartel hacían pensar que su última función había sido más de diez años atrás.

Dando un poco más de vueltas encontró una casa de entrada amplia en la que había un anuncio que decía:

Museo del Dr. Smith.

Entrada: 10 dólares

A la entrada, una mujer indígena de unos veinte años le vendió la boleta a través de una pequeña ventanilla que había dentro de un zaguán. Luego la mujer tocó una campana y desapareció de la ventana para aparecer luego en la puerta interna.

Al entrar, lo primero que vio fue a un hombre de unos sesenta años, cabello cano, lentes con montura de carey, traje y zapatos blancos. Llevaba bigote y barba blancos que contrastaban con el corbatín negro. Johnson pensó inmediatamente en el coronel Sanders, famoso por los pollos de Kentucky.

—Bienvenidos, damas, caballeros y niños al museo del doctor Smith. Aquí encontrarán piedras que vienen de las minas del

rey Salomón, la sortija de compromiso de uno de los aliens que se accidentaron en Roswell, un trozo de la cruz donde murió Jesús de Nazaret, la hamaca en que dormía el doctor Stanley cuando se encontró con el doctor Livingstone, y mucho más. Y por cinco dólares más podrán conocer el museo de los muertos vivientes. Un fantástico recorrido por el mundo de los que nos han visitado y nos han dejado sus cuerpos.

El doctor Johnson sonrió divertido al ver que dicho personaje extendía su mano pidiendo los otros cinco dólares al tiempo que pronunciaba esas palabras.

—Permítame que me presente. Soy el doctor Smith. Dueño del museo. Veo que viene solo. De manera que seré su guía. Bienvenido.

Johnson comenzó el recorrido entre escéptico y divertido. Por supuesto, pagó los cinco dólares extras que el hombre de blanco se guardó inmediatamente en el bolsillo trasero de su pantalón. El doctor Smith hablaba como si hubiera un público numeroso oyendo sus explicaciones.

Comenzó a caminar por una serie de habitaciones, y explicaba cosas de difícil verificación. En esta silla se sentó el general Ulises Grant a beber un tequila que le habían traído de México. En aquel espejo, el general Custer se peinó antes de ir a la batalla.

Estas piedras son traídas del Amazonas. Fueron robadas a Pizarro, que las pensaba enviar a España como regalo al rey Carlos V.

Fueron pasando de habitación en habitación. Un pedazo de metal retorcido con visos verdes resultó ser un anillo que portaba un extraterrestre accidentado en Roswell.

El doctor Johnson estaba convencido de que había tirado sus quince dólares. No había en todo el museo nada digno de fotografiar. Estaba por interrumpir a su guía para terminar el recorrido cuando aquel lo tomó por el brazo y le dijo:

—Ahora viene lo más fantástico. Mi colección de muertos vivientes.

Y conduciéndolo por un pasadizo estrecho lo llevó a un recinto donde se podía ver una serie de estatuas con figuras humanas.

—Por favor. Sin fotografías —se apresuró a decir el guía cuando vio que Johnson quitaba la tapa al objetivo de su cámara.

El doctor Johnson iba a protestar, pero vio en los ojos del doctor Smith una expresión que se lo impidió.

Llegaron hasta las figuras. Una de ellas tenía un uniforme del ejército alemán y hacía el gesto de saludar extendiendo su brazo al frente.

Una mujer tenía un ceñido vestido de la época victoriana con una falda amplia que parecía más un paracaídas abierto que una prenda de vestir. Portaba una sombrilla con la que aparentaba cubrirse del sol.

En un rincón, un personaje de bombín, bastón y pantalones caídos, parecía emular al fantástico Charles Chaplin. La cara era muy diferente, pero un negro bigote recortado insinuaba sus facciones.

Había todo tipo de personajes: una figura vestida de soldado romano cuya inscripción decía Julio César. Otra figura femenina vestida de piloto parecía ser Amelia Earhart. Otro, con una barba evidentemente postiza, era Ulises Grant; una figura con una peluca blanca y una casaca militar era George Washington. Las caras no se parecían a los personajes reales de la historia. La cara de la figura de Washington no tenía la nariz prominente. El Cristóbal Colón tenía la cara de un muchacho de veinte años, de aspecto indígena. Sin embargo, por su vestimenta, el catalejo en una mano y el mapa en la otra, hubiera pasado por el navegante genovés.

El sitio era fantástico. Las facciones de los personajes eran perfectas. Mucho mejor logradas que el museo de Madame Tussaud. El doctor Johnson se acercó a varias de las figuras y creía ver el cristalino en los ojos de cada una. Las fosas nasales tenían vibras como las de una nariz real. La piel tenía todas las arrugas esperadas e imperfecciones propias de un cuerpo humano. La anatomía de las venas del dorso de las manos era reproducida con total fidelidad. A los que tenían la boca semiabierta se les veía una lengua perfectamente labrada en su interior. Incluso creyó ver un poco de cera en la oreja derecha de la figura de Julio César.

Cada uno tenía una fisonomía diferente. Ninguna cara se parecía a la del personaje que representaba, pero la perfección en los rostros era impresionante.

—Nunca me hubiera imaginado a Atila el huno, rubio y con ojos azules —dijo Johnson, parado frente a la figura.

—Era el único cuerpo que tenía en ese momento.

—¿Es que usted no los hace?

—No, me los regalan los que vienen por aquí.

—¿Y los vestidos?

—Esos los hace Rosario, mi mujer.

—¿Pero cómo hace para que los muñecos queden tan bien?

—Es que no son muñecos. Son personas reales —respondió al oído Smith.

El doctor Johnson recordó entonces el malestar que el museo había producido en la señora Stampton. Incluso él sintió un poco de mareo, que atribuyó al calor del recinto.

Sabía muy bien que ese cuento de los cuerpos humanos embalsamados era un gancho publicitario para que los turistas (los pocos que pudieran llegar), quedaran impresionados.

Reconoció la figura de Hitler por el uniforme de un general alemán de alto rango, el cabello peinado de lado y el conocido bigote. Sin embargo, el personaje que lo interpretaba parecía tener ochenta años.

—Pero Hitler no era tan viejo...

—Tal vez no externamente, pero por dentro era un anciano. ¿Qué edad real tiene usted?

Johnson sonrió inmediatamente. El viaje que estaba realizando lo había convertido en un joven de veinte años.

Volvió a mirar la figura. Los ojos, las cejas, la piel... todo parecía tan real.

Intentó tocarlo, pero su guía le cogió la mano.

—No tocar —dijo, señalando el letrero que estaba replicado en todas las paredes.

—Es que parecen tan reales...

—Plastinación.

—¿Cómo dice?

—Plastinación —respondió el anfitrión—. Es la técnica que descubrió mi tatarabuelo hace más de doscientos años. Es la que aún uso en los cuerpos.

Está loco, pensó el doctor Johnson mientras seguía su recorrido por una galería de recintos, Cleopatra, Hipatia, Galileo Galilei, Leonardo Da Vinci, Caperucita Roja, Alejandro Magno, Shakespeare, Marco Polo. Carl Marx, Blanca nieves, Gengis Kan, Abraham, Ramses II y cientos de personajes de la historia, reales o imaginarios. Por supuesto, no podía faltar el imperdible Napoleón Bonaparte.

Claro que este Napoleón medía más seis pies de alto. De todos modos, era un verdadero espectáculo ver esa figura del personaje con su casaca militar y con su mano metida entre la ropa, pareciendo rascarse el ombligo.

Los muñecos de plástico, de cera o del material en que hubieran sido fabricados eran toda una obra de arte. Sobre todo el hecho de que cada figura tuviera una cara y una forma diferentes. De entrada se podía ver que no habían sido fabricados en serie. Cada muñeco tenía características individuales. Como los soldados de terracota que había visto en el museo de Nueva York.

A Johnson le gustó la idea del doctor Smith de inventar que eran cuerpos humanos reales para generar impacto en sus visitantes. El hombre era un excelente mentiroso.

Otro detalle llamó la atención de Johnson. Algunas prendas parecían más viejas y decoloradas. Otras, por el contrario, parecían recién hechas. Y se lo hizo saber a su guía.

—Es que este museo está en permanente crecimiento. Ahora mismo estoy preparando la figura para Romeo y Julieta. Me falta Julieta. Y también tengo el traje listo para Neil Armstrong, el astronauta.

—Qué interesante —se limitó a decir Johnson mientras seguía recorriendo habitaciones.

Cuando salió del museo eran más de las dos de la tarde. El sol calentaba fuerte a pesar de que el verano había pasado hacía varios meses.

Se tomó una cerveza en la tienda de una esquina y decidió volver al hotel. Había sido una verdadera lástima que le impidieran tomar fotografías. Un sitio así no volvería a encontrar en lo que quedaba de su viaje. Si bien al principio le pareció un robo, al final había quedado convencido de que los quince dólares habían sido bien invertidos.

Al llegar al hotel, el anciano recepcionista le preguntó si almorzaría. Él respondió que no, pero que se sentaría en la sala un rato a leer la prensa.

Allí encontró llorando a la señora Stampton.

—Es Geoffrey. Aún no ha vuelto.

—¿Y su moto? —preguntó el doctor Johnson sin mucha prudencia.

—Él no me abandonaría. Estamos enamorados.

—No quise decir eso, por favor discúlpeme. Quiero decir...

—Su moto está afuera. Ya revisé —respondió ella en tono agresivo.

Hubo un silencio bochornoso que duró unos pocos segundos.

—Le dije esta mañana que no volviera al museo, pero no me hizo caso. Él quería tomar unas fotos de los cuerpos. Se llevó la cámara. Seguro se fue para allá.

—Pero yo estuve allí y no lo vi.

—Está allá. Con toda seguridad que está allá. En el fondo de mi corazón lo presiento.

A Johnson no le gustaba ver llorar a una dama. Como buen caballero, se ofreció a acompañar a Mrs. Stampton hasta el museo.

No era la primera vez que unos jóvenes se casaban llevados por las hormonas y el momento, y después uno u otro se daba cuenta de que el matrimonio no era lo que buscaban. No era infrecuente que uno de los dos huyera aterrado. Pero, por otra parte, la motocicleta de Geoffrey seguía parqueada en la calle, detrás del Dodge Coronet de Johnson, por lo que la hipótesis de la huida parecía poco probable.

El doctor Johnson le propuso acompañarla a buscarlo por el pueblo y aprovechar y pasar por el museo. Por lo menos así la señora Stampton confirmaría o descartaría sus sospechas. Además, no abandonaba la posibilidad de poder tomar alguna fotografía.

El encargado del hotel vio cómo el doctor Johnson salía nuevamente a la calle acompañado de la señora Stampton, que lloraba prendida de su brazo. El arrugado anciano sabía que nunca más los volvería a ver.

Y así fue. El doctor Johnson nunca volvió al hotel. Tampoco llegó a Jacksonville para visitar a unos nietos que ni siquiera lo recordaban. La señora Stampton nunca volvió a trabajar como camarera de un restaurante. Su padre aún maldice al vago que se la llevó.

Pero las pocas personas que visitan el museo del doctor Smith en el remoto pueblo de Edgarsville pueden ver una feliz pareja abrazada, ataviada con ropajes de la Verona del siglo xv. Ambos irradian felicidad. Ellos son Romeo y Julieta. Los amantes que murieron víctimas de un amor juvenil y del odio de sus padres.

En otra sala ven un personaje vestido de astronauta, con un cartel que dice:

ANTOLOGÍA RELATA

Neil Armstrong.

Primer hombre en pisar la luna.

Favor no tocar



POESÍA



JHONATTAN ARREDONDO GRISALES
Risaralda · Pereira
Taller de Creación Literaria “La Poesía es un Viaje”

MIENTRAS EL AIRE Y LA LUZ



aunque todas las cosas
te anuncien con su voz de raíces
y te ocultes y decidas alejarte en un lugar inaccesible
sé que mis manos y mis ojos
no podrán decirme nunca

tú seguirás aquí
mientras el aire y la luz y todo lo que de ti se quedó
en las cuencas vacías de mis manos
principian en nombrarte

sin embargo nunca sabrás
que a solas te he buscado en los puertos silenciosos
ni que he de llevar tu ausencia a la lengua de los hombres
para que todos digan que fuiste la palabra más pura

para que todos sepan que eres presencia mía
ahora que sólo nos queda este silencio
y estos breves trozos de madera
que atesoro para el fuego

Íntimo alfabeto

estos ojos quedos que sólo saben de ti
que sólo saben mirarte
los que ahora
te dibujan desde su íntimo alfabeto
son los mismos
que te siguen y te nombran
¿cómo decirles, a ellos,
los míos, que se dirijan a otra parte?
me pregunto, ¿qué otro paraíso
pueden encontrar sobre la tierra?

Paraíso

en mis manos
se encontraba el paraíso
el perfume de la tierra recién nacida
tu cuerpo

Mariposas

nada parece afanar el viaje
la misteriosa quietud que semeja
la vida de un monje o una serpiente

de pronto
algo o alguien en silencio
levanta sus alas

a veces las palabras son como mariposas dormidas

Misterio

Toda palabra es fábula.
Eduardo López Jaramillo

No sé
cómo decir lo que no te he dicho

tal vez deba buscar en las raíces del pino
o en las alas del pájaro que veo volar desde mi ventana

(tal vez las palabras sean como las raíces del pino
o como las alas del pájaro)

o mejor aún:
tal vez las palabras sólo sean lo que no se dice
y debamos volver
 como la noche
 al silencio

Vigías

Se alimentan
del fuego

de la madera
que plantamos en el corazón

por eso el cielo
está hecho de aire quemado

por eso en las nubes
encontramos la forma de un rostro

el ala de un pájaro
la lluvia

ANNA FRANCISCA RODAS IGLESIAS
Antioquia · Medellín
Taller MECA / Escritores y Artistas de Medellín

AMAR A UN AMIGO (A SORBOS...)



Como se ama a un campo cubierto de bruma al paso de rocío y madreSelva en obstinada costumbre. Escribo, es verdad, despilfarrero la condición de silencio, al fin de cuentas las hormigas trazan su camino pese a las tempestades y en el fondo nos sostiene la mirada triste, la sonrisa de quien, sabiéndonos islas, tiende un puente para el rescate. ¿Cómo es protegerse del afecto de un amigo?, pregunto. Cómo es que resiste el paso del tiempo la indiferencia de ayudarse a morir con la tímida señal de un rostro que se gira, al toque, cuando su voz apenas te nombra. Amar a un amigo que yace como la línea de mi mano, que a veces es agua y es sequía o una duda permanente reconstruyéndose con la necesidad de liberarse.

A costa de la vida, amar a un amigo. Sostenerlo como a una elección de religioso culto, sin esperar nada del lobo que acecha.

DARÍO GONZÁLEZ ARBELÁEZ
Antioquia · Itagüí
Taller de Lectura y Escritura Tríade Literario

CUANDO SE ABRE EL SILENCIO



I

Moradora de huellas,
en la guitarra cuerda ausente.
Azulado fantasma que vela los seniles ojos;
nombre que viaja en el viento,
sombra del retrato roto,
ruido de pasos que colma las noches.

II

Siempre ahí,
acechante:
entre multitudes,
afuera de casa, en los autobuses.
Aguardando impasible en el sillón,
en la cama,

en el parque, entre las palomas,
sobre los árboles...
Poblando las cosas,
como la niebla matinal se apodera de las montañas.

III

Animando el recuerdo desaparecido
firmando su nombre sobre vidrios empañados;
alterando los perros que esperan en casa.
Leyendo a los desesperados
las cartas condenadas al polvo, al cajón, al olvido.

IV

Vas regando el campo de la memoria,
como ave que desperdiga semillas por los bosques...
Cual cúmulo de golondrinas,
sólo lluvia después de ti.
Sólo espacios atiborrados de imágenes,
sonidos, olores...
de cosas viejas.
Tu paso arrasa el polvo impuesto sobre el recuerdo,
ahuyenta el mórbido olvido.

DIANA LUCÍA LEÓN RESTREPO
Antioquia · Apartadó
Taller de Escritores Urabá Escribe

EVOCACIÓN



¿Lluvia?

Me pides que hable de la lluvia,
cuando soy náufrago,
balsa que rema en busca de fragmentos enmohecidos,
palabras remendadas,
sueños rotos, sonrisas fortuitas,
paisajes descoloridos.
Ahora me brindas tus manos fatigadas,
dispuestas a recobrar lo que sobra del infortunio.
Si tan sólo con un soplo
devolvieras un rayo de sosiego
a lo que se conserva,
esa lluvia sería amiga.

Clamor

Mi tristeza se une al clamor
de la tierra
bañada por ríos rojos,
voces agónicas de cobardía
a la luz de la verdad.
Sueños mutilados, infantes sin amparo,
piel ajada y cansada de esperar.
Lluvia infinita
de mujer que se retuerce entre gritos...
Promesas mataron la esperanza,
ilusiones clausuradas por la oscuridad...

Primavera

Regresa con su magia de flores,
suelta perfumes y brisas de otros confines,
esperábamos sus pasos silenciosos
iluminados por su música
¡ah!, niños que corren por el pasto:
Son como ángeles repentinos,
venidos de un cielo que los adultos desconocen...
hay ladridos que parecieran de alegría,
la gente absorta ante su mudo caminar.
aspirar sus aromas es un canto a la vida,
árboles ya ancianos se regocijan
ante su llegada.

Prisión

Atrapada en esta cárcel de piel
he querido huir para alcanzar tus sueños.
Ser alivio al dolor que brota

cuando muere tu sonrisa.
Conquistar atardeceres mudos;
danzar sin melodías...
marchar con tus pies cansados que han
transitado paisajes, senderos, calles clausuradas.
Desde esta, mi prisión,
elevo alas, remonto riscos imposibles,
cruzo océanos y llego a ti como una utopía.

Negación

Qué invalidez se apodera de estas manos, que sólo anhelan
crear, trazar, cincelar...
silencio atrapado entre sombras, perturbado por
una lechuza herida.
mi queja se pierde entre resquicios
de dolor y desolación... ¡Alba!, hoy no eres bien recibida.

Esencia

No más palabras elaboradas,
ni sonrisas disfrazadas.
No remuevas el dolor,
no irrumpas mi pasado.
He dictado sentencia
Y mi condena es perpetua,
es alto el precio del silencio,
amargo el vino que no embriaga.
¿Acaso has sido invicto y
no te rendiste a la palabra?
Ya sé de mi vulnerabilidad y efímero tránsito.
Soy materia e imperfección.

Mi abuelo

Era transparente,
la suavidad de su voz
como el murmullo del azulejo,
su tiple lloraba desde sus cuerdas
al tocarlas
y sus dedos parecían duendes iluminados...
sabio en escasas palabras;
la bondad era el mejor brillo de su mirada.
con una caricia me anunciaba
que la infancia jamás sería olvidada.

MARÍA RUBIELA RESTREPO RESTREPO
Antioquia · Itagüí
Taller Letra-Tinta

PEDALEO DE LAGARTIJA



Perdida en el silencio
le abro brechas al pensamiento.
Cuando el día se torna oscuro
y se revuelve de hastíos,
parece escurrirse la esperanza.

Tomo mi bicicleta,
salgo veloz por la carretera,
irrumpe el viento en mi rostro
se agitan el cabello y las ideas.
Revulsivo pedaleo.
Toque de flautas reverdece el verano,
a mis anchas recorro viejos caminos.
La tarde ilumina la aldea,
cruzan las garzas tejiendo redes como ondas de aleteos
y cobijan los árboles como copos de nieve.

Una calle de charcas refleja antiguos autos
y en el humo de un cigarro fino
se vierte el antojo de tu cuerpo
y me abre con suavidad de lagartija.



DRAMATURGIA



ANDRÉS FELIPE TORRES ARENAS
Caldas · Manizales
Taller Permanente de Dramaturgia

DÉJAME CONTARTE



El espacio es un centro de rehabilitación. Sobre una mesa, en el centro del recinto, hay una ponchera con agua, jabón y elementos de limpieza; sobre el piso dos canastas de plástico y dentro de ellas elementos propios de una cocina. Sobre el fondo, en un tendedero improvisado, hay algunas prendas de vestir.

(Toñito, en un centro de rehabilitación, lava elementos propios de una cocina, y canta la canción “Espíritu burlón” de Tito Cortez).

Espíritu burlón ohohoh ohhhhhoh
no me quieres dejar tranquilito a mí vivir
tú me quieres matar
que tú me quieres hacer sufrir.
Espíritu burlón oh oh
tú no puedes conmigo
Ay conmigo
Ay conmigo.

(Al percatarse que el público está dentro del recinto interrumpe la canción y lo que está haciendo).

Buenas, El pastor debe estar por ahí, ¿ustedes no lo vieron? *(al tiempo que lo describe, toma una vieja licuadora de una de las canastas,*

la conecta y la relaciona con las características del pastor). Él es gordito, bajito, es muy chistoso, él no es muy diferente de nosotros, porque también lo he visto hablar solo, también tira pedos como todos, de vez en cuando se le va la mirada a los pechos de una mujer o a la cola, es bien morbosito. Él también fue como yo hace muchos años y ahora es todo un señor, un pastor, el fundador de este centro del arrepentimiento y la reflexión, pero cuando le da la rabia habla muy fuerte, es muy agresivo, y nos regaña, pero él dice que es por el bien de nosotros, y luego vienen los castigos si la cagamos, yo por eso me estoy portando bien, para ver si por fin me voy de aquí. Recuerdo que llegue de la mano de mi mamá. Acepté venir porque ya había tocado fondo, no tenía ni el más mínimo control de mis acciones y estaba maltratando la salud de mi vieja. En un rincón de esta vieja casa me acomodaron, me presentaron ante los demás loquitos; todos estamos aquí por lo mismo y voluntariamente queremos liberarnos del demonio de la droga. El día de la bienvenida oramos y nos dieron las normas de convivencia del lugar y todo estuvo bien, la ansiedad pude soportarla comiendo como marrano y ayudando con los oficios. Así pasaron mis días, aquí conocí personas valiosas, no llevo mucho y hasta este momento me sorprende su visita, no había llegado nadie a visitarnos... A propósito, mucho gusto, mi nombre es Antonio, pero me pueden decir Toñito. Aquí nunca han venido esos que algún día nos ofrecieron por primera vez la droga, nunca llegaron los amigos, la calle es una escuela pero no todas sus materias son las mejores para vivir mejor, y no todos sus profesores son leales. (*Se dirige a la licuadora*). Pastor, buenos días, para informarle que estoy muy juicioso atendiendo los visitantes, a propósito le he hablado muy bien de la vieja casa, perdón... de la institución, y de usted. Lo he hecho quedar muy bien, no les he dicho que estamos mal de mercado y que usted debe dos meses de arriendo (*Mientras limpia la licuadora oprime un botón del que emerge el ruido del motor, el cual asume como un regaño del pastor*). Sí, señor, ya he orado al señor y me siento muy bien, no tengo ansiedad... para nada, ya casi no hablo solo, puedo dormir bien y no tengo ningún mal pensamiento, he estado pensando que me ayudó mucho estar aquí en recuperación, la verdad ya me siento libre, yo quiero hacer una nueva vida con mi familia y ya puedo prometerle en el nombre del señor no volver a la calle a consumir ninguna droga... así

que, por lo anterior, le quisiera manifestar que me siento emocional y físicamente en condiciones óptimas para irme a la calle a rehacer mi vida; y lo primero que voy hacer cuando salga de aquí (*Hace silencio al manipular una de las ollas, lo cual lo hace cambiar de actitud*) es vender esta olla para comprar bazuco y drogarme hasta perder la razón, perder el control, perderme, irme, fundirme... (*Al soltar la olla vuelve en sí, continúa con su labor y vuelve a cantar*).

Espíritu burlón oh oh

tú no puedes conmigo

Ay conmigo

Ay conmigo.

(*Saca de una canasta una cuchara y la observa por un momento, su actitud va cambiando; toma uno a uno los cubiertos y los mete dentro de la ponchera, después los lava, se dirige al público*). El pastor me acaba de decir que está muy ocupado, pero mientras tanto me dijo que le hiciera el favor y los atendiera y que les contara mi vida y cómo he ido cambiando al estar aquí en recuperación, y que, a propósito, yo creo que pronto me voy, porque he tenido muy buen desempeño últimamente. Así que, bueno, voy a empezar con algo de mi infancia. Después de la avalancha de Armero, a los que no nos tragó el lodo terminamos en el barrio la Ciudadela del Valle. Allí conocí grandes amigos, que al paso de algunos años perdí. En la infancia, después de salir de la escuela, nos la pasábamos en la calle; con el tiempo fuimos adquiriendo nuevas habilidades, dejamos de lado los juegos, nuestras voces dejaron de ser chillonas y teníamos el bigote como nutrias, rapados la cabeza, con algo de cabello en la frente, y otro tipo de intereses. (*Observa el público y se detiene delante de uno de los espectadores*). ¿“Bocachico”? (*se acerca y le ofrece la mano*), ¿qué más, cómo estás?, ¿qué tienes para los pulmones, viejo? (*Al notar que no es Bocachico se retira de su lado*). ¡Perdóneme!, es que se me pareció a un amigo. “Bocachico” fue uno de los primeros que conocí jugando “plata al hoyo” en el barrio, y fue uno de los primeros que empezó a fumar marihuana, y también, uno de los primeros que se fue al cielo o al infierno. ¡Pobre “Bocachico”! Eran tiempos difíciles, donde la ley estaba en la calle y el cobro le llegó puerta a puerta, eso nos dejó muy asustados a todos. Casi por dos semanas no íbamos ni a la tienda, pero después todo volvió a la normalidad. En ese entonces

el más chimba era el que no estudiaba y mantenía en la esquina y ya fumaba cigarrillo desde los doce. Sabíamos lo bueno y lo malo, pero así armábamos peleas, rompíamos vidrios y robábamos en nuestras casas, a vecinos, y otras maldades. Algunos fueron más a fondo y la cagaron. A mi otro amigo el “Cabezón” (*toma una cuchara, y juega con ella, vertiendo agua en la tina*) unos amigos lo invitaron al río de paseo. Lo que me cuentan es que desapareció por varios días y no lo encontraron en ningún lado. (*Sumerge la cuchara sobre la tina de agua y jabón*). Su madre desesperada fue al río a buscarlo y una nube de gallinazos sobrevolaba la zona. Ella, curiosa, buscó por todos los alrededores y encontró al “Cabezón” despellejado por los gallinazos (*saca de la tina el cubierto lleno de espuma, lo lava y lo pone a secar sobre la mesa*) y ni un sólo rastro de sus amigos. Yo no fui a ese entierro, porque cuando fui al de “Bocachico” me impresioné bastante. Le habían cosido la boca con alambre de púa, y esa imagen la tengo en la mente y nunca la he podido borrar, nunca la he podido borrar. A mi amigo “Pecueca” lo mató el “Yupi”... (*toma uno de los tenedores y sobre él deja escurrir jabón de la espuma con la que lava*) No es lo que están pensando, “Yupi” era un sicario muy bravo que mataba ladrones. Y ya le seguía los pasos y un día le descosió el vientre con un revolver marca Smith and Wesson. “El Muelón” (*toma un tenedor, lo clava sobre un jabón y lo resbala sobre la mesa*) siempre se destacó por ser buen mecánico. Fue uno de los primeros que tuvo moto DT en el barrio, y ni nos saludaba. Recuerdo un día sábado, sobre la tarde: escuché la ambulancia por la avenida, la gente corría al taller de motos del “Judas” (*esconde tras la tina el tenedor con el jabón*) y nada raro, habían matado al pobre “Muelón”. Dicen que lo mataron porque desvalijó una moto y se quedó con la platica, y le cobraron puerta a puerta. Yo fui el único que quedó de esa generación de diablos perdidos que encontraban su tiquete al infierno en cualquier esquina. No robar en la calle y menos a otro ladrón fue la clave para que pueda estar contando la historia. Sin embargo, al diablo no me lo puedo quitar de encima. Va conmigo a todas partes y aunque ustedes no lo ven, y yo menos, siento que controla mis pensamientos y movimientos, es una fuerza extraña que me impulsa a hacer cosas que me gustan y disfruto mucho, pero me causan muchos problemas.

Ustedes se preguntarán quién soy yo, pero eso no es importante por ahora. Pero sí les voy a pedir un favor; si el pastor les pregunta algo cuando llegue, no me hagan quedar mal. Ustedes son testigos de que me estoy manejando bien. Digan la verdad, que lo único que he hecho es contarles un poco la historia de mi vida mientras hago las tareas que me ponen aquí.

(Su aspecto físico y actitud se transforman al encontrar un platón de comida para perro sobre los elementos de la cocina, el cual pone sobre el piso, luego llama al perro que se supone está detrás de la mesa).

Muñeco, piss, piss, muñequito, venga, venga para acá el perrito, venga pues, venga pues, tan bello el greñudo, acanalalacha calacachacha, acanalalacha calacachacha... *(Al ver que no sale el perro, se dirige al público)*. Yo le robé al perro, sí, lo confieso. Lo robé, todos se dieron cuenta del robo... Él también se enteró, sólo bastó un descuido del cuadrúpedo y fui al acecho de su cuidado; galletitas de color marrón con forma de huesito. Las comí todas. Supuse que si él sobrevivía de cuidado yo también podría. Nunca antes había robado a un perro, pero seis días sin comer eran suficientes para comerme un pájaro o, por qué no, una rata. Yo dormía en la terraza de la casa donde vivía mi madre, porque ya ni ella ni mis hermanos aguantaban mis malos olores, mis ronquidos, mi tos y mi voz que surgía involuntariamente, cuando estaba dormido, y no les dejaba conciliar el sueño. Por eso terminé allí acostado sobre un par de cartones y envuelto en la cobijita de cuadros. Mejor que dormir en la calle.

(Al terminar de lavar el platón del perro encuentra un cepillo en la canasta; lo toma y hace como si fuera un gallo, se dirige a los visitantes al tiempo que manipula el cepillo).

Lo peor es que todo el tiempo estuve custodiado por un gallo enano y cojo que solía atacarme los pies. Al parecer, le molestaba mi olor, o tal vez, la forma extraña de mis garras. Sus ataques fueron brutales y contundentes, y aunque siempre intenté acercarme a él, no fue posible. Cutu, cutu cutu, cutu, cutu, cutu, cutu, cutu...

(Hace coreografía a manera de combate defendiéndose del cepillo que lo ataca; suelta el cepillo sobre la canasta de elementos limpios, vuelve en sí y se dirige al público).

En varias ocasiones sentí perder mis ojos. Nunca había visto un gallo tan valiente en mi vida *(su actitud cambia cuando vuelve a tomar*

el platón del perro). Muñeco, piss, piss, venga, venga pues el perrito. Muñeco, ¿me perdona? Yo no quería robarlo, pero es que tenía mucha hambre, y al ver su plato lleno de succulentas galletas en forma de hueso, pequé... con el perro siempre me la llevé bien.

(Juega con el platón como si fuera un perro, después de jugar lo pone en la canasta de elementos limpios y al encontrarse con el cepillo reacciona y realiza coreografía de ataque del cepillo en forma de gallo al tiempo que habla).

Con el gallo siempre tuve problemas, los ataques eran más continuos. Cada mañana al regresar de la calle aprovechaba que dormía y me atacaba, me picoteaba los pies, las manos, la cara, la boca, hasta la lengua. No podía matarlo porque mi madre me hubiera matado a mí.

(Al soltar el cepillo sobre la canasta de elementos limpios, ve, en la que tiene elementos sucios, una olla pitadora, que toma y empieza a lavar).

Una de mis otras adicciones creo que es la comida. Aquí les hago la comida a todos; hasta al pastor le gusta mi comida. A él le encanta el sudado de pollo, y hoy le hice porque hoy es un día especial para mí, y quería dejarles un buen recuerdo antes de irme. Pero el plato que más me gusta son los frijoles, en especial los de mamá... Son los más deliciosos. Ella tiene una técnica especial para los frijoles, ¿les gustaría que les contara la receta?... La noche anterior los remoja en agua hasta el día siguiente, los pone en fuego veinte minutos mientras pica el plátano con sus manos gorditas y tiernas, ralla un tomate y todo junto lo echa a la olla quince minutos más. El olor a frijoles me llegó hasta la terraza donde dormía. Esa mañana me desperté con dos tipos de hambre; la primera, de esas que uno siente como un roto en el estómago y las tripas chillan como brujas en celo, y la otra, esa que uno siente un desespero y tembladera en las manos, cuando se sienten ganas de salir corriendo. No les niego que una supera a la otra casi siempre. Caminé por la casa y me enteré de que no había nadie, entré a la cocina y vi sobre la estufa la olla pitadora, y tengo un problema, que no sé si a ustedes les pasa; uno siente como que uno no está solo y siempre habla con alguien que también es uno, y así empezó la cosa. Es como el diablito y el ángel que uno tiene, que se la pasan peleando por todo y para todo lo que uno quiere hacer, y así empezó la discusión.

(Se acerca al público con la olla y la ofrece, después va en búsqueda de las canastas y usa elementos de la canasta para crear el personaje del Diablo y del Ángel, con los cuales interpreta una discusión por la olla con frijoles).

Diablo: Una olla con frijoles es una buena oferta, ¿cuánto me darán por ella? Ángel: Abre la olla y sirve, hermano mío, calma el hambre. Diablo: Los hizo mi mamá, son de los mejores, ella es una dura para cocinar. Ángel: Recuerda que llevas mucho sin comer, esto ayudará un poco. Diablo: Hace ocho horas no fumo nada, eso sí es un pecado. Ángel: ¿A dónde vas con esa olla? Sírvete aquí en un... Diablo: Es que me la llevo a venderla con frijoles y todo. Ángel: Y vas a dejar a todos sin comida... ¡Estás loco! Diablo: Loco yo, no, pero lo estaré después de esta venta. Ángel: ¿Venta de qué? Diablo: De la olla. Ángel: ¿Por qué? Diablo: Tengo hambre. Ángel: Pues come. Diablo: No es esa clase de hambre. Ángel: ¿Cuál hambre? Diablo: Hambre de bazuco, de los sustos, de traba. Ángel: Qué pena, esa olla no se mueve de aquí. Diablo: Ah no... Ángel: Sí. Diablo: Hagamos un trato. Ángel: ¿Qué trato? Diablo: Yo me llevo la olla y partimos la venta. Ángel: No quiero trato, quiero que comas y estés tranquilo. Diablo: Te doy el cincuenta por ciento de la venta. Ángel: Es muy poco, digo, no, no, no hay trato. Diablo: Sesenta por ciento de la venta. Ángel: No. Diablo: Setenta por ciento última oferta. Ángel: Dios mío aleja de mí los malos pensamientos. Diablo: Setenta última oferta a la una. Ángel: No hay trato. Diablo: Última oferta a las dos. Ángel: No. Diablo: Última oferta a las tres y se cierra el... Ángel: Está bien setenta por ciento, perdóname señor.

(Toñito continúa limpiando los elementos).

Así que ese día vendí la olla con los frijoles, y por supuesto que el diablo ganó. No era tan difícil engañar al ángel siendo un producto de mi propia imaginación. Pero ¿de qué sirvió?, de nada, envenenar mi cabeza hasta el punto de verme al borde de la muerte y metido en este encierro, en esta vieja casa con oídos y ojos por todas partes. En ocasiones prefiero la calle, disculpen, yo sé que ustedes me entienden y por eso me van ayudar con el pastor para que él vea que yo soy un hombre nuevo y pueda así yo volver a mi casa con mi familia, ¿les parece?

(Accidentalmente golpea un vaso con una cuchara. Así lo hace repetidas veces. Utiliza otros elementos de la cocina como platos, ollas y cubiertos, y genera una extraña música. Esto lo motiva y con su cuerpo continúa generando sonidos al igual que con su voz. Se detiene al encontrar sobre una de las canastas un peluche deteriorado que saca con las manos; lo enseña a los visitantes y pide a alguien que lo sostenga mientras busca algo en qué guardarlo. Al encontrarlo lo reclama y lo echa en una taza, lo pone sobre la mesa y alrededor de ella construye un escenario con algunos otros elementos propios de la cocina. Al tiempo que realiza la acción, canta dos estrofas de la canción la “Cruz de madera” de Chuy Luviano).

Cuando al panteón ya me lleven
no quiero llanto de nadie
sólo que me estén cantando
la canción que más me agrada
el luto llévenlo dentro
Teñido con buena sangre...

(Sobre la mesa, con el peluche y los elementos de cocina, interpreta con acciones las situaciones que describe en el siguiente texto).

El día que casi me muero estuve dos semanas completas tirado en la terraza. No fui capaz de comer ni de beber. ¡Ahora sí, diablo puerco, me mataste en vida! ¡Ya ni el gallo quiere pelear conmigo! En casa saben que estoy enfermo, pero con pastillas de acetaminofén creo que no va a funcionar. No tuve ganas de fumar bazuco, mi lengua estuvo tan seca que se me pegó al paladar, y no pude hablar, casi ni moverme. Parecía perro de galería, y lo peor es que se supone que fui yo quien me puso así. ¡Quién lo pudiera creer! ¿Podría uno hacer algo así?... Es posible, pero es una sensación extraña, es como si el diablo condujera mi vida por estos senderos de la muerte, como si hubiera sembrado en la tierra el veneno para matarnos poco a poco, como si tuviera gobierno en la tierra y sobre los hombres, como si yo pagara las culpas de otro en este cuerpo desnutrido y famélico. Recuerdo que pequeño era gordito y bonito. Fui el más esperado de la familia y siempre tuve todo. Ahora no tengo ni la cédula, porque la empeñé por un coso. ¡Lo que son las cosas de la vida! Ese día llegó mi hermano y me vio así. Consternado por mi apariencia llamó a los bomberos para que me sacaran en la ambulancia, pero la respuesta de ellos era que no podrían hacer ese servicio porque la gente los

estaba cogiendo de taxi. Se supone que ellos sirven a la gente (*preguntándose a sí mismo*) ¿o será que yo ya no era gente? No tuvo más de otra sino entre los vecinos cargarme y llevarme en taxi al hospital. Allí, después de mucho tiempo, supe lo que era estar en una cama. Lo más triste fue que me la dieron en hospitalización. Allí se supone que es donde llevan a los que les falta poco para morir. Este lugar no olía a funeral ¡menos mal! Tenía un olor a pasta licuada, a lo que huelen los hospitales, a inyección. Me conectaron el suero y aplicaron medicamentos en mi cuerpo. No supe de mí por muchas horas. Sólo veía enfermeritas de blanco, con pantalones blancos y con calzones blancos y sus vocecitas chillonas que se apiadaban de mí, que al verme tan joven y bello presentían que la muerte estaba a punto de hacerme la visita.

(Se esconde tras la mesa como buscando algo en las canastas, al salir se deja ver con una olla sobre su cabeza e interpreta a la muerte y a sí mismo).

La muerte: Bueno, bueno, bueno, se le acabó el tiempo al paciente. Últimas palabras o deseos, Toñito. Toñito: Venga, déjeme contarle. Con todo el respeto que se merece, señora muerte, ¿por qué no me da otra oportunidad? La muerte: Porque usted ya sabe que pañla, que se va morir, que chao, que bay bay. Ya desperdició su vida, y me pertenece su alma. Toñito: Vea, yo le prometo que salgo de esta y dejo la droga para siempre. Yo ya no quiero seguir en esta vida. La muerte: Antes lo dejé durar mucho. Está hecho usted un adefesio, ¡por Dios!, porque desde hace días que lo he visto muy descontrolado y degeneradito. Toñito: Estoy cansado, y quiero salir de aquí y rehacer mi vida. Mire, además, no soy el único. Vaya y se ocupa de otro que esté peor que yo. La muerte: La lista es larga, mis amigos del gremio de otras ciudades me informan que el trabajo está pesado, que mucho vicioso empedernido. Toñito: Así me da tiempo de demostrarle que sí soy capaz, yo no creo que lo mío sea tan grave, deben haber casos peores. La muerte: Pero bueno, aquí lo estamos esperando para que nos acompañe al cenicero más grande del inframundo, allá también la va a pasar bien en la fumarola eterna con mi amiguis Lucifer. Toñito: Doña muerte, yo le prometo que si lo vuelvo a hacer la autorizo que haga lo que quiera conmigo, pero esta vez yo siento que ya me puedo controlar más que antes. La muerte: Muérase rápido, lagartijo, que tengo mucho trabajo, deje la joda, deje de implorar que ya la cagó,

la cagó, la cagó y... la cagó. Toñito: Tenga piedad de mí, venga la otra semana si quiere y yo le paso reporte. La muerte: Ya se le acabó el tiempo y necesito su alma, he dicho, como no tiene deseos le voy a ofrecer uno. Toñito: Eso no le quita nada a usted que es tan buena muerte; que escucha las necesidades de los vivos, y está tan pendiente en todos los lugares. La muerte: ¿Se va fumar el último para que muera feliz? ¿O qué le parece?... Bueno, como no reacciona me voy a tomar la molestia de adelantarme al trabajo.

(Toñito se esconde tras la mesa y sale de nuevo sin la olla sobre la cabeza, recoge lentamente los elementos de cocina, al igual que el peluche, los guarda en una de las canastas y se dirige a los visitantes).

A mi lado había también un hombre como de cincuenta, no hablaba una sola palabra, sólo veía televisión y se asomaba a la ventana e iba al baño. Después de dos días no lo vi más. Las enfermeras una mañana tendían la cama y recogían sus cosas. Les pregunté que dónde estaba el señor, y me dijo una de ellas que había fallecido. Sentí mucha pena, y no quise preguntar nada más. Tuve miedo porque yo me veía peor que él y se marchó primero sin despedirse, así que me asusté mucho. Pensé que seguía yo.

Todas las noches despertaba y me tocaba el cuerpo para saber si aún estaba vivo, pero nunca pasó nada y después de salir de esta volví a las calles, volví a las calles.

(Se dirige hasta el tendedero y se viste con aspecto de jibaro, trae otras prendas en las manos, con las cuales viste algunos elementos de cocina, transformándolos en personajes raperos. Al tiempo que realiza estas acciones le habla al público).

A mí me gusta la poesía. Tengo unas cuantas escritas y unas canciones de rap. Así que voy a hacer un pequeño show, y bueno, espero que les guste.

(Pone su mano abierta sobre un plato y con un giro sobre él surge el sonido de una pista musical de rap. Toma un par de cucharas con ambas manos, las cuales utiliza como brazos de los personajes raperos hechos con utensilios de cocina y los mueve al unísono, al ritmo de la música mientras rapea).

A la orden, el detergente, el que te borra la mente, el que te pone caliente, el que te vuelve indigente. *(Bis).*

Aquí me han traído a vender de todo: motos, bicicletas, celulares, ropa, cortinas... pero nunca una olla y menos con comida, yo no sé ni de dónde la sacó ese loco, malo malo se la robó de la casa, la pobre mamá quemándose las manos para que este chirrete venga y se robe el almuerzo de todos. A mí me da pesar del pelao, pero es que quién lo manda a ser tan vicioso, aquí todos venden algo, su cuerpo, su dignidad, hasta su alma, qué oso, todo por un poco de coso de esta droga maldita para muchos y bendita para otros. Todo inicia con un plon, un pase, una probadita y terminan aquí como esclavos en esta ollita, desperdiciando lo que les queda de vida. Yo les vendo y al que sea, aquí han venido unas niñas preciosas, gente que usted no se imagina, doctores, posdoctores y especialistas para no decirle más, la gente que el fin de semana le pica el diablo el arrastre y después de media noche vienen por lo suyo y yo les vendo y no digo quiénes porque yo soy profesional en esto, prudente, además yo soy muy inteligente porque yo tengo el secreto, yo no meto de eso, yo sólo vendo y ya, yo no me fumo el negocio, por eso prospero, además pago mis impuestos como todo ciudadano, todo bien agente, todo bien mi gente.

A la orden, el detergente, el que te borra la mente, el que te pone caliente, el que te vuelve indigente. *(Bis)*

(Suenan beat musical de rap melódico, desviste los elementos, se cambia la ropa de jibaro y deja todo en el tendedero; vuelve a la mesa, toma de la canasta de elementos sucios un lapicero, el cual desarma, o algún elemento que genere burbujas de jabón y construye una pipa, se hace que consume droga con agua y jabón generando burbujas que se esparcen en todo el espacio, pone su mano nuevamente sobre el plato y la gira, la música se pausa por completo y se dirige al público, su comportamiento está alterado por el efecto de la droga).

El día que vi al diablo fue un sábado, a media noche aparecen los demonios en la calle sexta. Ellos deambulan como muertos vivientes, calle arriba, calle abajo. Vistos desde el satélite son como hormigas pequeñas fieles a la reina; entran y salen de la pequeña puerta princesas, príncipes, humo de polvo rosa se extiende en el ambiente, en cada esquina caras retorcidas, algunos llenos de odio y malos pensamientos; otros con ansias de droga, de alcohol, con ganas de distorsionar la mente, alimentar el demonio. Yo los veo

muy mal, muy llevados; delgados, desnutridos, pálidos, muertos del hambre, son como zombies perdidos, embalados, indisciplinados, desaplicados. (*Hace burbujas nuevamente con el lapicero*). Yo por lo contrario, no estoy tan mal como ellos. Yo por lo menos me bañé hoy, y no he fumado mucho como ellos. Que si entran y salen a la olla porque tienen plata, a mí no me dejan entrar porque ya no tengo nada para ofrecer, nada que dar. Y yo soy malo para robar en la calle, no me gustan los problemas, yo soy una persona decente, yo estudié hasta séptimo y era uno de los mejores en la escuela. En cambio mi hermano sí era un bobito, siempre perdía matemáticas, era cabeza dura y nunca aprendió a dividir. A él le pegaban con un periódico en la cabeza cuando le enseñaban las tablas, era todo un ritual, por cada tabla que le preguntaban, si no acertaba, ¡tome su taponazo! Y así perdió matemáticas casi todos los años. Yo no sé cómo ahora está terminando una maestría y aspira a doctorado. Pudo ser que los golpes le abrieron la inteligencia. A muchos los golpes que nos daban los profesores nos servían, a otros no; sí no véalos como están de mal, muy mal, no les da ni vergüenza y eso no es sólo aquí en la calle sexta, en muchos lugares del mundo. Con ese polvo se mueve la economía, las campañas políticas y otras cositas. De no ser así los gobiernos no tendrían como justificar los gastos en la lucha antidroga y esas cosas. No les estoy diciendo nada que no sepan, y el que no lo entienda ¡Magia les quite la venda! La cosa se mueve de esta manera, se le tiene el detergente, el desestresante, el analgésico para el dolor, para el mal de amor, para la tristeza. Hay para todos los gustos y todos los bolsillos, es una forma de estar tan cerca al demonio y él sabe que nos controla, que tiene el poder. El angelito bueno que todos tenemos suele ser tan bandido como el mismo diablo porque también tiene sus intereses, tiene sus deseos aberrantes.

(Se lava las manos con el agua y el jabón, se echa agua sobre la cabeza, su actitud cambia y se dirige a la licuadora).

Mire cómo quedaron los oficios, todo impecable, pastor. Pastorcito, mi gordo querido, pastor. Todo el tiempo que he estado aquí lo he analizado y sabe, ¡le tengo una sorpresa! Le hice una poesía. La voy a interpretar. No soy muy bueno en esto de la declamación, pero espero que le guste. Bueno, ahí voy:

El pastor es bueno como el agua que refresca la tierra árida.
 El pastor es el mejor porque da luz en tiempos de oscuridad.
 El pastor me quiere porque escucha mis clamores.
 El pastor es grande porque su corazón también lo es.
 El pastor alivia porque del dolor me ha curado.
 El pastor bendice porque de mí ha hecho un hombre de paz.
 El pastor me libera porque sabe que quiero ser libre.
 El pastor perdona porque puedo volver a caer.

El pastor es Dios porque hacemos su voluntad. (*Deposita dentro de la licuadora el papel con la poesía*)

¿Por qué tan callado, pastor?, ¿No le gustó la poesía? Pastor, diga algo, gordito, gordo... Pastor, le voy a confesar algo; mire que yo ya hice muchas cosas buenas como para seguir en este encierro. Pastor, mire, yo quiero libertad, yo me siento amarrado. Yo quiero ver salir el sol, quiero ver salir la luna, quiero sentir el viento en mi cara, estoy cansado de estar aquí encerrado, yo ya me he portado muy bien, déjeme salir ya.

(*Con las manos sobre la licuadora implora su salida al tiempo que la enciende y la apaga; el ruido del motor lo relaciona con la voz del pastor, que juega con las intensidades de la licuadora, generando una fuerte discusión*).

Pastor, esto se acabó, tiene que dejarme ir...

(*Sonido de licuadora*)

¿Pastor, pero por qué me niega la libertad si yo...?

(*Sonido de licuadora*)

¿Pastor, dígame quién ha sido el mejor de sus hombres en esta batalla?

(*Sonido de licuadora*)

¿Es que usted está ciego, pastor?, usted no se da cuenta de que este hombre que ve aquí ya es otro... yo ya dejé el vicio...

(*Sonido de licuadora*)

Déjeme salir...

(*Sonido de licuadora*)

¿Sí?

(*Sonido de licuadora*)

Por favor...

(*Sonido de licuadora*)

Por favor, pastor, usted se preguntará ¿quién soy yo?, yo soy uno como todos ellos (*señala al público*) y el día menos pensado la droga entró en mi vida de la forma más rastrera, y me fue consumiendo hasta convertirme en lo que soy hoy. Pastor, entonces ¿es un rotundo NO...?

(Al estar en completo silencio toma de la licuadora el vaso y deja caer los pedacitos de papel, lava el vaso, lo limpia, lo seca y lo pone de nuevo sobre la licuadora, y habla nuevamente con ella).

Pastor, buenos días. Para informarle que estoy muy juicioso atendiendo a los visitantes. Ya he orado al señor y me siento muy bien, no tengo ansiedad... ¡para nada!, ya casi no hablo solo, puedo dormir bien y no tengo ningún mal pensamiento. He estado pensando que me ayudó mucho estar aquí en recuperación, la verdad ya me siento libre, yo quiero hacer una nueva vida con mi familia y ya puedo prometerle en el nombre del señor no volver a la calle a consumir ninguna droga. Así que, por lo anterior, le quisiera manifestar que me siento emocional y físicamente en condiciones óptimas para irme a rehacer mi vida, y si no me cree, le puede preguntar a los visitantes.

(Mira fijamente al público esperando algo de ellos, se da la vuelta a la mesa y canta la canción "Fantasmas" de Willie Colon, al tanto que guarda los elementos que están por fuera, sobre la canasta, y limpia el espacio hasta terminar la canción en susurro).

Oh, qué será, qué será
que anda suspirando por las alcobas,
que se oye susurrando en versos de trova,
que anda combinándonos preguntas locas,
que anda en las cabezas, anda en las bocas,
que anda ascendiendo por hartos huecos,
que están hablando alto en la bodega,
y grita en el mercado, ¿qué cosa es esa?
Es la naturaleza, será, que será,
que no tiene certeza y nunca te da,
que no tiene concepto, y nunca tendrá,
que no tiene tamaño...



CRÓNICA



JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA
Antioquia · Medellín
Taller de Poesía y Creación Literaria

UNA MAÑANA CON EL CAPO DE CAPOS



Con este quijote de la filantropía sucede lo mismo que con los espíritus que vuelven para espantarnos y no dejarnos descansar en paz, puesto que ellos tampoco pueden hacerlo, y hasta con las mismísimas apariciones de la Virgen María en una mohosa pared, en un colchón orinado o en el rugoso tronco de un árbol, en una mariposa, en un pez. Muchos dicen haberlo visto en algún sitio: manejando un taxi con una tupida barba, pagando la cuenta de todos los comensales en un lujoso restaurante, en el estadio viendo a su Poderoso de la Montaña, en una esquina repartiéndole dólares a una interminable fila de portadores, deambulando sin rumbo por Jardines Montesacro, donde es el inquilino más reverenciado, visitado, temido, valiente y multimillonario. Y hay algunos que van más lejos y cuentan con jactancia que fueron sus vecinos en su natal Rionegro, que jugaron fútbol por la misma divisa en su adoptiva Envigado, que compartieron pupitre en el Liceo Antioqueño y que en alguna ocasión fueron invitados a una de las tantas fastuosas bacanales en la hacienda Nápoles, con fotografía incluida al lado del Capo.

Comenzaba la década de los noventa a sumar sus primeros años y el sol de aquella mañana sus primeras sombras.

Yo estoy en Aranjuez, el barrio donde ha transcurrido gran parte de mi vida, justamente en el balcón del tercer piso de la casa paterna. De pronto, por las cuatro esquinas, aparecen un par de motos Calimatic. Después de dar un rápido vistazo a cada rincón se apean piloto y copiloto, tratando de disimular sus armas. El líder, con ojos inquietos y un rápido movimiento de cabeza, me ordena retirarme de allí. Pudo más mi curiosidad y me detuve a observar a buen resguardo. En segundos, una docena de raudos y empantanados camperos Mitsubishi y Toyota hacen su cinematográfica entrada, aparcándose en aceras y calle, excepto el anfibio plateado, de vidrios polarizados, que se mete en el garaje de la casa de los Patiño, desapareciendo sin dejar rastro tras la resplandeciente puerta de aluminio.

Las frías sombras de la mañana oscurecen el asfalto y las tórtolas vuelan asustadas por los seguros de pistolas, fusiles y metralletas que se confunden con los cerrojos y aldabones de las puertas. Por los resquicios de ventanales y portones se escapa la zozobra.

Detrás llega un piquete de policías que saltan de un camión. Se sienten carramplonear las botas de esquina a esquina, y se atrincheran en posición de combate.

Parapetados en postes, carros y motos, los civiles desenfundan sus armas.

—¡Están rodeados! —gritan por un megáfono—. ¡Manos arriba, cabrones!

El intrépido ladrido de los perros retumba en cada rincón de la mañana.

Desde mi privilegiada altura tengo una panorámica de ciento ochenta grados que me otorga el don de anticipar los movimientos de cada uno de los actores de la película que pasa ante mis ojos.

Era verdad que nuestro barrio en los últimos años se había convertido en fortín del brazo armado del Cartel de Medellín, y además que en nuestra cuadra vivía uno de los secuaces de la banda de Los Priscos. Justo en la casa donde desapareció el carro de los vidrios oscuros, en la de Eladio, alias Serenata, con quien *gatié*, caminé, crecí, estudié, e incluso fui testigo de su vertiginosa transformación de acólito de la iglesia de San Cayetano en sicario. Él era una pieza de bajo rango

dentro de la estructura de dicha organización. Por eso no encajaba en tan teatral operativo.

Los Patiño eran una familia numerosa, católica, apostólica y romana como todas las antioqueñas que se respetaran en esa época. Don Adolfo y doña Ruby, a pesar de haber sido humildes trabajadores de la tierra, desplazados hacia esta ciudad por la guerra bipartidista, no tenían resentimientos. Únicamente creían que Dios, el estudio y el trabajo honrado eran la mejor herencia que podían dejar a sus hijos, y así fue. Todos terminaron su enseñanza media y pasaron a la universidad, excepto Serenata, que prematuramente, sin cumplir los veinte, cambió las aulas por los calabozos. Unos dicen que el camino se lo torcieron las amistades. Yo, que lo conocí bien, sé que fueron sus ganas de Marcela, una de las hermanas del Pollo, secuaz de Los Priscos.

Mi mente hacía conjeturas hasta que una voz recia me devolvió a tierra, al dar la orden de descansar los fusiles. Policías y bandidos se pusieron de pie con las armas mirando al piso. El oficial que comandaba el grupo recibió una llamada en su radioteléfono. A medida que iba hablando su rostro se transformaba en cólera. Manoteaba a fin de dar una explicación, quizás a alguno de sus superiores. Sin colgar aún, con los ojos convertidos en un par de cañones, pasó revista a cada uno de los allí reunidos. Luego se subió a la cabina del camión y sus subalternos hicieron lo mismo en la parte trasera. Desaparecieron con la impotencia en sus miradas, el índice derecho en el gatillo, y proveedores y grilletes tal como llegaron.

Los camperos encendieron motores, las motocicletas comenzaron a fanfarronear por sus mofles y la puerta del garaje le dio salida al de los vidrios oscuros, que se camufló en formación militar en medio de los demás vehículos, partiendo con rumbo desconocido.

De cada casa comenzamos a salir mirándonos desconcertados, aunque nadie dijo nada. Lo único distinto que quedó en el ambiente fueron preguntas sin respuesta y un fuerte olor a gasolina.

Semanas más tarde me encontré con el Cachetón, hermano de Serenata, en una taberna del barrio. No podía perder la oportunidad de indagarle por lo sucedido. Y fue así como logré que, entre tango y ranchera, cigarro y cerveza, me resolviera algunas de las preguntas que desde hacía días rondaban por mi cerebro. Con vergüenza, y con

un pacto que sellamos, me hizo jurar que no le contaría a nadie lo que iba a escuchar.

—Mirá: ese día todos estábamos preparándonos para salir a estudiar o a trabajar, mi mamá hacía el desayuno y las muchachas sacudían y trapeaban la casa. En un santiamén se abrió la puerta del garaje, y antes de que nos enteráramos del porqué, ya estaba de nuevo cerrada con un lujosísimo campero adentro. Era el güevón de Eladio, quien venía acompañado por tres gorilas, todos armados hasta el culo, y en medio de ellos un señor que no paraba de hablar por un enorme teléfono que traía metido en un maletín. Dos de los hombres se parapetaron en las ventanas de la casa, el otro se fue con el del maletín para el patio de atrás, y Eladio nos llevó a todos para una pieza. Mi mamá no dejaba de hacer preguntas, mi papá trataba de calmarla, el resto estábamos muertos de susto y el güevón de Eladio no paraba de gaguear; él le explicaba a la cuchita que no hiciera escándalo, que ellos allí no se demorarían ni media hora. Pero mi mamá quería respuestas y alguien se las iba a tener que dar. Vos la conocés, ni con los fierros que llevaba esa gente la hacían callar. Así que Eladio comenzó a explicar que lo que pasaba era que iban para Guarne a llevar al Patrón a una caleta, y les cantaron que un retén de la policía estaba esperándolos unos metros arriba, y un millón de películas más. Y que no les quedó de otra que devolverse. Cuando preguntaron cuál de todas las casas era la que estaba más cerquita para esconder al Patrón, resultó que era la mía, y por eso fueron a parar allá.

¿Cómo que quién es el Patrón? Pues vos sabes, no te hagás el marica, además acordate que te dije que nada de preguntas. Bueno, para resumir el cuento, mi mamá no dejaba de echar cantaleta y ese señor tampoco de hablar por teléfono. Eladio nos decía, mejor dicho, nos suplicaba, que esperáramos un momento y ellos se irían, que estaban tratando de localizar a un general para poderse ir.

Dicho y hecho, no había pasado media hora cuando contactaron al general, el teléfono volvió a su maletín, ellos al carro, y comenzaron a abandonar la casa. La cantaleta de mi mamá iba detrás. Desde el carro se oyó en coro: ¡Gracias, doña Ruby!

Después nos dimos cuenta de que la casa estaba rodeada de policías y bandidos. Y esa fue toda la historia, así que no más preguntas.

Respetando su súplica, pedí otra cerveza.

—Ah, y recordá: cuidado con que salga algo de lo que te conté aquí.

Asentí con la cabeza, mientras la música no dejaba de sonar.

Por eso ahora que han pasado los años me atreví a romper ese juramento. Porque yo sí que puedo decir que estuve cerca del Capo de capos, que lo tuve en persona, a menos de cincuenta metros, aunque nunca lo vi.



TALLERES RELATA
VIRTUALES



CUENTO

EL DÍA MENOS PENSADO



Gregorio tenía recelo con todo lo que preparara para la muerte. Servicios exequiales, pólizas, registrarse como donante de órganos, hablar de herencias; cualquier cosa que pagada o pactada en vida resolviera los asuntos luego de un fallecimiento. Sin embargo, esta asesora de la empresa de seguros lo abordó con tanta simpatía que había logrado despertar su interés por una póliza que, ante un posible deceso suyo, le diera tranquilidad a Leonila, su madre. Leonila no lo odiaba, pero él estaba convencido de que la mayor tranquilidad para ella sería que él desapareciera. Había criado a Gregorio como algo ajeno a ella. Nunca ahorró esfuerzos para dejarle claro que no era fruto del amor y que si lo había concebido y criado se debía a sus principios y su temor a Dios. Eran dos conocidos que se trataban con respeto, pero con distancia. En Gregorio se forjó siempre el compromiso de retribuir el sacrificio sin aliciente que había sido siempre para ella.

Por eso, le resultaba atractivo pensar en que al ocurrirle algo ella quedaría librada de él, y de paso salvaguardada económicamente. ¡Adquirió la póliza!

Esa mañana Gregorio salió de la cama sin prisa, se duchó y luego de vestirse tomó su avena con frutas y se dirigió al apartamento de uno

de sus clientes para reclamar un pago. Gregorio podaba árboles, sembraba bonsáis y diseñaba y construía jardines. Al cliente de esa mañana le había construido un jardín de bonsáis en su casa de campo de Bolombolo. El cliente siempre le pagaba en efectivo, sin importar la suma.

Luego de unos breves minutos, Juan Fito, como se llamaba, apareció en el vestíbulo del edificio y le indicó que lo acompañara al parqueadero, tras saludar al portero, quien los vio caminar con prisa. Una vez allí el cliente sacó, del interior de uno de sus autos, un sobre de manila que contenía el dinero y se lo entregó a Gregorio.

—Cuéntelo —dijo tras entregarle el paquete—. Verifique que esté completo.

—No, no hace falta —dijo Gregorio con tono confiado—. Las cuentas con usted siempre son exactas. ¡Gracias!

Dio media vuelta y empezó su marcha para salir del edificio. Cuando estaba a pocos pasos de la recepción sintió un ruido seco y muy fuerte, como si algo que sostuviera una mole empezara a ceder y se desprendiera. Avanzó varios pasos alarmado y cauteloso, se detuvo en la recepción, donde encontró que el vigilante no estaba, y mientras aguardaba por él para que le abriera el portón, miró en dirección del parqueadero; el hombre que le había pagado sus honorarios se acercaba. De forma súbita, presenció, mudo y estupefacto, cómo este era sepultado con los automóviles por paredes, tuberías, vigas, enseres, muebles, tierra, tierra, tierra y más tierra.

Una nube de polvo le impedía la visibilidad. Turbado, mareado y sin poder respirar, fue consciente de que en cualquier momento la parte del edificio que aún permanecía en pie y que estaba sobre él podría colapsar. El portón se había abierto con el daño que sufrieron los sistemas de seguridad. Se apresuró a salir a tientas. Aunque el trayecto que debía recorrer no era de más de cincuenta metros le pareció que recorrió mil millas.

Incapaz de dar otro paso, se sentó en el primer quiosco que divisó. Se sacudió algo de las toneladas de polvo que llevaba. Aturdido aún, mientras volvía en sí alcanzó a escuchar en la radio del caspete sobre el colapso de un edificio en el que habían muerto dos hombres. La información la entregaba el portero del inmueble que, de acuerdo con lo descrito, se encontraba con su compañera aseo en el cuarto de servicios generales ubicado en el costado derecho de la infraestructura

mientras se desplomaba el ala izquierda de la torre. Cuando se indagó al portero por los nombres de las dos víctimas, este dijo que se trataba del coleccionista de motos Juan Fito Lapeira y quien lo acompañaba, un hombre que se registró como Gregorio Mira.

Había oído bien: Gregorio Mira.

No daba crédito. La voz de ese hombre fatigada y alterada pronunciando su nombre le resonaba sin detenerse, como si su eco contuviera una soñada señal inesperada. Aunque se esforzaba, no lograba descifrar de qué señal se trataba, más que muerto se sentía perdido y con un impulso de fuga inexplicable, como si se culpase por lo ocurrido. ¡Gregorio Mira, muerto!, se repetía. Y alzaba los ojos intentando ver si las latas de ese caspete oxidado o las rosquitas y los choclitos que colgaban del techo le decían lo que todo a su alrededor ya le indicaba.

Aguardó hasta sentirse estable. La sequedad de su boca lo hizo percatarse de lo sucio que estaba. Mientras se sacudía volvió a hacerse sonora la radio y el relato de lo sucedido; la voz que progresivamente iba escuchando le resultaba familiar, no había duda, se trataba de Leonila, su madre. Estaba siendo entrevistada acerca del deceso de su hijo. Supo que el tono que la hacía parecer impávida sólo cubría una indiferencia, casi una satisfacción. Era el tono de un preso inocente de delito que, de tanto clamar justicia, obtiene su libertad. Era el tono de alguien que ve la vida equilibrarse ante sus ojos, en recompensa a tanta renuncia, a tanto esfuerzo, a tanto sacrificio que nunca eligió. Lo que meditaba Gregorio no eran otros que los discursos escuchados de boca de su madre, mientras lo aleccionaba por la pilatuna de haberse hecho vida en ella y nacer, para que nunca fuera a pasar por alto que su existencia no era fruto del amor, sino de principios y deber.

Ahora todo tomaba forma y escuchó a la vida que le hablaba con el accidente, que lo impregnaba de ese impulso de escape, que se expresaba en las rosquitas y le suscitaba su nombre pasito. ¡Sí! Gregorio Mira estaba muerto sin necesidad de morir. Le devolvería a Leonila su ausencia, su inexistencia con creces. Jamás se sintió tan seguro de algo. Tanto buscar en el mundo obsequios para agradar a su progenitora sin conseguirlo ni por una vez y al fin la vida alcahueta y cómplice, por la que siempre se sintió afortunado y amado, lo ayudó.

Sí, decidió que apoyaría la confusión de su muerte hasta que la mentira tuviera exactamente la apariencia de la verdad. Para esto, su prioridad consistió en revisar mentalmente que Leonila quedara amparada económicamente, consideró que si sabía manejar la jugosa póliza a la que se haría acreedora, tendría garantía y estabilidad. Lo demás, con el trabajo de ella y si llegaba a casarse, seguro no tendría ningún pesar. Estando esto verificado, continuó aguzando sentidos para no perder ningún detalle; si bien no se trataba de la jugada a un enemigo, era muy consciente de los acarreo legales que el fracaso de una contienda de desaparición voluntaria le podría generar. En ese orden, hacerse un indocumentado le pareció algo infaltable en un desaparecido, así que habiendo tomado un poco de distancia del quiosco azul de Postobón en el que ahora se oía a lo lejos a Galy Galiano, quemó con ansias de pirómano los trozos de los documentos que había deshecho previamente. En su huida, ya sin documentos, no podría hacer uso de cajeros, ni compra de tiquetes, ni ninguna actividad que pudiera registrar y delatar su existencia horas después del desplome de aquel edificio. Luego, con cautela, se cercioró de que llevara con él el paquete con dinero que le habían entregado y con el que sobreviviría por un buen tiempo mientras decidía qué hacer.

Tras meditar con cuidado, decidió alejarse de la ciudad siguiendo el curso de la orilla del río, que le pareció lo menos concurrido de la ciudad. El instinto terminó por dirigirlo hacia el occidente, el lado opuesto por el que se iba a Bolombolo, donde había construido el último jardín para Juan Fito. Era una vía escarpada y con mucha pendiente, donde sólo se observaban montañas. Debía darse prisa, ya estaba fuera de la ciudad, pero no deseaba continuar el trasiego de noche. Entonces empezó a levantar la mano como hacen los viajeros sin dinero en las vías para que algún cristiano con auto se conduela y los adelante en el camino, o, con suerte, los lleve al lugar a donde desean llegar. A Gregorio le servían las dos opciones, aunque no sabía a dónde quería ir, sí sabía que era al lugar más apartado posible de esa ciudad que había sido suya y que ahora debía olvidar.

Ya la noche estaba cayendo. Las luces altas del vehículo que se detuvo lo deslumbraron y le impidieron distinguir de quién se trataba. Se sintió agradecido de que lo hubieran visto, tan oscuro como estaba. Corrió esperanzado a su encuentro. Pero cuando saludó, una

ventisca interna lo recorrió de pies a cabeza. Se había mentalizado tanto en que no se cruzaría con ellos, que terminó consiguiendo todo lo contrario.

—¿A dónde se dirige? —indagó el policía conductor.

—Briceño —dijo Gregorio, esforzándose para no delatar la perturbación y sin saber de dónde había sacado ese nombre.

—¿Y por qué viene caminando y no tomó un bus?

—Perdí los documentos y el dinero. En la estación de transportes no me ayudaron —replicó.

—Briceño está lejos, pero podemos dejarlo cerca y ahí toma otro carro. Estréchese atrás con los soldados.

Fue en un abrir y cerrar de ojos. Gregorio estaba tan exhausto que le bastó sentarse entre los soldados para caer en un sueño, más parecido a un coma profundo de tres horas, que no dio lugar a diálogos ni preguntas y del que sólo la voz del teniente que conducía lo trajo de vuelta, cuando le anunció que había llegado al lugar donde debía continuar solo.

Fuera del auto caminó hacia la única luz que divisó, a la par que tocaba entre su estómago y la pretina del pantalón para corroborar que el dinero continuaba allí. La media luz provenía de una farola vieja, al lado de lo que parecía ser un taller de carros, deshabitado a esa hora. Sintió hambre y sed. En la penumbra ubicó un baño improvisado. Como no halló un grifo para beber agua, levantó la tapa del tanque del retrete, con la suerte de que allí encontró un poco. Hundió su cara y bebió todo cuanto pudo. Su cansancio y el hecho de haber identificado algunos neumáticos, costales y periódicos lo convencieron de pasar allí el resto de la noche para muy temprano en la mañana retomar la jornada.

Briceño tenía aspecto de pesebre. Gregorio dudó por un segundo si contarían ya allí con telefonía móvil e internet. Pensar que no, aliviaba en algo lo vigilado que venía sintiéndose. En la mañana, luego de desayunar, compró implementos de aseo y algo de ropa. Después visitó al barbero, quien le afeitó la cabeza y la frondosa barba que había cuidado por tanto tiempo con dedicado esmero. Al observarse en el espejo, consideró que había sido un acierto optar por ese *look*. Sintiendo ahora menos expuesto por el cambio de apariencia y blindado su apetito,

se sentó en el atrio de la pequeña capilla a inventarse el futuro que aguardaba por él. Tendría que darse prisa para hacerse familiar entre la gente, si pensaba quedarse allí, al ser el pueblo tan chico no demoraría en correr el rumor de que un forastero había llegado, para interés de las mujeres y recelo de los hombres. Necesitaba donde vivir, donde cocinar y un trabajo. Se debatía entre si permanecer allí o ir al campo.

Mientras los pensamientos iban y venían, caminó a la plaza de mercado para comprar algunas frutas. Recorrió los toldillos, en cada uno se detuvo para observar las frutas, sentir su peso y calcular su frescura. En ninguno se decidía a comprar algo. El laberinto de carpitas, lonas, canastos de mimbre y carritos de madera lo llevaron hasta el puesto de una mujer entrada en años que tenía un vozarrón vigoroso con el que invitaba a los lugareños a comprar la rica variedad de frutas, legumbres y hortalizas: “¡Llegó Modesto y acabó con esto! ¡Llegó María y acabó con lo que había!, decía pícara y dicharachera. ¡Llegó Gregorio y acabó con el repertorio!”.

¡Llegó Gregorio y acabó con el repertorio! Gregorio escuchaba estupefacto. Se ocultó como pudo, pero sin perderla de vista, y de nuevo la escuchó decir a grito abierto: “¡Gregorio venga para acá! ¡Gregorio no se me esconda!” y llenaba el lugar con sus carcajadas ruidosas llenas de alegría y comedia mientras dejaba ver casi con orgullo su dentadura conformada por cuatro dientes disparejos y centrales, en ambas encías.

Se llamaba Margarita. Era conocida en la plaza por sus borracheras, pero en especial por su generosidad. “Un roble” era lo primero que pensaban las personas cuando conocían su historia y la observaban rutinariamente trabajar. Sin importar el nivel de alcohol, ni la hora a la que regresaba a la casa, luego de beber de igual a igual con sus colegas hombres, estaba puntual a las 5 a. m. abriendo el puesto. Su jornada consistía en clasificar la fruta buena de la menos buena; acondicionar la menos buena picándola, pelándola y apartándole lo que no era muy atractivo, y venderla posteriormente para conservas y menjurjes. Lavaba la fruta, barría, evacuaba la basura, negociaba la mercancía que encargaba y cantaba... cantaba a la par de todo lo que hacía. No tenía parientes cercanos, a excepción del hijastro, con quien se encontraba disputando la casa que había conseguido con su segundo esposo, luego de que este muriera dos o tres meses atrás.

Margarita logró divisarlo desprevenidamente, y muerta de la risa le dijo:

—Gregorio, ¿de quién se está escondiendo? ¡Venga para acá, no sea entumido!

Gregorio no sabía qué hacer, si suplicarle que por favor dejara de pronunciar en alto su nombre o salir corriendo. Simultáneamente pensaba que si corría estaría claro que escondía algo. Fingió no percatarse de que era a él a quien llamaba, disimuló preguntando en un toldo de plantas medicinales que tenía cerca por zarzaparrilla, diente de león y grama de río. A lo lejos, sin tener ya contacto visual, seguía escuchándola decir: “¡Gregorio, vea como tengo de buena la papaya! ¡Gregorio, usted para qué me encargó lulo?, ¡diga! ¡Oiga Gregorio, lleve la piña para que chupe con la niña! ¡Gregorio, venga y me coge el mango!”.

Mientras oía las plantas aromáticas, escuchó a dos vendedores decir que la placita no sería la misma sin Magola, refiriéndose a Margarita. Que su bondad no tenía comparación y que cuando debía viajar por mercancía o ausentarse por algo, la plaza se sentía desolada. Interesado, Gregorio aprovechó para abordarlos:

—¿Quién es Gregorio?

—Pues todos —dijeron al unísono los dos compañeros mientras soltaban risas desmedidas.

—Disculpe, ¿qué quiere decir todos?

—¡Sí! Ella a todos los hombres nos llama Gregorio, como las que llaman a todos Mono, Negro o Chacho.

Con lo que había escuchado, ya despreocupado de que fuera alguien que lo distinguiera, fue hasta donde ella se encontraba.

—Buenos días, señora Magola, mucho gusto, soy un Gregorio más. ¿Me estaba llamando?

—¿Cómo está, mijo? ¿Qué va a llevar? Es que pensé que estaba perdido —le dijo con gracia.

—Bien, muchas gracias. Voy a llevar varias bolsitas de fruta picada, pero antes, ¿podría contarme si necesitan alguien por acá para cargar bultos o ayudar a atender, y si sabe de alguien que esté alquilando una pieza?... ¡Ah! También si me puede ayudar para cambiarme el nombre.

Fue evidente que esas dos soledades se habían reconocido al vuelo. Ambos experimentaron una camaradería fraternal que parecía

hecha antes que ellos. Magola le pidió que la dejara pensar, mientras se llevaba sus dedos callosos a la sien, dejando ver unas uñas largas sin pintar, con la tierra visible. Lo invitó a que entrara al puesto y le dijo que si no tenía más que hacer le ayudara a clasificar, pelar y picar la fruta mientras conversaban. Ella también le ofreció un pan duro que tenía varios días de horneado, y él le compartió de su fresco. Magola masticaba con la boca abierta, mientras le iba indicando las labores. Lo observó detenidamente mientras cortaba, tenía la convicción de que la manera de empuñar el cuchillo y la precisión de los cortes eran señales de confianza en alguien, Gregorio se estaba ganando la suya.

Le dijo que en su casa ella vivía sola, que como la comida estaba en alza por esos días, gracias al paro camionero, las ventas estaban bajitas y le vendrían bien unos centavos adicionales, así que podía rentarle un cuarto con derecho a todas las comodidades de la casa, aunque le enfatizó que no eran muchas, que la casa era aseada pero humilde. No había agua caliente ni lavadora, la nevera estaba funcionando a medias, y que, desde que todo se manejaba por el teléfono portátil, había quitado la coca del teléfono con la línea. En cuanto al empleo, le propuso que trabajara con ella y que luego veían lo del pago, que podían llegar a un acuerdo para hacer cambalache de trabajo a cambio de un porcentaje del valor de la habitación.

Sonreía cada que volvía a recordar que le había dicho que era un Gregorio más y luego le había pedido como si nada que le colaborara para cambiarse el nombre. Y sonreía porque en realidad lo que parecía necesitar Gregorio, verdad o no, no era tan descabellado en los pueblos cercanos a Briceño ni ahí mismo, ya que se conocía que extranjeros de un país vecino en crisis ofrecían plata a los campesinos para que los reconocieran como hijos y les generaran una nueva identidad, por lo que dichos individuos quedaban con doble nacionalidad y dos nombres, o el mismo en ambos documentos de identificación, si querían. Además, así quedaban cubiertos por los beneficios que daba la nueva ciudadanía. Los trámites legales fuera de las urbes no tenían tanto tejermeje como en ellas. Se dijo que esperarían un tiempo para conocerlo antes de informarle la posibilidad.

Magola supo desde que lo vio que Gregorio tenía un pasado que prefería mantener oculto, y lo respetó. Era evidente que procuraba mantenerse ocupado para acallar sus pensamientos, distraer algún

temor y quedar tan cansado que, al poner su cabeza en la almohada al anochecer, se durmiera de forma veloz. Pensar no era una opción que se permitiera Gregorio. Cuando no estaba ocupado, aunque era un ser sereno, se le veía como en guardia, como en modo “siempre listo”; trabajar lo desprevenía, lo distraía. Magola era una convencida de que esperaba por algo que no iba a llegar o que no le podían conceder, que lo había perdido o nunca lo tuvo. De cierto modo le tenía lastima, parecía preso de sí mismo, de sus días.

Fue precisamente esa lástima, la conducta intachable del muchacho y el gran cariño que se habían tomado lo que convenció a Magola de ayudarlo con aquella solicitud camuflada de broma que él le había realizado cuando se conocieron. Aunque no tenía problema con que ella lo llamara Gregorio, dado que al pasar como uno de sus Gregorios todo el mundo daría por supuesto que él tenía otro nombre, no pasaba igual si otro individuo lo llamaba así. Lo que Magola observaba en el rostro del muchacho cuando esto ocurría estaba muy lejos de ser una pequeña perturbación.

Con la ayuda de Gregorio todo en la frutería permanecía limpio y a la orden del día, por lo que luego de siete meses decidieron instaurar los jueves como los días de descanso, por ser el día de menos movimiento. Así que uno de esos jueves lo invitó de paseo y mientras tomaban una cerveza le puso el tema de los extranjeros que llegaban por esos lares a sobornar campesinos y comprar cédulas. Le explicó que si bien no era una práctica común, tampoco era algo difícil de hacer. Cuando ya lo tenía sedado de anécdotas, chismes, cerveza e historia, le soltó sin tacto:

—¿Gregorio, quiere llamarse de otra manera? ¿Le doy mis apellidos?, quiero decir, el único que tengo.

Por precaución no lo hicieron en Briceño, sino que se desplazaron dos horas hasta Peque. Allí los acompañaron, para servir de testigos, dos compadres de toda la confianza de Magola, que también vendían en la plaza y a quienes ella les había dicho que el Gregorio era hijo de unos parientes lejanísimos (casi inexistentes) que habían muerto y, como el muchacho no tenía a nadie más, ella le ofreció que se viniera a trabajar con ella para apoyarla, ya que en la frutería lo que sobraba era oficio y, por otro lado, la situación, a raíz de la propiedad que se disputaba con el hijo de su difunto esposo, estaba

cada vez más jodida, por lo que un soporte masculino, que no fuera otro marido borracho y mujeriego, le sentaría muy bien.

Al notario de Peque, un tipo desinteresado, calvo y bigotón, con lentes prominentes y vientre de somalí, curtido del reciente y progresivo interés de papás arrepentidos con intención de reconocer unos hijos que recurrentemente no se parecían a ellos ni tenían su acento, le pareció tan de rutina el trámite de Magola y Gregorio, que procedió sin trabas, y hasta gestos, ademanes y miradas semejantes le pareció observarles.

Jorge López: así fue registrado Gregorio. Una nueva etapa en su camino por recobrar, una cuota de libertad y tranquilidad empezaba con su nueva identidad. Consciente del beneficio que era para el muchacho, Magola no lo llamó nunca más Gregorio, para ella continuó siendo Jorgito. Sí, Jorgito el que ahora sonreía con más frecuencia, el que conversaba con los compañeros de la plaza, el que recibía los coqueteos de las muchachas, el aliciente más grande de Magola, quien nunca se permitió apegarse a él, ni ponerle nombre a ese amor fraternal que le había despertado y se había ganado. Por diábla y por vieja, supo desde el principio que a esa primavera no podía aferrarse, todo le decía que sería sólo una estación, la dejaría que se quedara lo que estaba escrito, la bendijera cuanto pudiera y luego sin nostalgia le diría adiós.

Por su parte, Gregorio, aunque no bajaba la guardia, a partir de su nueva identidad convivía con el mundo y sus alrededores con menos prevención. Su permanencia con Magola en Briceño le había dado un nuevo significado de familia y aunque echaba de menos sus jardines y sus bonsáis, el trabajo de bajo perfil, sencillo y de contacto con las personas en la frutería, le había despertado un lado social que no conocía de sí. Ni hablar de la casa, su estadía allí no podía ser mejor, tenía privacidad, pero también tenía alguien a quien le importaba, que se preocupaba de si tenía hambre, si estaba cansado, si necesitaba algo, alguien a quien contarle sus cosas y que respetaba lo que no quería contar, y sin más, alguien con quien compartir y de quien aprendió a vivir con poco, para que cualquier cosa le pareciera mucho.

Salvo algunos episodios donde se sintió expuesto, como la ocasión en que fue reconocido por el policía que conducía el carro que lo había acercado a Briceño o la vez que observó en televisión la

noticia de los pocos despojos de Juan Fito hallados entre los escombros meses después, sin que se encontrara nada suyo, y lo que había seguido al colapso del edificio, sus días habían transcurrido como los de un ciudadano más, sólo que más reservado que el promedio.

Y así iban los días: vivaces y entretenidos, hasta que una mañana, Raúl, el hijo del difunto esposo de Magola, llegó a la casa para instalarse y resolver, de una vez por todas, el pleito para quedarse con la casa que había sido de su papá y de ella. Había esperado más de un año mientras probaba suerte en otras latitudes y aguardando a que Magola diera su brazo a torcer. Para sorpresa suya, la casa ya no se encontraba habitada sólo por ella, sino también por Gregorio, lo cual sólo vino a levantar más ampollas. Raúl supo que Magola ya no estaba sola y esto cambiaba todo el panorama para aprovecharse de ella.

Gregorio estaba al tanto de la situación de Magola con Raúl. Pero, fuera de mensajes y llamadas, no había presenciado ningún abuso real; por esto no se había presentado la necesidad de pronunciarse al respecto. Sin embargo estaba resuelto a involucrarse, cuando fuera pertinente, hasta donde fuera necesario, para hacer justicia y obtener la adjudicación del poder completo del inmueble para Magola. Como entendía de qué calaña de tipo se trataba, presumió que la solución estaría por el lado del dinero, así que se dio a la tarea de recoger permanentemente no sólo los centavos que le quedaban de cancelar sus obligaciones y cubrir sus necesidades, sino los que Magola estaba dejando de despilfarrar en la cantina cuando bebía, dado que él se las arreglaba para que sus amigos pagaran, y ella no los regalara ni los extraviara. Cuando Magola le obsequió su identidad lo primero que hizo fue abrir una cuenta de ahorros y consignar todo lo que había recogido hasta entonces, que, si no era una gran cantidad, por lo menos podía influir en las decisiones de alguien.

Esa mañana Gregorio se había quedado solo a propósito, excusándose con Magola de tener un malestar pasajero, por lo que necesitaba de un poco más de descanso. Para entonces ya habían citado a Magola al juzgado por la demanda implantada por Raúl, lo que había motivado a Gregorio a hablar con él y hacerlo entrar en razón, poniéndolo al tanto de que lo último que iba a hacer su padre era escriturar la casa completa a nombre de Magola, dado que era su voluntad y que ambos habían luchado juntos para comprarla. Raúl no aceptó razones,

dijo que Magola había manipulado a su papá y era una mantenida. Cuando Gregorio entendió que no lo convencería, le deslizó un papel con una cifra escrita y le dijo que ese valor sería de él si desistía de la demanda y conciliaba a favor de Magola, que ese monto era superior a la mitad del costo de la propiedad, y que el acuerdo debía quedar sólo entre los dos.

Magola quedó sorprendida cuando le entregaron la escritura de su casa completa. No podía decirse que había sido en los mejores términos, pero le resultaba sospechoso que Raúl hubiera accedido. Inmediatamente después de firmar, Raúl había avisado que se marcharía sin demora. Ya entrada la noche, hartos de licor y hastiados de tanta comida, sin poder dar crédito a la felicidad de haberse librado de Raúl y sabiendo que ahora nadie amedrentaría más a Magola, ni habría riesgo de que le arrebataran su casa, regresaron. Gregorio dejó a Magola en un sueño profundo en su habitación, sin que se hubiera lavado sus dos pares de dientes ni cambiado de ropa, y él se dirigió a descansar también a su aposento. Cuando se disponía a apagar la iluminación, se percató de un papel doblado que había al lado del despertador. Lo tomó y trató de descifrar por encima de qué se trataba. Se acomodó para observar mejor, lo desdobló y, aunque no reconoció la letra, ni se leía remitente, ni destinatario, ni fecha, supo inmediatamente que el recado era de ese día y era para él, y sin duda, sólo podía provenir de una persona:

jorje, lo de la casa esta arreglao, pero mi problema con usted ay que saldarlo. Usted no hasia parte de esto, sopero mijo, pa que se puso a meter las naricez. que hijo de ninguna familia de magola ni que nada, si esa vieja es sola como un hongo, cuente quién era antes de ser Jorgito lopez

las autoridades seguro van a querer saber también quienes son sus taitas como yo

Gregorio leía cada palabra, repasaba lo leído con la esperanza de que el papel se deshiciera de sus manos. Se preguntaba cómo podía haberlo sabido Raúl, concluyó que realmente no era tan difícil, sólo era preguntar en la plaza. ¿Habría sabido del colapso del edificio y su desaparición voluntaria? ¿Sabría de Leonila? Veía derrumbarse con cada incertidumbre la pequeña fortaleza que tanto le había costado construir. No tenía duda de lo que seguía. Sólo pensaba en si esperar a la mañana siguiente o hacerlo ahora. No creía ser capaz de irse sin

despedirse y agradecerle a Magola, pero no podía devolver ni detener el tiempo, porque de nuevo el tiempo lo tenía en sus manos, de nuevo el tiempo había llegado por él y lo estaba apremiando. Una vez más sin rumbo.

Esos días sin aviso, esos días en los que menos se piensa, siempre terminan por llegar.

Al abrir la puerta sintió el aliento de la madrugada en la niebla, un abrazo gélido lo invadió. Sólo él y sus pasos en un costado de la vía. Se fue caminando, y caminando, sus pasos sólo sabían llegar a un lugar.

¿Cuál es el lugar más seguro para una mosca? El matamoscas. ¿Dónde se pone lo que no se desea que nadie vea? Donde todo el mundo lo vea.

No tenía prisa, el tiempo se había estabilizado y llevaba ya una buena temporada yendo a su favor. Antes de salir, regó su jardín, tomó la bicicleta y pedaleó cuesta abajo.

Fue mientras aguardaban el cambio de luces del semáforo, que detenía los autos para cruzar la calle. Ambos en costados opuestos. Él en la ciclovía, ella sobre el paso peatonal de la acera. Ella rejuvenecida, altiva y bella. Él recientemente pleno.

Leonila observó sus grises pupilas sin parpadear, ni con susto ni con tranquilidad. Los ojos de sus entrañas le dijeron que era él. Gregorio le correspondió la mirada, con el aire de alguien que mira a otro con quien, habiendo tenido una deuda, no tiene ninguna otra cuenta pendiente. Fue una eternidad que no alcanzó a durar diez segundos, pero en esa fracción de tiempo y, al pasar Leonila de largo, Gregorio sintió que al fin recuperaba plenamente su libertad.

CUANDO LOS ZARCILLEJOS LLORAN



Matilde era muy blanca, con pecas en su rostro, cuello y hombros, mejillas sonrosadas y largas trenzas que odiaba, y que por encargo de su madre la hermana mayor le hacía, con tan poca delicadeza que sus ojos quedaban achinados.

Tenía diez años y un típico aire campesino. Vivía en una vereda a las afueras de la ciudad, era hermosa y soñadora. Creció cuando los *hippies* hacían gala de libertad y rebeldía. Siempre soñaba con ir a la ciudad y tenía que conformarse viendo bajar a las señoritas ricas que llegaban de vacaciones en los buses, a la plaza principal del pueblo en el que vivía. Ella era la tercera de seis hermanos, la mandaban los mayores y ayudaba a criar a los menores. La mamá de Matilde era una campesina trabajadora pero tosca, tenía algunos vestigios de la belleza enternecedora de Matilde, pero el duro trabajo al sol había logrado opacar su piel. A la mujer le gustaba bailar, los torbellinos y el aguardiente. Su juventud transcurrió en plena guerra civil, cuando conservadores y liberales hacían gala de sus ideales, la época en que Jorge Eliecer Gaitán inspiraba los corazones sedientos de justicia. Los padres de Matilde se casaron muy jóvenes, pero la falta de amor y el machismo del hombre hicieron huir a la mujer con todos sus hijos, que subieron a pie por la cordillera central hasta otro pueblo,

en donde se radicó con sus pequeños. Se dedicaba a vender comida típica en una carpa del centro del pueblo, y así pasaron los años.

María y Luis, los hermanos mayores de Matilde, ayudaban a la madre en la venta de comida. Matilde se quedaba en casa con sus hermanos menores, ir a la escuela no era la mejor opción: sufría de fuertes dolores de cabeza que nadie nunca pudo explicar. En los pocos meses que pudo estudiar aprendió a leer y a escribir, pero eso no era importante para su madre, era más conveniente para todos que se quedara en casa con sus hermanos.

Vivían en una casita hecha de barro y techo de paja, rodeada de corrales con gallinas, dos patos y una oveja; también había enramadas de ahuyama, calabaza e higos, con los que Matilde tenía que luchar para poder coger sus frutos. Matilde no tenía ropa hermosa, ni muñecas, ni juguetes, pero veía con mucha atención a las niñas ricas del pueblo con sus muñecas de moda; los famosos Ricardos eran sus favoritos, con cabellos rizados y ojos azules de tenues movimientos; era tan soñadora la pequeña Matilde que imaginaba saltar en los campos con un bello muñeco de cara de porcelana.

Matilde se dedicaba a mal tender las camas y a cuidar de sus hermanos, pero había algo que le apasionaba, jugar con las flores de zarcillejos; hacía su propia fiesta de florecillas, decenas de ellas la acompañaban en su singular juego, parecía que los zarcillejos disfrutaban tanto del juego que hasta tenían hermosas expresiones en su pistilo. Los zarcillejos jóvenes, con más pétalos, eran bellas princesas, Matilde creía convertirse en una de ellas, en la más hermosa princesa que jamás hubiera existido, con vestidos de encaje y de tul. Los zarcillejos delgados eran los apuestos príncipes, y aquellos que por el paso de los días se marchitaban eran las madrastras de los cuentos que narraba su madre en la cocina, al calor de las ollas tiznadas. Matilde y los zarcillejos era muy felices, los que aún estaban en la rama trataban de zafarse para entrar en la dicha del juego, los alelíos y las primavera también lograban colarse en los juegos de Matilde.

Cuando ya estaban todos cansados, Matilde, zarcillejos, primavera y alelíos se recostaban en el prado a contemplar las nubes en las que aparecían formas de conejos, árboles, personas; Matilde no conocía el reloj, pero al ver las nubes oscurecerse sabía que debía entrar a casa a poner los platos de la sopa y lavar la cara a sus hermanos.

Un día sábado, la madre de Matilde no fue a trabajar, un dolor de cabeza la invadió por la resaca. La noche anterior había ahogado sus penas y sacrificios en aguardiente con las señoras de la plaza del mercado.

La familia se quedó en casa y las fuerzas le alcanzaron a la madre de Matilde para preparar un caldo de papas y cilantro de la huerta, que olía a gloria; el aroma salía por la chimenea de la hornilla artesanal y llevó automáticamente a los niños a la cocina. Después de desayunar, la mujer mandó a María y a Matilde a traer leña del monte; estas hicieron caso inmediato, eso era mejor que fregar las ollas tiznadas.

Ya habían recogido toda la leña que sus delgados cuerpos podían cargar cuando encontraron a la orilla del camino la cabecita de porcelana de un muñeco. La sorpresa aumentó cuando se dieron cuenta de que era la cabeza de un Ricardo: tenía un hermosísimo cabello rizado, ojos azules y una raya de tinta en la frente que no notaron de la emoción. Aunque se hallaba sucio, las niñas vieron en esa cabeza un encuentro celestial. María, que había aprendido a tejer sin mayor destreza, le dijo a Matilde que podía hacerle un cuerpo de lana. A Matilde le brillaron sus claros y almendrados ojos, siempre quiso un muñeco así, pero la vida soñadora que llevaba y sus zarcillejos del alma le hacían olvidar muchas veces sus anhelos.

María recordó que su mamá tenía guardado en las tripas de un viejo tambor, casi único recuerdo de su padre, una lana de oveja de color marfil, tan suave como la piel de la primavera. Con sigilo la sacó y se dedicó a tejer un cuerpecito artesanal de forma irregular. Tejieron un saco y un pantaloncito con la pierna derecha un poco más larga, rellenaron el cuerpecito con recortes de tela y paja seca. Con extremo cuidado y ternura Matilde lavó los cabellos. Cuando estuvo la cabecita seca, la cosieron al cuerpecito de lana y paja con mucho esmero, la perfumaron con flores de naranjas y alelíes que introdujeron en su vestidito artesanal y la peinaron con tal delicadeza que los ángeles hubieran querido bajar del mismísimo cielo para que sus cabellos pudieran ser acicalados con tanta exquisitez por manos tan puras e inocentes.

El muñeco quedó tan maravilloso que los mismos ángeles que lo vieron peinar hubieran querido raparlo de las manos dulces y pequeñas de Matilde para llevarlo con ellos.

Los días siguientes fueron de felicidad para Matilde, aunque su madre ya la había regañado por desatender sus obligaciones y estar jugando con el muñeco.

Los zarcillejos morían de abandono y tristeza, la bella Matilde ya no se ocupaba de ellos, atrás quedaron las princesas y príncipes y la bruja malvada que moraban en castillos hechos de ramas y paja. De vez en cuando Matilde acercaba su hermoso muñeco a saludarlos y ellos parecían fruncir el ceño.

Ahora Matilde y su muñeco eran una única alma. Andaban y dormían juntos. De Matilde brotaba un amor inmensurable. Tan distinto del amor de su madre.

Una noche Matilde vivió una escena que jamás hubiera querido vivir: su hermana menor, en un arranque de rebeldía infantil, jaló el muñeco, desprendiéndole un brazo y Matilde, con la furia que pocas veces tenía, la empujó al suelo. La madre, cansada por una semana de trabajo, agobiada, llena de amargura, rapó el muñeco a Matilde y lo arrojó a la misma hornilla donde hacían los amasijos.

Matilde no entendió hasta después de unos segundos, sintió un dolor en su pequeño y escuálido pecho; sus ojos enrojecidos ni siquiera pudieron llorar, porque su madre lo prohibía. Se quedó paralizada frente a la hornilla, con los ojos enlagunados y su corazón en llamas, la tela y la paja avivaban el fuego enfurecido; la cabecita se fue derri-tiendo mientras salía un olor a caucho quemado, el cabello rojizo y ensortijado se chamuscó como el pelo de los cerdos.

El aroma de las flores de azahares y alélie calcinadas era como el aroma del paraíso; su muñeco dejó un amargo y aromatizado recuerdo en el alma de Matilde, fue su último adiós antes de ascender directo al cielo donde los ángeles lo esperaban.

María, pelando los arrumes de papa, no dijo nada, sólo murió de tristeza; de vez en cuando alzaba la cabeza. La madre, después de haber arrojado el muñeco a la hornilla, buscó el hacha y salió a cortar leña.

Desde entonces Matilde vivía más ajuiciada, decía su madre, ahora cuidaba a los niños de brazos de las señoras de la plaza de mercado con lo que recaudaba algunos centavos. Las flores de zarcillejos ya la habían perdonado por haberlas abandonado, cómo hubieran querido que Matilde se acercara con su muñeco tan sólo unos segundos.

Esa noche en la que vio arder su muñeco pasaron muchos años para ella. Aprendió a cocinar, a prender la hornilla donde había ardido su corazón infantil y maternal.

Matilde no volvió a jugar en el jardín a reyes y reinas zarcillejos, los castillos de ramas se cansaron de esperar que alguien los habitara y se derrumbaron con el viento helado que venía del monte.

Algunas veces, cuando camina por el monte y de repente llega a ella el olor de los azahares y de los afeñes, se detiene y su cuerpo se estremece; los zarcillejos lloran cuando la ven pasar.

AMOR CORTÉS



Sofía se ha conectado

Ando en mi cuento. Escribo un ensayo para la clase de historia, son las dos de la tarde, hace calor y el ventilador no funciona. Sentado frente a mi ordenador, la ventana del chat se abre con un mensaje de ella:

SOFÍA: ¡Hola amor! ¿Cómo estás? ¿Mucho trabajo? Te he extrañado mucho.

DAN: Hola mi pedacito de cielo. Muy bien, estoy haciendo un ensayo para la clase de historia y escuchando algo de música.

SOFÍA: Muchos ánimos entretejiendo cada letra. Mi amor, ¿salimos el fin de semana?

DAN: ¿El fin de semana? Creo que no podré. Me reuniré con los muchachos para terminar de plantear el proyecto. Perdóname, tú sabes que eres lo más importante.

Lu se ha conectado

☺ ¿Me hablará? —pienso. Tal vez no tiene nada que decirme o todo ha quedado claro entre los dos. A veces, cuando quiero sonreír, la pienso.

LU: ¿Confirmas para el sábado? Tenemos la finca del novio de mi madre, trago, rumba y descontrol.

DAN: Confirmaré si vas con ese vestidito de baño que me mata.

LU: Siempre tan atrevido.

No debí escribir eso. El calor me sofoca. Voy por un vaso de agua con hielo. Bebo, me quito la camisa y camino hacia mi habitación; me miro al espejo y me veo cada vez más pálido. La universidad me convertirá en un topo. Abro la ventana del chat y le escribo.

DAN: ¿Te parece si la próxima semana voy a tu casa en la tarde después del gimnasio? Te leeré esos poemas de Sábines que tanto nos gustan. He estado escribiendo pensando en ti. ¿Sabes?, muero por verte y decirte tantas cosas bellas al oído.

SOFÍA: Eres un amor, me derrites siempre con tus palabras. Muero por escuchar tu dulce voz, ver tus ojos firmes penetrando mi ser y sentir el toque de tus manos mientras desorganizas mi cabello.

DAN: ¿Cómo va el asunto con tus padres? ¿Ya se reconciliaron?

SOFÍA: ☹ No quiero hablar de eso, hoy no. Te contaré todo cuando estemos juntos, más bien, hazme perder en tus palabras, que es lo que necesito ahora; el sentirte cerquita en mi mente, hablándome al alma.

Si todo va como creo que va, pronto habrá dos abogados dividiendo milimétricamente dinero, propiedades e hijos. Abro la ventana y releo unos cuantos párrafos. El chat se abre nuevamente.

LU: Ya hemos hablado de esto, lo nuestro no tiene sentido ni puede continuar. Yo no quiero nada serio y tú... La verdad no sé qué demonios quieres.

DAN: Te quiero a ti, tus manos, tu voz, tu esencia, tu belleza, tu dulzura e irresponsabilidad. No quiero que te sientas oprimida, te quiero libre como eres, y si deseas compartir granitos de arena conmigo estaría más que contento. Te quiero Alfonsina en el mar, libre, desatada y tal vez, con mucha suerte, queriendo volver a mis brazos.

La extraño. Soy un idiota. Aún no ha leído mi respuesta y eso me impacienta.

Termino de escribir una conclusión, cierro la ventana porque ha empezado a llover. Este clima es de locos. Me siento feliz y con un gusto dulce en la boca. Abro el chat y le escribo a Sofía.

DAN: Hoy el alma me pesa por el agua que cae del cielo gris, por el frío de la ciudad, por el sonido de tu ausencia, por la incapacidad e imposibilidad de evitar que el agua caiga del cielo. Cariño, quisiera que no lloviera. Cuando llueve, cierras los ojos y no puedo verlos. Hoy me pesa el alma porque mi cielo llora y sólo puedo rescatar unas cuantas gotas con mis manos, aquí, tan alejado de ti, queriéndote estrechar y besar, hacerte sentir segura y quitándote toda nube negra para que el sol aparezca en el dulce tocar de tus labios.

SOFÍA: Me derrites <3

DAN: Soy una vela ante ti. Espero mi cera no te quemé mucho.

La quiero, me digo. El tiempo se fue rápido en leer, escribir y pensar en ellas. Veo que me escribe:

LU: Siempre sabes qué decir, idiota. Te quiero.

DAN: Y yo a ti querida. Nos vemos.

LU: Hasta el sábado.

DAN: Hasta ahora que duerma, vida mía, que hoy me he propuesto soñar contigo. Tengo la corazonada de que lo conseguiré.

LU: <3

Las quiero. Apago todo y voy a dormir. Aún hace calor.

Es lunes. Finalmente entrego mi ensayo sobre cómo el amor cortés era para el Medioevo el modelo de amor perfecto, al igual que las telenovelas para nuestra época. Le puse mucho empeño y me gustó el resultado

... No hallo fin en un amor que sólo queda en sueños y palabras que se repiten una y otra vez en mi mente. ¿Por qué entregarle mi amor y devoción a una sola doncella?... Encuentro en el amor cortés una buena enseñanza para la monogamia, pero creo firmemente que puede haber más de dos personas por las cuales soñamos, cantamos y guardamos devoción. ¿Por qué hay que elegir entre dos lugares que visitar sabiendo que podemos ir a los dos y sentir experiencias completamente distintas y llenadoras por igual?...

Me encuentro con Jhon y Juan en la cafetería. Me preguntan por Lu, sobre lo que pasó cuando nos perdimos y si la cosa llegó a mayores. —No pasó nada —miento—. Salimos a hablar y dejar por fin las cosas claras. Ustedes saben cómo es Lu de rara, un día quiere algo, al otro lo abre a uno —dije firmemente, con un tono de exasperación. No preguntaron nada más. Mientras me tomaba el café de siempre recordaba el fin de semana con satisfacción. Me vibró el celular con un mensaje de Sofía:

SOFÍA: Quiero saber qué hizo el fin de semana, Dan.

DAN: ¿Por?

SOFÍA: Personas me han estado diciendo cosas. Cuentos suyos con una tipa en una finca. ¡Vaya proyecto se armaron! Irse a vagabundear lejos de la ciudad. No me crea pendeja, Dan, es mejor que me diga las cosas de frente y se deje de güevonadas.

DAN: Tranquílízate y dime dónde estás para hablar cara a cara.

SOFÍA: No me pida maricadas. Quiero que me diga la verdad y la quiero ahora. Es mejor que vaya viniendo por sus cosas y olvídese de plancitos chimbo que con usted no quiero nada.

DAN: Si te vas a poner a pedir explicaciones, al menos háblame bien. El sábado estábamos en la casa de Juan dando los últimos ajustes al proyecto, una prima de él llegó de visita y don César quiso irse a la finca para recibir a su sobrina. La muchacha se llama Lupe, vive en México y vino de vacaciones.

Como don César ni de chiste le deja la casa sola a Juan, nos dijo que debíamos ir. Como no somos idiotas obviamente dijimos que sí y nos fuimos a la finca.

SOFÍA: Usted me *crees* pendeja. ¿Cierto?

DAN: Por eso te estoy inventado una prima que no existe y un plan que nunca pasó. Tú sabes muy bien cómo es don César con sus planes inesperados. Si quieres terminar, está bien. Si no me crees, estás en todo tu derecho. En todo caso, hoy voy a tu casa por mis cosas, o las dejas en la portería si no me quieres ver.

SOFÍA: ¿Cree que me voy a comer eso?

DAN: ¡Tú verás! Al fin y al cabo tú eres la que ha estado haciendo show por pendejadas. Hoy a las 4 exponemos nuestro proyecto. Estás cordialmente invitada a vernos exponer. Ven para que veas el bronceado de fin de semana loco en finca.

SOFÍA: Ahora te pondrás con sarcasmos.

DAN: ¡Wow! Te acordaste de conjugar los verbos en segunda persona. Mira, Sofía, yo te quiero y sería incapaz de hacerte daño, mucho menos dañar esto que tanta felicidad me ha dado. A las 4 te espero en el auditorio del bloque de Historia del arte.

SOFÍA: Ven, aún no hemos terminado de hablar.

DAN: Yo sí. Hasta luego.

De vez en cuando una mentirita piadosa no hace mal a nadie, pienso, al comenzar la exposición. Todo el fin de semana, gracias a los dioses, llovió. Nadamos bajo la lluvia, lo cual siempre es una fantástica experiencia, bailamos, tomamos y yo hice de las mías. Sofía está en la sala viéndonos exponer, el profesor nos felicita y recibimos un aplauso.

Ya es martes y no sé nada ni de Lu ni de Sofía. Prendo el computador para escuchar música y veo un gran mensaje de Lu:

LU: Seré clara. Me gustas y no dejo de pensar en ti. Quisiera estar contigo y tener una relación seria, pero ya sabes lo que ha estado pasando en mi casa, el nuevo novio de mi madre y mi última relación, que me agobió hasta tenerme al borde del

suicidio. No sabría qué hubiera sido de mí si tú no hubieras aparecido en mi vida, si no hubieras estado allí para escucharme, mimarme y dedicarme tus dulces palabras. Te quiero y lo digo desde lo más profundo de mi ser. Me gustó la noche que pasamos, tus palabras y tus besos, y te aseguro que no se borrará de mi mente cómo bailamos desnudos por toda la habitación; bellamente encantador. Me encanta tu dulzura y me gustaría seguir teniendo el tipo de relación que hemos llevado hasta el momento: no celos, no explicaciones y no responsabilidades. Estás conmigo porque quieres estarlo y yo estoy contigo porque amo estarlo. Quiero algo sólo de nosotros, un dulce secreto del cual sólo dos son partícipes.

DAN: Sí así lo quieres, lo tendrás. Por mí no hay problema. Sólo quiero verte feliz y tranquila como todos estos días.

LU: Eres un amor. Muchas gracias por entenderme, sé que no es fácil aceptar una relación de esta forma, pero si me quieres me aceptarás tal cual como soy en este momento.

DAN: Eres perfecta así.

Al mismo tiempo que hablo con Lu, le escribo a Sofía lo siguiente:

DAN: Perdón por no ir ayer por mis cosas. Déjalas con el celador, por favor. Me duele que esto haya terminado de esta manera por chismes, y como no me has hablado me imagino tu decisión. No te rogaré para que te quedes a mi lado, aunque yo muera por estar contigo.

SOFÍA: Creo que me debo disculpar por lo que te dije. Estuve muy paranoica. ¿Me perdonas?

DAN: Me dolió que hayas dudado de mí.

SOFÍA: Me mata el pensar que otra pueda ver y tener el tesoro que eres. Tú eres gentil, dulce y apasionado; también me gusta ver lo dedicado y centrado que eres con tu futuro y las cosas que haces. Me das seguridad y me endulzas la vida todos los días cuando me llamas preciosa. No quiero perderte ni mucho menos perder esas nalgotas que tanto me gusta agarrar.

- DAN: Siempre logras sacarme una sonrisa. Yo no quiero perder esa carita de ángel ni mucho menos esos labios que me han sacado tantas veces del infierno.
- SOFÍA: ¿Qué te parece si mañana, en vez de venir por tus cosas, vienes por mí y salimos a comer? Esta vez invito yo.
- DAN: Nada me gustaría más.
- SOFÍA: Te quiero ver ahora.
- DAN: ¿Hacemos videollamada?
- SOFÍA: ¡Sí!
- DAN: Espérame termino de escribir algo y te llamo.
-
- DAN: ¡Oye!
- SOFÍA: Dime.
- DAN: Te quiero.
-
- DAN: Quiero bailar contigo desnudo otra vez.
- LU: Si sabes convencerme, puede que hagamos más que bailar esta vez.
- DAN: Eso suena a mucho trabajo.
- LU: ¿Siempre te gusta hacerte el tonto?
- DAN: A veces, me ayuda a conseguir lo que quiero.
- LU: Y ¿qué quieres?
- DAN: A tí.
- LU: Ven mañana a bailar a mi casa
- DAN: Mañana no puedo, ya quedé con un amigo para salir. Pero me tendrás el viernes y sábado a tu disposición.
- LU: Viernes y sábado entonces.
- DAN: ¡Oye!
- LU: ¿Qué?
- DAN: Te quiero.



LOS AUTORES



ÁLVARO RAMÓN GARCÍA BENAVIDES

Atlántico · Barranquilla

Taller Maskeletras

Nació en Barranquilla en 1995 y desde temprana edad se fascinó con las letras. Ganó el concurso de cuento “Jirafa”, organizado por la Fundación La Cueva, a la edad de once años. Realizó estudios parciales en la Universidad Nacional de Bogotá e incursionó en la producción y locución radial. En la actualidad estudia Licenciatura en Español y Literatura en la Universidad del Atlántico. También inició estudios de Audiovisuales en la Escuela Distrital de Artes.

ANDREA PATRICIA JAIMES LÓPEZ

Santander · Bucaramanga

Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

Nació en Bucaramanga el 11 de junio de 1980. Cursó estudios de Licenciatura en Español y Literatura en la Universidad Industrial de Santander y en la Universidad Santo Tomás de Bucaramanga. Columnista de opinión en medios independientes. Su producción escrita ha estado orientada a la poesía y al surrealismo. Se considera una dama andante y danzante de las letras, una convencida de que todos recopilamos historias, reales o fantásticas, elaboradas o sencillas.

ANDRÉS FELIPE TORRES ARENAS

Caldas · Manizales

Taller Permanente de Dramaturgia

Licenciado en Artes Escénicas de la Universidad de Caldas (2009), actor, director y dramaturgo. Fundador y director de la Agrupación Teatral Caja Negra de Chinchiná (2002). Ha participado como actor y director en diversas obras de teatro, con las cuales se ha presentado en festivales nacionales e internacionales. En la actualidad estudia la maestría en Educación en la Universidad de Caldas. Ha escrito las obras “Adentro y afuera”, publicada en la antología *Seis formas de matar una mujer*, de la serie *La pluma de tespis*; “No me corten las alas” y “Río claro”, en proceso de publicación.

ÁNGEL ROYS MEJÍA

La Guajira · Riohacha

Taller RELATA Guajira - Cantos de Juyá

Nació en Fonseca, La Guajira, el 25 de marzo de 1970. Comunicador social y periodista egresado de la Universidad Autónoma del Caribe y especialista en Gestión Pública

de la ESAP. Gestor cultural y escritor. Seleccionado como finalista en la Convocatoria Departamental de Cuento y Poesía Metáfora La Guajira 2015. Escribe artículos de opinión en revistas y periódicos regionales.

ÁNGELA MARÍA HENAO ISAZA

Risaralda · Pereira

Taller La Caza de las Palabras

Nació en Pereira en 1997. Algunos de sus trabajos han sido publicados en medios de comunicación impresos y virtuales de la ciudad de Pereira. Su cuento “El grito” hace parte de la antología *Libro de agua interminable*, ganador de Becas a la Edición de Antología de Talleres Literarios - Convocatoria Estímulos 2014 del Ministerio de Cultura de Colombia. Actualmente estudia Ingeniería Física en la Universidad Nacional de Colombia.

ANNA FRANCISCA RODAS IGLESIAS

Antioquia · Medellín

Taller MECA / Escritores y Artistas de Medellín

Nació en Puerto Mosquito, Cesar. Radicada en Medellín desde 1993. Poeta y escritora, presidente de la representación Casa del Poeta Peruano para Colombia. Coordinadora del Área Metropolitana de Medellín para el Parlamento Nacional de Escritores de Colombia. Colaboradora de la *Revista Horizonte Literario Contemporáneo*, que se edita en varios idiomas. Ha publicado *Obsidianna Poemas* (2010) y *La soledad de las cepsidras* (2014). Varios de sus poemas han sido publicados en diversas antologías y memorias nacionales e internacionales. Obtuvo accésit de reconocimiento en el III Concurso Nacional de Poesía Inédita Meira Delmar (2008).

BETUEL BONILLA ROJAS

Huila · Neiva

Taller José Eustasio Rivera

Neiva, Colombia, 1969. Premio Nacional de Libro de Cuentos Universidad Industrial de Santander 2013. Finalista del Concurso Internacional de Cuento Hucha de Oro, España, 2001 y 2004, y del Concurso Nacional La Cueva, 2013. Autor de *Pasajeros de la memoria* (cuento, 2001), *La ciudad en ruinas* (cuento, 2004), *El arte del cuento* (ensayo, 2009) y *Las maneras de volver* (cuento, 2014). A nivel nacional ha sido incluido en *El pitazo final* (2014), *Dos veces breve* (2014), *AbraKadáber y otros cuentos* (2014) y *Antología ganadores RELATA* (2009). A nivel internacional ha sido incluido en antologías de España, Argentina y Cuba. Magíster en literatura de la Universidad

Tecnológica de Pereira, especialista en Docencia Universitaria de la Universidad de Ibagué y licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Surcolombiana. Profesor universitario. Escritor visitante del Ministerio de Cultura para los talleres RELATA en toda Colombia. Jurado, tallerista y asesor de evaluación del Concurso Nacional de Cuento RCN. Escritor invitado a Chicago y Buenos Aires. Dirige el taller José Eustasio Rivera.

BRYAM ARIAS

Cundinamarca · Cota

Taller Voces del Majuy

Nació en Bogotá el 24 de agosto de 1992, aunque lleva más de trece años viviendo en municipios de las afueras. Es economista recientemente graduado. Durante su etapa de estudiante universitario destinó muchos créditos de electivas libres a materias relacionadas con la literatura. En 2016 decidió involucrarse aún más con la escritura asistiendo al taller adscrito a RELATA.

CARLOS ALBERTO VELÁSQUEZ CÓRDOBA

Antioquia · Medellín

Taller de Creación Literaria Comedal

Nació en Medellín en 1966. Médico y cirujano. Especialista en Administración de Servicios de Salud y en Epidemiología. Autor de un blog dedicado al conocimiento, el arte y el humor (www.elblogdeloslagartijos.blogspot.com). Obtuvo el primer puesto en el Concurso Nacional de Cuento (Guatapé, Antioquia versiones 1987, 1988), y en el Primer concurso de Literatura y Humor Jorge Franco Vélez (Comedal, 2003). Ha publicado los libros *Ane-Doctas de un médico desmemoriado* (2012), *La monja sin cabeza y otros cuentos* (2012) y *La fuga del paciente y otros cuentos* (2013).

CARLOS ANDRÉS PÉREZ VERTEL

Córdoba · Montería

Grupo Literario “Manuel Zapata Olivella”

Nació en Montería en 1992. Licenciado en Informática y Medios Audiovisuales de la Universidad de Córdoba. Como realizador audiovisual INI - Córdoba 2013, ha participado en varios cortometrajes de ficción. Poeta, integrante del grupo literario desde el año 2011.

CARLOS ROBERTO ESTUPIÑÁN MÁRQUEZ

Bogotá D. C.

Taller de Poesía Universidad Pedagógica Nacional

Nació en diciembre de 1994, en Socha, un pueblo del nororiente boyacense que vive del carbón y la agricultura. Sus primeros años los pasó en el campo al lado de sus abuelos; parte de lo que escribe tiene relación con esa influencia. Actualmente está cursando estudios en Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Pedagógica Nacional. Su relación creativa con el taller de poesía que dirige el poeta y profesor Rafael del Castillo empieza en 2015. El presente texto hace parte de los ejercicios compartidos y desarrollados en ese marco.

CARMEN ALICIA PÉREZ GÓMEZ

Córdoba · Cereté

Taller Raúl Gómez Jattin

Nació en Cereté el 31 de octubre 1992. Es licenciada en Lengua Castellana de la Universidad de Córdoba. Ha realizado estudios en realización audiovisual y artes escénicas, y es miembro activo del taller desde el 2010. Textos de su autoría han sido publicados en revistas y antologías de carácter local, nacional e internacional. Ha participado en el Encuentro Nacional e Internacional de Mujeres Poetas que se realiza en Cereté, y en varios recitales poéticos en Montería, Loricá, Medellín y Cereté.

CRISTIAN HIDALGO

Antioquia · Envigado

Taller Plumaencendida

Nació en Itagüí el 31 octubre de 1992. Investigador, estudiante de noveno semestre de Estadística en la Universidad de Antioquia, también estudia francés y portugués, y asiste a dos talleres de escritura. Ganador del Primer Concurso de Poesía Itagüí 2014, Letras para ser. Aficionado al ajedrez y las ciencias.

DANTE SANTIAGO OSORIO ACEVEDO

Santander · Barrancabermeja

Taller LetrArte RELATA

Nació en Barrancabermeja hace once años. Desde muy pequeño le gusta leer. Se interesó en crear cuentos desde que supo que con su primer cuento quedó seleccionado para un concurso en Caracol. Con su segundo cuento también quedó seleccionado

para RELATA Barrancabermeja. La inspiración para crear sus cuentos la encuentra en la vida cotidiana; le gusta narrar las cosas que le pasan con sus amigos.

DARÍO GONZÁLEZ ARBELÁEZ

Antioquia · Itagüí

Taller de Lectura y Escritura Tríade Literario

Nació en Itagüí, en agosto de 1989. Estudió en la escuela pública Esteban Ochoa; allí se enamoró del teatro, la literatura, la filosofía y las letras. Durante unos años hizo parte del taller El Sueño del Árbol, con el que publicó sus primeros textos en *Tentando a la locura* (2006). Después pasó a ser parte de Tríade. En este han publicado el *Folleto Dí-Arte*; también ha publicado en la *Antología poética* (Itagüí, 2009), *Antología RELATA* (2011) y en las memorias del Segundo Concurso de Crónicas de la Periferia (2015, tercer puesto). En 2014 se graduó como licenciado en Filosofía. Miembro fundador del periódico alternativo *El Colectivo, periodismo para la utopía*.

DAVID BOLAÑO GIRALDO

Taller de Cuento RELATA Virtual

Se define loco, sañero y feliz. De ancestros paisas y guajiros, nació en Medellín en octubre de 1983, pero permaneció su infancia y adolescencia en Marinilla. Su experiencia literaria ha estado influenciada por dos musas: su madre, Esther Giraldo, para quien aprendió desde temprana edad a elaborar y escribir tarjetas, y su amor y vigía de su duende, Helena, a quien relata las historias de los libros que lee, entre ellos los de Héctor Abad Faciolince, Gabriel García Márquez, Isabel Allende, Laura Restrepo, Marguerite Yourcenar, Javier Marías y Umberto Eco. Entre sus piezas sin género y sin publicación se encuentran: “La pieza de baile más bailada”, “Devoción” y “Sólo vivir un instante a la vez”.

DAVID LARA RAMOS

Bolívar · Cartagena

Taller Cuento y Crónica de Cartagena

Nació en Barraquilla. Periodista, abogado, productor de medios audiovisuales, especialista en Cooperación Internacional y magíster en Cultura y Desarrollo. Fue editor del suplemento literario del diario *El Universal* de Cartagena. Becario de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Premio Nacional de Crónica Ernesto McCausland. Obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuento de la Corporación Universitaria de la Costa. Premio de cuento de la revista *Puesto de Combate*. Docente de la Universidad de Cartagena. Ha publicado los libros *El dolor de volver* (2016) y *Pasa la voz queda la palabra* (2011).

DIANA LUCÍA LEÓN RESTREPO

Antioquia · Apartadó

Taller de Escritores Urabá Escribe

Nació en Chigorodó (Antioquia). Con estudios en Contaduría y Tributaria. Amante de la literatura y la poesía como expresión de libertad del arte y la cultura. Cuenta con participaciones en la Biblioteca Virtual de las Grandes Naciones, Movimiento Poetas y Poemas por Palestina, Movimiento MPI (Mujeres Poetas Internacional). Integran te del colectivo de mujeres Las Musas Cantan, ganadoras del premio Estímulos al Talento del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia 2016, en literatura.

DIEGO ALEXANDER GÓMEZ

Antioquia · Medellín

Taller MECA / Escritores y Artistas de Medellín

Nació en Rionegro, Antioquia en 1980. Antropólogo de la Universidad de Antioquia (2012). Realizador audiovisual de la Corporación Pasolini, desde 2008. Escritor y poeta. Desde 2009 hace parte del Taller de Escritores Universidad de Antioquia; y desde 2013 del Taller Literario El Café Rojo. Poemas suyos han sido publicados en *Trabajos de taller II. Antología del taller de escritores, Universidad de Antioquia y Asme-das; Taller de creación literaria: muestra de trabajos* (2014) y *Burla y fervor* (2015). En 2014 publicó “Explicaciones a un cerdo” en el periódico *Universo Centro* 61, con el seudónimo Alexander Ospina.

DIEGO TENORIO CONDE

Valle del Cauca · Cali

Taller Palabra Mayor

Tiene setenta y tres años. Estudió Química pero se dedicó a la publicidad y la labor editorial. Antes de su jubilación desarrolló su trabajo, durante dieciocho años, en la Fundación para el Fomento de la Lectura, Fundalectura. Actualmente escribe y pinta.

DORIS ELENA LONDOÑO RUEDA

Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina · Isla de Providencia

Taller RELATA, Providencia Isla

Vive en Providencia desde 1987, es artista, fotógrafa, hotelera y escritora recién descubierta. Pasa su vida entre pinceles, colores y las letras de los talleres de RELATA. Las historias llegan a través de sus huéspedes, que hacen la existencia en la isla una historia sorprendente cada día. Llegó al archipiélago después de vivir un largo tiempo

entre wayuus. Las montañas antioqueñas la vieron nacer por allá en el 59. Ahora la acompañan tres hijos, tres nietos y César, su solidario compañero del camino.

ÉDER GIOVANNI CERVERA

Tolima · Ibagué

Taller RELATA-Liberatura Ibagué

Nació en Ibagué en 1987. Vivió un tiempo en Bogotá, donde aprendió a odiar las corbatas. En su adolescencia se radicó en Ibagué. Hijo de padres legalmente distanciados. Empezó a escribir por recomendación del padre. Siguió escribiendo por amor y resignación de su madre. Estudió psicología. Ha trabajado en diversos eventos de promoción de escritura y lectura. Ha publicado textos en antologías. Tiene un pequeño blog en internet. Escribe minicuentos para divertirse y poemas para que no se le escape la vida.

ÉDGAR AUGUSTO MARÍN ARIZA

Santander · Bucaramanga

Taller RELATA-UIS

Nació en Vélez, Santander, el 18 de enero de 1979. Escritor, guitarrista e ingeniero mecánico egresado de la Universidad Industrial de Santander. Participó en la antología *El desamparo y la compañía* (UIS, 2016). Ganador del VII Concurso Nacional de Cuento Breve y Bueno, organizado por el Grupo de Arte y Literatura El Túnel, de Montería, con la obra “Esta vez, me quedo”. Sus cuentos han sido publicados en diversos medios digitales y en el principal diario de Bucaramanga, *Vanguardia Liberal*.

ENOC JOSÉ PALMA CHACÓN

Cesar · Pelaya

Taller La Voz Propia

Nació el 21 de julio del 2003 en Pelaya, Cesar. Actualmente cursa el grado séptimo en la Institución Educativa José María Torti Soriano. Escritor de cuentos y poemas para la revista *La Voz Propia*. Le encanta la lectura, el ajedrez y la tecnología. Aspira a convertirse en el mejor creador de videojuegos del mundo.

ÉRIKA ALEJANDRA SOLANO

Cundinamarca · El Colegio

Taller Mesitas para Escribir

Desde muy pequeña desarrolló la sensibilidad artística y el gusto por los libros. Desde entonces se ha sumergido en un mundo de experiencias a través de la lectura, que luego la hizo descubrir en la escritura un puente a muchas posibilidades, una forma de expresión y comprensión del mundo mucho más sensible y consciente. Actualmente continúa navegando en el territorio de lo artístico, formándose como licenciada en Educación Artística y enriqueciéndose a nivel humano y profesional.

ESTEBAN R. JIMÉNEZ BEDOYA

Huila · Neiva

Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila

Nació en Pereira (Risaralda) el 15 de febrero de 1988. Licenciado en Lenguas Extranjeras de la Universidad Surcolombiana. Su texto “Ruta de las golondrinas de Capistrano” fue incluido en la *Antología RELATA de cuento y poesía* 2013; obtuvo el segundo puesto en el xxiv Concurso Departamental de Minicuento Rodrigo Díaz Castañeda 2014 (Palermo, Huila); finalista del Concurso de Relato Antonio Di Benedetto (Mendoza, Argentina) del año 2014; obtuvo el segundo puesto en el Concurso Departamental de Cuento Humberto Tafur Charry 2016 (Neiva, Huila).

FÁBER DAVID SUÁREZ TORRES

Valle del Cauca · Cali

Taller de Escritura Creativa San José

Nació en Santiago de Cali, el 25 de diciembre de 2000, en una familia conformada por mamá y siete hermanos. Se vinculó muy joven al ICBF por dificultades económicas y en enero de 2016 ingresó a la Institución San José, donde se inscribió en el Club de Escritura Creativa para fortalecer su capacidad de comunicación, sin saber que encontraría su mejor *hobby*, una directriz para su proyecto de vida, un oasis en el cual pasar parte de su tiempo libre.

FÉLIX MAURICIO MOLINA LEGUIZAMO

Cundinamarca · Fusagasugá

Taller Manuel María Aya Díaz

Nació en Bogotá en 1971. Dirige, desde el año 2014, el taller de escritura que funciona en la Biblioteca Municipal de Fusagasugá, Cundinamarca. Ha escrito novela

y cuento, desde su época de bachiller en el Liceo Hermano Miguel de La Salle. Publicó la novela *Un héroe cualquiera* en el año 2013. Es formador en literatura de la Secretaría de Cultura de Fusagasugá.

HAROLD KREMER

Valle del Cauca · Cali

Taller de Escritura de la Biblioteca de la usc

Nació en Guadalajara de Buga, Valle del Cauca. Ganador de varios concursos nacionales de cuento, entre ellos el Premio Nacional de libro de cuentos de la Universidad de Medellín (1985). Sus escritos aparecen en antologías nacionales e internacionales. Fundador de la Red Nacional de Talleres de Creación Literaria y cofundador, en 1980, de la primera revista hispanoamericana de minicuento, *Ekúóreo*. En 2013 publicó el libro de cuentos *¿Por qué me muerdes?*, ganador del premio Jorge Isaacs. En 2014, la Universidad de Antioquia publicó su novela *El color de la cera en su rostro. Patíbulo* (cuentos, 2015) es su última publicación.

HARVEY ARTURO MELO ZAMBRANO

Nariño · Samaniego

Taller José Pabón Cajiao

Nació en Samaniego (Nariño). Desde hace algunos años hace parte del grupo folclórico Inti Raymí, pasión que despertó su deseo por componer sobre el amor, la naturaleza y las costumbres de Samaniego, letras que han cobrado vida en voces de artistas locales. Estudió pedagogía y desde hace más de treinta años se dedica a la enseñanza de la biología. Por su proximidad con la vida estudiantil, ha conocido muchas generaciones, hecho que le ha permitido ver de cerca sus sentimientos y pensamientos, que se reflejan en versos, relatos y canciones.

HÉCTOR AUGUSTO CUESTAS VENEGAS

Cundinamarca · Fusagasugá

Taller Manuel María Aya Díaz

Nació en Bogotá en 1965. Escritor, poeta, fotógrafo artístico y docente. Licenciado en Filosofía y Letras. Miembro de las revistas *Trashumancias* y *Grito*, del colectivo literario La Metáfora y cofundador de Acoletas. Algunos de sus poemas han sido publicados en *Poetas locales* y *Artistas fusagasugueños*, y en el periódico *El Precursor* de la Fundación Erasmo de Rotterdam. Cuarto puesto en el concurso de cuento Fusagasugá, Terruño de Historias (1989). Está adelantando una novela autobiográfica titulada *La búsqueda absurda* y preparando su libro de poemas *Del cielo y del infierno*.

HEIDY JOHANA PERALTA

Valle del Cauca · Cali

Taller El Cuento de Contar

Nació en Cali el 17 de noviembre de 1978. Comunicadora social y especialista en Mercadeo de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Recientemente empezó una maestría en Gestión de la Innovación en la ICESI de Cali. No ha publicado aún. Como escritora naciente está interesada en explorar, de manera poética, los temas sociales que afectan al país. Le gustan el ciclomontañismo y las caminatas, así como viajar y conocer nuevas culturas. Además de escribir, le gusta la fotografía.

HUMBERTO BETANCOURT RODRÍGUEZ

Cundinamarca · Chía

Taller de Narrativa La Tinaja

Nació el 29 de abril de 1944 en Honda, Tolima. Cursó Ingeniería Química en la Universidad del Atlántico, donde se graduó en 1968. Fue dirigente estudiantil, profesoral y profesional. Amante de la literatura y otras artes, desde octubre de 2013 se vinculó al taller de narrativa, donde dio sus primeros pasos en la escritura de textos literarios. Desde entonces se han publicado cuatro de sus cuentos en la *Antología RELATA* 2014 y en las antologías 2014 y 2015 del Taller de Narrativa La Tinaja. Obtuvo el tercer premio del Concurso Departamental de Narrativas del Instituto de Cultura y Turismo de Cundinamarca 2016, con *Cuatro cuentos en amor y dolor mayor*.

JAVIER CÓRDOBA C.

Bolívar · Cartagena

Taller Cuento y Crónica de Cartagena

Nació en El Bagre, Antioquia, el 24 de marzo de 1991. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena; hizo parte del Taller de Escritura Coloquio, a cargo de Raymundo Gomezcásseres; tiene varios cuentos publicados en la revista *Cuaderno*.

JEISON RIVERA HERRERA

Atlántico · Barranquilla

Taller Caminantes Creativos

Nació el 4 de abril del año 2000 en Barranquilla. Sus padres son Milena Claudia Herrera de la Hoz y Hernando José Rivera Támara. En la actualidad estudia en la I. E. Las Flores. Tiene cuatro hermanos. Le gusta bailar y cantar. Sus pensamientos

son estudiar medicina o arquitectura, pues siente que van con su personalidad. Le gusta mucho ir al colegio porque se encuentra con sus amigos, compañeros y con su maestra Luz Marina Arzuza. Sus mejores amigos son sus hermanos y compañeras de clase María José Parra, Marli Montes, Liana Bolaños y Alexia Rivera.

JHONATTAN ARREDONDO GRISALES

Risaralda · Pereira

Taller de Creación Literaria “La Poesía es un Viaje”

Nació en Cartago, Valle, el 2 de julio de 1990, pero actualmente reside en el corregimiento de Puerto Caldas, Pereira. Es estudiante de Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Sus trabajos periodísticos y literarios han sido publicados en diferentes medios de comunicación en el país, entre ellos el *Diario del Otún*, *Tras la cola de la rata*, *Literariedad* y *El Espectador*.

JONATHAN BRAUSIN PÉREZ

Atlántico · Barranquilla

Taller Literario “José Félix Fuenmayor”

Nació en Bogotá el 22 de diciembre de 1987 y desde hace un par de años se encuentra radicado en Barranquilla. Psicólogo, especialista en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario y magíster en Derecho. Su interés por aprender a escribir se manifiesta desde la adolescencia y aventura algunos textos en un blog propio; no obstante, es en 2016 que se vincula como integrante del taller literario, espacio que le ha permitido mejorar sus técnicas a través del acompañamiento y la crítica constructiva del director de taller y demás asistentes.

JOSÉ ANTONIO CORTÉS CELI

Valle del Cauca · Cali

Taller El Cuento de Contar

Nació en Cali. Después de terminar el bachillerato nocturno entró a la Universidad del Valle e hizo cuatro semestres de Biología-Química, porque quería ser científico de laboratorio; pero cuando descubrió la máquina perfecta del cuerpo humano se fue por los caminos de la medicina y se dedicó a la anestesiología. Ha publicado *Tinta para siete voces*, libro colectivo del Taller Palabra Mayor (2014) y *Las voces vienen conmigo* (cuentos, 2015). Obtuvo el III Premio de Cuento Eutiquio Leal, Universidad Autónoma de Colombia (2014).

JOSÉ HERNÁNDEZ

Bogotá D. C.

Taller de Poesía Ciudad de Bogotá: Los Impresentables

Nació en Bogotá el 22 de septiembre de 1990. Desde hace once años vive en la localidad quinta de Usme, donde aprendió a leer, escribir y caminar. Egresado de la Universidad Pedagógica Nacional como profesor de español e inglés. Ha participado en talleres de escritura creativa desarrollados por el Colectivo Surgente, Letras informales y dirigidos por Rodolfo Celis Serrano; con estos ha publicado algunos de sus cuentos, poemas y una crónica. Ganador del Festival de las Artes de Usme en 2012 y 2016.

JOSÉ ZULETA ORTIZ

Valle · Cali

Taller El Cuento de Contar

Bogotá, 1960. Ha ganado varios premios nacionales de poesía y cuento, entre otros, el Premio Nacional de Poesía Descanse en Paz la Guerra con la obra “Música para desplazados” de la Casa de Poesía Silva de Bogotá y el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009, con el libro de cuentos *Ladrón de olvidos*. Ha publicado los siguientes libros: *Las alas del súbdito* (2002), Premio Nacional de Poesía; *La línea de menta* (2005), *Mirar otro mar* (2006), *La sonrisa trocada* (2008), *Emprender la noche* (2008), *Las manos de la noche* (2009), *Todos somos amigos de lo ajeno* (2010), Premio Nacional Ministerio de Cultura (cuentos); *Esperando tus ojos* (2011), *La oración de Manuel y otros relatos* (2012) y *La mirada del huésped* (2013). Dirige el taller El Cuento de Contar y es coordinador nacional del Programa Libertad Bajo Palabra, que se realiza en veintiún establecimientos penitenciarios de diferentes municipios del país.

JUAN CAMILO YEPES JIMÉNEZ

Arauca · Arauca

Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta

Nació en Arauca el 29 de abril de 1993. Estudiante de Administración Pública. En el 2015 se unió al taller. Desde entonces se dedica a construir ficciones en las que busca reflejar el aspecto político y social de su departamento. Además de la pasión por la literatura, distribuye su tiempo en otra de sus pasiones, la radio, medio en el que hace de productor y codirector del programa cultural *Huellas en el viento, donde renace la literatura*. El cuento “Al final de la tarde” hace parte de su selección personal de textos, en los que trabaja con miras a su primera publicación.

JUAN FELIPE JARAMILLO GÄRTNER

Bogotá D. C.

Taller Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá

Nació en Medellín el 4 de julio de 1975, pero ha vivido toda su vida en Bogotá. Comunicador social - periodista. Ha trabajado en medios de comunicación (*El Espectador*), empresas y organizaciones sociales. El cuento de esta antología, “Compañía eléctrica”, fue fruto del taller de cuento dirigido por Fernanda Trías.

JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Antioquia · Medellín

Taller de Poesía y Creación Literaria

Nació en Medellín en 1964. Casado, sin hijos. Hace algunos años se inscribió en el Taller de Poesía y Creación Literaria de la Biblioteca Pública Pílogo de Medellín, dirigido por el maestro Jaime Jaramillo Escobar. Allí comenzó a plasmar sus historias en crónicas, ayudado por un viejo computador y un samaritano, Jorge Toro. A partir de su asistencia al taller ha elaborado múltiples crónicas, una de ellas publicada por el Instituto Tecnológico Metropolitano, titulada *La verdad sin calzones* y de la cual se han publicado tres ediciones.

KAREN MELISSA DURANGO GÓNGORA

Valle del Cauca · Buenaventura

Taller Voces en el Estero

Nació en Tuluá, Valle del Cauca, el 28 de abril de 1996. Actualmente reside en Buenaventura, donde cursa octavo semestre de Licenciatura en Arte Dramático. Hace un año y medio hace parte del taller de escritura; escribe para expresar lo que piensa, siente o tiene que reprimir ante el mundo; para descubrirse a partir de las letras y permitir que otros la descubran. El papel le brinda libertad y le permite encauzar su desbordamiento interno. Le gusta leer todo lo que debe al ser humano, sus caos y sus esencias; aquello que la haga repensar el mundo y la sociedad.

LINA ASTRID PACHECO VERJEL

Norte de Santander · Cúcuta

Taller RELATA Cúcuta

Nació en Ábrego, Norte de Santander, el 26 de Julio de 1980. Estudió Español y Comunicación en la Universidad de Pamplona, Administración Educativa y Gestión de la Tecnología Educativa en la Universidad de Santander. Se desempeña como

docente en la ciudad de Cúcuta, donde reside, oficio que combina con el de la escritura, orientada en el taller de RELATA, en el que participa desde el año 2012.

LUCÍA ESTRADA

Medellín, 1980. Ha publicado los libros de poesía *Fuegos nocturnos*, *Noche líquida*, *Maiestra*, *Las hijas del espino*, *El ojo de Circe* (antología), *El círculo de la memoria* (selección de poemas), *La noche en el espejo*, *Cenizas de Pasolini*, *Cuaderno del ángel y Continuidad del jardín* (selección personal). Con su libro *Las hijas del espino* obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Medellín (2005). Textos suyos han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior, y han sido parcialmente traducidos al inglés, francés, japonés, italiano y alemán. Invitada a diversos encuentros literarios dentro y fuera de Colombia. Durante cinco años fue parte de la organización del Festival Internacional de Poesía de Medellín. Con su libro *Cuaderno del ángel* obtuvo la Beca de Creación en Poesía, otorgada por el Municipio de Medellín en 2008, y en 2009 fue nominada por la Unesco al Premio Internacional de Poesía “Ponts de Strugas” de Macedonia. Ese mismo año (2009) obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá con su libro *La noche en el espejo*.

LUIS ESTEBAN PATIÑO CRUZ

Valle del Cauca · Cali

Taller de Escritura de la Biblioteca de la usc

Nació en Trujillo, Valle del Cauca, el 15 de septiembre de 1945. Licenciado en Español y Literatura. Autor del libro de poemas *Calicanto de amor* (1999). Coautor, entre otros, de los libros *Trasegando caminos* (2011); *Caracoles extraviados* (2012) y *Antología de haikus El cántaro vacío* (2013). Integrante por varios años del consejo editorial de la Fundación Plenilunio de Poesía y Arte de Cali. Coordinador de la Tertulia Literaria Alas de Vida de Cali, gestor cultural de talleres y tertulias en varias bibliotecas municipales, en el marco del Festival Internacional de Poesía de Cali (versiones 2013-2016). Actualmente dirige la Tertulia Literaria Otoños Primaverales, en Jamundí, Valle del Cauca.

LUIS VÉLEZ ARIAS

Antioquia · Turbo

Tertulia Literaria y Cultural Pisisí Lee

Nació en Urrao, Antioquia, el 24 de marzo de 1937. Bachiller, historiador e investigador autodidacta. Primer administrador de la sede de Regionalización de la Universidad de Antioquia y director de Extensión Cultural. Bombero voluntario durante

doce años. Ha publicado *Urabá prohibido para América* (2011). Coautor de *Cátedra municipal de Turbo*. Varios cuentos y relatos han aparecido en revistas y antologías regionales. Obtuvo el primer puesto en el Concurso de Cuento Mamá Candó (2002).

LUISA FERNANDA PÉREZ B.

Tolima · Ibagué

Taller RELATA-Liberatura Ibagué

Nació en Ibagué. En el año 2009 decidió pertenecer a la tertulia Liberatura, en la que ha participado en diferentes actividades culturales enfocadas en la promoción de lectura. En 2011 obtuvo el segundo lugar en el Concurso de Minicuento del Colegio Champagnat de Ibagué. En 2014 recibió la primera mención de honor en el IX Concurso Literario El Brasil de los Sueños de Ibraco. Ha publicado diversos textos en *Mapas rotos*, *Cincuenta minicuentos* y *El Brasil de los sueños*, homenaje a Mario de Andrade. Disfruta de leer, escribir y tejer.

LUZ MIRIAM MUÑOZ ARBELÁEZ

Quindío · Armenia

Taller de Escritura Creativa Café y Letras

Nació en Armenia, Quindío, un 3 de julio a mediados del siglo pasado. Ha incursionado en la escritura creativa propuesta por el taller de Armenia desde el año 2008. Dedicó mucho de su tiempo a la lectura y a la escritura. Ha publicado sus textos en las antologías propias del taller: *Narrativas en movimiento II*, *Crónicas*, *Oficios perdidos del Quindío* y en la antología *Cien cuentistas colombianas* de la editorial Cuadernos Negros. Se declara aprendiz permanente.

LUZ STELLA RICO

Guaviare · San José del Guaviare

Taller Permanente de Escritores del Guaviare “Guaviarí”

Nació en Cunday (Tolima) en 1968. Técnica en Comercio Internacional. Ha participado en el taller de formación para niños y adolescentes en lectoescritura creativa (Leer es mi cuento) y en el taller de formación para niños y adolescentes en lectura (Apégate a la lectura). Ha publicado: “Llegué para quedarme” y “Entre la realidad y el sueño” (Colección *El llano y la selva cuentan*, 2010); “Punto de encuentro” y “Cruce de caminos” (antología de cuentos Guaviare, 2013) y “Nosotros también contamos” (antología de cuentos infantiles, 2014).

MARÍA EUGENIA ALONSO DE APARICIO

Valle del Cauca · Cali

Taller Écheme El Cuento

El frío de la sabana cundiboyacense la envolvió al nacer. Conoció el Amor y ese amor la llevó a saborear el dulce del Valle y allí se quedó. Su hijo dice que es pequeña de estatura pero grande de corazón, mientras que sus hijas insisten que es loquita y medio bruja. Estudió Dibujo Publicitario cuando no existían los computadores. Trabaja como coordinadora en el Taller Écheme el Cuento. Ha publicado en la antología *Relatos del Sur* y recibido menciones con algunos microcuentos.

MARÍA RUBIELA RESTREPO RESTREPO

Antioquia · Itagüí

Taller Letra-Tinta

Nació en Urrao, Antioquia, el 2 de febrero de 1959. Obtuvo el tercer premio en el xxviii Concurso Departamental de Poesía José Santos Soto (Tarso, Antioquia, 2016). Finalista del Concurso de Poesía Palabras Para Ser, Itagüí 2014. Participó en el Primer Intercambio de Experiencias Significativas Talleres de Escritores Municipios de La Estrella e Itagüí 2016 y en la Velada Literaria del municipio de Don Matías (2014), entre otros. Ha realizado lecturas de poemas en el Taller Literario al Sur y en Lecturas urgentes (Palacio de Bellas Artes, 2016). Próximamente publicará *Luces húmedas*.

MAYIRLED PUENTES BARBOSA

Santander · Bucaramanga

Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

Nació el 23 de febrero de 1991 en Vélez, Santander. Vivió su infancia y adolescencia en esa tierra linda de iglesia atravesada, torbellinos, tiples y bocadillos, junto a sus amados padres y familia. Actualmente reside en la ciudad bonita, donde estudia Network Marketing y desarrolla su propio negocio de mercadeo en redes. Leer y escribir se convirtió en un hábito que la llevó a participar en diferentes concursos de cuento y poesía, lanzamientos y conversatorios de libros.

MELIZA DELGADO MOYANO

Bogotá D. C.

Taller Distrital de Crónica Ciudad de Bogotá

Nació en la ciudad de Bogotá, un miércoles de septiembre de 1992. Tras el correr de los años y haciéndose amante de escuchar historias, decidió volverse profesional en

ello. Se recibió como antropóloga un miércoles del mes de septiembre. Otro miércoles concluyó que ya no sólo quería escuchar historias sino también contarlas. Decidió entonces participar en el taller, en la modalidad de crónica, en donde ha aprendido, entre muchas otras cosas, que las mejores historias para contar son aquellas que han escrito de una u otra manera nuestra propia historia.

MIGUEL BARRIOS PAYARES

Cesar · Valledupar

Taller José Manuel Arango, RELATA Valledupar

Nació en Astrea, Cesar, en 1986. Ingeniero de sistemas en la Universidad Popular del Cesar. Ocupó el tercer lugar en el V Premio Nacional de Cuento La Cueva (2015). Fue ganador del II Concurso Nacional de Cuento El Túnel, Montería (2011). Recibió mención especial en el Concurso de Cuento y Poesía Materialización de lo Inasible (2007), género cuento. Algunos cuentos suyos han sido publicados en antologías y revistas nacionales.

NANEZDA ESTEFANÍA OLARTE MEJÍA

Santander · Bucaramanga

Fue el 31 de diciembre cuando se abrió la luz del primer llanto con su llegada prematura. El Socorro, Santander, extendió los brazos para acoger otra comunera que llegaba al seno de una familia fiera; fue bautizada como Nanezhda Olarte. Vivió toda la infancia y adolescencia en el pueblito viejo al tiempo que descubría amores con el arte que hace soñar en prosa. Años después, siendo profesional, formó una familia, por cierto ¡hermosa! Ahora su ocupación es dual, en el día trabaja, y a la luz de las farolas cumple cabalmente sus citas literarias. Hoy, compara su vida con una taza de café, aromática y agri dulce pero deliciosa.

NAHUM MONTT

Se inició como novelista con *Midnight dreams* (1999). Su segunda novela, *El Eskimal y la Mariposa*, obtuvo el Premio Nacional de Novela en 2004 y en 2005 fue reeditada por Alfaguara. Es considerada por la crítica como una “radiografía visceral y poética de la violencia colombiana de los años ochenta y noventa del siglo xx”. Posteriormente publicó *Lara* (2007), una novela que aborda el asesinato del ministro de Justicia colombiano Rodrigo Lara Bonilla. *Lara* fue traducida y publicada en Francia por el sello L’atinoir de Marsella. En 2006 Nahum Montt publicó una biografía de Miguel de Cervantes titulada *Versado en desdichas*. En 2015 publica *Hermanos de tinta* con editorial Alfaguara.

NELSON GUTIÉRREZ

Atlántico · Barranquilla

Taller Literario “José Félix Fuenmayor”

Nació en Cartagena el 23 de agosto de 1988, pero ha vivido la mayor parte de su vida en Barranquilla. Es egresado del programa de Relaciones Internacionales de la Universidad del Norte. Continuó sus estudios con diferentes talleres para formarse como lector editorial. Asistió a la Escuela de Redacción Olga Emiliani, programa auspiciado por el periódico *El Heraldito*. Posee una maestría en Literatura Española e Hispanoamericana de la Universitat de Barcelona. Participa del Clan de Lectura Crítica de la Biblioteca Piloto del Caribe en Barranquilla.

NORWELL CALDERÓN ROJAS

Norte de Santander · Cúcuta

Taller RELATA Cúcuta

Bucaramanga, 1962. Abogado y docente, reside en Cúcuta desde su niñez y allí dirige RELATA Cúcuta. Publicaciones: *La peligrosa herencia del joven Aykord* (novela, Hillman - Libros & Libros). Integra las antologías de poesía *La sombra y el relámpago* y *Palabras como cuerpos* y las antologías de cuento *Suenan voces 2010*, *RELATA 2012*, *2013* y *2015*, *Soliloquio que Nancy no va a escuchar* y *El dragón viejo*. Director y articulista de revistas, corresponsal y columnista de periódicos regionales; también ha sido guionista y realizador de cortos documentales. Declinó, por publicación pendiente, el premio del concurso de cuento RCN-MEN.

OMAIRA SASOQUE MONTALVO

Caquetá · Florencia

Taller Maniguaaje

Nació en Florencia, Caquetá, en 1993. Estudia Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura en la Universidad de la Amazonía. Pertenece hace cinco años al taller de escritura. También forma parte de la primera generación del grupo de jóvenes escritores del programa Elipsis, de la British Council Colombia 2015-2016. Algunos textos han sido publicados en la revista literaria *Cuatroletras* de Florencia, en la que participa como integrante del comité editorial.

ORIANA PATRICIA RUSSO MANJARRÉS

Magdalena · Santa Marta
Taller Cronistas del Tayrona

Nació el 14 de agosto de 1990 en Santa Marta. Diseñadora gráfica, historietista y escritora. Su primer cuento fue publicado en la revista *La Brújula* de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, donde cursó sus estudios. Cuentos suyos han sido publicados en la *Antología RELATA 2013* y en la revista dominical *Macondo 506* de Santa Marta. Obtuvo el tercer puesto en el Concurso Cuento Joven del Magdalena 2013. Participante del XIV Parlamento Internacional de Escritores, al que fue como representante de Santa Marta en el II Parlamento Joven del 2016. Tiene un fanzine, *No a las drogas, sí al boli*, en el que se reúnen varios cómics inéditos y tiras que ha subido a su página de Facebook, *rainaro*.

ROBINSON PÉREZ SALGADO

Sucre · Sincelejo
Taller Páginas de Agua

Trabajador en diversas artes: ejecución de instrumentos de música folclórica; pintura; artes escénicas; diseño gráfico manual y por computador. Ha sido gestor de políticas para el fomento del desarrollo económico, la cultura y la convivencia urbana y rural; escritor novel y ensayista científico y literario. Es tecnólogo en Producción Agropecuaria de la Universidad de Sucre. Ha realizado seminarios de actualización en temas como didáctica, arte, periodismo cultural, gestión cultural y enseñanza de la literatura.

RODOLFO RAMÍREZ SOTO

Bogotá D. C.
Taller de Poesía Ciudad de Bogotá: Los Impresentables

Nació en Bogotá en 1973. Autor de *Tintasangre* (2003). Fundador de la experiencia literaria alternativa Los Impresentables. Director del taller de poesía adscrito a RELATA. Director de taller en la Red de Talleres Locales de Escritura de Bogotá, auspiciada por el Instituto Distrital de las Artes. Textos, reseñas y artículos suyos han sido publicados en revistas como *Golpe de Dados*, *Otro Páramo*, *Ulrika* y *Revista Casa de Poesía Silva* (Colombia); *La Jornada Cultural* (México); *Nuevo Amanecer* (Nicaragua); *Letralia y Sujeto Almado* (Venezuela) y *El Amanecer* (Estados Unidos).

SANDRA DE LA ESPRIELLA MORENO

Taller de Cuento RELATA Virtual

Estudia Ciencias de la Información, Bibliotecología y Archivística en la Universidad del Quindío. Participó en 2016 en el concurso “Formando en valores” de la universidad con el cuento “El osos de anteojos”. Trabajó como promotora de cultura y lectura desde el 2010 hasta el 2012 con la Fundación Hablemos con los Libros, junto con su fundadora Alexandra Ardila y la comunidad wayuu en la Alta Guajira. Pertenece al taller virtual de cuento dirigido por Alberto Rodríguez.

SEBASTIÁN A. HENAO C.

Taller de Cuento RELATA Virtual

Nació el 13 de julio de 1994 en Tierralta, Córdoba. Realizó sus estudios de secundaria en la Escuela Normal Superior de Manizales, se graduó como bachiller y normalista superior. Ha vivido en Manizales la mayor parte de su vida. Actualmente cursa quinto semestre de Licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad de Caldas. Cuentista en sus tiempos libres, tuvo la oportunidad de participar en el taller virtual ¿Cómo escribir mi primer cuento?, que le sirvió como herramienta para afianzar sus habilidades en las letras.

VERÓNICA VICTORIA VANEGAS VERGARA

Norte de Santander · Pamplona

Taller Rayuela

Nació en el 14 de septiembre de 1976, en unas barrancas bermejas que habitó por diecisiete años. A los trece años fue consciente de su gusto por la escritura. Licenciada en Lengua Castellana y Comunicación, estudió por equivocación un área que sin esfuerzo la cautivó. A los diecinueve años conoció el dolor de ser madre y la felicidad de dar vida. Hoy tiene cuatro amores inquebrantables: sus hijos. Vive en Pamplona, la ciudad de la neblina, donde se desempeña como docente; trabaja en lo que le gusta, pero lejos de los que quiere.

VÍCTOR BRAVO

La Guajira · Riohacha

Taller Cantos de Juyá

Fundó y dirige el taller literario de Riohacha. Autor de los poemarios *Los gritos del olvido*, *Martirologio de los ámbitos del ego en ese otro que me sueño* y *Signobinario - Ración de sombras*, y de los libros de ensayo *La Guajira en su literatura*, *La Guajira: Ecología y metáfora* y *La Guajira en la obra de Gabriel García Márquez*, entre otros.

Ganador del Concurso Nacional Échale el Cuento a Gaceta, del diario *El País* de Cali, 1992. En el año 2010, el VI Encuentro Internacional de Poesía Atrapasueños se realizó en homenaje a su obra, y se presentó su primera antología personal titulada: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! Por su gestión cultural, se ha hecho acreedor a reconocimientos, como la Medalla Luz de la Fundación para las Artes Indígenas Maracaibo (Venezuela), y el Homenaje en Vida del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira. Se desempeñó como presidente del Consejo Nacional de Literatura y Consejero Nacional de Cultura (2004-2007).

Con esta antología se celebran diez años de existencia de Relata. Los textos acá presentados dan cuenta del trabajo constante de los cincuenta y seis talleres que conforman actualmente la red y de la diversidad temática, estilística y geográfica de sus autores. Es una celebración en toda regla, y así esperamos que los lectores se acerquen a estos cuentos, poemas, crónicas y piezas teatrales, que no son otra cosa sino la demostración del vigoroso estado de salud de la escritura creativa en Colombia.



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®

ISBN-13: 978-958-56029-3-5



9 789585 602915 >